



S O 1 O T U Y A

*"Intentas aparentar tranquilidad,
pero el latido de tu corazón te delata...
Intentas aparentar indiferencia,
pero tu cuerpo vibra cuando estoy cerca...
Intentas aparentar que me quieres tener lejos,
pero tus ojos arden de deseo por mí...
Elizabeth no podrás escapar, serás mía"*

Anabel García

CAPITULO 50

El domingo fue horroroso para los dos.

Sammuel se quedó en casa de su padre a pasar el día, fueron a pescar y hablaron un poco de todo. Sobre todo de negocios, Sammuel no quería tocar el tema de Elizabeth, quería parecer despreocupado, pero su padre le conocía a la perfección y sabía que lo que necesitaba era estar metido en su cueva un tiempo, él solo, sin molestias externas.

Elizabeth, por su parte, se pasó toda la mañana del domingo apolotonando la inmensa cantidad de cosas que había esparcido Sammuel por su casa.

Cuando tenía una montaña de cosas en la puerta del ático, le pegó con el pie una patada, señalándolas, para hacer que Bruce las llevara todas de vuelta a casa de Sammuel.

- Quiero toda esta mierda fuera de mi casa, ya.

A ella le hubiera encantado poder ver la cara de su querido señor Roc cuando viera toda su ropa carísima desperdigada por el suelo, mezclada con comida, jabones, bebidas... Con su complejo de metódico orden de las cosas, probablemente estaría al borde del infarto, como estaba ahora mismo Bruce, que nunca había necesitado tanto autocontrol como en estos precisos momentos.

- No creo, señorita Hudson, que el señor Roc esté de acuerdo con... esto. Creo que debería llamarlo para consultarle. Le recuerdo que yo obedezco sus órdenes, él es mi jefe, y no usted.

Elizabeth le miró desafiante:

- Mira Bruce, solo te lo voy a decir una vez, tú elijas: o metes todo esto, me importa una mierda dónde, o lo tiro por la ventana ahora mismo, seguro que a los mendigos les vendrá genial el traje negro de Armani, pega con todo.

Así que Bruce, armándose de entereza, recogió todo como pudo y se lo llevó a la casa de Sammuel, al Hotel Central de nuevo, maldiciendo a esa mujer y compadeciendo a su jefe, que se había enamorado perdidamente de una esquizofrénica. Lo estaba pasando peor todavía que en el ejército.

Bruce llamó a Sammuel varias veces, por supuesto, pero en los lagos donde se habían ido su padre y él de pesca, no había cobertura. Le hubiera encantado decirle cuatro cosas a esa niñata caprichosa. Pero se mordió la lengua. Su jefe le pagaba suficientemente bien como para aguantar esto, y mucho más.

John observaba la escena y varias veces estuvo a punto de partirse de risa en la cara de su amigo, pero se contuvo, sacando las fuerzas no sé de dónde.

- ¡Ya te puedes descojonar a gusto cabronazo! –Le dijo Bruce a John según salía

por la puerta en el último de los viajes. Y así lo hizo el negro, mucho tiempo. Sammuel, al anochecer, ya desde la casa de su padre, llamó a Bruce para que fuera a recogerle porque se había llevado su coche la noche anterior.

Se despidió de su padre:

- Adiós hijo, mantenme informado, ¿de acuerdo?

- Descuida papá, haremos lo que hemos dicho.

A su hermano no quiso ni verle, lo que le hacía falta es que encima se regodeara de su ruptura, o lo que era peor, que le dijera que ahora que Elizabeth estaba libre de nuevo, iba a ir a por ella. Sería capaz de estrangularle.

En cuanto hubieron salido de la urbanización, le dijo Sammuel a Bruce

- Infórmame de la situación Bruce.

- Señor Roc, (“empezamos mal si me llama señor” se dijo Sammuel para sí mismo), permítame decirle que su prometida ha dedicado la mañana a amontonar, por decirlo suavemente, todas sus pertenencias en el suelo y obligarme a llevarlas de vuelta a su casa.

- ¡Mierda! ¿Y no te has negado? ¿Por qué no me has llamado?

- Señor, (carraspeó para no llamarle hijo de...), no tenía cobertura, me he pasado el día llamándole. ¿Bruce le trataba de usted? Tenía una cara muy seria y la vena del cuello hinchada en exceso.

- Bruce no me jodas, ¡habla claro!

- ¿Puedo, en serio, señor?

Sammuel dudó por un segundo, pero dijo cerrando los ojos:

- Adelante

- ¡Me cago en la madre que la parió!, ¡Casi la mato! –Dijo Bruce gritando con su ronca voz, pegando un puñetazo en el volante.

Sammuel no se aguantó y soltó una carcajada que se escuchó por media ciudad.

- Ya veo que ha conseguido cabrearte, lo siento Bruce, no me quiero ni imaginar lo que habrá sido para ti. Si es capaz de cabrearte así, que estás entrenado para no mostrar emociones, ¡no me quiero ni imaginar lo que hará conmigo!

- Sammuel, es una tocapelotas, ¡me entraron ganas de abofetearla! ¡¡¡No me había pasado nunca!!!

- Tranquilo es el efecto que quiere causar. Nos quiere alejar. Pero yo ya estoy sentenciado. Me es imposible alejarme de ella. Veremos qué podemos hacer.

- Se te ve bien. No estás fuera de tus casillas esta vez.

- Me empiezo a acostumbrar a que me abandone.

- No creo que sea eso

- Me conoces bien viejo amigo. Estoy planeando algo. Ya te iré informando, pues necesito tener a John de nuestra parte.

- Eso será difícil, John cada vez te odia más. Pones a su chica muy nerviosa y

demasiado a menudo.

- Bueno, lo hablaré con él también. Va a ser algo gordo.

- Me gusta

Sammuel siguió el resto del viaje mirando por la ventanilla y trazando su idea, “a ver si es posible”. Lunes. Sin noticias.

Martes. Sin noticias.

Miércoles. Sin noticias.

Jueves. Sin noticias.

Viernes. Sin noticias.

Sábado. Sin noticias.

Domingo. Sin noticias. Además aguantando el interrogatorio de Sarah al no verla el anillo.

La siguiente semana. Sin noticias.

El mes siguiente. Sin noticias.

Después de 47 días, Elizabeth conseguía pasar una noche sin llorar. Era viernes.

Sammuel estaba parado en un semáforo en rojo, con sus gafas de sol y el Ferrari descapotado porque hacía bastante calor en pleno mes de Agosto. La ciudad estaba prácticamente vacía, ya que se había ido todo el mundo de vacaciones. No acababa de ponerse el semáforo en verde, cuando un Bugatti Veyron le pasó de largo, a tal velocidad, que él casi hace como en los dibujitos animados, que se queda dando vueltas alrededor de sí mismo debido a la ráfaga del otro coche al pasar.

Se quedó con la boca abierta sin reaccionar, hasta que le empezaron a pitar los otros coches de atrás.

En un nanosegundo salió volando por donde se había ido el Veyron. Ni siquiera pensó en las consecuencias de ir tras ella.

Cuando consiguió ponerse detrás del Bugatti, ella miró por el retrovisor y él la sonrió. Sammuel le hizo un gesto obscuro con los dedos y la lengua, imitando cuando le practicaba un cunnilingus. Juraría haber visto cómo levantaba el dedo corazón por el retrovisor, pero no estaba seguro.

Atravesaron puentes, autovías, carreteras... Era una persecución en toda regla, hasta que salieron a la autopista. Elizabeth pudo meter el modo súper turbo y el motor sonó como un estruendo. Se puso a 300 km/h en 3 segundos. Contra eso, Sammuel lo único que pudo hacer es maldecirla por tener ese coche y ponerse más nervioso, si cabe, de lo que ya estaba al verla.

Cuando iba a tomar la salida para desviarse hacia el centro de nuevo, rendido, vio el Bugatti parado en el arcén, junto a un coche de policía “oh, no, la han pillado”. Se detuvo detrás de ellos, aparcó y salió del coche.

Los agentes, dos chicos que rondaban los 25 años, altos y musculosos, estaban más atónitos, si fuera posible, por ella, que por el coche. Babeaban apoyados uno en cada ventanilla.

Según se acercaba, Sammuel no se podía creer que estuviera escuchando lo que escuchaba, ¡se estaban riendo!

- ¿En serio, de 150 a 300 en 3 segundos? ¡Pero es prácticamente imposible!

A ella no la escuchaba, pero el segundo agente decía:

- Señorita Hudson como lo conduzca todo igual de bien, ¡debe ser un peligro!

Y ponía postura de modelo de gafas de sol

“Oh, venga ya, esto es insoportable” iba pensando Sammuel

- Buenos días agentes, ¿tienen algún problema?

Ellos se sobresaltaron, debido a que ni se habían percatado de que estaba detrás de ellos

- Ningún problema señor...

- Señor Roc, agente, mi nombre es Sammuel Roc, y ella es la señora Roc. Al ver el coche patrulla junto al de ella, me he preocupado, ¿ha pasado algo? ¿ha cometido alguna infracción? ¿algún accidente? Discúlpenla, es que es un poco temeraria al volante. Yo pagaré la multa –Se sacó la cartera del bolsillo

- Oh, discúlpenos señor Roc, nosotros ya nos íbamos, la señora no ha cometido ninguna infracción, descuide, estaba parada y queríamos ver si se encontraba bien, eso es todo –Los agentes estaban abochornados

Una pierna larguísima asomó por el Bugatti con una minifalda roja de cuero, unas sandalias de cuña muy altas, rojas también, atadas con un lazo hasta la rodilla y un corsé rojo acabado en encaje. El pelo un tanto alborotado. Se bajó un poco las gafas de sol, para ver con sus propios ojos al que decía ser su marido, que por cierto, al verla de esa guisa no conseguía cerrar la boca. Sammuel quiso ir corriendo a taparle lo que ese trozo minúsculo de tela no conseguía, pero se contuvo, solo Dios sabe cuánto.

- Disculpe ¿Quién dice que es usted caballero? –Dijo ella con voz sensual

- ¡Alguien que piensa que llevas la falda demasiado corta!, tápate por el amor de Dios, ¡no dejas nada a la imaginación! –Le gritó exasperado señalándola con las manos Los policías se miraron uno al otro poniendo cara de pocos amigos y se giraron hacia ella para ver cómo reaccionaba, por si fuera mentira que era su marido.

Elizabeth fue hacia ellos con paso firme contoneando las caderas. Si metida en el coche ya se pavoneaban para ella, ahora que veían al completo su cuerpo escultural, entraron en parálisis mental. Le tiró su DNI a uno de ellos y les dijo:

- Ahí pone claramente señorita Hudson, ¿verdad?

- Sí señorita –Acertó a decir uno de ellos

- Pues este hombre no sé con qué intención quiere hacerse pasar por mi marido, pero desde luego a mi no me hace ninguna gracia, agentes. –Dijo poniéndoles morritos.

- Nos casamos hace dos días, lleva el carnet de soltera todavía, lo que pasa es que anoche no le di lo suyo y está cabreada -Decía Sammuel tan tranquilo.

- ¡Sería en tus sueños pervertido! –Puso voz de gatita asustada y se acurrucó contra un agente, que poco le faltó para tener un orgasmo allí mismo, temblaba y todo.

Sammuel apretó los puños.

- No se preocupe señorita Hudson, déjelo en nuestras manos, ahora nos encargaremos de él. Veremos si dice la verdad, si es realmente su marido nos podrá aportar alguna prueba ¿verdad señor Roc?

- Gracias agente, confío en que así sea. Este hombre es un farsante y un mentiroso, no hay pruebas de nada porque es mentira. Nadie sabe lo que pretendería hacerle a una jovencita desvalida, menos mal que estaban ustedes aquí –Decía Elizabeth mientras volvía al coche moviendo su culo exageradamente

- ¡Tú tienes de desvalida lo mismo que Satán! –Le gritó Sammuel
Se dirigió hacia ella para agarrarla, pero uno de los agentes le detuvo agarrándole del brazo. Él se lo retiró con violencia.

- Señor Roc ¿va a aportar alguna prueba?

Elizabeth le lanzó una mirada asesina y se volvió a meter en el coche, esta vez levantando claramente el dedo corazón al que decía ser su esposo y pudiendo leer en los labios un “jódete”.

- ¡Elizabeth no te atrevas! ¡Diles que era una broma! –Sammuel intentaba soltarse de los brazos de los agentes

- ¿Me ve que me ría señor Borc, o como se llame? No veo la gracia por ningún sitio, vaya a molestar a otras jovencitas que estén interesadas en usted, que lamento decirle que no es mi caso.

- ¡¡¡Elizabeth!!! ¡Me van a detener por tu culpa! Ella pegó un acelerón y salió de la escena en 5 segundos a 300km/h. Los agentes se quedaron boquiabiertos mirando al coche alejarse, mientras tenían a Sammuel agarrado uno de cada brazo.

- ¡Increíble! – Dijo silbando un agente

- Sí, y el coche también –Le contestó el otro policía sonriendo embobado.

- ¿Y la dejáis irse así sin más? ¡Hay un límite de 130 joder!

- Documentación del coche señor Borc

- ¡¡¡ROC!!! ¡¡¡Joder, es Roc maldito gilipollas!!!!

Sammuel acabó en comisaría por agredir a un agente. Esa noche durmió a la sombra, ya que no podían sacarle hasta pasadas 24 horas por comportamiento violento contra un agente federal. Sammuel sólo quería pegar puñetazos, estaba que no cabía en sí de la rabia...”la estrangularé con mis propias manos”.

CAPITULO 53

El lunes siguiente a ese viernes de la carrera y la comisaría, Elizabeth se dirigía al trabajo. Últimamente iba en el Bugatti ella sola, no quería que John la acompañara, él iba en otro coche siguiéndola, cuando no la perdía entre los demás coches por la ciudad. Así ella se sentía un poco más libre, que no siendo siempre el saco de patatas que llevaban de un sitio a otro.

Sammuel cuando se enteró puso el grito en el cielo, pero no tenía ningún medio para hacer nada al respecto, ni siquiera hablando con John. No hubo manera de hacerla entrar en razón.

Últimamente estaba más rebelde que nunca, que ya era decir mucho.

- Mira John, puedes elegir, o venir detrás de mí en otro coche o quedarte en casa, me es indiferente, no hay más que hablar.

- Señorita Hudson entonces ¿por qué paga por mis servicios si no me deja realizarlos correctamente?

- No lo sé, lo pensaré después –Le dijo saliendo por la puerta con las llaves del Black Bess.

Elizabeth Hudson entró por la puerta de Hudson Enterprises y empezó a sospechar nada más poner un pie en sus moquetas negras. Algo había cambiado.

La Recepción estaba allí, pero habían puesto dos recibidores más, con sus respectivas chicas con pinganillos. La saludaron sonrientes las tres. ¿Quién había ordenado eso? Ahora lo averiguaría.

Los carteles plateados del organigrama que informaba qué departamento había en cada planta parecían más grandes, pero a lo mejor eran alucinaciones suyas. Todo le parecía distinto.

Se metió en su ascensor privado para no mezclarse con el mundanal ruido y dio al 10º, como siempre. Pero el ascensor la llevó automáticamente a la vigésima planta, sin pararse. Iba maldiciendo según iba estando más cerca del final, rezando para que se parase en algún piso antes. Pero no fue así.

“¿He marcado mal?” se preguntaba nervioso su yo bueno

“¡Maldita sea! ¡Oh, lo que me hacía falta! Ir a saludar al viejo cabrón, no se puede ser más inútil”, le recriminaba su yo maligno medio borracho de ira.

Las puertas se abrieron y allí estaba...

¿Betty?

Las piernas se le paralizaron y su corazón dejó de latir un momento. La miró como si lo que tuviera delante fuese un extraterrestre. Entrecerrando los ojos.

- Betty ¿Qué haces tú aquí? ¿Te has cambiado de empresa y no me has informado?

- ¡Buenos días señorita Hudson!, No es así exactamente, bueno yo, en realidad, espero mantener mi trabajo mucho tiempo...

- ¿Me puedes explicar qué es todo esto? –La cortó.

Elizabeth miraba a su alrededor, pero no veía rastro de la Editorial. Es más, las alfombras eran negras exactamente iguales que las del resto de las plantas, la decoración en blanco, negro y gris... Y un cartel plateado gigante junto a una gran puerta, rezaba “Despacho de Elizabeth Hudson, directora de Hudson Enterprises”

- No estoy autorizada a informarla de nada señorita Hudson, solo la puedo indicar que siga un poquito más adelante, por esa puerta.

- ¿Autorizada?, no sé, aparte de mí, quien puede autori...- Elizabeth se interrumpió porque empezaba a captar lo que pasaba aquí.

Todo esto... “Solo puede ser obra de... ¡Sammuel Roc!” pensó.

Betty sonrió muy contenta, le faltaba mearse encima de la emoción, porque no tenía cola, si no, la hubiera meneado como un perrito al tirarle una pelota. Elizabeth avanzaba hacia la puerta, mirándola con recelo “como el que esté ahí dentro sea el viejo, me la cargo, ¡decidido!”

Se detuvo delante de la puerta, no sabía si abrirla. Respiró hondo. Al final lo hizo.

- ¡Oh Dios mío! -Se llevó una mano a la cabeza y la otra al corazón.

Después de un buen rato todavía no podía cerrar la boca.

Todas las cosas de su despacho estaban allí. Estaba todo exactamente igual que lo tenía, pero en aquella habitación parecía grandioso.

Una cristalera desde el suelo hasta el techo formaba las paredes octogonales del despacho, menos una de ellas, que era la que daba al pasillo del ascensor, todo lo demás era de cristal. Se puso delante de una de las cristaleras, desde allí se veía toda la ciudad a sus pies. Se dio una vuelta, incrédula, maravillada...

Abrió una puerta que había dentro y cuál fue su sorpresa que era un baño, del tamaño de un salón, bien amplio. Era todo blanco, pero estaba decorado en violeta.

Sería la única nota de color que había en el edificio. La bañera no se había

estrenado nunca, tenía las pegatinas todavía puestas, estaba intacta, allí habían 6

personas bien a gusto. ¡Qué alucinante sería bañarse allí! Viendo toda la ciudad al

fondo. Por supuesto los cristales por fuera eran reflectantes, con lo cual, no se vería nada de lo que sucedía dentro.

Salió de allí en estado de embriaguez.

Cuando recobró un poco el aliento, observó que encima de su mesa había un jarrón con 20 rosas rojas, era imposible no haberlo visto, pero con la emoción, ni se fijó. Había una nota:

“Querida Elizabeth.

Espero que con estas 20 rosas, una por cada planta del edificio, sea suficiente para que aceptes volver a ser mi prometida. Se parece bastante a lo que tenías 10 plantas más abajo, pero aquí hay mejores vistas, ya lo irás decorando tú como te guste, puedes poner fotos mías. Yo he hecho lo que he podido.

Mi padre ha cumplido su palabra. Ahí al lado te he dejado las escrituras a tu nombre. Enhorabuena, ¡el edificio es tuyo! Has cumplido tu sueño cariño y estoy muy feliz por ti.

Ahora te toca cumplir a ti la promesa que me hiciste de ser mi esposa, y así, yo también podré ver mi sueño cumplido.

Te amo nena

Sammuel Roc”

Cuando terminó de leer la nota, le temblaban las manos. Miró encima de la mesa, allí estaba el sobre. Sintió un escalofrío. Lo puso boca abajo y salieron las

escrituras, junto con su anillo violeta de compromiso, rodando por la mesa. Cuando

vio que todo el edificio estaba a su nombre se le puso el bello de punta. Sonrió

diciendo que no con la cabeza. No era posible. ¡Era suyo! Estaba sentada mirando por la cristalera, intentando asimilar la idea, jugueteando con el anillo, pero sin ponérselo.

Cuando llamaron a la puerta.

Se dio la vuelta y... Allí estaban esos ojos violetas. Sintió una violenta punzada en la entepierna y la electricidad estática volvía a estar ahí en cuanto entraron en

contacto visual. Intentó no parecer todo lo nerviosa que de repente se había puesto,

ya que su corazón palpitaba a un ritmo demasiado acelerado

- ¿Señorita Hudson, me permite entrar? –Sammuel asomaba la cabeza por la puerta

Se miraron fijamente.

Un calor recorrió el cuerpo de Elizabeth. Su clitoris le había reconocido y allí estaba de nuevo llamándole a gritos, palpitante “¡Aquí, aquí estoy aquí Sammuell!”.

La sensación era la misma que cuando echas limón en las ostras y se cierran, pues

esa parte de su cuerpo saltaba igual cada vez que escuchaba su voz, olía su

perfume, miraba sus ojos o le rozaba la piel. Inundando su cuerpo de un gran

sofoco a cada azote.

- Pase señor Roc, por favor. Él cerró la puerta al entrar y echó el pestillo. La miraba serio, no sabía qué esperar.

Elizabeth parecía, en aquella oficina, la dueña del mundo, y con la postura que

tenía, parecía que estaba planeando el exterminio del planeta.

Al fin, ella le sonrió.

- No me puedo creer todavía que hayas hecho todo esto –Le dijo Elizabeth nerviosa.

- Tenías la palabra de mi padre, eso vale más que cualquier cosa en el mundo, y así te lo ha querido hacer ver él también.

- Vaya, el viejo cabrón al final ha cumplido lo que prometió, aunque haya sido obligado por su hijo.

- Ni se acordaba Elizabeth. Me ha pedido que te presente sus disculpas y una nueva invitación a su casa para enterrar el hacha de guerra.

Ella se incorporó y se sentó erguida, apoyando los codos en la mesa. Entrecruzó los dedos, suspiró y habló tranquila.

- Sammuél, adquirir este edificio era mi objetivo número uno. Cuando me informaron que Robert Williams había cambiado de opinión, sin ni siquiera informarme, me sentí como una basura. Nadie a tener en consideración. Es más, el hecho de que se olvidara, demuestra que soy más insignificante para él

todavía que para traicionarme. Estuve mucho tiempo enfadada. ¡Le quería aniquilar! Y después de todo, me entero de que ¡es tu padre!, además tú no me lo dijiste. ¿Qué iba a pensar? Estaba en shock, no lo comprendía. Todavía no lo comprendo. ¿Qué ganas tú con esta historia?

- Yo ni gano ni pierdo, no tenía ni idea de nada Elizabeth, me lo contó todo mi padre la noche que te fuiste.

- ¡Pero es imposible que no me dijeras quién era tu padre! ¡Tenía su empresa encima de la mía joder! ¿En todo este tiempo nunca nos hemos cruzamos ni nada? ¡Mi cerebro se colapsa cada vez que lo pienso!

- Siempre creí que tú sabías que era su hijo, de verdad.

- ¿Y cómo voy a saberlo? No lo pone por ningún sitio, nunca os he visto juntos, tenéis apellidos distintos... ¿¡Hola!?

- Cuando fui a hacer la revisión del equipo de seguridad en la planta once, no sé si recuerdas ese día...

- No, no lo recuerdo, ¿debería?

- Nuestro primer beso.

- Claro que lo recuerdo idiota, ¡creí que eras un obrero!, como para no recordar el espantoso ridículo que me hiciste pasar.

Él se tapó la cara para no reírse, esto era serio.

- Te dije que estaba haciendo algo para mi padre, ¿quién iba a ser mi padre si estoy en su piso?

- ¡Yo qué sé! Estaba embobada mirándote el culo, ¿cómo crees que me iba a poner a preguntarte quién es tu padre, si pensaba que eras un obrero, estamos locos?

- Bueno, el problema es que tú no sabías quién era mi padre, y yo no sabía lo que tú habías hablado con él. ¡Ni siquiera sabía que este era tu maldito sueño!, me lo tuvo que decir Sarah.

- ¿Sarah? ¿Y qué tiene que ver ella en esto?

- Necesitaba un compinche, claro.

- La mataré, ya empieza a molestarme que siempre te ayude en todo

- Puedo ponerme en tu situación mi vida, y por eso he movido cielo y Tierra para que todo esto haya sido posible, ¡en poco más de un mes! También me ha servido para mantenerme entretenido las 24 horas del día, y así alejado de ti, sin tentaciones de ir a verte, o llamarte, todo sea dicho de paso.

- Has hecho un trabajo impecable Sammuél, ¡me muero por verlo todo!

- Nena solo quiero que seas feliz. Cuidarte. Protegerte. No sé qué más quieres que haga para demostrártelo. Eres lo más importante para mí y quiero envejecer

junto a ti. ¿Cómo pudiste pensar que era una encerrona para reírme de ti? Me rompiste el corazón cuando me miraste antes de irte. Pensé que ya me conocías un poco, y que sabías que mi amor por ti es sincero.

Sammuel ya había avanzado hasta su altura. Estaban uno en frente del otro. Él de pie y ella sentada. La tomó las manos y la levantó. Sammuél le cogió el anillo de las manos y se lo volvió a poner, la levantó la barbilla para que le mirase a los ojos

- Elizabeth ¿aceptas volver a ser mi prometida una vez más?

- Sí señor Roc, acepto por tercera vez.

- Nena a la tercera va la vencida. Si aceptas esta vez no hay opción a volver atrás, te lo digo en serio. Es la última.

- ¿Es una amenaza?

- En toda regla –Dijo muy serio con la voz ronca

- UUhhhh, qué miedo señor Roc.

- Elizabeth cada vez que huyes de mí es un infierno, y siempre ha sido por tonterías que podríamos solucionar hablándolo, sin tomar conclusiones precipitadas. No admito una nueva fuga.

- ¿Y qué podemos hacer? Si me enfado, corro.

- Ya, ya te vi el otro día cómo corrías con el Bugatti ¿dónde cojones se mete

John?, ya hablaremos de eso jovencita. Me vas a matar de un susto, joder, cada vez que recuerdo cómo ibas vestida me sube la tensión, mira (la ponía la mano en su corazón y Elizabeth se partía de risa, por fin, después de casi dos meses, volvía a sonreír. Ahora era consciente de cuánto le había añorado)

- Sammuél lo intentaré, lo prometo.

- No. Lo harás –Sentenció Sammuél

- No sé qué me pasa, me enfado y solo quiero alejarme de ti, en serio, no quiero

ni verte. Pero lo puedo intentar, aunque no te prometo nada.

- ¡Claro que lo harás! Estás obligada a ello. No has leído las escrituras al completo ¿verdad?

- No, ¿por?

Elizabeth se separó inmediatamente de él y levantó una ceja, entrecerrando los ojos, desconfiada. Él le aclaró:

- Hay una cláusula en la que especifica que este edificio será de tu propiedad siempre y cuando aceptes ser mi esposa. Luego ya hablaremos de la separación de bienes una vez nos hayamos casado, y será tuyo sin condiciones, pero es la única manera que tengo de hacerte entrar en razón, antes de huir otra vez.

Podemos discutir y puedes irte, si necesitas tu espacio, lo entiendo. Pero cada vez que te vas, rompes nuestro compromiso y con él mi alma, eso es lo que no voy a permitir.

- ¿Pero qué me estás contando Roc, me estás intentando comprar? ¡Tú no me tienes que permitir nada, no eres mi dueño!

- No cariño, estás equivocada, eres mía desde hace mucho tiempo. Aunque no lo quieras admitir, me perteneces.

- ¡Estás enfermo!

- Me estoy asegurando de que cuando quieras salir corriendo, te lo pienses dos veces antes. Ya que no tienes miedo a perderme a mí, al menos lo tendrás por tu empresa. Y así recapacitarás antes de anularlo de nuevo.

- ¡Nunca firmaré tal cosa! ¡No soy una fulana que se vende por una oficina!

¿Quién te crees que eres?

Elizabeth lanzó la mano para asestarle un buen guantazo, pero Samuel detuvo el golpe en el aire, agarrándola por las muñecas, la empotró contra la pared, diciéndole frente con frente mientras le frotaba la entrepierna:

- ¿Ves? Te acabo de comprar 10 jodidas plantas de un edificio. He pasado por encima de mi hermano y mi padre. Contratado un montón de empresas de decoración de interiores y mudanzas. He convencido a tus empleados de que me hagan caso a mí y se trasladen sin chivar nada a su Cleopatra ¡He convencido hasta a Betty!... ¡Por Dios, esa mujer es obstinada de narices, quería ir a tu casa con el cuento!, la tuve que hacer chantaje. ¿Y tú solo crees que te intento sobornar!?

¿Cuál es tu problema mujer, por el amor de Dios? ¿Me rajo en canal

para que veas que me importas y que todo lo que hago es por ti? Elizabeth eso es un simple escrito que demuestra que serás mi mujer algún día, (espero que de esta vida, por cierto), para poder hacerte pensar en algo antes de salir corriendo de nuevo y dejarme. Ya que yo te importo una mierda, he pensado que a lo mejor el edificio te pare los pies para poder aclarar las cosas antes. Pero ni siquiera me dejas explicártelo, y ya estás otra vez pensando en correr... ¡Dios!

¡Es tan frustrante! No me acabo de recuperar de una y ya estás con otra, joder.

¿Pero qué cojones he visto yo en ti?

Samuel se paseaba por la oficina con una mano metida en el bolsillo del pantalón y la otra revolviéndose el pelo, a la vez que también se tocaba la barba de tres días. Por muy nervioso y cabreado que estuviera, Samuel Roc seguía siendo un felino grácil y elegante, capaz de intimidar hasta a un gigante con su mirada. Elizabeth se plantó delante de él.

- No necesitas un contrato para que no huya Samuel, te doy mi palabra de honor de que no lo haré más. Sé que sufres cada vez que me voy y sí que me importas, un poquito –Ella hizo un gesto de “poquito” con los dedos Samuel sonrió ampliamente.

- ¿Tu palabra es sólida?

- ¡Más que una roca Roc! Samuel se rió por el juego de palabras, Elizabeth era muy perspicaz.

- ¿Y si lo vuelves a hacer, incluso habiendo dado tu palabra?

- ¿Y si te tiras a otras cuatro mujeres estando conmigo, con ese papel firmado, me tendría que casar contigo de todas formas?

- No puedo ni respirar sin ti nena, ¿cómo crees que voy a ser capaz de estar con nadie más? Me has jodido, pero bien. Me tienes agarrado por los huevos. Si estás segura de que nos vamos a casar ¿qué problema hay en firmarlo?

- Si estás seguro de que nos vamos a casar ¿Qué problema hay en no firmarlo?

- Elizabeth, tú decides

- Trae ese maldito papel Roc, firmaré esta mierda antes de que me arrepienta. Si así puedes dormir por las noches... Pero como me jodas, te faltará mundo para correr.

Samuel la miró con los ojos brillantes de emoción. Ella lo firmó y tiró el bolígrafo en la mesa cabreada.

Todo había salido mucho mejor incluso de lo que él había imaginado. Contaba con tener que lidiar con un nuevo espectáculo por el contrato, pero había sido muy fácil.

¿Estaría dejándose domar el Mustang? Samuel no la dejó articular palabra, se lanzó a besarla, no se aguantaba ni un segundo más sin su contacto.

Ella le rodeó la cintura con las piernas y él la cogió por el culo, apoyándola contra la pared. Se besaron sintiendo las llamas ardiendo dentro de su ser con cada beso, con tantas ganas que se cayeron los dos sobre la alfombra. Se empezaron a reír y se quedaron echados boca arriba.

- Espera un momento –Interrumpió él, casi sin poder respirar.

Samuel la miró con cara de chiste, prosiguió:

- Antes de nada, hay una cosa que me quita el sueño

- Dime

- ¿Adónde cojones ibas vestida así el otro día?

Elizabeth se puso el brazo, tapándose la cara.

- Otro día te lo cuento, ahora estamos haciendo las paces, ¿no? ¿Quieres que volvamos a discutir?

- ¡¡Elizabeth!!

- No hay más que hablar. ¿Qué pasó con mis amigos los agentes, te trataron bien?

- Teniendo en cuenta que aticé a uno de ellos sí, se portaron bien

- ¿Qué? ¿Por qué le atizaste?

- ¡Estaba empalmado mirándote el culo! ¡Y ese es mi culo!, ¡solo mío! Aunque con la falda que llevabas, por llamarlo de alguna manera, lo que no sería normal es que no se le hubiera levantado al pobre chaval, claro. ¡Estabas provocándolos a sabiendas!

- ¡Todo eso te lo imaginas tú Sammuél, solo intentaban ser amables!

- ¡Amables mis cojones! Porque es imposible cogerte con ese coche, pero me entraron unas ganas de seguirte sólo para darte una azotaina...

- ¡Tenías que haberte visto la cara!, por un momento pensé que ibas a ponerte verde y ¡transformarte en Hulk! -Elizabeth se tuvo que agarrar la tripa de tanto reírse.

- Pasé la noche en Comisaría por tu culpa ¡insensata! Eso hizo retrasarse todo el proyecto, tenía planeado entregártelo el sábado y así poder mudarme de nuevo el fin de semana a tu casa.

- ¿Dormiste en la Comisaría? ¿Estás de broma? ¡Oh, lo siento! ¿Estuviste bien?

- ¿Te pasó algo?

- No dormí mucho, la verdad, no podía pensar en otra cosa que no fuera ese trapo que llevabas por falda. Una mezcla explosiva entre querer taparte y querer quitártelo a mordiscos. ¡Vaya nochecita!

- Me encanta la cara que pones cuando te preocupas por mí

- Joder, ya te tiene que encantar mi cara, porque me tienes todo el día rezando a todos los santos

- Te preocupas de más Sammuél, cualquier día te va a dar algo.

- ¡Pues compórtate! Estás siempre provocándome con tus acciones temerarias e irresponsables.

- He cambiado la cerradura de casa. Para que veas que yo también tomo mis precauciones. No soy tan insensata y temeraria.

- Ya veo que conmigo tomas todas las precauciones que hagan falta, sí.

Elizabeth puso los ojos en blanco, pero se alegraba de volver a tener la irracionalidad de Sammuél junto a ella de nuevo.

- Vamos a pedir comida y pasamos aquí el día ¿quieres?, relájate Roc, hoy es un día de celebraciones.

- Me encantaría. Por cierto, espera.

Sammuel salió del despacho y apareció de nuevo con una botella de champagne.

- ¿Lo tenías todo preparado? ¿Sabías que te iba a decir que sí, engreído?

- No las tenía todas conmigo, por eso le he dejado las cosas a Betty, junto con un paracaídas, por si acaso. Elizabeth no pudo evitar reírse, Sammuél estaba tan seguro de sí mismo, que nadie osaba soplarle, pero con ella no lo estaba en absoluto, le desbordaba, y a ella le enloquecía pensar en lo que le provocaba. Así que contraatacó:

- ¿Y qué hubieras hecho si digo que no?

- ¡Te tiro por la ventana!

- ¡Oh! ¡Creí que el paracaídas era para ti!

- Esa sería otra forma de quedarte tú con todo el edificio, y encima sin tener que casarte... no tendrás esa suerte señorita...-Sammuel se cruzó de brazos, haciéndose el ofendido

- Veo que ha pensado en todo señor Roc

- Siempre

- ¡Cállate ya!

Elizabeth le interrumpió con un beso apasionado. Sammuél la agarró por la cadera y la miró con deseo:

- El último día dejamos algo a medias ¿recuerdas?

- Mmm, sí. He soñado con terminarlo bastantes veces desde entonces

Sammuel se puso en pie y la tendió la mano para que ella se levantara también. La mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja, bajando por el cuello, mientras sus manos la desabrochaban el vestido ajustadísimo negro y blanco que llevaba. Elizabeth se quedó delante de él con un body de encaje color frambuesa del que salía un ligero que sujetaba sus medias de seda y los tacones.

Sammuel se apartó un momento, dando un paso hacia atrás, no podía dejar de mirarla, era una diosa. Intentaba mantener el control y no precipitarse, pero se moría de ganas de meterse entre sus piernas.

Después de admirarla, la agarró por la cintura con una mano para atraerla hacia sí y le hizo una caricia con un dedo a lo largo de la columna vertebral con la otra mano, hasta llegar al cuello, y bajó de nuevo hasta el trasero, donde abrió la mano para agarrárselo bien, su enorme mano lo abarcaba por completo. Lo que hizo que ella diera un respingo y una ola de calor la recorriera el cuerpo.

Cogió el teléfono toda acalorada

- ¡Betty hoy no estoy en la oficina!

- Pero señori...

Colgó. “Esta chica es tonta”

Elizabeth le desabrochaba lentamente como podía la camisa a Samuel, ya que le temblaban las manos de excitación. Le miraba fijamente a los ojos y él se dejaba

hacer. Cuando quedó al descubierto su pecho duro, con todos y cada uno de sus músculos tan bien definidos, los pezones pequeños color marrón y sin rastro de bello por ningún sitio, no pudo aguantar el deseo de besarlos.

Después le desabrochó los pantalones y se los dejó caer, junto con los bóxers. Era hermoso como no lo era ningún hombre en el mundo entero.

- ¿Y cómo terminaba todo en tus sueños chica mala? –Susurró Samuel desnudo delante de ella

- Ni en mis mejores sueños terminaba aquí

Él la agarró por la cadera más fuerte y la acercó hasta tenerla contra su erección.

Elizabeth suspiró al sentirlo, abrió sus piernas descaradamente mientras le miraba, y se desabrochó la entrepierna de corchetes del body, cosa que hizo que Samuel terminara de perder el poco control sobre sí mismo que le quedaba, la levantó una pierna, poniéndosela a la altura de su cintura y la penetró con una certera estocada. Ya estaba húmeda de sobra para permitirle el paso libremente. Ella echó la cabeza hacia atrás, agarrándose fuertemente a sus hombros.

- ¡Sí, al fin!

- Oh, Elizabeth, te he echado tanto de menos

Samuel la besaba el cuello, la clavícula, los pechos y a la vez la apretaba contra él por el culo para no salirse de su interior, pero al final se salió.

- Ven aquí –Gruñó Samuel excitado Fueron retrocediendo hasta que Samuel se sentó en el sofá de cuero blanco que había en el despacho, y ella se puso a horcajadas encima de él, pero dándole la espalda, mirándole de reojo.

- Así que la realidad supera la ficción señorita Hudson –Dijo él con la respiración entrecortada, con la mano abierta acariciando toda su espalda.

Ella cogió su grandioso y duro miembro con una de sus manos y gimió mientras se lo introducía

- ¡Uf!, la supera con creces.

Cabalgó lentamente, mientras él la acariciaba los pechos desde atrás.

Luego al trote, mientras él la masajeaba el clitoris.

Después al galope, y él la sujetaba las caderas.

Samuel tenía una vista privilegiada, solo con eso, ya no le hubiera hecho falta ni el roce. No pudo más y se corrió, gritando su nombre, y apretando los ojos y los dientes de puro éxtasis. Seguido por ella, que entre gemidos dijo algo parecido a “gracias”

Se quedó lánguida de tanta relajación, apoyada su espalda contra el pecho de Samuel, todavía con su gran polla dentro. Un momento después, se incorporó e hizo un movimiento sensual para exprimir hasta la última gota de su simiente. Pero esto provocó que Samuel volviera a ponerse duro, a lo que ella le sonrió con malicia

- ¡Vaya! Sí que me has echado de menos, no me dejas que me vaya ¿eh prometido mío?

- No dejaré que te vayas, nunca.

La cogió en brazos sin salirse de ella y la puso boca abajo en el suelo, mientras él la sujetaba por las muñecas. Samuel sentía el irrefrenable deseo de hacerlo fuerte, sin piedad. Así que después de un par de balanceos de cadera dentro de ella para que volviera a mojarse, salió y ¡Pum!, entró de golpe, hasta dentro. Ella soltó un gritito

- ¿Estás bien nena?

- ¡No pares Roc!

- ¡Dios!

Volvió una y otra vez a darle fuerte. Ella levantó el culo cuando se salió, yendo en su busca y este gesto le volvió loco.

La cogió por las caderas, clavándole los dedos por la fuerza y la levantó, poniéndola a cuatro patas, mientras él estaba de rodillas detrás. Uno. Dos. Tres.

Prosiguió con sus embestidas, hasta el fondo, duro, hasta que ella cayó al suelo, rompiendo en un orgasmo voraz, que la hizo gritar. Samuel se echó encima penetrándola por última vez y corriéndose sin control.

Se quedaron uno encima del otro, él estaba apoyado en sus brazos para no asfixiarla con su peso, tendidos sobre el suelo hasta recobrar el aliento. Le daba besos pequeños en los hombros y la nuca.

Samuel se levantó de encima y la dio la mano para ayudarla a levantarse.

- ¿Estrenamos la bañera?

- Es usted insaciable señor Roc

- Nunca me sacio de ti Elizabeth

- Eso espero

Le dio un azote en el culo y ella fue saltarina a llenar la bañera.

Al entrar en el baño, le sorprendió que hubiera toda una colección de jazmín, sales minerales, champús, geles, colonias, quemadores, velas... Hasta dos albornoces.

Antes no se había fijado. “Este hombre piensa en todo”

Cuando todo estaba preparado, se metieron los dos en el agua. Habían puesto velas encendidas alrededor de la bañera, que era lo único que iluminaba la estancia. Se sentaron uno en frente del otro. Él la cogió las piernas y se las puso encima, haciéndole un masaje en los pies, subiéndole hasta la pantorrilla, mientras ella

ronroneaba. La miraba profundamente, pensativo.

- ¿Qué pasa Sammuél?

- Me preguntaba si eres feliz

- ¿Cuándo? ¿Ahora mismo, después de hacer cumplir mi sueño, dos increíbles orgasmos y un masaje en los pies por un tío que, bueno, está decente?

- ¿¡Decente?!

La salpicó en toda la cara

- ¿Has osado salpicarme plebeyo? –decía limpiándose los ojos

- Si

Y la volvió a salpicar.

Esta vez Elizabeth giró la cabeza y no le dio de lleno en los ojos, le mojó todo el pelo, que se había recogido en un moño alto. Se levantó y se tiró encima de él, intentándole meter la cabeza en el agua, pero fue inútil, podría haberla apartado con un solo dedo.

- ¿Es que tú no sopesas las probabilidades de salir victoriosa antes de comenzar una batalla Hudson?

- ¡Yo siempre salgo victoriosa!

Sammuel la rodeó con sus musculosos brazos por la cintura y la sujetó entre sus piernas, de tal forma que estaba totalmente inmovilizada. La tenía a su merced, con la cara a un centímetro del agua.

- ¡Me rindo, me rindo! –Gritaba ella riéndose, lo que le hacía tener menos fuerza todavía.

- ¿¡Te rindes señorita Hudson?! ¿Vas a hacer lo que yo te mande?

- ¡No te pases!

La metió la cara en el agua un poco y ella la sacó como pudo, mientras él se reía.

- ¿Vas a volver a salir a la calle vestida como una ramera y luego conmigo pasearte por todo París con las camisetas esas del demonio ocho tallas más grandes?

- ¡Nooooo!

- ¿No, qué?

- ¡No volveré a ponerme esa ropa tan corta!

- Muy bien, ese culito sólo lo miro yo. Y ya por último, dime que me amas.

- ¡Ni de coña! La metió esta vez toda la cabeza en el agua y la sacó

- Creo que querías decirme algo

- Sammuél te juro que te voy a...

La volvió a meter dentro.

Con lo que Sammuél no contaba era con que ella debajo del agua, con las sales, iba a resbalar tanto, así que se soltó de sus brazos y se subió encima de él, todo en uno.

Él la abrazó por el culo y sin darla tiempo ni a volver a respirar se introdujo en ella con un movimiento certero.

- Me pone tan cachondo saber que siempre estas preparada para mí

Le dijo con una voz ronca

- Solo para mí, nena. Toda mía.

- Solo para ti Sammuél

Ella le besó y se quedaron así un buen rato, sin prácticamente moverse, algún balanceo. Él dentro de ella, uno frente al otro, mirándose, besándose y de vez en cuando algún que otro gemido cuando se movían.

Él la acariciaba la espalda. Los pechos. Los hombros. Y ella le acariciaba también y le hacía cosquillas en el pelo, le volvía loco. Cuando Sammuél no pudo más, la acarició el clítoris, en círculos lentos, mientras movía su cadera adelante y atrás al mismo ritmo, lento. Ella aceleró su respiración y le mordió el hombro al explotar en un más que asombroso orgasmo, junto al de él.

- Siempre victoriosa... nene

CAPÍTULO 54

- Tenemos que volver. Ya se ha ido todo el mundo del edificio –Sammuél miraba de pie por el ventanal cómo se encendían las luces de la ciudad.

Eran las 9 de la noche. Llevaban todo el día encerrados en la oficina.

- Me gusta ver atardecer, y desde aquí debe ser alucinante, nos podríamos quedar a verlo –Dijo Elizabeth situándose junto a él.

- Lo alucinante eres tú

Él se había apoyado en el escritorio, la atrajo hacia sí, sentándose encima, apoyando su cabeza en los hombros de ella, abrazándola desde atrás. En esta posición vieron ponerse el sol desde su palacio de cristal. Admirando cómo las nubes iban tornándose violetas, rosas, y azules. El sol al fin desapareció dejando paso a un manto negro lleno de estrellas. Acabaron los dos completamente sentados en la mesa, embelesados por las vistas de la ciudad iluminada. Era realmente digno de ver.

- Nunca había venido a estas horas al despacho de mi padre, ni me había fijado en estas vistas, ahora entiendo que se te antojara

- Desde que lo vi

- Podríamos pasar aquí nuestra nueva primera noche –Dijo Sammuél feliz.

- ¡Me encantaría!

- Bien. Llamaré a Bruce para que se encargue de todo, espera –Sammuél ya tenía el móvil en la mano.

En menos de una hora tenían allí sábanas, almohadas, mantas, ropa de dormir, ropa

de vestir de ambos para mañana, calzado, enseres de aseo y una cena completa para un regimiento, por supuesto acompañada de un exquisito vino, un bonito mantel, cubiertos... ¡De todo!

- ¡Vaya! Los picnics de Bruce son a lo grande, no falta detalle –Decía Elizabeth con la boca abierta, mientras miraba todas las cosas que había por allí esparcidas.

- Le he mandado a Harold´s para que le den todo lo necesario, allí me conocen. Saben lo que quiero y cómo lo quiero.

- O sea, que ya has preparado más picnics románticos, ¿no?

Sammuel soltó una carcajada al verla con las manos en jarras a la cintura y el ceño fruncido, parecía un gatito chillón

- ¡No eran picnics románticos!

- ¿Y qué eran?

- ¿Celosa?

- ¡Para nada! ¿Qué eran Roc?

- Otros encargos de última hora. Digamos... cosas varias. Pero este es el mejor picnic romántico de toda mi vida, nena, con diferencia.

Elizabeth no se quedó muy tranquila con la explicación.

- Vamos a dejar el tema de las cosas varias para otro momento, pero no te vas a librar.

- Anda ya, ven.

Pusieron el mantel sobre la alfombra y cenaron en el suelo, charlando sobre muchas cosas mientras se bebían el vino. Hablaron de cómo habían reaccionado los empleados cuando Sammuel los ordenó cambiar de situación, cómo habían imitado hasta el último detalle de todo, en cada planta. La organización nueva de la empresa, que Sammuel veía mejor así y ella no. Qué habían hecho cada uno en todo este tiempo, novedades.

Terminaron de cenar y recogieron todo.

- Nunca pensé que iba a dar uso al sofá cama, mira por dónde, ahora me alegro de haber hecho caso a la decoradora. Creí que estaba loca cuando lo puso –Decía Elizabeth satisfecha

- Ella lo sabría, tarde o temprano dormirías aquí. Por eso yo decidí hacer de la última planta del Hotel mi casa, para estar cerca del trabajo. Al final pasas allí más tiempo que en ningún otro sitio.

- ¡Ya! ¡Por estar cerca del trabajo y por otras cosas más! ¡Pervertido!

- Sabes que eso se acabó

Se miraron.

- ¡Todavía no me puedo creer que hayas hecho esto Sammuel, es demasiado!

- Nada es demasiado Elizabeth, todo se me hace poco para ti

- Gracias. No solo por el edificio Sammuel, también por ceder tantas veces e intentar que lo nuestro funcione.

Se hizo un silencio. Hacía años que Elizabeth Hudson no daba las gracias a nadie por nada, estaba acostumbrada a que se las dieran a ella porque siempre tenía la sartén por el mango y ahora se sentía tan vulnerable ante él. Estaba abriéndose en canal.

Hicieron que el sofá se convirtiera en cama con un mando a distancia que había a uno de los lados del reposabrazos. La cama que resultó finalmente no tenía nada que envidiar a ninguna que hubiera en cualquier casa. Era de matrimonio de 2 metros de ancho y de visco elástica 100%. Además era rotatoria, con el mismo mando la podías poner en la dirección que quisieras, así que la giraron para poder ver las luces de la ciudad.

- Guuuuu –Aplaudió Elizabeth incrédula de que ese sofá tan mono se hubiera transformado en esa cama tan grande y elegante

- No está mal –Rió Sammuel al verla tan contenta por algo tan insignificante, al final era una mujer tan... normal.

Le pusieron las sábanas, cojines, almohadas, etc. que trajo Bruce, y lo miraron sorprendidos al terminar.

- ¡Vaya, me entran ganas de llevármela a casa! –Silbó Elizabeth satisfecha

- Tendremos que venir más veces, de momento, vamos a estrenarla –Dijo Sammuel.

- ¿Y cómo sabes que lo vas a estrenar tú?

Sammuel se detuvo en seco, mirándola con odio, avanzaba mientras ella retrocedía riendo. La amenazó muy cabreado

- Nena no me toques los cojones

- ¿O? –Le retó ella

Sammuel dijo que no con la cabeza, la cogió en brazos de un solo movimiento y la tiró sobre las sábanas de seda negras, él se subió encima, inmovilizándola entre sus poderosos muslos y se puso a hacerla cosquillas. Elizabeth se retorció riéndose sin parar, gritaba que parase entre lágrimas, pero Sammuel estaba disfrutando de lo lindo viéndola reír así. Al cabo de un rato se detuvo y ella le pegó un puñetazo en el abdomen, que para Sammuel fue como si le diera con una pluma, pero aún así, consiguió liberarse de él.

- Con otro de esos me tendrán que llevar a urgencias Elizabeth

- ¡Para ya, me estoy asfixiando!

- Tú te lo has buscado kamikaze, no me tientes.

Sammuel se acomodó a su lado sobre la cama, apoyando la espalda en el cabecero,

tenía una mano por detrás de la cabeza y con la otra la acariciaba.

- ¿Qué ha pasado con la Editorial? –Le preguntó Elizabeth

- La han trasladado a otro edificio, mi padre convenció a Ian de que diez plantas eran demasiado gasto, que una planta sería suficiente si se organizaba bien. Que debería dar una imagen más fresca y cambiarse más al centro, que se le viera más.

- Tu padre al final no ha resultado ser como pensaba. Tendré que ir a darle las gracias por todo y a disculparme, me comporté como una sinvergüenza, no tengo excusa.

- Te perdonará

- ¿Y tu hermano se ha quedado tan tranquilo sin protestar?

- Por supuesto Ian no sabía nada de toda esta historia, y aunque no le gustó mucho en un principio la idea del cambio, ahora está encantado. ¡Y yo más! No me gustaba nada la idea de que mi hermano trabajase en el mismo edificio que tú. Ya he visto cómo te mira. Quiero vivir unos años más.

- Sammuél lo tuyo es enfermizo, en serio. No puedes prohibir que los hombres me miren ¿no lo entiendes? Además lo de Ian no fue para tanto, se te cruzaron los cables. ¿Qué crees, que las mujeres no vuelven la cabeza cuando pasas a su lado?

- Eso es distinto Elizabeth, no es lo mismo.

- ¡Ja! El gran señor Roc, el Máster del Universo, dice que solo tiene ojos para mí y yo me lo tengo que creer. ¿Por qué no es lo mismo?

- A las mujeres os encanta que os conquisten, no conquistar.

- ¿Y al hombre le encanta acosarnos hasta que no podemos más y caemos rendidas a sus pies?

- Solo lo he hecho contigo. ¡Ninguna mujer huye de mí!

- Tu vanidad no conoce fin Roc Elizabeth lo miró intrigada, ¿se pensaría de verdad que era una frágil fémica que pudiera caer en brazos de cualquier hombre que la persiguiera un poco? Él la había perseguido incesantemente y aún así le había costado lo suyo.

- Me encantaría escuchar tu sabia teoría sobre los hombres y las mujeres –Se cruzó de brazos, esperando divertida.

- Cuando un hombre se fija en una mujer, es capaz de mover montañas por conseguirla, pero para ello el hombre debe estar interesado, debe ver que podría conseguirlo, cueste lo que cueste, pero debería ver la más mínima posibilidad de éxito. Se convierte en un reto para él. Ya sabes que nos encanta jugar. Somos cazadores por naturaleza. Por eso no quiero que ningún hombre piense que tiene alguna oportunidad contigo, no quiero que estés en su punto de mira Elizabeth, esto ya es de por sí difícil, solo tienes que verte, pero tienen que saber que eres algo imposible. En cuanto vean la más mínima posibilidad, irán a por todas. Como hice yo.

- Estoy de acuerdo contigo en algunos puntos Sammuél, pero ya soy mayorcita, de hecho, creo que me defiendo bastante bien. Me he quitado de encima a muchos hombres y no necesito que estés tú ahí siempre pegando puñetazos al que se acerque más de medio metro.

- Cuando alguien te gusta Elizabeth, ves las oportunidades donde no las hay, ese es el problema, y a lo mejor tú también mandas señales equivocadas... ¡Te miran y se quedan atontados, por el amor de Dios!

- ¡Eres un neurótico!

Sammuel se pasó las manos por el pelo acordándose de su hermano, de los policías, de los hombres en el Restaurante, el aparcacoches, Mark, ¡el franchute!... Y se ponía malo. Elizabeth veía en su cara su inminente cabreo que se avecinaba.

- No puedes hacer nada para que los hombres no me miren Sammuél, al igual que cuando las mujeres te miran a ti, yo me aguanto, es más, me gusta que te miren, así se mueren de envidia de mi hombre.

- Las mujeres sois distintas, si veis un hombre guapo lo miráis, si tiene dinero podéis coquetear para subir vuestro ego, pero por norma general, no le perseguís hasta que se rinde.

- Por esa regla de tres, también puedo pensar que si las mujeres te lo ponen tan fácil, tú tienes mucho más riesgo que yo de ser infiel. Eres un cazador ¿no?

- A los buenos cazadores no nos gustan las presas fáciles, recuerda eso nena. No debes tener ningún miedo por eso Elizabeth, mi alma es tuya, puedes hacer con ella lo que te plazca, no tengo ni ojos, ni manos, ni nada más para ninguna otra mujer –Lo decía mirándola como un lobo y Elizabeth sintió su corazón latir más deprisa.

- ¡Pero si yo te digo lo mismo y no me crees!

- Para empezar, no me lo has dicho, prácticamente te he obligado a hacerlo ahogándote en la bañera y ni aún así me has dicho que me amas.

- Bueno, me cuesta más que a ti

- De eso nada, a mí me cuesta, mucho, pero quiero ser sincero contigo y que lo sepas todo, por eso te lo digo, para que estés segura de mí, de lo que siento. Por eso yo estoy tan inseguro, celoso, histérico, enfermo, y todo lo que me quieras llamar, ni siquiera eres capaz de decirme nada

- Pero te lo demuestro

- ¡Tú no me demuestras nada!

- Joder Sammuél, eres un quejica. Contigo he hecho cosas que nunca pensé que

iba a hacer con un hombre, así que no te quejes de que no te demuestro nada, me has dicho que vamos a ir despacio, y para mi gusto, vamos a la velocidad de la luz. ¡Vives conmigo!... ¡¡¡¡Y estamos prometidos!!!! ¿Qué más quieres? ¡No empieces a agobiarme!, me están entrando ganas de salir corriendo otra vez.

- Elizabeth dices muchos tacos, tienes que hablar mejor. Ella le miró con cara de asesina y él la besó medio riendo, al final hacía con él lo que le venía en gana.

- Entonces ¿Vivimos juntos de nuevo? –Dijo él divertido

- Sammuel no te hagas el idiota, seguro que cuando llegue a casa y a tienes allí todo.

Sammuel sonrió, porque cuando llamó a Bruce para que trajera las cosas a la oficina, efectivamente, le dio orden de que llevara las cajas ya preparadas desde hacía un par de días, de vuelta a casa de Elizabeth y lo colocaran todo durante la noche, para que cuando ella volviera no lo viera descolocado.

- Ya me conoces un poco nena –La abrazó, amasándola el culo.

- Efectivamente Don Controlador. Sea como sea, metete en la cabezota que yo soy una persona y tú otra, y que estamos en igualdad de condiciones. No te vayas haciendo a la idea de que me vas a mangonear como a Bruce y que acabaré siendo tu esclava. Ni que voy a ir rodeada de escoltas, ni nada por el estilo. Por cierto ¿no has pensado que los escoltas también me miran el culo?

- ¡Oh Dios! -Se tapó la cara con las manos.

Elizabeth casi no podía respirar de la risa.

- Nos queda mucho camino por andar Sammuel, a los dos, pero lo andaremos juntos. ¡Será divertido!

- Si con divertido te refieres a que moriré de un infarto, sí, desde luego la cosa promete

Ella se rió y se fue directa a meterse su miembro en la boca, que estaba en modo reposo, pero en cuanto se lo metió, al contacto con la lengua, se puso tan grande que ya no le cabía de ninguna manera en la boca. Lo besó, lo lamió. Arriba, abajo, masaje, muslos, culo... Sammuel clavaba las manos en la madera. Al final se corrió y ella le succionó hasta la última gota. Elizabeth se incorporó y le miró relamiéndose.

- Mmmmm

- Eres mi jodida perdición –Sammuel respiraba aún con dificultad

- Y tú eres la mía.

- Nunca te dejaré huir de mí Elizabeth, eres mía, para siempre.

Elizabeth sintió una punzada en su corazón. Nunca antes había latido así, lleno de algo nuevo que hasta entonces desconocía. De repente se sentía completa, llena de dicha. No se agobiaba. Quería ¿más?

Pensó que si Sammuel no tuviera este carácter posesivo y dictatorial, nunca llegarían a nada. A ella le atraía un hombre que la doblegara, que la cogiera por las riendas, y que a la vez se sintiera protegida junto a él, su arrolladora personalidad era lo que más le cautivaba de este hombre. El problema radicaba en que ella tenía un carácter rebelde y para nada sumiso, que era lo que a su vez a él le volvía loco de ella... Pero todo esto también era la perdición de ambos, su posible talón de Aquiles si no aprendían a controlarlo.

Todo esto se podía resumir en una sola palabra: pasión. Fuera para bien o para mal, lo que había entre ellos era pura pasión, por eso estaban destinados a estar tambaleándose continuamente en la cuerda floja del amor.

Sammuel la atrapó entre sus fuertes brazos, se besaron y amaron, quedándose, al fin, dormidos.

CAPITULO 55

De madrugada Elizabeth se despertó y Sammuel estaba mirándola, ella le miró

- ¿Qué pasa? –Preguntó ella extrañada

- Eres como un ángel, nunca sé si te vas a desvanecer –Dijo Sammuel a modo de explicación.

- Quiero que me cuentes quién eres Sammuel Roc. No quiero que haya fisuras entre nosotros, necesito confiar en ti.

- ¿Qué quieres saber?

- Tu historia. De dónde vienes. Qué le pasó a tu madre. ¿Cómo has llegado a ser quien eres? Tu padre... ¡Todo!

Sammuel se tensó y fue a prepararse una copa de vino, trayéndole otra a ella.

Cuando volvió a la cama, ella estaba sentada como un indio y él se la colocó entre sus piernas, quedando uno frente al otro, con las piernas de ella alrededor de la cintura de él hacia atrás y las de él rodeándola a ella.

- Yo tenía 16 años. Mi madre se llamaba Catherine y Roc era su apellido de soltera. Me tuvo con 24 años, con lo cual ese maldito año cumplía los 40, pero no llegó a hacerlo. Mi padre bebía los vientos por ella. Siempre recordaré cómo la miraba.

Llevaban toda la vida juntos, desde que la vio, siendo niños, se enamoró perdidamente de ella. No pasaba ni un día en que no la dijera que la amaba y contaba los segundos para llegar a casa del trabajo y volver a tenerla entre sus brazos. Ellos sí que eran dignos de protagonizar una película de amor. Era guapísima, rubia, alta, delgada pero no en exceso, tenía sus curvas, como tú, y tenía los ojos... ¿adivinas de qué color?

- ¡Violetas!

- Sí, yo heredé los ojos de ella, es lo único que me queda. Y su recuerdo, claro.

- ¿Qué recuerdas de ella? Ha pasado mucho tiempo, 15 años.

- Recuerdo cómo me miraba, cuando me besaba, cuando dormía conmigo en las noches de tormenta porque me daban miedo, su sonrisa, siempre estaba feliz y se reía mucho. Todavía hay veces que la oigo llamarme por mi nombre, con esa adoración. Ese amor tan grande, incondicional, que solo una madre puede darte. El sentir que nada malo iba a pasarme porque ella velaba por mí en todo momento. Siempre estaba ahí, a mi lado. Todo eso desapareció con ella.

A Sammuél se le cayó una lágrima, seguida de otra. Elizabeth le apretó contra su pecho, con más lágrimas todavía de él en la cara. Pero respiró profundo, se limpió la cara y prosiguió.

- Mi padre siempre ha estado obsesionado con que se hiciera pruebas de memoria porque era “un tanto despistada” decía ella. Pero ese despiste pronto se convirtió en principios de Alzheimer. Mi padre la llevó a los mejores médicos, se gastó casi todo su dinero en tratamientos, pero todos los especialistas le dijeron lo mismo. Era un caso muy particular porque no suele darse en gente joven, pero era posible. Yo no recuerdo verla llorar, que lo haría, y mucho, pero delante de nosotros siempre estaba feliz y nunca nos dio una voz. Sí recuerdo a mi padre, que se volvió huraño y estaba siempre de mal humor. Nosotros no nos enterábamos de nada. Pasó el tiempo y cada vez tenía más despistes y cada vez más gordos. Recuerdo que un día se perdió al volver a casa y mi padre la estuvo buscando con la policía. Cuando la trajeron no recordaba dónde había ido ni por qué. Me recordó a una niña perdida.

- Pobrecita, no me lo quiero ni imaginar. Tuvo que pasarlo fatal.

- Más que eso. El día en que todo sucedió era mi cumpleaños, el 7 de Noviembre. Lo tenía todo preparado, llevaba días organizando mi 16º cumpleaños, la tarta, los regalos, los amigos... Estábamos todos en el salón jugando. Fui a la cocina porque salió a buscar la tarta y ya tardaba mucho, me dijo papá “Sammuel ve a buscar a tu madre, ¡a ver si es que se está comiendo la tarta ella sola!”. Entré en la cocina tan feliz “¡mami!” y la vi sentada en el suelo con las manos revolviéndose el pelo, me miró al verme como quien mira a una persona cuando se le cruza por la calle, sin más. Me abracé a ella “¿Qué te pasa mamá?”, ella me apartó y se levantó corriendo asustada “¿Quién eres tú?” me dijo horrorizada, yo recuerdo que no podía parar de llorar. Mi madre no me conocía...

- Oh, cariño. Shhh. Déjalo Sammuél, por favor, no quiero verte así. Elizabeth le abrazaba fuerte, pero él no encontraba consuelo, prosiguió como pudo. Armándose de fuerza. Estaba medio enfadado medio triste.

- Tengo que acabar, es la primera vez que lo cuento desde que pasó y me resulta difícil. Es como estar allí de nuevo.

Tomó aire y continuó. Hablaba con rabia

- Después de eso mi padre se la llevó arriba para que se relajara un poco y volviera a recordar donde estaba y quien era. No sé por qué, pero mi padre la calmaba cuando estaba así, le reconocería su subconsciente, no sé. Los médicos no encontraban explicaciones. Ni para eso ni para nada en verdad. Todos se acabaron yendo, porque yo no dejaba de llorar. Nos quedamos Ian y yo con la señora Wilson, que nos intentaba consolar como podía la pobre mujer.

- Sí que es verdad que lleva contigo toda la vida

- Te contaré su historia en otro momento. Siempre ha cuidado de mí.

Se quedó mirando a la nada y añadió

- No sé cómo contar esto, no lo puedo soportar. No me he permitido nunca recordarlo y ahora lo estoy reviviendo todo, las yagas vuelven a sangrar. Se hundió en el regazo de Elizabeth y lloró, lloró como había llorado aquel día y como no había vuelto a llorar nunca más. Ella le besaba y le abrazaba, llorando casi más que él.

- Déjalo mi vida, de verdad, te lo ruego. Vamos a hacer otra cosa –Le dijo Elizabeth al fin.

- Estoy bien.

Mi padre bajó a reunirse con nosotros, dijo que ya estaba más tranquila y que volvía a ser ella. Me dijo que subiera con ella, que estaba muy triste por no haberme conocido y no dejaba de llorar, pero que aún así le gustaría verme para poder cantarme el cumpleaños feliz como era debido. Subí las escaleras como alma que lleva el diablo y... la encontré colgada de la lámpara...

- ¡Oh Sammuél, Dios mío! ¡No!

- No quiero recordar lo que pasó después, eso ya te lo dejo para tu imaginación. Es demasiado para mí. Resumiendo, nos quedamos dos niños en plena pubertad a cargo de un hombre con el corazón masacrado. No sé cómo yo no hice lo mismo. Ahora, cuando lo pienso, no sé de dónde el cuerpo saca las fuerzas para soportar tanto dolor. El dolor físico es superable, pero el dolor del alma no se cura jamás.

- Sammuél ahora entiendo muchas cosas, ese miedo exagerado que tienes a que me pase algo o a que te abandone y no vuelva cada vez que me voy.

- Siento que puedo perderte para siempre cuando te vas.

- Lo siento, no lo volveré a hacer, te lo juro mi amor.

- Gracias Elizabeth. Haces que dentro de toda esta mierda me sienta un poco mejor. Me da miedo entregarme por completo a ti porque sólo conocí un amor y lo perdí, por eso no quiero abrirme del todo... Mejor dicho, no quería...

porque ya es demasiado tarde.

Elizabeth sonrió. Él respiró hondo.

- Siempre he sentido que yo tuve la culpa de que lo hiciera, si no hubiera montado ese escándalo de niño mimado, no se hubiera sentido tan mal. Mi padre también me culpó durante muchos años.

- ¡No no no no! ¡No te permito ni que lo menciones siquiera Sammuell!, tú eras un niño, por el amor de Dios, no sabíais nada de su enfermedad, reaccionaste como cualquiera hubiéramos hecho en esa situación, ¡incluso reaccionaste demasiado bien!, yo sí que hubiera montado un pollo. Ella tuvo miedo y no quiso pasar por esa experiencia otra vez, ni que la pasarais vosotros. Tomó el camino más fácil para ella, fue egoísta y no pensó en vosotros.

- Ni siquiera lo hizo después de hablarme o besarme. Me mata pensar que lo último que me dijo es que yo no era su hijo y recordarla con esa mirada vacía mirándome como si nada.

- Mi vida, estaba enferma, solo tienes que repetirme eso. No tienes la culpa de nada, ¿de acuerdo? ¡De nada! Dímelo.

- Cada uno ve las cosas de manera distinta, no puedo evitar sentirlo así

Elizabeth le besó

- ¿Qué pasó después? ¿Cómo te convertiste en el misterioso señor Roc?

- Pasaron los años como pasan las hojas de un libro al que no prestas atención cuando lo lees. Mi padre casi ni aparecía por casa. Ian comenzó a drogarse y todo eran problemas. Lo llevaron a un centro de desintoxicación dos años y yo me quedé solo. Así que me sumergí en los estudios y así conseguí que me dieran la beca para Harvard. Mi padre hizo lo mismo con la Editorial, fue su refugio para no tener tiempo de pensar, así que reportaba ingentes cantidades de dinero. Terminé la carrera con honores y en seguida abrí el primer Hotel. Nada me importaba, me dejaba llevar, pasaba un día, pasaba otro, mujeres, dinero, fiestas, negocios... Así, hasta que un día apareciste en mi vida y conseguiste que volviera a sonreír.

- Y yo encima no dejo de huir de ti.

- Exactamente, lo único que haces es salir corriendo cada vez que me ves, así que tampoco me ayudas mucho a confiar.

- ¡Oye tampoco es así exactamente, tú también tienes tu culpa!

- ¿¿¿Nooo!?? ¡Ah, no! Se me olvidaba, antes de salir corriendo, siempre me la lías, no puedes salir corriendo sin más, claro.

- ¿Qué dices?

- En un Restaurante de prestigio casi me pegan los camareros por huir sin pagar la cuenta. En Malibú casi me detienen por allanamiento de morada. En París por escándalo público. He dormido una noche en Comisaría... ¿Qué más?

- ¡Todo eso no ha sido culpa mía! Lo has hecho tú solito ¡porque estás tarado!

- ¿Tarado?, a cualquiera que le cuente que el día que te voy a presentar a mi familia me haces que me pegue con mi hermano y le chillas a mi padre “viejo cabrón” ¡No se lo creería! ¿Y el tarado soy yo? ¡Por favor Elizabeth!

Elizabeth escupió la copa de vino que se había servido por la risa, ¡menos mal que la alfombra era negra! Estuvieron los dos llorando de tanto reírse, sin poder parar.

- La conclusión es que estamos los dos un poco mal de la cabeza, ¿no? –Decía Sammuell intentando serenarse.

- Sí, ¡pero tú un poco peor!- Le dijo Elizabeth dándole en el brazo, haciendo que él derramara su vino también.

- Ven aquí, pagarás lo que has hecho

La cogió por los pies y la arrastró hasta él. Ella intentaba escapar, pero no tenía nada que hacer, por supuesto. Se sentó encima de ella, que estaba boca abajo gritando improperios y le advirtió

- ¿Se rinde señorita Hudson?

- ¡Jamás!

- Eso es lo que más me gusta de ti

Sammuel la dio un masaje en la espalda, terminando en el culo. Le separó las piernas y poco a poco fue masajeadando, bajando para masajear también sus partes más que húmedas. Le acarició los labios inferiores y superiores, el clítoris, el ano...

Elizabeth gemía de gusto. Lo hacía tan bien, sabía dónde y cómo tocar en cada momento, era increíble. Cada vez que parecía que le iba a introducir el dedo, no lo hacía y eso la ponía más caliente todavía. Esa anticipación la ponía a mil. El que no tuviera prisa por ir al grano la volvía completamente loca de placer. Después de un buen rato de masaje, ella estaba deliciosamente excitada, él la rozaba con su miembro erecto cada vez que se movía, a propósito. Así que una de las veces, Elizabeth ya no se contuvo más, se dio la vuelta y le agarró el tronco duro, introduciéndoselo ella misma de golpe. Lo que hizo que él también soltara un gruñido de placer por la sorpresa. Ella abrió las piernas y levantaba las caderas para frotarse contra él. Sammuell se balanceaba dentro de ella, sin salirse ni un centímetro, haciendo presión en su clítoris con su ancho tronco.

- Contigo hasta la postura del misionero parece ser extraordinaria, nena.

Elizabeth le sonrió sudorosa, con las pupilas dilatadas, en éxtasis. Con un par de movimientos de cadera de Sammuell, gritó “¡Oh, sí Samuel!”, dejándose arrastrar al séptimo cielo. Él entonces salió y entró cuatro veces y se fue con ella.

Los dos jadeaban empapados de sudor.

- Gracias por abrirme tu corazón Sammuell, ahora ya no quiero alejarme más de ti.

- ¿Pero no será por pena?
- Roc causas muchos efectos en mí, y créeme, la pena no es uno de ellos.
- Me siento mejor habiendo sacado toda esa basura. Más ligero. Ahora ya sabes quién es Sammuél Roc y la carga que conlleva. Y lo mejor de todo, es que aún así, has seguido a mi lado. Esta vez no has huido. Le cogió la cara con ambas manos mirándole fijamente.
- No voy a irme a ningún sitio Sammuél, ¿me has oído?
La besó y la abrazó tan fuerte, que le dolían los brazos, pero así se quedaron dormidos hasta bien entrada la mañana.

CAPITULO 56

El sonido del teléfono los sobresaltó. Como habían bajado los estores de las cristaleras, no entraba realmente tanta luz como había fuera.
Elizabeth se despertó un poco, hasta que de repente fue consciente de dónde estaba y salió de la cama de un salto.
- ¿Pero qué hora es? ¡Joder, la reunión!
- Buenos días nena
Sammuel le regaló una sonrisa deslumbrante desde la cama mientras se estiraba y ella corría por el despacho como una loca.
- ¿Sí Betty dime?
- Buenos días señorita Hudson, le están esperando los clientes en la planta 15, ¿quiere que les diga algo?
- ¡Mierda!
- ¿Disculpe?
- Nada, nada Betty eh, no era a ti. A ver, organización. ¿De cuánto tiempo disponemos?
- Técnicamente de nada señorita Hud...
- Muy aguda Betty –La cortó- A ver, hay que entretenerlos como sea. Ponles una película, cántales una saeta, baila el corro de la patata con ellos... ¡No sé!, lo que se te ocurra Betty, en 20 minutos estoy abajo ¿de acuerdo?
- Pero yo no sé... ¿Qué es el corro de la patata señorita...?
- ¡Betty deja de lloriquear como una tonta y coge el toro por los cuernos, joder!
La colgó el teléfono y salió disparada al baño. Sammuél la observaba con cara de chiste
- ¿Sabes que esa pobre chica seguro que tiene pesadillas contigo cada noche?
- ¡Pocas tiene! No entiendo qué vi en ella cuando la contraté, ¡es que no sirve para nada! Yo necesito un todoterreno y ésta no llega ni a Scooter ¡Dios!
- Pobrecilla, la pones nerviosa y se bloquea, la tratas fatal
- Déjame en paz Sammuél, no tengo tiempo para chacharas, a saber cómo tratas tú a tus esclavos
- ¿Esclavos? –Sammuel contuvo la risa
Elizabeth se duchó y lavó el pelo en 4 minutos. Se maquilló y peinó con una coleta alta y estirada hacia atrás con el pelo mojado en otros 4 minutos. Sammuél estaba apoyado sobre el marco de la puerta de brazos cruzados, admirando cómo ella iba a través de los sitios como Flash, pero aún así, siendo la mujer más sexy del planeta.
Se vistió con la ropa de cambio que tenía en el armario, impoluta “gracias al cielo, si tengo que llevar el vestido de ayer, en el estado en que se encuentra, me confunden con una mendiga”, pensaba.
Se puso el body color frambuesa que llevaba ayer y Sammuél silbó
- Joder nena, voy a estar todo el día empalmado pensando en esta imagen.
- Pues tendrás que esperar hasta la noche.
Falda de tubo de Chanel de pata de gallo blanca y negra a la altura de las rodillas. Tacones de 15 centímetros blancos de Dior Shoes y una camiseta de licra ajustada de tirantes negra de Armani. Otros 4 minutos más.
Se miró al espejo y dijo
- Deséame suerte Roc.
- Es imposible que no la tengas nena, estás de infarto. Me encantaría ser tu cliente para estar en esa reunión.
- Tú ya has sido mi cliente y no viniste a ninguna reunión.
- Me arrepiento tanto de no haber venido, mmm, solo podría pensar en ponerte sobre la mesa...-Se acercaba a ella acechante
- ¡Vamos, no empieces, tengo prisa!
Él la miraba ardiendo en deseo, pero ella intentó no caer en su señuelo y salió corriendo hacia la puerta. Sammuél la detuvo en seco agarrándola por el brazo:
- Se te olvida algo
Ella le dio un beso rápido, pero él la sujetó por la cadera y la metió la lengua en la boca, haciendo que se mojara entera de nuevo. Se separó de él haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad y respirando con dificultad:
- ¿Te veo en casa esta noche?
- Estaré esperándote nena.
- Qué bien suena eso
- Mejor sabrá
Él le dio otro beso rápido y un azote en el culo.
Elizabeth desapareció corriendo hacia el ascensor.
“¿Qué habrá liado Betty?” “¿Me la encontrare jugando a las palmas palmitas con los clientes?”. Se iba preguntando mientras bajaba. Se retrasaba exactamente 15 minutos, tendría que ser más que amable.

Respiró profundo y abrió la puerta de la sala de reuniones. Se quedó bastante sorprendida ante lo que vieron sus ojos, aunque tuvo que disimularlo, y mucho. La escena consistía en Betty delante de 12 hombres trajeados mirándola y ella exponiendo la presentación de Hudson Enterprises delante de una pantalla gigante de proyecciones. Era el vídeo promocional de la empresa, ¡Qué buena idea!, encima la había ahorrado trabajo, ¡Qué alegría!

Elizabeth al entrar, como la sala estaba un poco oscura por la proyección, no quiso interrumpir y se quedó en un rincón, observando, a espaldas de todo el mundo. Nadie se percató de su llegada. Anonadada vio como a su secretaria, la que ella creía medio tonta, por no llamarla tonta entera, no le temblaba lo más mínimo la voz.

Cuando hubo terminado, Betty volvió a encender las luces y se ruborizó al ver allí a Elizabeth, claro que la pobre también sintió un gran alivio al ver que no tendría que improvisar más.

- Y ahora me gustaría dejarles con la persona que hace que todo esto sea posible, nuestra directora, Elizabeth Hudson.

Todos se giraron a mirarla, emocionados, como si hubieran sido testigos de un truco de magia entre las dos y ella avanzó hasta la cabecera de la sala, estrechando la mano con una sonrisa esplendorosa a su secretaria. Allí estaba la Betty de siempre, de nuevo volvía a ser un flan. Sammuell tendría razón, ¿la tenía miedo?, pero ¿qué se pensaba que la iba a hacer?

- Muchas gracias Betty, magnífico trabajo, sigo yo, si no te importa.

- Gracias señorita Hudson. Señores, ha sido un placer, si me disculpan.

Todos se levantaron de sus sillas hasta que Betty salió de la sala.

- Caballeros, tomen asiento, por favor –Les indicó Elizabeth con la mano.

Elizabeth se sentó en el sillón, a la cabecera de la mesa ovalada de madera maciza, que ahora comprobaba que era nueva también, “qué bonita”, pensó. A la vez que echó un vistazo rápidamente a las sillas, los cuadros... Sorprendentemente todo era de su agrado.

- Como mi ayudante ya les ha explicado cuál es la filosofía de la empresa y algunos de los trabajos que hemos realizado. Pasaremos a centrarnos en lo que es el servicio específico a realizar para ustedes.

Sacó los dossiers y se los entregó a cada uno para hacer una valoración de cómo enfocar el tema y por dónde podrían conducirlo para que tuviera más público.

Estaban debatiendo las distintas propuestas, cuando llamaron a la puerta. Elizabeth respondió intrigada, ya que nunca le habían interrumpido en una reunión con un nuevo cliente, todos sabían que no debían hacerlo, por miedo a desconcentrarla y a la posterior represalia. Era una regla básica.

- ¿Adelante?

- Disculpeme señorita Hudson, llego un poco tarde, pero ya sabe, el tráfico... Señores.

Sammuel inclinó la cabeza saludando a los presentes y tomó asiento al lado de ella, que no terminaba de creerse lo que estaba pasando en esos precisos momentos. Allí estaba todo perfecto, con su traje impecable de chaqueta y corbata gris oscuro, como un pincel.

- ¿Por dónde iban? – Dijo Sammuell, haciéndose con la atención de los allí presentes y con el dominio de la situación

- La señorita Hudson nos acaba de presentar el proyecto que cree más adecuado a nuestro producto de entre todos los que nos han diseñado – Le explicó uno de los jefes de publicidad de la empresa del cliente.

- ¿Y qué les parece?

- Estábamos debatiendo si este dará los resultados óptimos, ya que pensamos que el número dos es más acorde con nuestra idea inicial. Elizabeth se levantó y se puso en medio de la sala, le estaba tocando la moral que Sammuell estuviera allí, pero se aguantó las ganas de cogerle por el pelo y arrastrarlo a la calle para no quedar en evidencia. Intentó seguir el juego:

- Acabo de hacer conocedores a nuestros posibles clientes que el proyecto número dos, se adecua efectivamente a la idea inicial. Pero, como todos sabemos en el mundo empresarial, no es más conveniente lo que se adecue a nuestra idea inicial, si no lo que reporte más beneficios a la empresa, que en este caso sería el proyecto número siete. Aún distanciándose de la idea que en un principio teníamos, madurando y evolucionando junto al producto. Creo sinceramente que lo más inteligente y ventajoso para ustedes es el cambio. La modernización, pero siempre manteniendo el sello inconfundible que los caracteriza. Su firma. Y esto es lo que precisamente ofrece el proyecto número siete. Conclusión: se mantiene el interior y se cambia el envoltorio.

Sammuel solo lograba mirarla embobado. Estaba muy serio. La miraba como un águila real mira al ratón desde lo alto. En esos momentos, si ella se lo pidiera compraría todos los proyectos sin dudar.

Elizabeth tenía el poder, manejaba a los hombres a su antojo, un caer de pestañas y les vendería los 10 proyectos si quería. ¡Era una diosa! Lo único en que pensaba Sammuell era en cogerla y quitarle la falda contra la mesa, madre mía, cómo se estaba poniendo de duro... Pero de repente fue consciente de que lo mismo estarían pensando los doce

hombres allí sentados y sintió un deseo irrefrenable de cogerla a hombros y llevársela de allí. O de estrangularlos a todos. Definitivamente hubiera sido mejor no haber ido. Estaba absorto en estos pensamientos, cuando ella carraspeó, mirándole con desdén, le señaló con la cabeza a uno de los hombres, que le quería

hacer una pregunta, ¿a él!:

- ¿Y usted qué opinión tiene sobre todo esto señor...?

- Borc, señor Borc –Se apresuró a contestar Sammu

Elizabeth soltó un bufido

- La opción número siete será la mejor que puedan escoger. Siempre podrán volver a la dos si no funciona. Un poco de riesgo nunca está de más en la vida.

Es más el beneficio que pueden sacar que el riesgo que corren. Así que coincido, obviamente, con la señorita Hudson. No está donde está por nada ¿no creen? –Y la sonrió encantador.

- Eso es evidente señor Borc, es la mejor sin duda. Señorita Hudson, le agradecemos infinitamente su esfuerzo, pero como ya sabe usted, debemos consultar algo tan importante como es cambiar la imagen de nuestra empresa.

Nos quiere embarcar en una aventura arriesgada, pero creemos que bastante

acertada. Así que en cuanto convoquemos una Junta General de Socios, se exponga y se apruebe, será la primera en conocer nuestra decisión. Ha sido un auténtico placer.

- Lo mismo digo, estoy a su disposición para cualquier duda o consulta que me quieran hacer. Confío en que la aventura sea más fructífera que arriesgada.

- Si usted lo dice, así será. Tendrá pronto noticias nuestras.

Se estrecharon todos las manos. Y se fueron, acompañados por la secretaria de la planta 15, hasta abajo.

Sammuel cerró la puerta con el pestillo tras ellos y Elizabeth le gritó

- ¡¿Se puede saber qué cojones te crees que haces Sammuel?!

Él la miraba desde el otro lado de la sala en silencio, avanzando despacio hacia ella y desnudándola con la mirada

- Cariño me moría por verte dominándolos a todos con tu látigo, no pude evitar la tentación

- Te has pasado, con el trabajo no se juega

- No he abierto el pico –Sammuel se defendía, mostrando las palmas de las manos en posición de salvaguardia.

- ¡Solo hubiera faltado eso!

- Si hubiera sido yo el que tuviera la reunión contigo, te hubiera hecho sudar tinta, señorita. Sólo por verte suplicarme clemencia.

Había llegado a su altura y se había colocado tras ella. La mordió la oreja despacio, agarrándola por la cintura fuerte, restregándole su erección en el culo. Ella suspiró.

- Soy la mejor Roc, nadie me pilla jamás en un renuncio, puedes preguntar lo que quieras.

La puso contra la mesa y la subió la falda, introduciendo un dedo en su interior y susurrándole contra el cuello

- Me gustaría comprobarlo, aunque he de admitir que me has puesto muy cachondo en tu faceta profesional

- Dejaste escapar tu oportunidad Roc

- No veas cómo me arrepiento

La dio la vuelta y la puso de frente a él, agarrándola por la nuca, besándola apasionadamente, sin darle opción a escaparse. La subió en la mesa, metiéndose entre sus piernas, las sujetó con los brazos por detrás de las rodillas, y poniéndoselas apoyadas en sus hombros, se bajó la bragueta.

- Todos deseaban lo que es mío Elizabeth le miraba desafiante recostada sobre la mesa, con sus pies entrecruzados en su nuca, él la agarró fuerte por las caderas y la apretó contra su cuerpo, haciendo que arqueara la espalda y gimiera al sentir el grosor de su miembro hasta lo más profundo de su ser.

- ¡Y es solo mío! –Gruñó él

Ella apretó los dientes para tratar de no hacer ruido. Sammuel la agarró por los pechos, acariciándola. Elizabeth no aguantaba más, necesitaba acción, estaba muy cabreada y se incorporó, subiéndose encima de él, bajando sus piernas para rodearle la cintura, abrazada a su cuello, entonces Sammuel avanzó y la apoyó contra la pared, envistiéndola con fuerza. Sabía lo que necesitaba.

- Llévame a la mesa –Suspiró Elizabeth como pudo

Sammuel la cogió por el culo y la puso sentada encima de la mesa, pero ella se puso a cuatro patas con el culo delante de su cara, contoneándose como una gata en celo.

- Joder –Gruñó él

La agarró por las caderas y hundió su cara entre sus piernas. Ella moría de placer. Su lengua la volvía completamente loca.

Luego, Elizabeth se dio la vuelta, seguía estando a cuatro patas sobre la mesa, pero de cara a él, le miró con malicia y se agachó, metiéndose en la boca su gran miembro, que estaba a punto de estallar. Sammuel se agarró al borde de la mesa para no perder el equilibrio, y cerró los ojos con fuerza para no correrse. Elizabeth lo succionaba con ansia y él la cogió los dos cachetes del culo con las manos y se impulsaba con ellos, haciendo más honda la felación.

- Me vuelve loco follarte la boca nena ¡Dios! -Bramaba enardecido

Elizabeth se incorporó, poniéndose de pie y lo agarró por el pelo, haciendo que se echara encima de la mesa, su polla estaba en alto, verticalmente allí en medio de la sala y él la miraba con los ojos inundados de lujuria y perversión.

- Vas a acabar conmigo, no puedo más nena

- Shhhh, cuando yo diga Roc

Elizabeth sin más preámbulo se subió a horcajadas encima de él y lo cabalgó salvajemente. Sintió el hormigueo entre sus piernas del orgasmo que se avecinaba, soltó un grito cuando notó que él explotaba en su interior sin poder aguantarlo más y cayó sobre su pecho extasiada, siguiéndole al instante.

- Ya has pagado tu castigo –Le riñó ella

- Joder, vendré a todas las reuniones

Cuando se estaban recomponiendo la ropa, los dos de pie junto a la mesa de nuevo, dijo Sammuel divertido:

- ¡Podríamos inaugurar todas las plantas!

- Sammuel, mira lo que me haces, me van a perder el respeto mis empleados.

- ¡No se van a enterar!

- Porque no se volverá a repetir

- Ahora cada vez que tengas una reunión me tendrás en la mente.

- Ah sí, lo que me hacía falta, tener tu polla en la mente mientras intento vender algo. Muy divertido Roc, ¿qué tienes 14 años? Tendré que mandar desinfectar la mesa.

- Elizabeth tu lenguaje

Ella no le hizo ni casi y abrió la puerta de la sala, mirando a ver si había alguien por allí, comprobando que la recepcionista ya había vuelto a su puesto.

- Déjame a mí, gatita

Sammuel le dio un beso. Salió de la sala de juntas, mientras ella se quedó mirando por la rendija de la puerta entreabierta. Él se dirigió a la chica de Recepción con un paso elegante y decidido, su sonrisa más devastadora y su voz de depredador.

- Discúlpeme señorita

- ¡Oh! –La chica sufrió un colapso mental al levantar la vista y toparse de pronto con ese torrente masculino, pero intentó no tartamudear demasiado, soltando risitas entre las palabras sin venir a cuento Me ha asustado... disculpe...(jjijji) pensé que no quedaba nadie dentro ...¿qué hace ahí?(jjijji) ... ¿puedo ayudarle en algo?

“Oh, por favor, no me extraña que no le atraiga ninguna mujer, mírala, parece lerda, si él chasqueara un dedo, se abriría de piernas encima de la mesa ahora mismo”, se decía Elizabeth con los ojos fuera de sus órbitas.

Sammuel siguió con su plan

- Si fuera tan amable de acompañarme abajo de nuevo, se lo agradecería señorita.

Hemos tenido aquí una reunión, se me han olvidado los dossiers, he subido a por ellos y ahora no sé exactamente por dónde debo ir.

- ¡Si, si, si, si, por supuesto, le acompañaré encantada! –La faltó tiempo para ir con él

Salió de detrás de la mesa y él la dejó pasar primero, inclinando la cabeza

- Después de usted

- ¡Gracias! - Dijo la recepcionista dando un saltito, seguro que mojándose enterita, con una risilla tonta de colegiala.

“Son todas iguales” se decía Elizabeth poniendo los ojos en blanco Sammuel echó un vistazo rápido hacia la puerta de la sala de juntas, guiñando un ojo, mientras desaparecían los dos en el ascensor.

“¡Será zorra! abandona su puesto de trabajo para acompañar a un tío bueno que no sabe ni quién es”, su yo malo estaba indignado.

“La despediré en cuanto vuelva”...., su yo malo estaba mirando al ascensor con los morros puestos

“¡Cállate!, tu le acabas de hacer cosas mucho peores a ese mismo tío y ni te has acordado que estás en el trabajo, lo que te pasa es que estás celosa”... se atrevió a decir el yo bueno, cansado de tanta tontería.

“¿Celosa? ¿Yo? ¡Qué idiotez!”...el yo malo disimuló como pudo

“¿Qué estará pasando en el ascensor?”, dijeron los dos yos al unísono.

De nuevo estaba riñendo consigo misma, mientras subía a su despacho de vuelta, cabreada.

“¿Esto no serán celos?”

“¡iiiiiiiSiiii!!!!!!” le gritaron los dos yos

Entró en la oficina. Menos mal que las chicas de la limpieza habían hecho un trabajo asombroso. Todo estaba en su sitio y brillante. Estarían asustadas de lo que se habían encontrado allí por la mañana al entrar. Ahora se alegraba de que firmaran el acuerdo de confidencialidad ellas también.

Mandó un whatsapp a Sammuel

“Espero que no se haya atascado el ascensor”

Al momento sonó el tono de respuesta:

“¡Ya la hubiera gustado a ella!”

Elizabeth sonrió y le contestó:

“Y a ti, ¡viejo verde!”

No tardó en llegar el siguiente:

“No hubiera tenido que insistir mucho”.

Ella le respondió nerviosa:

“Creí que había tenido suficiente señor Roc. ¿Se mete con cualquiera en un ascensor?”

A lo que él le dijo:

“Hay una gata salvaje que me tiene exprimido, no tengo ojos para ninguna que no

sea ella ¿crees que esto es suficiente?” Ella intentó no contestar más, tenía que trabajar, pero no se aguantaba las ganas y con una sonrisita tonta le escribió:

“Depende, para la gata sí, para ti no lo sé. No debes enseñar todas las cartas nada más empezar la partida palomito, sabes que la gata está al acecho”

Él la dijo:

“El palomito está deseando que le vuelva a dar caza su gatita, tranquila, en el fondo le va la marcha, es un palomo masoquista ¿O sea, que eres de las que se guardan los ases en la manga? Interesante saberlo”

Ella no podía dejar de escribirle, se divertía

“No me los guardo, mis ases están a la vista”

Sammuel y a estaba duro con solo pensar en ella, estuvo a punto de volver al despacho, pero se contuvo:

“Tus ases me vuelven loco y a ver si intentas que estén solo a mi vista. Estoy deseando volver a follarte nena”

Ella con una sonrisa de oreja a oreja y toda mojada de nuevo, le escribió “¡tengo trabajo!” y apagó el móvil, metiéndolo en el cajón del escritorio. Si no sería imposible trabajar. Este hombre era absorbente, incluso sin estar presente. A la hora de la comida la llamó Kelly y quedaron abajo, en la cafetería de siempre.

Cuando Elizabeth entró, ella ya estaba sentada en la mesa que les gustaba. La saludó con la mano para que viera que estaba allí esperándola.

Elizabeth se pidió su café con su muffin de crema de leche, cuando llegó a la mesa se dieron dos besos. Ya habían quedado varias veces, se tenían confianza para eso.

Además Elizabeth estaba encantada con el trabajo que estaba realizando Kelly.

- Bueno, antes de nada, enhorabuena

Elizabeth puso cara de sorpresa

- ¿Enhorabuena por qué exactamente?

Kelly las cazaba al vuelo y arqueó una ceja

- ¿Debería darla por algo más que no sea la ampliación de la empresa? ¡Ya tenemos 20 plantas!

- Oh, no, claro que no, ejem, por eso, ¿en qué estaba yo pensando?

Se dio un golpecito en la cabeza y sonrió falsa. Kelly intentó seguir indagando, despertó su curiosidad esa forma de actuar de su incipiente amiga. Dijo canturreando:

- Elizabeth... ¿Me tienes que contar algo?

- ¡No!, en serio que no. Muchas gracias Kelly, la verdad es que ha sido una grata sorpresa, como habrás podido averiguar, ha sido Sammuel el que se ha encargado de todo.

- ¡Oh, sí, desde luego! No se habla de otra cosa en la oficina

- ¿Ah no? ¿Y de qué se habla exactamente? –Dijo sutilmente

- Pues de que le tienes que tener muy enamorado para que haga eso por ti. Aparte de lo precioso que ha quedado todo, se lo ha currado un montón para que nadie dijera nada y estuviera todo perfecto para ese día... ¡Fue tan romántico! Todas

te odiamos Elizabeth, nos reconcome la envidia.

Elizabeth se rio

Elizabeth se rio

- La verdad es que sí, me gustó mucho. Las vista desde mi nueva oficina son una pasada, ya te lo enseñaré

- Por supuesto, ¡estoy deseándolo! ¿Y esa sorpresa tan grande no será un regalo de bodas, verdad? El señor Roc es conocido porque no da puntada sin hilo, esto huele a campanas de boda.

- ¡No, eso sí que no! Ya te dije que vamos despacio Kelly, cuando sea el momento te lo diré.

- Confío en que así sea

- Serás la primera

Brindaron con las tazas de café.

Brindaron con las tazas de café.

Pasaron el resto del descanso de media hora hablando de ropa, películas, famosas...

Pasaron el resto del descanso de media hora hablando de ropa, películas, famosas...

Cosas de mujeres.

Al subir de nuevo, estaba tan cansada que decidió irse a casa a dormir la mona el resto de la tarde.

- John, ven a buscarme, hoy me tomo la tarde libre.

Llegó a casa, y vestida como estaba, se tiró boca abajo en la cama. Se quedó completamente dormida en medio segundo.

CAPITULO 57

Intentó volver a ser consciente con gran dificultad cuando sintió que unas manos la desnudaban suavemente. Miró con los ojos entrecerrados que era Sammuel,

metiéndola en la cama, arrojándola. Le quiso decir algo, pero no tuvo ni fuerza. Se volvió a quedar dormida, ahora más profundamente al saber que ya estaba entre sus brazos.

A la mañana siguiente se despertó con Sammuel abrazado a ella por la cintura, con las piernas enredadas entre las suyas, pesaba muchísimo esa mole de músculos.

- ¡Uf!, tendría que haber comprado una cama de 4 metros, por Dios, ¿es que tienes complejo de koala? ¿Se te hace pequeña la cama y tienes que pegarte a mí? –Elizabeth tenía mal despertar por las mañanas.

- Yo también te quiero cariño -Le susurró Sammuel medio dormido, agarrándola más fuerte.

Ella se desperezó, estirando cada hueso de su cuerpo, se desprendió como pudo de ese cuerpo de hormigón y se fue a dar una ducha de agua fría. Le encantaba el agua fría. Cuando se estaba enjabonando sintió unas manos en su espalda y se relajó echando

Ella se desperezó, estirando cada hueso de su cuerpo, se desprendió como pudo de ese cuerpo de hormigón y se fue a dar una ducha de agua fría. Le encantaba el agua fría. Cuando se estaba enjabonando sintió unas manos en su espalda y se relajó echando

la cabeza hacia adelante para facilitarle el acceso a sus hombros. Esta vez Sammuell no intentó nada más, sólo relajarla. Era tan placentero...

Terminó con ella totalmente relajada. Elizabeth se aclaró el jabón y salió a ponerse su albornoz violeta. Él terminó de enjabonarse también. Cuando abrió el grifo del agua encima de su cabeza para aclararse el jabón, un torrente de agua glacial le congeló de arriba abajo, ¡sintió frío hasta en el cerebro...!

- ¡¡¡¡¡Me cago en la puta madre que la parió!!!!!!

¡Pegó un rugido que hizo que Elizabeth se cayera de culo por la risa!

- ¡¿Es que me quieres matar, joder?!

Estaba en un rincón de la bañera apartándose el mango de la ducha de él como si fuera la fuente del mal. Tenía una cara mezcla entre pánico y cabreo...

Elizabeth tirada en el suelo, se retorció de la risa, ¡la iba a dar algo! Le señalaba con el dedo y gritaba:

- ¡Nunca podré olvidar esta imagen, oh por favor!

Y se volvía a tirar contra el suelo de la risa.

Sammuel se contagió de verla y acabó riéndose también

- ¿Pero tú te duchas con este agua? ¿Qué está a menos 100 grados?

- ¿No sabías que era fría?

- ¡Qué voy a saber! Te he visto ducharte tan a gusto, no me ha rozado ni una gota de tu agua, ¿Cómo voy a pensar que te duchas con agua congelada?

- Es lo mejor para la circulación

- ¡Desde luego, con esto circula todo!

- ¡No seas llorica Roc!, no es para tanto, por Dios, pareces una damisela en apuros...

- Vas a ver lo que es una damisela en apuros, ¡ven aquí Hudson, no huyas!

Elizabeth ya había empezado a huir, claro. Salió corriendo hacia la cocina. Él salió de un salto de la ducha, parecía un tigre saltando por un aro de fuego, todos sus músculos en tensión, ¡qué agilidad!...

Corría detrás de ella, mientras Elizabeth se iba partiendo de la risa, con lo que perdía velocidad, así que se refugió en la isla de la cocina, dando vueltas alrededor de ésta, y cambiando de rumbo cuando Sammuell estaba a punto de atraparla. Él la miraba a los ojos como un auténtico depredador en plena caza y ella le provocaba más aún.

- ¿Pretendes quedarte así todo el día Elizabeth? No tienes escapatoria

- Tarde o temprano te cansarás, tu anciano corazón no aguanta muchos trotes, entonces escaparé

- Mi anciano corazón aguanta más de lo que nunca te imaginarías

- ¡Pervertido!

- ¡Bruja!

Elizabeth giró de repente porque Sammuell se acercó mucho a una de las esquinas, él hizo el giro también y de repente... ¡Pumba!, se empotró contra el mueble de los fogones... como iba lleno de jabón, se resbaló al hacer el derrape, dando con toda la cabeza en la esquina, que era de hierro. Todo se llenó de sangre en dos segundos. Elizabeth corrió a ponerle un paño de cocina en la herida. Él lo último que vio antes de quedarse inconsciente fue su cara de pánico gritándole:

- ¡¡¡¡Sammuel!!!

Elizabeth pulsó corriendo un montón de veces el botón rojo de llamada al apartamento de John, que estaba en medio de la pared, siempre bromeaban con él porque les recordaba al famoso teléfono rojo de la Casa Blanca. En menos de 3 segundos John estaba allí.

Lo mejor de John es que pasara lo que pasara y viera lo que viera, nunca mostraba un ápice de emoción, ni positiva, ni negativa. Nunca se ponía nervioso y actuaba de forma rápida y precisa. No como Elizabeth, que sin quererlo estaba temblando y llorando.

Examinó la herida en un nanosegundo y la tapó rápidamente.

- Tranquilícese Elizabeth. Es importante detener la hemorragia, está perdiendo mucha sangre, la herida es profunda. Así que por nada del mundo deje de presionar el paño ¿de acuerdo?

- ...Ssssi...- Consiguió decir ella

- Vamos al hospital.

John cogió a Sammuell en brazos y ella le iba apretando el paño, que estaba completamente rojo. Le puso uno limpio al salir. Bajaron al garaje. Le subió en el Cayenne en la parte trasera, poniendo la cabeza ensangrentada apoyada en las piernas de Elizabeth. Fue a 300km/h por lo menos, incluso siendo hora punta. Había que salir del centro porque el hospital estaba a las afueras y cada segundo era crucial.

Elizabeth no podía dar crédito a lo que estaba pasando, se le hacía eterno cada segundo

- Sammuell por favor, no me hagas esto mi amor. ¡Vamos John!

Iba rezando aunque decía que no creía en esas cosas, pero de algo serviría. Le miraba y le veía cada vez más blanco, inerte en sus brazos...

John paró de repente, había un atasco y a Elizabeth casi le da algo, "no podemos parar, cada segundo cuenta, aquí hay mucha sangre, ¡demasiada!" se decía histérica.

- ¡Joder! ¡Mierda! -Gritó John, dando golpes y mirando por todos sitios posibles vías de escape, había que salir de allí, ¡aunque fuera por la acera!

De repente, Elizabeth vio a lo lejos a un policía que circulaba en dirección contraria, bajo la ventanilla y se puso a gritar como una histérica, ya que no podía soltar la mano del trapo que apretaba la herida. Por fin el agente la vio, puso la sirena, y consiguió acercarse un poco, salió del coche patrulla y corrió hasta el coche donde chillaba la chica

- ¿Le pasa algo señorita? ¿Puedo ayudarla?

- ¡¡Llevamos un hombre que se está desangrando agente, necesitamos llegar al Hospital, cagando leches!!

El agente vio la cabeza de Sammuél que tenía sobre sus piernas todo rojo y a ella en albornoz y les gritó mientras iba corriendo hacia su coche patrulla:

- ¡Sígueme!

En un instante puso las sirenas y se abrió paso entre todos los coches del atasco. A

Elizabeth le recordó a la escena de Moisés abriendo el mar Rojo. John la miró por el retrovisor para decirle tranquilamente

- Probablemente le acabe de salvar la vida al señor Roc, Elizabeth.

- Es él quien me la ha salvado a mí.

CAPITULO 58

La habitación del hospital estaba muy fría. Todo era blanco. En silencio. Ella con su albornoz violeta y su pelo rojo era el único toque de color.

Estaba en la habitación que le habían asignado, en medio de dos gigantes, Bruce y John, nerviosos, aunque disimulándolo bien, para que ella estuviera más tranquila, o mejor dicho, un poco menos nerviosa.

En cuanto entraron en el Hospital, los médicos se lo llevaron corriendo en una camilla y no sabían nada más desde hace tres horas. Le estaban operando, solo sabían eso.

Andaba deprisa de pared a pared, no conseguía estarse quieta. Le temblaba todo, solo podía llorar. John varias veces se contuvo de abrazarla.

Por fin la puerta de la habitación se abrió y trajeron la camilla, y allí estaba él.

Tenía la cabeza vendada, estaba ya limpio, pero seguía igual de blanco, con unas ojeras muy pronunciadas y los labios morados.

Bruce y John se miraron y salieron fuera, ya había pasado lo peor, le habían conseguido estabilizar, los dos lo sabían.

Colocaron la camilla en su sitio, Elizabeth corrió a besarle muy despacio, con sumo cuidado y le cogió la mano:

- Ya ha pasado todo cariño, te vas a poner bien -Le susurraba al oído.

El cirujano que le operó se dirigió a ella

- ¿Es usted su mujer?

- Sí, sí, dígame cómo esta doctor por favor

- El traumatismo en sí no ha sido fuerte, el problema es que la superficie que lo causó era muy cortante y esto ha sido lo que ha motivado la gran cantidad de sangre perdida. Le hemos realizado dos transfusiones y le hemos dado 15 puntos de sutura. No tiene mayor gravedad. Es posible que esté unas horas inconsciente, días... Eso ya depende de él, de cómo vaya respondiendo al tratamiento. Es joven y está fuerte, hay un buen pronóstico.

- ¿Y la memoria doctor?

- No creo que revista mayor importancia de lo que la he comentado señora Roc, pero evidentemente puede afectar a la memoria. Un golpe en la cabeza nunca se sabe de qué manera puede afectar al paciente, desde el equilibrio a la memoria, pasando por el habla y un largo etcétera. La recomiendo que no piense en todos las posibles secuelas que le podrían quedar a su marido y se centre en la recuperación, que espero sea más pronto que tarde. Las primeras 24 horas son cruciales, intente que no haya ruido, ni luz excesivos y que no se mueva.

- Entendido. ¡Gracias doctor!

- ¿Se va a quedar usted aquí ingresada con él?

- ¡Sí, por supuesto!

- Mandaré una enfermera para que le traiga las cosas, me imagino que está cómoda con su albornoz, pero no me parece adecuado.

Elizabeth le miró y vio que estaba bromeando, así que soltó una sonrisa, que, después de tanto miedo y nerviosismo, le dio la vida.

Una vez cambiada de ropa, con un pijama azul del hospital, “no sé si prefería el albornoz”, se sentó en el sillón al lado de la cama de Sammuél, que estaba lleno de tubos, cables y maquinitas que pitaban de vez en cuando. Le cogió la mano de nuevo. Apagó las luces y solo se escuchaba el pitido de la máquina y sus respiraciones, además de algún que otro sollozo de ella.

- Vamos cariño, eres una roca, despierta. Estoy aquí. Esperándote.

Pero nada, ni un solo movimiento.

Pasó ese día. Nada.

Llegó la noche. Nada.

Por la mañana temprano, entraron las enfermeras para hacer las pruebas diarias, cambiar goteros, comprobar si había fiebre, tomar la tensión... Las chicas de la limpieza para cambiar sábanas, limpiar baños y traer comida a Elizabeth, que ni probaba. Eso era todo lo que sucedía.

John le trajo una maleta con cosas que a él le parecieron útiles, como el libro electrónico, el ipod de música, la tablet para comunicarse con el trabajo, pijamas, ropa, cosas de aseo, comida... Ella ni lo miró.

El segundo día. Nada.

La segunda noche. Nada.

A la mañana siguiente entró Bruce en la habitación después de enfermeras y limpieza. Le dijo a Elizabeth que fuera a dormir un poco a casa, que él se quedaría. Pero no hubo manera. Ella no soltaba la mano de Sammuél. Cuando ya se iba le preguntó:

- ¿Bruce has llamado al señor Williams?

- No, pensé que usted...

- Pues hazlo por favor.

A la hora, Robert Williams entraba por la puerta como un huracán. “El complejo de apisonadora está claro de quien lo ha heredado” se dijo Elizabeth poniendo los ojos en blanco nada más verle.

- ¿Dónde está mi hijo?

- Hola señor Williams

- Oh querida, ¿estás tú aquí?, menos mal, ¡pensé que estaba solo!

Otro que tampoco dejaría hablar al pobre Bruce, escuchó “Hospital” y “Sammuel” y salió volando.

Se acercó a ella y la abrazó, dándole un cariñoso beso en la frente. Elizabeth seguía sin soltar la mano de Sammuél. Luego bajó la mirada hacia su hijo y se le cayeron dos lágrimas, le dio un montón de besos en la cara con mucha delicadeza y ella se emocionó también.

- Creo que los voy a dejar solos señor Williams. Discúlpeme por no avisarle antes, pero es que con los nervios, la operación y todo, ni me he acordado, la verdad.

Cuando ella se levantaba para irse, Robert la volvió a mandar sentar

- Elizabeth llámame Robert, por favor. Quédate con él, tú eres la persona que querrá ver cuando despierte, si abre el ojo y me ve a mí en vez de a ti a su lado ¡se llevará un gran disgusto!

- Gracias Robert, yo tampoco me quiero separar de él.

- Ya lo veo jovencita, pero el que no os separéis, no significa que tú te pongas enferma también, no me gustaría estar en tu pellejo cuando despierte y te vea con esa cara demacrada, ¡estás tú peor que él!

- Es que no puedo comer nada ni dormir

- Pues haz un esfuerzo, si no, cuando le den el alta, no vas a tener fuerzas para cuidarle en casa, que seguro que es bastante tiempo. Y como sigas así te va a tener que cuidar él a ti.

- Vale, lo intentaré

- Lo harás

Se miraron los dos, aquello era claramente un pulso.

El señor Williams la miraba por encima de sus gafas. Tenía una mirada de persona vigorosa y llena de determinación, “otro macho alfa, no, por favor”, pensaba Elizabeth. Pero había un halo de tristeza en esos ojos, que llevaba siempre consigo. Tenía el pelo completamente blanco y los ojos azules, en un tono muy claro. Seguro que cuando era joven eran de un azul intenso. Incluso a sus 60 años era atractivo, así que tuvo que romper más de un corazón, aunque Sammuél decía que siempre había sido hombre de una única mujer, su madre.

- De acuerdo –Claudicó Elizabeth

- Muy bien, ahora cuéntame qué ha pasado.

- Resbaló y se dio con la cabeza en la esquina de la isla de la cocina, eso fue lo que pasó.

- Bruce me ha dicho que gracias a ti mi hijo no se desangró por el camino.

- Bruce es un exagerado.

- Gracias Elizabeth, no solo por eso, sino por todo. Mi hijo no era feliz desde hacía muchos años, y contigo ha vuelto a sonreír querida, han vuelto a brillar sus ojos, y eso no tiene precio para un padre. Te ama ¡y de qué manera! Robert no dijo nada más, se levantó para llamar al servicio de habitaciones. Cuando vino la enfermera, la dijo algo y se marchó. Al momento apareció la misma chica con una bandeja de comida, Robert se la cogió de las manos y se la puso a Elizabeth delante

- Come Elizabeth.

- ¡Vaya, se nota que Sammuél es hijo suyo!

- Un trato es un trato, es usted una mujer de palabra ¿no?

Elizabeth lo miró porque se refería claramente al edificio de la Editorial.

- Señor Williams yo...

- No es el momento Elizabeth, come criatura.

Le puso la bandeja delante y ella se apañó para comer con una mano. Sentía que si le soltaba la mano a Sammuél, se iría de su lado. Así que sólo le soltaba de él cuando ya no aguantaba más el pis, que iba corriendo al baño y regresaba a más velocidad todavía. Pellizcó un poco el pan y removió la comida, pero lo que se dice comer, no comió mucho.

El señor Williams estuvo toda la tarde con ella y a la noche insistió en quedarse para que ella durmiera, pero con una sola mirada de Elizabeth, supo que no la iba a convencer.

- Intenta descansar hija. Mañana volveré, si hay alguna novedad llámame por favor

- Lo prometo señor Williams

Robert la miró enfadado

- Robert –Dijo ella con una tenue sonrisa

La sonrió con cariño y se marchó.

Elizabeth se puso su pijama malva de Hello Kitty para estar por allí, cómoda, no era encaje, pero al menos no era el pijama horroroso del hospital.

A la mañana siguiente entró Sarah en la habitación y al mirarse las dos hermanas, fue cuando Elizabeth rompió a llorar como una niña pequeña. Sarah corrió a abrazarla, poniéndose de rodillas delante de ella, que estaba sentada en la butaca

para no soltar la mano de Sammuél. Estuvieron así casi media hora. Elizabeth no había llorado tanto en toda su vida y después de hacerlo, se sintió como nueva.

- ¿Qué ha pasado mi niña?- Le dijo Sarah acariciándole el pelo.

- Estábamos jugando, él tenía jabón de la ducha, resbaló al perseguirme y se dio en toda la esquina, había mucha sangre. ¡Salía sangre a borbotones Sarah! ¡Pasé tanto miedo!

- Cariño ya ha pasado todo, shhh, tranquila, está bien. Solo hay que esperar a que esté fuerte para despertar, no pasa nada, estas cosas pasan. ¡Si tuvieras hijos lo sabrías!, y tu novio es peor que diez niños juntos.

Elizabeth soltó una risa mientras se limpiaba los ojos con las manos.

- El médico no cree que pueda perder la memoria, pero no lo descarta.

- Liz no pienses en eso ahora, en serio, ya verás como todo queda en un susto.

Este hombre es como una montaña ¿Se te ha pasado por la cabeza que no te recuerde? Antes se muere. Vamos, no pienses en tonterías. ¿Has comido? Te he hecho cookies de caramelo, tus preferidas, y te traigo un café, toma.

No le dio tiempo ni a contestarla porque conocía a su hermana pequeña y sabía de sobra que no había comido nada, solo había que verla. Se comió una cookie mojada en café y dejó las demás en la mesita auxiliar.

- Están riquísimas Sarah, gracias

- De eso nada guapa, ¡te las comes todas!

- No puedo comer Sarah, tengo el estómago cerrado, me sentarán mal

- Lo que te va a sentar mal si no te las comes, va a ser el bofetón que te dé para hacerte entrar en razón. Con un enfermo ya tenemos bastante Liz.

Sarah le volvió a poner las galletas encima y Elizabeth se las comió a regañadientes, pero parecía que ese chute de azúcar le vino mejor que bien. Tenía las pilas cargadas de nuevo.

- ¿Necesitas algo? Te llevamos llamando desde hace dos días mamá y yo y no contestabas.

- Oh, me quedé el móvil en el cajón de la oficina, mierda. Ni siquiera he llamado a Betty para que cancele todo y sepa que no me he muerto.

- Menos mal que John llamó a mamá para contarle todo. Hasta mañana no ha podido coger un vuelo.

- Pero no hace falta que venga

- Ya lo veo ya. Liz pareces un zombi, ¿es que no te miras al espejo?

- No

- ¡Pues deberías! Así os podéis turnar mamá y tú para estar aquí, yo con los niños no puedo.

- ¡No pienso moverme de aquí Sarah! Si viene a sacarme de aquí, ya se puede ir dando la vuelta, ¡ni el mismísimo diablo me moverá de su lado!

- No seas bestia Elizabeth. ¡Solo queremos ayudarte!, si tarda un mes en despertar

¿vas a estar aquí como un alma en pena sin comer, sin dormir, sin atender la empresa? ¿Crees que cuando Sammuél se entere va a estar contento con eso?

¿Crees que cuando salga de aquí va a poder llevar una vida normal nada más

pisar la calle?, tendrás que estar con él en casa también... ¡Deja de hacerte la superwoman y mira las cosas con un poco de cordura, para variar!

- No voy a ningún lado sin él, no hay más que hablar.

- Y decías que no le amabas ¿no?

Sarah se fue por donde había venido dando un portazo tras ella.

Al poco rato John la trajo su móvil de la oficina, Elizabeth le miró sin entender cómo había adivinado él que lo tenía allí.

- Su hermana me dijo que se lo trajera.

- Gracias John

- ¿Está bien?

- Sí, tranquilo, ¿por qué no os vais a casa Bruce y tú? Ahí sentados todo el día no pintáis nada

- En casa tampoco

Y salió fuera.

Le mandó un whatsapp a Sarah:

“Perdóname por favor”

Sarah contestó de inmediato

“Estás perdonada, te quiero. Cuidate”

Elizabeth estuvo hablando con Betty casi una hora. Al principio, la secretaria se hizo caquita encima cuando la dijo que iba a faltar toda la semana. Pero al final

acabaron repartiéndose las tareas y quedaron en que Betty se encargaría de las

reuniones de presentación, ya que lo había hecho muy bien en la última, y Elizabeth supervisaría vía webcam y videoconferencia con el móvil las demás. Así no

tendrían que cancelar nada.

- ¿Y para todo lo demás?- Le preguntó Betty

- ¡Mastercard!

Elizabeth no se pudo aguantar en responderla eso, Betty dudó un segundo y al final soltó un bufido y se empezó a partir de la risa, con lo que acabaron las dos riendo como tontas.

- Vaya Betty, no creía que supieras reírte.

- ¡Ni yo que usted lo hiciera alguna vez conmigo señorita Hudson!

Se volvieron a reír por la osadía, a Elizabeth le hizo mucha gracia que esa ratilla de biblioteca tuviera narices para contestarla y que se riera de una broma. Y más aún, que en ese estado en el que estaba sumida, hubiera sido la única persona que la sacara un instante de su pena para hacerla reír.

Siguieron hablando de cómo lo tenían que hacer y al final se despidieron

- Betty confío en ti, eres mi mano derecha, demuéstreme por qué estás ahí.

- Intentaré que no se arrepienta señorita Hudson.

A Elizabeth le sorprendió lo tranquila que se había quedado dejando a Betty a cargo de todo. No sabía exactamente por qué, pero se fiaba de ella.

Esta conversación fue como un oasis en el desierto. Se dio cuenta de lo que amaba también su trabajo, lo que Hudson Enterprises significaba para ella. Se había olvidado, aunque solo fuera un momento, de todos los problemas, en cuanto había pensado en la empresa.

De repente se vio inmersa en un planteamiento absurdo, pero que a ella le resultó muy cuerdo. Sería la falta de proteínas y vitaminas en el cerebro. Estaba viviendo su película favorita en cuerpo y alma. En cierto modo H.E. eran “Los Siete Robles”, algo que debía defender a capa y espada para que no se fuera a pique, su medio de vida, o más bien, su vida en sí. Ella era Scarlett O'Hara, guapa, con dinero, inteligente, caprichosa, con mucho carácter, que maneja a los hombres a su antojo, que solo piensa en sí misma, pero luchadora y con un par de huevos.

Y vio a Sammuel como a Rhett Butler, un hombre con no muy buena fama por ser un vividor, guapo, adinerado, mujeriego, pero con un punto débil, ella. Y la amaba por encima de todas las cosas. Intentándola convencer todo el tiempo de que ella también lo amaba a él, aunque el orgullo de ella no le permitiera admitirlo.

¿Cuántas veces había visto esa película? ¿Mil? ¿Más? Y todas y cada una de ellas, había pensado en lo tonta que fue Scarlett por no querer admitir que lo amaba.

Elegió ser una desgraciada toda su vida, solo por el hecho de no querer darle la razón a él. Por su orgullo.

Cuando ella se da cuenta de que es verdad que le ama, que el amor de verdad es el que siente por él, ya es tarde, le ha perdido. Scarlet cree que él siempre va a arrastrarse tras ella, que su amor nunca morirá. Pero al final él se va, justo cuando ella le confiesa su amor, ya es tarde y es cuando él le dice lo de “Francamente querida, me importa un bledo”. Se tuvo que morir de pena cuando le vio salir por la puerta.

Ese sentimiento, el miedo a perderle, fue lo que la hizo reaccionar.

Esperemos que Elizabeth lo hiciera a tiempo. “¡Scarlett lo haré por las dos!, he aprendido la lección y no cometeré tu mismo error” y se vio en lo alto de la colina con el puño en alto diciendo “juro por Dios que nunca más volveré a huir de Sammuel”...Su yo maligno negaba con la cabeza y tenía los ojos cerrados “esta chica necesita descansar urgentemente”

“Si le contara este pensamiento a Tony estaría seguro de que he vuelto a fumar marihuana” se decía.

Pero se sintió como si hubiera descubierto el origen del universo, fue una revelación. Probablemente producida por el cansancio y la falta de glucosa en sangre, por supuesto.

A la tarde, volvió el señor Williams y estuvieron los dos charlando sobre negocios, inversiones, clientes en común, el sitio nuevo de la Editorial, lo maravillosa que era la oficina de la vigésima planta. Cómo se hizo hueco el viejo en la alta sociedad.

Estuvieron muy entretenidos, se caían bien el uno al otro. Más que eso, se admiraban mutuamente.

Cuando llevaban un rato allí, llamaron a la puerta y aparecieron dos ancianitos, acompañados por una señora que los ayudaba a caminar. Los acompañó hasta la cama, una vez allí, se salió fuera de la habitación.

La señora mayor tenía los ojos violetas y a Elizabeth se le detuvo el corazón al mirarla. El señor Williams corrió a saludarlos.

- La señora avanzó como pudo hasta su nieto, ayudada por el brazo del señor Williams, cuando estuvo a la altura de Sammuel lo abrazó con tanto amor, con una devoción..., siempre con cuidado de no rozarle la cabeza. A Elizabeth se le cayeron las lágrimas “ya se han abierto las compuertas, no hay fin”, pensó.

Cuando se incorporó de nuevo, después de mirarlo y hablarle con amor, le dijo el señor Williams.

- Señora Roc, le presento a la prometida de Sammuel, Elizabeth Hudson

- Encantada de conocerla señora, siéntese por favor -Elizabeth la cedió su sitio, soltando la mano a su amor y cediéndosela a su abuela, que le dio un beso en la mejilla a ella. Cuando se retiraba, la abuela la abrazó, era pequeña y le llegaba a la altura del pecho. Elizabeth le devolvió el abrazo sorprendida, pero con ganas.

- Encantada de conocerte al fin hija mía, qué guapa eres, no te hace justicia la descripción de Sammuel, y mira que te puso por las nubes ¿eh?

La acariciaba la cara y le limpiaba las lágrimas. Habían sentido una conexión muy especial las dos, esa ancianita tenía algo mágico.

- No llores niña, eres su ángel de la guarda, todos estamos tan agradecidos... Si Sammuel faltara...-Se le quebró la voz, se le llenaron los ojos de lágrimas y su marido la abrazó para consolarla.

- Tranquilízate Catherine, te va a subir el azúcar, esta señorita lo está haciendo muy bien y no hay de qué preocuparse ni pensar cosas que ya no van a pasar. Sammuel está en buenas manos.

- Encantada señor Roc y muchas gracias por sus palabras, hago lo que puedo. Se dieron un apretón de manos. “¡Vaya!, dos señores Roc y dos señoras Roc en la misma habitación” pensaba Elizabeth, porque en el hospital, a todos los efectos, ella era la señora Roc.

- Sammuel tiene un carácter difícil mi niña, pero un corazón muy grande, la quiere de verdad, lo he visto en sus ojos, y gracias a Dios, veo que es correspondido. Soy muy feliz. -Le decía la abuelita.

Estuvieron un ratito hablando. La abuela de Sammuel no soltaba la mano a Elizabeth, la miraba con adoración, fijamente a los ojos, captando cada gesto de ella, interpretando cada palabra, con esos ojos violetas que rezumaban vida, e inteligencia, incluso a sus 80 años. A la hora o así, la señora que los cuidaba entró a por ellos y se los llevó, antes se prometieron que cuando Sammuel estuviera bien, cenarían todos juntos para celebrarlo.

Elizabeth corrió a cogerle la mano de nuevo a Sammuel, como si le quemara sin ella. Sintió que se la apretó, ¿se daría cuenta de que era ella?, no, serían alucinaciones suyas.

- Están muy delicados y no deberían haber venido, pero han insistido tanto que no les pude decir que no.-Explicó Robert

- Me ha encantado conocerlos, son encantadores.

- Lo son, Catherine quiere a Sammuel más que a su vida. Es una pena que no haya sido consciente de que os conocíais, estoy seguro que le hubiera encantado veros juntas. Es como una madre para él. Se adoran.

Robert la miraba como pensativo mientras le decía estas palabras. El haberle gustado a la abuela era superar una prueba de fuego, no sabía por qué, y parecía haberla superado, con creces.

Entrecerró los ojos:

- Me gustas Elizabeth. Intenta tener paciencia con él. Lo ha pasado muy mal, mi hijo se merece ser feliz. Te ama más que a nada en el mundo muchacha, tenlo presente siempre. Eso es lo más importante en la vida. Con los años lo sabrás. Lo demás se va limando.

- Si le sirve de algo Robert, yo a él también.

- Ya lo sé. Hasta mañana hija.

¿Había dicho que lo amaba? ¡¿Y en voz alta?!

CAPITULO 59

Pasaron dos días más, Sammuel ya llevaba una semana dormido.

Bruce había salido hacía ya unos días a un viaje para investigar un presunto sospechoso por el tema del chantaje de las fotos.

Elizabeth se enteró porque una mañana al salir al pasillo los escuchó hablar a John y a él:

- Bruce ¿sales ya?

- Sí tío, volveré en unos días si todo va bien. Estaré al tanto de todo. Estamos en contacto ¿de acuerdo?

- De acuerdo, mantenme informado

- Te llamaré en cuanto tenga noticias. Quiero saber todo sobre Sammuel

- Descuida -Se estrecharon las manos y Bruce desapareció en el pasillo del hospital

- ¿Qué pasa John, a dónde se va Bruce? -Le preguntó Elizabeth preocupada

- Hemos encontrado una pista sobre el impostor de las fotos, va a ver si puede averiguar algo en su entorno. A ver si pillamos de una vez por todas a ese hijo de...Perdón

- Tranquilo, no pasa nada.

Elizabeth se quedó muda. El cerebro ya no le daba para pensar en eso también.

Carol llegó aquella misma tarde, John fue a buscarla al aeropuerto y se instaló en casa de Elizabeth. Iba y venía con John todas las mañanas, le traía comida a Elizabeth y ropa de cambio. No se quedaba mucho allí, pues ella no quería hablar ni nada.

Esa tarde se abrió la puerta de la habitación de Sammuel y apareció Ian.

Miró a Elizabeth y sintió un escalofrío por todo su cuerpo. No pensaba que esa mujer le volviera a provocar esa sensación, pero le temblaron las piernas. Se armó de valor y fingió indiferencia.

- ¿Se puede entrar preciosa? -Dijo con toda la naturalidad del mundo.

Ella estaba con la cara apoyada en la gran mano de Sammuel y con sus dos manos a la vez agarraba a los dedos de él. Al verle, levantó la cabeza, pero no le soltó la mano a Sammuel. Tenía el pelo un poco revuelto y cara de cansada, pero aún así era la mujer más bella que Ian había visto nunca.

- ¡Hola Ian!, me estaba quedando dormida - Le sonrió.
Se acercó a ella, le dio un ramo de flores que había traído, con una caja de bombones y la besó en el pelo, para que no se levantara.
- No quería molestar
- Tranquilo, no molestas. Gracias por las flores, le encantarán.
- No son para él.
- Oh...
- Qué sexy Hello Kitty
- Muy gracioso –Dijo ella mirándose su pijama
- ¿Cómo está el capullo de mi hermanito? ¿Qué ha dicho el médico? ¿Alguna novedad?
- Nada, esperar y ya está. Dentro de la gravedad, se mantiene estable.
Ian se sentó en una silla junto a la de ella.
- Elizabeth tienes mala cara, ¿necesitas algo? ¿te puedo ayudar?
- Eres muy amable Ian, te lo agradezco, pero lo único que necesito es que tu hermano se despierte, ya.
- Es muy afortunado de tenerte. Me muero de envidia.
Elizabeth se sonrojó
- Ian por favor, te ruego que no sigas por ahí.
- Disculpa, es que no lo puedo evitar.
Ian apoyó la mano en la parte baja de la espalda de ella, para darle ánimos
- ¡¡¡¡¡Quita esa mano de ahí o te reviento!!! -Gritó Sammuell levantando la cabeza
Inmediatamente hizo un gesto de gran dolor, se puso las manos en la cabeza, apretándose con fuerza y tuvo que volverse a echar en la almohada. Mil agujas le atravesaron el cerebro.
- ¡¡¡¡¡Sammuel!!!!
Elizabeth se abalanzó sobre él, besándole con los ojos llenos de lágrimas, le llenaba la cara de besos, los labios, no podía parar de besarle, él sonrió con dificultad.
- ¡Tranquila nena!, me voy a tener que caer todos los días con tal de que me beses así.
- ¡¡¡¡¡Sammuel estas bien, te acuerdas de mí!!!
- Ni aunque hubiera ido al mismísimo infierno me olvidaría de ti
Elizabeth no se soltaba de él, estaba abrazada a él como un koala al árbol.
- Me alegro de que estés bien hermano –Le dijo Ian tocándole en el hombro.
- Espérate a que este mejor, desgraciado. Te mataré.
- Ni enfermo eres racional Sammuell –Le espetó Ian enfadado, preguntándose si habría escuchado sus coqueteos con Elizabeth.
- ¡Lárgate Ian!, al final me voy a levantar para volver a atizarte. ¡Ni la mires! ¡Es mía! ¿Entendido? –Sammuel se tocó la cabeza del dolor de nuevo y cerró los ojos -¡¡¡¡¡Dioos qué dolor!!!
- ¡¡Sammuel tranquilízate!! Deja ya de hacer el tonto, Ian ya se iba, no te muevas, ahora vengo.
Elizabeth salió corriendo a llamar a las enfermeras, mientras Ian salía de la habitación, con la cabeza gacha. Nadie se enteró de que se marchó.
Las enfermeras corrieron a verle ante los gritos de Elizabeth, se quedaron paradas de golpe en medio de la habitación al verle con los ojos abiertos. Si dormido ya era guapísimo, despierto era indescriptible. Menos mal que reaccionaron enseguida, Elizabeth puso los ojos en blanco al ver la escenita, sabía el efecto que causaba su hombre en las mujeres.
Le tomaron la tensión, la temperatura, le quitaron el vendaje para que el médico lo examinara y ponerle uno limpio, le pincharon calmantes súper fuertes en el gotero para soliviantar el intenso dolor que podría sentir. Todo estaba en orden. Vino el médico que le operó, le examinó y al irse dijo:
- Señor Roc debe tener reposo absoluto, nada de sobresaltos ni movimientos bruscos, ha de estar tranquilo y echado. ¿Entendido? Al menos una semana. Mañana le daremos el alta, ya que aquí no hace ya nada. Los puntos se reabsorberán con el tiempo. La recuperación total será en casa. Bienvenido de vuelta, la señora Roc ha cuidado muy bien de usted, no le ha dejado ni un instante, es usted afortunado.
- Lo sé, gracias doctor... ¡Ah! ¿Doc., le puedo hacer una preguntita...?
- Dígame señor Roc
- ¿Mi mujer y yo podemos...? Ya sabe
- ¡¡¡¡¡Sammuel!!!! –Le gritó Elizabeth escandalizada
El médico sonrió y dijo divertido
- Sólo tiene mal la cabeza señor Roc, es lo que debe estar en reposo, las demás partes del cuerpo no están dañadas, que yo sepa, pero yo le recomendaría al menos una semana de abstinencia, a partir de ahí, usted haga lo que crea oportuno.
- ¡Sammuel no sé ni cómo se te ocurre pensarlo siquiera! –Elizabeth se cruzó de brazos horrorizada
- Nena, no pienso en otra cosa las 24 horas del día ¿te has visto?
- ¡No me lo puedo creer! No le haga caso doctor, está bromeando –Ella no sabía dónde meterse
El médico salió de la habitación riéndose y Elizabeth corrió a reencontrarse de

nuevo con ese animal irracional que tenía por novio.

- ¿Señora Roc?

Elizabeth se encogió de hombros

- Lo dieron por sentado.

- ¡Me gusta cómo suena cariño!

Allí se quedaron los dos, agarrados de la mano, dormidos, ella con la cabeza y los brazos apoyada en su cama desde la silla. Por mucho que él insistiera en que se echara con él, que quería abrazarla, no lo consiguió, podría hacerle daño.

Durmieron toda la noche de un tirón, él por los calmantes y ella porque no aguantaba más. La felicidad le concedió una tregua para poder relajarse y dormir como una niña.

CAPITULO 60

Sammuel abrió de nuevo los ojos, ella estaba sentada en el sillón de al lado, durmiendo toda retorcida, pero cogida de su mano. Sintió tantas ganas de levantarse y metérsela con él en la cama... Pero no podía moverse, se mareaba con solo levantar la cabeza de la almohada, no la quería asustar, ya habría tenido bastante miedo esos días. Se sintió tan dichoso.

Ella se movió un poco y abrió los ojos despacio. Al verle, le miró como si estuviera soñando, intentando centrar su imagen

- Sammuel ¿estás bien? ¿eres tú?

- Si mi vida, estoy aquí, no te voy a dejar sola, nena.

Elizabeth había dormido tan profundo, después de tantos días sin pegar ojo, que no sabía ni dónde estaba ni por qué. Cuando reaccionó, se acordó de dónde estaban, y de que no era un sueño verle despierto. Sonrió y se lanzó a sus brazos, llorando desconsolada contra su pecho

- ¡Qué miedo he pasado Sammuel! ¡Creí que no te volvería a ver!

- No te ibas a librar de mí tan fácilmente

- ¡No lo vuelvas a hacer!

- Si no huyes más de mí... ¿ves? Siempre que huyes, me pasan cosas malas

- No te preocupes Sammuel, he jurado cual Scarlett que nunca más huiré de ti, puedes estar tranquilo.

- ¿Cuál Scarlett? ¿Cuánto tiempo llevo dormido? ¿Te has estado tomando tú mis medicinas?

Elizabeth se partía de la risa

- Ya te lo contaré en casa, me muero por volver a tenerte allí. Esto está lleno de enfermeras libidinosas que te miran con ojos golosos.

- Uuuuhh pornoenfermeras en acción...

- ¡Anda ya! Si no puedes ni moverte

- Elizabeth yo no, pero el pequeño Sam te está buscando desde hace un rato

Elizabeth miró hacia abajo y vio una enorme tienda de campaña que se había formado entre las sábanas

- Sammuel por el amor de Dios, piensa en otra cosa, te va a ver todo el mundo

- ¿Y qué quieres que haga si se quiere ir contigo?

- ¡Eres incorregible Roc! Ni medio muerto te sabes comportar Sammuel se rió, y al instante paró de hacerlo por la intensa punzada que sintió en su cerebro, lo que bajó también la acampada.

Firmaron el alta y John los llevó a casa. Sammuel debía ir en una silla de ruedas, perdía el equilibrio y se mareaba, pero intentó no hacerlo:

- Joder que puedo andar, esto es ridículo

- ¿Qué prefieres la silla de ruedas o los brazos de John?

Sammuel miró al grandullón, que abrió los brazos y ahogó una carcajada al ver cómo Sammuel se lanzó a la silla de ruedas.

De camino a casa, Elizabeth le leyó el informe de todo lo que le habían hecho y no se podía creer que hubiera sido tan grave.

Entraron por la puerta de casa y Carol los estaba esperando con la comida y la mesa preparada. Sammuel miró a Elizabeth alucinado al ver allí a su suegra y ella se encogió de hombros

- No hubo manera de convencerla de que no viniera a cuidarte.

- ¡Sammuel cariño qué alegría tan grande! Vaya susto nos has dado.

Corrió a darle un beso y él hizo una mueca de dolor

- Hola Carol

- Habla bajito mamá por favor

- ¡Lo siento! Lo siento –Dijo susurrando.

La señora Wilson también se lanzó a sus brazos llorando como una niña

- ¡Me alegro tanto de que esté bien señor Sammuel!

Sammuel la sonrió como pudo, apartándose, esas muestras de afecto de sus empleados no le hacía demasiada gracia, se sentía muy violento.

Comieron los cinco, Carol, Elizabeth y Sammuel, con John y la señora Wilson, todos en la misma mesa, ya que estos días habían hecho compañía a Carol. Cuando ella estaba presente, tenía la manía de tratar a los empleados como iguales. Una de las cosas por las que todavía no se había acostumbrado a ser rica.

No hablaron nada e intentaban no hacer ruido para no molestar a Sammuel. Cuando terminaron, John llevó a Sammuel a la cama y lo puso allí encima.

- John tenemos noticias de Bruce ¿ha encontrado algo?

- No ha llamado desde hace tres días señor, no le localizo

- Gracias John, inténtalo de nuevo, a ver dónde se ha metido ese cabronazo.

John asintió y después se fue.

Elizabeth corrió a echarse a su lado, abrazándolo no tan fuerte como la gustaría.

- Me has hecho tanta falta, ¿no te sentía Samuel!

- Ssshh, nena, ya estoy aquí.

- Estabas tan cerca, pero tan lejos...

- Duerme mi vida, duerme.

Durmieron abrazados hasta que volvió a ser de noche, que se despertaron.

Estuvieron haciéndose caricias, mirándose y hablando bajito

- ¿Sabes que he conocido a tus abuelos?

- Se habrán llevado otro susto de muerte, no les doy más que disgustos.

¿Conociste a mi abuela?

- Es... ¡mágica!

- Me hubiera gustado estar presente cuando os conocierais

- Me cogió la mano y me dio muchos besos, hablamos de muchas cosas. Y

aunque no te lo creas, me sentí un poco intimidada por sus ojos.

- Mi madre heredó sus ojos, como habrás podido observar.

- Sí, me impresionó mucho cuando la vi, me pareció ella por un instante, y se llama igual.

- Exacto. Mientras mi abuela vive, siento que me queda todavía ese hilo que nos une, y a ella le pasa lo mismo conmigo.

- Se nota Samuel, te adora, cómo te besaba, cómo lloraba. Sentí tanto amor.

Samuel miró para abajo

- Ella ha sufrido mucho más que yo. Perder a su única hija fue vivir en el infierno

muchos años. Encima Ian y yo estábamos, digamos, a lo nuestro, nada más que

dando problemas. Ahora sobreviven como pueden. Pero lo único que quiere

desde aquel día es reunirse con ella.

- Pobrecita, no lo quiero ni imaginar.

- Tranquila

- ¿Y tu abuelo?

- Él es más fuerte, no muestra nunca lo que siente, es más frío, pero nos quiere igual, aunque no lo exprese.

- Tu padre fue a verte todos los días.

- ¿Mi padre? ¿Y qué pasó? ¿No la liaríais en el Hospital? No me he parado a

pensar en eso, pero sí que es verdad que me extrañó no verle.

- Tranquilo, hemos firmado una tregua. Ya te lo contaré. Venía cada tarde, se

quiso quedar para que yo descansara, pero no te quise dejar.

- Gracias Elizabeth. Te he sentido. No sé cómo explicarlo, pero me daba fuerzas

el saber que estabas ahí. Te oía y te olía.

- ¿Sentiste mi mano?

- Juraría que sí, no lo recuerdo bien, pero alguna vez me sentía perdido, nervioso

y cuando notaba el calor de tu mano de nuevo, me relajaba y estaba en paz.

- Era la única forma que tenía de decirte que estaba ahí, no me escuchabas.

- Nena, ya ha pasado todo, ¿crees que te iba a dejar sola?

- Samuel y o...

Él la estrechó contra su pecho y la acariciaba mientras ella lloraba. Tenía que

descargar todo ese estrés que había acumulado en toda la semana y pico.

Samuel estaba feliz por tenerla, pero sobre todo, por darse cuenta de que alguien

que no lo amara, no hubiera hecho todo eso, aunque no fuera capaz de decirselo con

palabras, se lo había demostrado con hechos y sonrió dichoso mientras la besaba.

Carol les llevó comida a la cama, les dijo que el señor Williams llamó porque

quería venir a ver a Samuel, pero decidieron que mejor mañana, ya era muy tarde.

Cuando hubieron comido, se echaron de nuevo.

- ¿Qué tal van mis cosas, quién se está ocupando?

- Tu padre, tranquilo.

- ¿Y de H.E.?

- Betty

- ¡¡Betty!!, ¿en serio?

- ¡Sí!, duerme cariño, mañana ya hablaremos más, ¿de acuerdo? Necesitas

descansar

- Creo que lo que necesito es otra cosa

Los dos miraron su miembro más que erecto y Elizabeth se rio.

- Tendrás que esperar semental, ¿no pretenderás que me acueste con un hombre convalciente?

- Oh nena, vamos, un poquito, sólo la puntita

- ¡Venga ya!

Y se partieron de risa, porque eso era lo que solían decir los adolescentes a sus novias cuando les rechazaban.

- De ninguna manera Roc, el doctor dijo reposo absoluto al menos una semana más

- ¡¡¡¡!!! Una semana más???! Joder, me tenía que haber muerto

Se puso en antebrazo sobre la cara y dio un bote al notar el dolor.

- ¡Samuel no se te ocurra volver a decir eso!

- Perdón señora Roc, lo siento

Le sonrió y se besaron, despacio, porque a Sammuél en seguida le dolía todo, aunque con tal de estar dentro de ella sería capaz de aguantar ese dolor mil veces. Se quedaron dormidos toda la noche.

CAPITULO 61

Esa mañana Elizabeth se despertó y fue al baño, pudo comprobar en el espejo que volvía a parecer una persona, más bien un proyecto de ella, al menos empezaba a recuperar el color y el brillo en los ojos. Pero su pelo ya era otro asunto, necesitaría horas en el salón de Sarah para desenredar esas rastas.

Ella se apoyó en el marco de la puerta del baño para mirarle, Sammuél estaba tan dormido que no le quiso despertar. Tenía los brazos estirados por encima de la cabeza, con cara de ángel y también recuperaba color. Aunque todavía le quedaba un largo camino para volver a empotrarla contra la pared.

Elizabeth fue a la cocina a desayunar con su madre, que ya se volvía esa noche a su casa, se quería quedar, pero Elizabeth le dijo que la señora Wilson cuidaba más que bien de ellos. Por cierto, al final prescindieron de los servicios de la señora como se llame, porque estaban las dos amas de la casa todo el día discutiendo. Así que como la señora Wilson era algo parecido a la niñera de Sammuél, no hubo lugar a dudas.

Estaban hablando madre e hija de lo bonito que habían dejado el parque de enfrente, cuando una voz las hizo girarse en seco

- Buenos días chicas Sammuél avanzaba hacia ellas, despacio, pero con paso firme. Tenía los pantalones del pijama de Calvin Klein caídos por la cintura, justo debajo de los oblicuos, el pelo alborotado y cara de haber dormido demasiado. Pero volvía a tener ese brillo en sus ojos y esa sonrisa que la mataba. Elizabeth salió corriendo hacia él para sujetarle, él pasó los brazos alrededor de sus hombros y la acercó más a él

- Sammuél Roc vuelve inmediatamente a la cama, ¡no puedes moverte, no seas insensato!

- Estoy muy bien, hoy no me duele nada cariño

- ¡¡¡¡Te has quitado el vendaje???! ¡¡Eres incorregible hombre!!! ¿Pero qué voy a hacer contigo?

- No te pongas pesada Elizabeth, estoy bien, ven

Estiró el otro brazo y la abrazó, dándole un beso más largo de lo que es normal en presencia de tu suegra

Carol carraspeó y Sammuél sonrió en la boca de Elizabeth

- Lo siento Carol, es que llevo muchos días sin verla

Carol le sonrió comprensiva. Y él se sentó en un taburete. Elizabeth estaba de pie a su lado por si acaso sufría algún mareo. “¡Este hombre es imposible!”

- ¿Qué tenemos para desayunar?, ¡me muero de hambre!, parece que me he desinflado –Sammuél se tocaba la tripa, más que plana, sin las abdominales tan marcadas, había perdido tono muscular en una semana alimentándose solo con el gotero.

- La señora Wilson es una exquisita cocinera, la he dicho que me tiene que dar todas sus recetas Liz, ¡me tiene alucinada! –Le dijo Carol

- Lo es sí, por eso la contraté –Contestó Sammuél y la guiñó un ojo a la señora Wilson, los dos sabían que no había sido por eso.

La señora Wilson le sonrió y le puso delante un plato gigante con huevos fritos (como a él le gustaban, clara crujiente, y ema cruda), bacon, jamón, salchichas, puré de patata, zumo de mango recién exprimido, pan que acababa de sacar del horno, tarta de queso y plátanos. Carol no podía cerrar la boca ante aquel alboroto de comida:

- Si eso es solo el desayuno, no me extraña que te hayas desinflado...

- Si mamá, come como un oso preparándose para invernar

- ¡Nunca se sabe! –Dijo Sammuél encogiéndose de hombros

Comía con unas ganas que daba hasta gusto verle. “Siempre da gusto verle, haciendo lo que sea” pensaba Elizabeth.

- Elizabeth deberías pasarte por la oficina, yo estoy bien, llevas muchos días fuera. Aprovecha para echar un vistazo hoy que está tu madre, mañana se irá ¿no Carol?

- Si sí, mañana mismo... -Carol se quedó parada, ya que no tenía ninguna intención de marcharse, pero Sammuél le dejó claro su intención.

- No te preocupes, le diré a John que saque el billete –Insistió Sammuél

- Gracias Sammuél –Dijo ella al final, que los dos insistieran educadamente en que se fuera, sería señal de que ya no pintaba allí nada.

- Elizabeth pásate por H.E. en serio –Sammuél cambió de víctima

- Sí, lo estaba pensando, pero no quería dejarte solo.

- Estoy bien nena, ve.

- De acuerdo

Carol y Sammuél se miraron cómplices, ya que no era costumbre ver a Elizabeth tan obediente.

Fue a la habitación a arreglarse y Sammuél se fue al salón con Carol. Se sentaron en el sofá para tomarse el té, aunque esta vez Sammuél no podía charlar demasiado, se casaba enseguida y le latía el cerebro. Elizabeth apareció con un vestido negro muy ajustado, pero que debido a su pérdida de peso esta semana, le quedaba holgado, sin mangas y cuello vuelto. El pelo al viento, que después de una semana en coleta y moños lo agradeció sobremanera. Y sus eternos taconazos Manolo Blahnik color crema a juego con el bolso del mismo

color.

Sammuel la miró de arriba a abajo con cara de fan descontrolado.

- Nunca me cansaré de mirarte –Decía que no con la cabeza y se mordía el labio inferior, olvidándose de todo a su alrededor.

- Cuando tenga las tetas y el culo caídos lo harás –Dijo Elizabeth dándose una palmada en su culo

- ¡Oye guapa! –Protestó Carol –Aquí nadie tiene caído nada ¿eh?

Se rieron los tres

- Si necesitáis algo llamarme por favor. Vuelvo en seguida. Acordaros de que Robert viene a comer.

- Qué raro se me hace oírte llamarle Robert

- ¡Ya somos amigos! –dijo ella encogiéndose de hombros

Elizabeth, sin darse cuenta, les dio tema de conversación a yerno y suegra en cuanto

saliera por la puerta. Dio un beso a su madre en la frente y otro a su novio, que intentó meterle la lengua pero ella le esquivó, Sammuel no podía apartar sus ojos

libidinosos de ella, pero se tuvo que aguantar las ganas de decirle que no fuera así

de provocadora al trabajo, por miedo a las represalias de Carol... ¿O de Elizabeth?

Cuando Elizabeth salió por la puerta del ascensor de Hudson Enterprises, Betty casi

llora de la emoción, se levantó corriendo de su sitio para recibirla

- ¡Buenos días señorita Hudson!

- Vente conmigo Betty –Dijo Elizabeth sin disminuir su paso hacia la oficina

- Si señorita Hudson, ahora mismo señorita Hud...

- Betty -Elizabeth se paró en seco, mirándola, casi se chocan.

- ¿Si señori...?

- Betty para por favor. Deja de repetir “señorita Hudson” como un papagayo,

llámame Elizabeth, ¿ok? Te doy permiso.

- Sí...señor...Si Elizabeth –Sonrió.

- Ok, vamos.

Entraron las dos en su despacho y se sentaron una frente a la otra.

- ¿Cómo está el señor Roc? ¿Está bien? –Preguntó Betty armándose de valor para que no le temblara la voz

- Prácticamente sí, gracias –Elizabeth no recordaba haberle dicho nada de dónde

estaba ni por qué -Ponme al día Betty por favor.

Betty sacó la agenda electrónica que había cogido de su escritorio y le contó todas

las reuniones que había tenido en la semana. Elizabeth se quedó admirada de que

no hubiera cancelado ninguna y se hubiera hecho tan bien con el trabajo, sin estar

acostumbrada a ello.

- Se lo he pasado todo por mail también

- Bien

Después sacó un pen drive con la lista de opiniones, cambios de proyectos, ampliación de contratos, ruegos y preguntas que habían mandado las distintas empresas que ya eran clientes, para ser atendidas por Elizabeth. Normalmente ella atendía todo esto y después lo pasaba al departamento oportuno, pero siempre enfocado ya por ella. Por si acaso le ocultaban alguna queja.

Más tarde le dio otra lista de llamadas telefónicas de gente que preguntaba por ella.

Gente importante, desde luego. Para las llamadas de facturación, recursos humanos,

etc. Betty hacía un filtro minucioso. Las llamadas que finalmente atendía Elizabeth

personalmente eran de alto rango.

Otra lista de mails contestados por Betty y cosas que se solicitaban.

Citas concertadas para el mes siguiente. Invitaciones a eventos varios.

Todo normal.

Y por último los resultados del ejercicio del mes. El Balance de Pérdidas y Ganancias de H.E. del mes de Agosto. Tenían pérdidas, ¡¡¡!!!Pérdidas???!!! ¡Por primera vez en 4 años! Elizabeth se apuntó en las tareas “llamar a Contabilidad”, era inútil preguntar nada a Betty de finanzas, ese no era su campo, pero Elizabeth sintió un repentino ardor de estómago.

Después de dos horas reunión, Betty dijo

- Y eso es todo señori...Perdón, Elizabeth.

- Muy bien Betty, pásamelo todo a mi tablet por bluetoooh. Y espera un momento, no te vayas. Me gustaría agradecerte el gran trabajo que has realizado, desde luego lo verás reflejado en tu nómina. Pero quiero que sepas que me has sorprendido muy gratamente y que me gustaría poder contar contigo para realizar trabajos más específicos en un futuro, siempre que tú quieras, claro está.

- ¡Se lo agradezco en el alma Elizabeth!, siempre podrá contar conmigo, para lo

que necesite. Yo le estoy muy agradecida a usted también por brindarme esta

gran oportunidad y confiar en mí.

- Muy bien, pues eso es todo Betty, puedes retirarte, gracias.

- Ah, Elizabeth, se me ha olvidado comentarle que la señorita Mitchell se ha

despedido. Necesitaremos otro jefe de prensa.

- ¿Qué?

- Hace justo dos días, presentó su carta de dimisión y no dio explicaciones a

nadie, dijo que ya hablaría con usted cuando volviera. Se ha armado un gran

revuelo al respecto, pero creo que ya le informarán en Contabilidad.

- Vale Betty gracias

Betty se fue a su escritorio fuera y cerró la puerta tras de sí.
Elizabeth se puso los dedos en las sienes, mirando todas las listas de cosas que tenía en el escritorio de la tablet, para organizar en su cabeza todo el trabajo que tenía que hacer. Desde luego había una prioridad... Contabilidad.
Sonó el teléfono, era de la Recepción de abajo.
- Señorita Hudson tiene un paquete.
- Si que pasen, que se lo dejen a Betty, gracias.
Lo primero que hizo fue pedir a Contabilidad que le mandaran todas las cuentas del mes desglosadas. En 5 segundos lo tenía en la Bandeja de Entrada. Enseguida le llamó la atención una cantidad que saltaba a la vista, el Departamento de Prensa había gastado... ¿¡20 millones de euros!?

- Me cago en... ¡La madre que la parió! –Se levantó de la silla de un salto con la mano en la frente, dando vueltas para serenarse.
Llamó en persona al que se había quedado a cargo del Departamento de Prensa al irse Kelly y al director de Contabilidad. Solo les dijo:
- En la sala de reuniones de la 19º en 10 minutos.
A los dos les temblaban las piernas, Elizabeth Hudson nunca llamaba a nadie ella misma y desde luego no se reunía con los empleados, a no ser que fuera peligro inminente.
Cuando entró en la sala, ya estaban ellos dos allí.
- Buenos días caballeros
Los dos se levantaron inmediatamente hasta que ella se sentó en su sillón de reina.
Pasó de largo de ellos.
- Buenos días señorita Hudson –respondieron al unísono.
- Pueden tomar asiento
Los dos hombres se sentaron nerviosos. Elizabeth comenzó:
- Tenemos un pequeño problema, ¿alguien me puede explicar en qué se ha gastado esta suma desorbitada de dinero el departamento de Prensa?, y mejor aún ¿Por qué nadie me ha pedido autorización? Elizabeth lanzó las cuentas encima de la mesa, mirándolos sin perder la calma, bueno, intentando no perderla, pero con los ojos entrecerrados, se tocaba el labio con el pulgar. Los dos hombres estaban atónitos... por todo. Si les hubiera pedido que bailaran la samba boca abajo, lo hubieran hecho, sin duda alguna.
El Director de Contabilidad respondió primero
- Señorita Hudson, la señorita Mitchell nos presentó un escrito firmado por usted, acreditando la autorización de abonarle ese dinero.
Se lo enseñó. Desde luego era su firma, ¿de dónde la habría sacado la muy...?
- Aún así, la norma es que cuando la cantidad supera el millón me tenéis que llamar para verificarlo, una firma la falsifica cualquiera. Como podréis comprobar.
- La estuvimos llamando, dos días consecutivos señorita Hudson, pero no contestaba el teléfono
Elizabeth se acordó que se dejó el móvil en la oficina “¡Mierda!”, se puso las dos manos en la cara.
- ¿Y si no contesto, me podéis decir por simple curiosidad, quién decide finalmente si abonar o no el dinero? ¡Esa cantidad de dinero! ¿Alguno os hacéis una idea de lo que son 20 malditos millones de euros? Había levantado tanto la voz que los dos hombres casi se mean encima. Tendrían unos 45 años cada uno, tenían un currículum ejemplar, habían sido director de banca uno, y ministro de Economía el otro. En resumen, no eran tontos.
El segundo jefe, el de Prensa, apuntó:
- Señorita Hudson, la señorita Mitchell nos dijo que si no tenía acceso al dinero, se harían públicas unas fotos tuyas que serían tan escandalosas que la destrozarian, llevándose la empresa a la ruina consigo. Tenía que detener esa publicación como fuera y superar el beneficio que les darían dicha publicación de las fotos. Lo estudiamos en una reunión al no dar con su paradero y decidimos aprobarlo.
- ¿Alguien vio esas fotos? ¿Existen tales fotos?
- No, nadie las ha visto señorita Hudson
- ¡A lo mejor no las habéis visto porque no existen!, si hubierais hablado conmigo, os hubiera dicho que no hay nada de lo que haya hecho que sea escandaloso.
- Cuando la señorita Mitchell se despidió fue lo que sospechamos, pero nos dijo que su marido estaba a punto de morir y que no la debíamos molestar, que lo último que necesitaría usted es que salieran esas fotos. Lo hicimos pensando en su bien.
- ¿En mi bien?... ¡Qué considerados!... –Elizabeth intentaba respirar con normalidad - Les pago para que obedezcan órdenes, que por cierto, están muy claras, alguien pide más de 1 millón, da igual que se desquebraje la Tierra bajo sus pies, si no hablan conmigo ¡NO HAY DINERO! Y van y le regalan 20 millones a la primera que los pide ¡por mi bien!, pues yo voy a hacer algo por vuestro bien... ¡ESTAIS DESPEDIDOS!
- Pero señorita Hudson...
- Y por último, ¡¡¡estoy soltera, no tengo marido!!!!
Los dos hombres agacharon la cabeza totalmente avergonzados
- Abandonen inmediatamente su puesto de trabajo, Recursos Humanos se pondrá

en contacto con ustedes. ¡La habéis cagado, pero bien!

Salió de la sala dando un portazo, y cuando pasó por delante del escritorio de la Recepción de esa planta le dijo a la chica:

- Llama a Seguridad, que acompañen a estos caballeros a la calle, ¡ya!

No podía dejar que recogieran información del ordenador, contactos, ni nada por el estilo. Subió a la oficina que echaba chispas.

- ¡Vaya panda de inútiles, no me puedo ir ni dos días, joder!

Betty intentó interceptarla antes de que entrara en su despacho pero...

- Señorita Hudson, espere... ¡Elizabeth!

Pero ella ni la miró. Entró en el despacho y...

Allí estaba la bomba.

CAPITULO 62

Betty apareció enseguida detrás de ella, corriendo y solo acertó a decir

- Lo han traído por mensajería a su nombre

Su instinto la dijo que se quedara allí en la puerta hasta que Elizabeth no la indicara lo contrario.

Encima de su mesa tenía una caja llena de lazos. Estaba abierta. Miró en su interior y cogió lo que contenía.

Una revista, la más vendida del país, que dedicaba la portada a una foto de Sammuel y ella, en la playa de Malibú, tirados en la arena, mojados, medio desnudos, besándose.

Se sentó para ver el interior. Le temblaba todo... Cuando lo hizo gritó

- ¡Oh, Dios mío!

Se cayó sobre la alfombra, desmayada.

Cuando volvió en sí estaba en casa, en su cama y en su lugar preferido del mundo, en los brazos de Sammuel.

- ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

- Tranquila nena, estás conmigo.

- ¿Qué ha pasado Sammuel? Estaba en la oficina... ¡La revista! ¡Las fotos!

Se incorporó de repente y se le fue la cabeza de nuevo, estaba muy débil para todas esas emociones de golpe.

- Elizabeth no tengo fuerzas para pelear contigo, por favor nena, estate tranquila.

La atrajo hacia sí y la volvió a abrazar, acariciándola el pelo

Elizabeth observó que tenía de nuevo la venda en la cabeza

- ¿Qué ha pasado Sammuel? ¿Por qué tienes la venda?

- Digamos que he hecho demasiado esfuerzo al verte así y se me han abierto los puntos

- ¡¡Sammuel!!

Él la atrajo hacia sí con fuerza y la besó la coronilla.

- Estoy bien. Venga, cuéntame qué ha pasado –Le dijo con la voz ronca, intentando parecer sereno. Había perdido de nuevo mucha sangre al coger a Elizabeth en brazos, pero no la quería preocupar más.

- Kelly, se hizo mi amiga, era la jefa de Prensa, robó 20 millones, supuestamente para que no se publicaran las fotos, y no sé qué tiene que ver con todo este asunto, pero se despidió misteriosamente.

- No me entero de nada Elizabeth, ¿quién es Kelly y de donde ha robado 20 millones? ¿Y esas fotos de dónde han salido? Hay fotos de dentro de la casa de tu madre, eso es imposible que lo haya hecho ningún paparazzi

- No he visto las fotos, solo vi la primera y no recuerdo más, me caí

- Cuando estés mejor las verás, no quiero que te desmayes de nuevo

- ¡El móvil!

- ¿Qué le pasa al móvil?

- Son fotos de mi móvil, junto con otras que alguien hiciera. Cuando has estado en el Hospital me dejé el móvil en la oficina y la muy hija de puta me lo cogería. Todos los mails y mensajes... ¡Joder Sammuel! Qué tonta soy, nunca te hago caso con la seguridad y ahora... ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

- Tranquilízate Elizabeth, por favor. Ya no nos sirve de nada pensar en el pasado, ahora hay que pillar a esa rata, ¿de acuerdo? Mañana pasaré por tu empresa y hablaré con Seguridad y recursos Humanos, que me den toda la información sobre esa mujer, a ver qué averiguamos.

- ¡De ninguna de las maneras Roc! ¡Estás recuperándote, no vas a ir a ningún sitio! Por encima de mi cadáver.

- Elizabeth estoy bien, las primera 48 horas son cruciales en una investigación, luego se estanca.

- Las 48 horas ya han pasado de sobra, esto sucedió a principios de la semana pasada. Que vaya Bruce y te lo traiga, me niego a que vayas a ningún sitio, ¡ni aunque publiquen fotos mías en pelotas!

- Bruce no ha vuelto, y además...

Por la cara que puso Sammuel, apretando los dientes, dijo

- ¿¡Hay fotos mías en pelotas!?

- Algo parecido

Y Elizabeth se volvió a desmayar

CAPITULO 63

A la noche estaban los dos solos en casa.

John llevó a Carol al aeropuerto. Hubo que obligarla prácticamente a irse, ya que no quería dejar a su hija en ese estado, pero Sammuel prometió llamarla cada día y varias veces, para que viera que todo estaba bien. Caroline le caía bien, pero no debían estar demasiado tiempo bajo el mismo techo, estaban mejor ellos dos solos, sin nadie alrededor coordinando, opinando y criticando cada acción.

Ya le costaba con una, ¡como para luchar con dos!

Robert había ido a ver a su hijo, pero ni se quedó a comer, debido al estado de Elizabeth, que seguía dormida en la cama. Solo le dio un beso a su Sammuel, comprobó que estaba bien con sus propios ojos y se marchó. Ya hablaban todos los días por teléfono, no hacía falta estar también en persona.

Cuando la casa estaba en calma, por fin, Sammuel la besó y ella abrió los ojos, como la Bella Durmiente al ser besada por el príncipe, y él se quedó mirándola con dulzura

- Hola preciosa –Le dijo Sammuel, metiendo la nariz en su pelo e inspirando profundo su olor a jazmín.

- Hola ¿cuánto llevo dormida?

- Toda la tarde

- ¿Y tu padre? ¿La comida? ¿Mi madre?...

- Shhhhhh Elizabeth –La interrumpió él -Todo está bien, estamos solos, tranquila nena. Deja de preocuparte por todo.

Sammuel le dio besos en el cuello, le acarició los pechos, el abdomen, los muslos...

Elizabeth suspiró... le echaba tanto de menos... Se puso encima de él de un brinco, y se introdujo su grueso miembro de un golpe, lo ansiaba desesperadamente.

Sammuel cerró los ojos:

- Shh, despacio nena

Ella empezó su baile, arriba, abajo, adelante, atrás, despacio... Él la sujetaba por las caderas, fuerte

- Así, suave, ya sabes cómo me gusta nena

- Te necesitaba Sammuel –Susurró ella con su voz entrecortada

- Ohhh, cariño, lo haces tan bien, me vuelves loco joder, sigue –Gruñía él

Siguieron bailando, los dos cuerpos sudando, Sammuel conocía perfectamente su anatomía, sus puntos de placer, cada rincón, pero en su estado no podía hacer mucho.

- No puedo más –Gimió Sammuel Y se dejó ir arrastrándola con él como un huracán.

- ¡Por fin!, lo necesitaba como respirar –Le confesó ella

Sammuel sonrió satisfecho con su sonrisa de conquistador. Necesitaban esa conexión desesperadamente, era la única forma de sentirse relajados, sintiendo que era suya y ella que era suyo. Después, lo demás no importaba.

Se quedó echada encima de él, en su pecho, acariciándole. Él la besaba de vez en cuando en el pelo, mientras la hacía caricias en la espalda.

- ¿Qué vamos a hacer? –Preguntó Elizabeth en un ronroneo.

- Primero encontrarla, aunque sea en los confines de la Tierra. Y después destruirla, mi vida, te lo juro

- ¿Por qué estás tan tranquilo?, me tienes sorprendida

- Porque uno de los dos debe estarlo, y porque me he tomado dos pastillas en vez de una.

- ¡Sammuel!

- Sabía que ibas a llegar como un vendaval al ver la revista, pero nunca imaginé que ibas a llegar en los brazos de John, sin conocimiento. Entonces me tomé doble dosis. No puedo con todo esto a la vez, me voy a morir en una de estas.

- Lo siento, no hago nada más que darte disgustos, deberías estar tranquilo y...

- Los dos sabemos que eso no sería viable, me conoces.

- Bueno, los dos somos tal para cual ¿no?

- Somos líderes natos Elizabeth, y ahora estamos juntos, doble poder y doble enemigos, hay que pagar un precio por eso, no puede ser todo positivo.

Elizabeth fue a servirse una copa de whisky. Dio un trago largo. Se sentó como un indio sobre la cama. Suspiró y dijo:

- Pásame la revista, vamos a ver el precio que hemos pagado.

Puso la revista entre sus piernas, y se miraron antes de abrirla.

CAPITULO 64

Primera Página.

Elizabeth en una fiesta en Malibú hablando con un hombre moreno muy sonriente.

- Menos mal que todavía no había llegado, si no, la primera foto sería de mi puño en la cara de ese desgraciado.

- ¡Estábamos hablando!

- Mira cómo babea... aunque viéndote así cualquiera lo haría, ¡ibas medio desnuda Elizabeth!, mira, en esta se te ve todo el culo –refunfuñaba Sammuel mientras señalaba el culo de ella en la foto.

- Déjate de rollos paranoicos, vamos a lo que nos interesa...

- Pues entonces no leas los comentarios a pie de página.

Elizabeth no le hizo ni caso

- El fotógrafo estaría dentro de la casa. Alguien dio el chivatazo de que yo estaba allí. ¡Pero creí que nadie lo sabía!

- No eres el Presidente Elizabeth, sería alguien que hiciera fotos con el móvil por

casualidad, y las ha vendido al saber quién eras. Después. El delito está en quien las ha comprado. Las ha tenido que buscar específicamente, a sabiendas de lo que había pasado y dónde.

Segunda Página.

Sammuel se lleva a Elizabeth cargada al hombro.

- Esta es la que más me gusta. –Sammuel soltó una carcajada al ver a Elizabeth

petrificada mirando la foto

- Es denigrante –Acertó a decir al cabo de un rato

- Es divertido si lo miras desde fuera

- ¿¿¿Desde fuera de dónde??? ¡¡¡Soy yo a la que llevas cogida como una vaca!!!

¡Oh por Dios! Ya me dio vergüenza porque lo presenciasen los amigos de mi madre, un pequeño vecindario de Malibú... ¿¿¡¡Y ahora lo ve todo el país??!!...

¡Mis empleados!... ¡¡¡¡Mis clientes!!!! –Elizabeth tenía las manos puestas sobre la cabeza y los ojos fuera de sus órbitas, mirando a Sammuel en un estado mucho más lejano que el cabreo.

- Tu madre dijo que era romántico –Sammuel intentaba contener la risa a duras penas

- ¡¡¡¡Déjalo Neanderthal chiflado!!!! –Elizabeth le amenazó con el dedo índice y se bebió el whisky de un trago. Al pasar la página, casi la arranca del cabreo.

Tercera Página.

Una foto de Sammuel y Elizabeth, sentados en el porche, tomando una copa de licor. Esta se la hizo Carol con el móvil de Elizabeth, al atardecer, con el mar de fondo.

- Esta es preciosa, parece que la revista no busca hacernos daño, sólo quiere demostrar que estamos juntos, aunque lo neguemos, ya que sería suya la exclusiva. No veo el escándalo –Dijo Elizabeth incrédula.

Sammuel no abrió el pico. Él ya había visto todo.

Cuarta Página.

Sammuel con el bañador cortito y sin camiseta haciendo con que sacaba músculos, guiñando un ojo y sonriendo.

- ¡Esta la voy a recortar para hacerme un póster! –Dijo Elizabeth divertida -¡Qué bueno estás Roc!

- Me la sacaste tú

- Evidentemente han cogido mi móvil

- Hay que buscar todo lo que tuvieras ahí, mensajes, mails, información valiosa que puedan utilizar... ¡Todo!

- No creo que tengan acceso al mail, necesitan la clave. Pero los mensajes y whatsapp sí. Aparte de mis contactos.

- Mañana iremos al apartamento de John con todos los datos que me faciliten en H.E. a ver qué sacamos en claro.

- ¡Qué bien te queda el bañador!, estarán todas babeando –Ella volvió a mirar la foto del hombre que tenía delante y que no se cansaba de admirar.

- Ya lo hacían antes de esta foto nena, incluida tú.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

Quinta Página.

Una toalla tendida sobre la arena de la playa con pies por arriba y por abajo

- ¡¡¡No!!!

- Tranquila, lo tengo todo bajo control –Se apresuró a decirle Sammuel al ver que Elizabeth entraba en cólera - Podemos demandar a la revista por esto, no se nos ve la cara, publicaremos que esa foto es falsa y quieren dañar nuestra imagen pública, estamos en ello nena. Mañana mismo mi gabinete de prensa lo hará. No te preocupes, esto no va a quedar en agua de borrajas. Se van a arrepentir de esta exclusiva toda su vida. Con Sammuel Roc no se juega.

- Sammuel, nos han jodido pero bien. Es la revista más importante del país, tendrá a todo su Departamento Jurídico en ello, y si han decidido publicarlo es porque pueden, tienen las espaldas cubiertas.

- Ya lo veremos.

Sexta Página.

Los dos abrazados dentro del mar de pie besándose.

- Nos han tenido que seguir, esto ya no es una simple foto de móvil en una fiesta –Dijo Elizabeth.

- Tienes razón, pero no están muy nítidas, no son de una cámara profesional. Si hubieran sabido que estábamos allí, hubieran llevado mejores equipos. Me decanto más por el fotógrafo amateur con su móvil, vendiéndolas después.

- Pero no había nadie en la playa, estábamos solos

- Por lo visto sí que lo había

- ¿Podría haber más fotos?

- Eso es lo que realmente temo nena, no fuimos del todo... cuidadosos

Séptima Página. Elizabeth dormida en su oficina, en el sofá cama, con el pelo alrededor de la almohada, los brazos por encima de su cabeza, estaba tapada con la sábana, pero se le veía un pezón de un pecho. Es decir, medio pecho. La foto era digna de obra de arte.

Elizabeth tiró la revista al suelo y la pisoteó mientras le gritaba enloquecida:

- ¡¿Me quieres decir por qué cojones me haces fotos dormida?! ¡¡¡y desnuda!!!!

- Elizabeth me has jurado que Scarlett que nunca más huirías, recuérdalo antes de nada.

- ¡Y una mierda!
- Nena estabas preciosa, te hice la foto para pasármela a mi móvil y verte así cada día, luego me pasó esto y...No la pude borrar
- ¡¡¡¡! Todo el mundo me ha visto las tetas!!!!
- Solo es un trozo
- ¡¡¡! Te mato!!!
- Elizabeth se razonable, la que se quedó el móvil en el trabajo fuiste tú
- ¡Yo no te saco fotos en bolas! Voy a ser razonable, e intentar no abrirte los puntos de una patada en tu maldita cabeza, ¡gilipollas!
Pegó un portazo y se encerró en el baño.

CAPITULO 65

A pesar de los porrazos que Sammuél dio en la puerta y los gritos que profirió, Elizabeth no abrió, su cuerpo no aguantaba más, estaba exhausta, al final se rindió y se quedó dormida en el suelo, hecha un ovillo.

Sammuel no quiso derribar la puerta por miedo a que ella estuviera detrás y lastimarla, pero estaba al borde de la locura, hacía un rato que no se escuchaba nada dentro, ¿se habría vuelto a desmayar? Se quedó sentado en el suelo con la espalda apoyada en la puerta. La cabeza la tenía entre sus brazos, le iba a estallar, el dolor era insoportable.

En mitad de la noche, Elizabeth se despertó y abrió la puerta, haciendo que Sammuél cayera al suelo tras ella.

- ¿Qué haces ahí? –Dijo mirándole sorprendida
- Esperar a que abrieras, niñata malcriada

Sammuel se levantó de un salto, la miró con los ojos negros de deseo, la agarró por las muñecas, levantándola los brazos por encima de la cabeza y poniéndola contra la pared. La apretaba con todo su gigantesco cuerpo. Su miembro, más que duro, rozaba estratégicamente el anhelante sexo de Elizabeth. Cogió su barbilla fuerte con una mano, aunque más bien, le abarcaba toda la cara con ella, mientras que con la otra, la mantenía maniatada, para besarla, con furia. Ella acabó respondiendo a esos besos necesitados.

De un solo movimiento se introdujo en ella, fuerte. Una estocada certera y salvajemente profunda. Ella chilló apretando los dientes, levantando sus piernas para enroscarlas alrededor de la fuerte cintura de Sammuél. La embistió muchas veces, dándole tan fuerte como le era posible, castigándola. Ella sentía morir en cada estocada, gemía y gritaba a partes iguales. Cuánto lo necesitaba. Sammuél sabía que la única forma de calmarla era dándole fuerte, apoderándose de su esencia, como se hace con un caballo salvaje, se necesita mucha fuerza hasta que se calma.

- ¡No pares, Dios! ¡Sigue, así! ¡Sí! –Gemía ella contra la pared
Después de verla correrse a lo bestia, él se dejó ir también, con un gruñido que se escuchó por toda la casa.

Se quedaron así unos instantes, los dos apoyados en la pared, respirando con dificultad, sus pechos subían y bajaban violentamente. Cuando volvieron en sí, Sammuél la cogió tal cual estaban, como a un koala, todavía permanecía en su interior y se la llevó a la cama. Donde terminaron de nuevo haciendo el amor un poco más sosegados, pero ni con un ápice menos de pasión. El orgasmo de ambos llegó como un torrente de agua en un campo seco, llenándolo todo de flores a su paso.

- ¡Joder nena!
Sammuel se apartó de ella para dejarla respirar, echándose sobre su espalda en la cama, la cabeza le iba a explotar, se moría del dolor, sentía cómo una sierra le atravesaba el cerebro. Pero necesitaba más que nada en el mundo lo que acababa de ocurrir, su conexión con ella. Una vez más, lo demás no importaba.

- Elizabeth tenemos que estar juntos en esto, sin fisuras.
- Sin fisuras, sí, vale -Dijo ella soñolienta, bostezando.

Se quedó dormida en dos segundos. Sammuél la miraba con adoración, allí acurrucada entre sus brazos, desnuda, tan frágil y bella que hasta le daba miedo observarla por miedo a que se desvaneciera. No se cansaría nunca de aquellos ojos de pantera salvaje, de aquellos labios rosados carnosos y tan bien definidos, de aquella naricilla respingona, de aquella melena de fuego... De su salvadora, su ángel redentor y la luz de su alma.

Cuando ella ya estaba dormida profundamente, él le dijo en un susurro
- Te amo Elizabeth, estoy perdido ¿qué voy a hacer contigo?

Los primeros rayos de sol entraban por los ventanales del ático. Sonó el despertador, “The Painkiller” de los Judas sonaba a todo volumen por toda la habitación, haciendo que Elizabeth pegara un salto del susto. Se despertó desorientada, ya que normalmente al escuchar la canción cada mañana, se levantaba bailando al son de la batería y de muy buen humor, meneando la melena. Pero esa mañana se movía por la habitación como si no supiera ni quién era, parecía un zombi.

- Algún día me va a dar un ataque Elizabeth, ¡apaga eso! –Sammuel le lanzó un cojín.

Esto la hizo reaccionar y focalizar su atención en los altavoces. Elizabeth apagó la música y se sentó en la cama pensativa. Había tenido unos sueños muy raros, Kelly estaba en el Hospital con Sammuél y los dos se reían de las fotos de la revista, ninguno la conocía. Debido a esto no había descansado nada.

- Eh, ven aquí gatita – La acurrucó Sammuél entre sus brazos -¿Has visto un

fantasma o qué te pasa? –Sonrió al verla tan asustada

- He tenido un motón de pesadillas contigo y Kelly

- Pesadillas las que va a tener ella, cuando la pille se va a enterar esa zorra

- No tengo muy claro que vayamos a pillarla Samuel, ya estará a kilómetros de aquí

El “Painkiller” volvió a sonar de repente, retumbando por toda la casa, había olvidado que anoche puso dos alarmas por si se quedaba dormida

- ¡Joder, apaga esa música, me va a reventar el cerebro! –Samuel se tapaba los oídos

- No te metas con los Judas –Ella se fue meneando la cabeza al ritmo de la música provocándole, para apagar el despertador de nuevo.

- Los voy a coger manía... Madre de Dios...-Pero se le escapó la sonrisa al verla bailando tan sexy

Elizabeth se acurrucó de nuevo entre los brazos de Samuel al volver a la cama

- Si pudiera vivir aquí...-Le acariciaba la parte baja del vientre

- ¡Puedes! yo estaría más que encantado cariño.

- Pero hay que solucionar un par de cositas, que desde aquí no se pueden solucionar ¿no? –Se quejó ella con voz melosa, dejando la mano en esa zona caliente, pero sin llegar a rozarle el miembro.

- Desde aquí podríamos solucionar muchas cosas, que por el momento corren más prisa que las demás... -Él le colocó la mano sobre su poderosa erección matutina -te estaba esperando nena

- Samuel para –Se separó de él para que la hablara y él se incorporó tan tranquilo sin protestar.

- Hoy vamos a dedicar el día a investigar. Yo iré a dar una vuelta por el Hotel para que mis abogados preparen la demanda contra la revista y publiquen hoy mismo el desmentido de esas fotos. Mientras, tú ves reuniendo a tu Departamento de Seguridad, pero no les des pistas de nada, disimula. Todavía andamos detrás del de las primeras fotos, creemos que es uno de ellos, así que no muestres desconfianza de nadie, si el susodicho se percatara de que está en el punto de mira, no se relajará, ni cometerá ningún fallo que le delate, borrará pruebas. O lo que es peor, huirá.

- Sigo pensando que no deberías ni siquiera levantarte de la cama Samuel, si te viera el doctor, ¡nos echaría la bronca a los dos!

- Elizabeth estoy bien, de verdad, ya no me duele, no voy a hacer esfuerzos, John me lleva a todos sitios, hay cosas que solo yo puedo hacer. Si me siento mal volveré a casa, ¿de acuerdo?

- Prométele

- Lo prometo –Puso cara de Adonis y a ella no le quedaron más recursos para discutir del tema, simplemente se deshizo por dentro.

Samuel se levantó de la cama sin decir nada, se puso los bóxer rápidamente y salió de la habitación, al momento volvió con una bandeja llena de comida

- Hoy no sales por esa puerta si no comes bien Elizabeth, cada vez estás más delgada, ya no tengo donde agarrarme.

- A ver si ahora vas a ser peor que mi madre

- No quiero que te vuelvas a desmayar, te necesito fuerte nena, no sabemos a qué nos enfrentamos. Ya van 120 millones y con ese dinero se hacen muchas cosas.

- ¿Crees que puede ser el mismo? Pero eso sería muy retorcido, Kelly tendría que haber entrado ya con ese plan en la empresa.

- ¿Hay algo que te diga que no fue así?

Elizabeth se quedó pensativa

- En realidad no

- Nunca subestimes a tu enemigo, y si es mujer, ¡menos!

Elizabeth puso los ojos en blanco.

- Esto empieza a parecer una película de 007

- Mmmm, me gusta –Sonrió Samuel para tranquilizarla.

Comieron en la cama los dos juntos, un poco de todo.

Cuando terminaron, Elizabeth se duchó y se fue a su gigante vestidor para ponerse algo para el trabajo. Se puso un conjunto de sujetador y tanga, negro de encaje transparente de La Perla, que llevaba a un liguero atadas unas medias de satén y encaje a juego con el conjunto. Estaba agachada para meter el pie en los tacones y sintió unas manos grandes en sus caderas, una enorme erección contra su trasero, y una voz ronca que le dijo

- Quieta nena

Samuel bajó las manos hacia la cara interna de sus muslos, acariciándola deliciosamente. Ella se quiso incorporar, pero Samuel la inmovilizó fuerte, poniéndola la gran mano en su espalda, haciendo que se quedara como estaba.

- Pon las manos alrededor de los tobillos Elizabeth

Ella obedeció sin dudar, se dio cuenta entonces de lo flexible que era.

- Te quiero así, estate quieta

Él le acarició las nalgas con delicadeza y sin prisas. Después subió por la espalda, luego los pechos. Le dio con los pies un toquecito en los suyos, para que abriera más las piernas, como cuando te cachea un policía. Mientras, él se movía para acariciarla, le rozaba con la punta suave de su miembro en su hendidura ya mojada,

delante y atrás.

- Eres todo un espectáculo Elizabeth Samuel se arrodilló tras ella, cayendo rendido sobre las dos rodillas a la vez y le besó su sexo, dulce y tiernamente, con lengua. Mientras lo hacía, dibujaba círculos aterciopelados con su pulgar en el músculo mágico, llamado clitoris. Siguió con su habilidosa lengua un rato más, penetrándola varias veces, primero lentamente y después, poco a poco, a un ritmo más veloz.

Ella quería más, lo animaba contoneándose contra él, así que Samuel para complacerla le introdujo un dedo, despacio, solo un poco, mientras seguía haciéndola volar con la boca. Elizabeth estaba empapada y soltó un gemido. Se moría por la expectación. Además, desde esa posición, podía ver cómo en los brazos musculosos de su amante se marcaban todas las venas por el esfuerzo, y acariciarle su miembro a la vez.

- Me vuelve loco tu sabor Elizabeth, eres deliciosa

Samuel aprovechó el éxtasis de ella para incorporarse e introducirle su grueso miembro un par de veces en su sexo, lo que hizo que ella se mojase más si cabe y lo lubricara de sobra para hacer lo que deseaba. Samuel humedeció su prepucio con la generosa humedad de ella y lo arrastró hasta el prieto agujero posterior. Repitió esta misma operación varias veces, ayudado de un dedo, lubricando así más que de sobra el culito de ella. Al salir de ella una de las veces, arrastró su sexo hacia la zona posterior de nuevo,

pero esta vez se la introdujo un poquito en el ano, solo el capullo, para no hacerla daño. Ella se puso tensa ante esta invasión de una zona, hasta entonces, prohibida

- Necesito que te relajes nena, voy a follarte este culito tan delicioso que tienes, hasta que me supliques que pare

Ante estas palabras, Elizabeth se puso muy caliente, pero seguía tensa. No estaba segura de querer hacer esto, pero con Samuel todo era extremadamente placentero, no estaba en situación de negarse a nada. Él hacía que le rogara más, sin importar qué.

Samuel realizaba movimientos lentos, introduciendo cada vez un poquito más su grandiosa verga. Era la primera vez de Elizabeth y fue muy despacio, lento, poco a poco. A la vez la estimulaba el clitoris. Ella estaba muy excitada y lubricada, así que no le supuso mucho esfuerzo a Samuel meterla hasta dentro. Se quedó dentro, quieto, para que a ella le diera tiempo a dilatarse y acoplarse a su tamaño

- Ya está nena, dentro, toda para ti

Ella se sentía extraña ante esta nueva sensación, no le disgustaba, pero tampoco le encantaba. Samuel la sacó de nuevo, despacio. Elizabeth echó de menos al instante tenerlo dentro y a la siguiente penetración ya no le costaba nada meterla, así que poco a poco fue cogiendo el ritmo. Elizabeth ahora sí que sentía un goce cada vez más extraordinario.

- ¡Dios nena! estoy a mil, no voy a aguantar mucho más, tienes un culo alucinante, tenía ganas de fallártelo desde que te vi...—Lo dijo en un tono que pareciera que la estaba amenazando de muerte. Echaba la cabeza para atrás a cada embestida, con sus gigantescos dedos clavados en las caderas de ella.

- ¡No pares Samuel!

Al escucharla, la penetró por delante sin dudarle con un consolador de silicona que sacó Dios sabe de dónde.

- ¡Oh Jesús Bendito! —gritó ella, sin poder asimilar tanto placer

A Elizabeth las piernas le fallaron y se le doblaron, pero Samuel la sujetó por las caderas, para que no cayera al suelo. Con tan solo dos acometidas, Elizabeth lanzó un aullido de auténtico gozo, dejándose llevar por la sensación más fuerte que había sentido jamás ahí abajo. A Samuel no le hizo falta mucho más tiempo, dos embestidas y terminó derramándose, igual de embriagado, o más, que ella.

Se dejaron caer los dos al suelo, ella sentada encima de él, todavía con la polla metida en su culo, suspirando, alucinada por lo que acababa de pasar, por lo que acababa de sentir. La sola presencia de Samuel hacía que su cuerpo le llamase a voces, encendido, pero aquello había sido brutal. No dejaba de suspirar, le costaba volver a la normalidad, sentía un calor extremo entre las piernas.

- Guau nena, ha sido un alucine

- Ha sido el mejor orgasmo de toda mi vida —Le respondió ella poniéndose la mano en la frente, incrédula, porque pensaba que ya no pudiera sorprenderla nada en el sexo y este hombre lo acababa de hacer, a lo bestia.

- ¿En serio?

- ¡Sin duda!

Él la acarició los pechos desde atrás con una mano y la besó por la columna vertebral a lo largo de la espalda, con una risa de orgullo masculino, tocando su clitoris suave con la otra mano libre. Ella se empezó a mover de nuevo, se restregaba despacio contra él para que se animara otra vez, cosa que no tardó prácticamente nada en suceder. Samuel dijo con el deseo al 300%:

- Vamos a por otro nena, ya que está dentro...

La respuesta de Elizabeth fue un torrente húmedo que Samuel sintió en sus muslos, porque estaba sentada encima. Gimió.

Algo empezó a vibrar dentro de ella y el miembro de Samuel volvía a ponerse erecto en su culo. Todo esto era algo nuevo para ella, nunca había usado juguetes con nadie, pero el ser doblemente penetrada, no se podía comparar con nada.

Además, esta vez, debido a la anterior eyaculación de Samuel, podía entrar y salir

con total facilidad de la cavidad.

- Oh Dios mío Sammuel ¿Cómo lo haces? –Aullaba Elizabeth

- Lo haces tú nena, solo tú –Le gruñó al oído

Esta vez Elizabeth marcaba el ritmo por detrás, que no fue para nada lento.

Sammuel marcaba el ritmo del vibrador por delante, que acabó siendo igual de intenso que el ritmo trasero. Sudaban los dos, cuerpo contra cuerpo.

El agujero que hacía un rato era tan pequeño, debido a la monumental excitación en la que Elizabeth estaba sumida, ahora albergaba el gigantesco miembro de Sammuel sin problema. El consolador, al vibrar, también hacía que Sammuel lo sintiera en su pene a través de la pared interna de ella, y esto aumentaba el placer de ambos.

Elizabeth puso sus manos en los muslos de Sammuel, incorporándose y poniendo los pies a ambos lados de sus piernas, parecía una rana clavada a un palo, así conseguía darse más impulso y que las embestidas fueran más fuertes y profundas.

Él sentía morir.

Sammuel la tenía sujeta por la cadera con un brazo, mientras con el otro seguía masajeándola con el consolador, entrando y saliendo de ella, sin piedad. Elizabeth intentó aguantar más, para prolongar esa sensación de total pérdida de control y abandonarse al placer absoluto, pero al final no aguantó, y las contracciones del orgasmo la invadieron inevitable y violentamente, volviéndola a llevar al paraíso, gritando entre jadeos “¡Sammuel!”. Él no se hizo esperar mucho más tiempo al verla en tal estado de frenesí desmedido, se fue, sin remedio, con ella al mismo paraíso.

- Me vas a matar de placer, Elizabeth

- ¿De dónde has sacado esto? –Dijo ella sacándose el vibrador

- Tengo varios juguetitos esperándote –La miró de forma lasciva, como para comérsela entera. En esos momentos, cuando la miraba así, era cuando

Elizabeth le pediría que los sacara todos de golpe, pero se contuvo.

Ella frunció el ceño, no se quería ni imaginar que los hubiera usado con sus amiguitas anteriormente, no la iba a distraer con sus miradas libidinosas de macho alfa en celo. Como si le adivinara el pensamiento, él dijo:

- Tranquila Elizabeth, los he comprado especialmente para ti. He tirado todo lo de antes...

- ¿Todo? –Le interrumpió ella -¿Eran muchos? ¿Tenías una habitación con un arsenal especial del porno, con juguetes y disfraces? –Estaba celosísima, pensaba que nada sería nuevo para él junto a ella en el sexo y que todo serían aburridas repeticiones que ya habría hecho antes con sus antiguas amantes.

- ¿Estás celosa?

- ¡Pues claro que no! ¡No seas ridículo! –Ella se cruzó de brazos y miró a otro sitio Sammuel sonrió pagado de sí mismo, ¡¡¡estaba celosísima!!!

- No quiero discutir después de haber echado el polvo de mi vida Elizabeth

- ¿También lo ha sido para ti? –Sonrió ella sin poder evitarlo

- ¡Con diferencia, nena!

Elizabeth sonrió orgullosa mientras se salía de él con cuidado.

Miró sorprendida el vibrador violeta grandísimo que sostenía todavía en su mano

- No me parecía tan grande dentro

- Porque estabas muy, pero que muy cachonda, cariño, como a mí me gusta...

Ella se ruborizó.

Elizabeth se fue a duchar por segunda vez, se sentía tan vacía después de haber estado tan llena... Tenía la sensación de que le faltaba algo. ¡Qué locura!

Era imposible querer más. Pero... ¡Quería más!, dudó si ir a por Sammuel y que le volviera a poner las manos en los tobillos, o seguir con el día, que se avecinaba tormentoso. Pensó que ya era hora de volver a la vida real y hacerse cargo de las responsabilidades de su empresa, que en estos momentos no eran pocas.

“Ya lo repetiremos esta noche”, pensaba mientras se jabonaba.

“Jo, pero es que falta mucho para la noche” pensaba por otro lado. Se terminó de vestir y observó en el espejo cómo Sammuel salía de la ducha con una toalla envuelta a la cadera, empapado, despeinado y mirándola con esos ojos...

- ¡A la mierda! –Dijo ella

Elizabeth avanzó hasta él, sin quitarle los ojos de encima, le arrancó la toalla bruscamente, tirándola por los aires, Sammuel alucinaba mientras seguía la trayectoria de la toalla hasta el suelo, sonriente. Ella se arrodilló delante de él y se metió todo el miembro de Sammuel en la boca, sin piedad ni miramientos, con ansia y hambre, por completo. Él casi se corre de verla en ese estado de embriaguez, con tal fogosidad succionándole.

- ¡Madre mía nena! –Dijo Sammuel enajenado, cerrando los ojos fuerte

Sammuel la agarró por el pelo para sujetarse a algo y se apoyó contra la pared con la espalda para no caerse. Ella lo absorbía con tantas ganas, que Sammuel pensaba que se lo iba a tragar entero. Elizabeth estaba atenta observándole desde abajo con cara de perversión, disfrutando de la cara de placer y de lujuria que él ponía, de vez en cuando mirando al techo soltando maldiciones entre dientes. Arriba, abajo...

Con una mano le acariciaba los testículos y con la otra le acariciaba el agujero del culo sutilmente.

Sammuel, al principio, apretó esa cavidad de su cuerpo con fuerza, para que ella apartara la mano de ahí, pero cuando se relajó, dejó que le introdujera la mitad del

dedo, más o menos, y soltó un gemido de placer al sentirla, que hizo a Elizabeth sonreírle desde abajo. Dejó el dedo quieto allí un rato, mientras ella continuaba con

su trabajo oral, para que se fuera acostumbrando a esa invasión. Cuando ella notó que él se relajó de nuevo, lo sacó un poco y lo volvió a introducir, despacio. Él volvió a suspirar al ser consciente de nuevo de que aquello estaba ahí. Ella aceleró el ritmo poco a poco, llevando la misma velocidad con la boca, que con el dedo, es decir, bastante rápido y... profundo. Así que, por lo visto, era verdad que el punto “G” de los hombres estaba justo ahí. Sammuel se estaba retorciendo de placer. Emitía unos sonidos que a Elizabeth la estaban volviendo literalmente loca, con tan solo pensar que todo eso se lo estaba produciendo ella. El poderoso Sammuel Roc estaba en sus manos, bueno, en su boca.

“Esto al menos sí que será nuevo para él, espero”, se dijo Elizabeth satisfecha. Sammuel se contrajo, convulsionando violentamente, al verlo en ese estado de enajenación sexual, Elizabeth tuvo un orgasmo también. Fue y volvió a las estrellas de repente. Nunca la había pasado, ¡sin ni siquiera rozarse! “¡Guau!”. Ese era el poder que ejercía Sammuel sobre ella. Él derramó toda su furia en la boca de Elizabeth, que se tragó todo con muchas ganas, lamiendo con perversión hasta la última gota y finalmente sacó el dedo del rincón oscuro donde estaba.

Ella estaba en una nueva dimensión.

- ¿Tu también te has corrido? –Preguntó Sammuel, sonaba un poco extraño

- Sí –Le daba vergüenza hasta decirlo

- Joder mujer

Sammuel la agarró las manos, sacándola de su éxtasis y la levantó del suelo de un salto, se besaron los dos, alucinados por sus insólitos orgasmos. Él la tomó la cara entre las manos y mirándola de manera desafiante, le dijo:

- No volverás a hacer eso ¿de acuerdo?

- ¿No te ha gustado? Parecía que sí –Sonó decepcionada

- El problema es que me ha vuelto loco Elizabeth y eso es lo que no me gusta

Ella se chupó el dedo que momentos antes había estado metido en su retaguardia, mirándole fijamente y le dijo con una sonrisa pícaro

- Tú también sabes muy bien

Sammuel se empalmó en un segundo ante esta provocación, con las cejas levantadas la miraba pasmado, no dejaba de fascinarle, nunca se aburriría con ella. Se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo

- ¡Eres Satanás hecho mujer!

Ella se partía de risa, se encogió de hombros

- Sammuel no seas Cromañón, nos hemos desvirgado el culo los dos a la vez,

punto, no hay que buscar más excusas

- ¡Qué fina es usted señorita Hudson!

- Es lo que hay Roc –Le dijo con una caída de pestañas muy sensual y cursi,

Sammuel negó con la cabeza, pensando “Va a conseguir sonrojarme”

- ¿Lo habías hecho antes?

- No, nunca. Se me ocurrió sobre la marcha, a mí me ha gustado y me apeteció

que lo probaras, y probar yo también, si te ha gustado, no veo el problema

- No lo vuelvas a hacer, no hay más que hablar.

- Sammuel que te guste que yo te haga eso, no significa que te guste que te lo

haga un hombre, si es por ahí por donde va el tema...

- ¡Déjalo Elizabeth, no seas ridícula!

- ¡Ja! Sé perfectamente cómo pensáis los tíos y ahora mismo estás acojonado

pensando que puedas ser gay... -Sammuel la miró incrédulo -Tranquilo cariño,

no lo eres, ni siquiera una pizca.

- ¡Ya sé que no soy gay! ¿Estás loca?

- La próxima vez te meteré el consolador, ¡enterito!, así que ves haciéndote a la

idea Sammuel. Sammuel abrió los ojos como platos y le faltó cruzarse de piernas, apretando el culo.

- ¡¡¡¡¡No es broma Elizabeth, no me gusta!!!! ¡Punto!

- Ya veremos

Sammuel se fue a duchar todo cabreado, soltando sapos y culebras entre dientes de camino al baño y Elizabeth se duchó por tercera vez con una sonrisa enorme en la cara.

CAPITULO 66

Pasaron dos semanas.

Bruce llegó del viaje de investigación a los pocos días de estar Sammuel en casa.

Le habían roto el móvil y el transmisor, así que no le podían rastrear de ninguna manera. Solo esperar a que diera noticias, por lo que Sammuel y John estaban muy nerviosos. Les dio un buen susto porque alguien le delató y por lo visto algunos hombretones de una mafia le metieron en un callejón y le dieron una buena paliza, quitándole todo, papeles, armas, incluso el dinero. No pudo ni moverse unos cuantos días allí tirado, hasta que le encontró la policía. Lo demás no se lo contaron a Elizabeth. Lo que estaba claro es que este asunto se estaba convirtiendo en algo más escabroso que unas simples fotos por dinero.

Cuando Bruce apareció en casa una mañana, Sammuel y él se abrazaron como si fueran padre e hijo, aunque no se dijeron nada ninguno, sobran las palabras... A Elizabeth se le cayeron las lágrimas al verlos.

John acogió en su apartamento a la señora Wilson y a Bruce. El sitio era grande de

sobra y así se facilitaba el trabajo para todos.

- Vaya orgías que se tiene que montar estos tres ahí –Le decía Elizabeth a Sammuél, riéndose, cuando se iban los tres para la casa. En este tiempo, Elizabeth se puso al día en la empresa, con la cada vez más valiosa ayuda de Betty. Acababan tardísimo y llegaba a casa muy cansada, pero deseando estar en los brazos de Sammuél. No importaba lo cansados que estuvieran, siempre había energía de sobra para amarse. Se había recuperado físicamente de todo lo acontecido y volvía a ser la diosa pelirroja que había sido siempre.

Sammuel también pasaba el día en el Hotel, había dejado sus compromisos sociales de lado y no podía permitir que esto influyera en sus cuentas. Intentó poner todo en orden de nuevo en un tiempo record, ya que también estaba ocupado con la demanda a la revista, las investigaciones de lo sucedido y de ir al Hospital a la rehabilitación de la cabeza.

Parecía que todo empezaba a marchar bien de nuevo.

Todo estaba tranquilo. Al menos, dentro de la normalidad.

Cuando Elizabeth volvió a casa una tarde, después de un largo y duro día de trabajo, se preparó una copa de whisky con hielo, para relajarse un poco, estaba sola y la apetecía. Últimamente no bebía nada de alcohol, ya que Sammuél no compartía esa afición y no le dejaba mucho tiempo libre para hacerlo. Se puso la canción de “Here I Go Again” de Whitesnake a todo volumen y se puso a bailar por el salón en pijama.

Le llegó un whatsapp de Sammuél “Gatita me muero por verte, cuando llegues a casa, vente a la Batcueva”

Ella sonrió al leerlo, es verdad que el apartamento de John parecía una cueva de actividades ilícitas de espionaje y acción.

Llamó a la puerta del apartamento de su guardaespaldas y la abrió Sammuél, con unos pantalones cortos de deporte grises, una camiseta azul cielo y una sonrisa de seductor fatal en acción, parecía que acababa de salir de la ducha. Este hombre elevaba a la calidad de espectacular cualquier trapo que se pusiera.

Estaba apoyado en la puerta, con el brazo por encima de la cabeza apoyado en el marco y la otra mano en la cadera, mirándola con deseo, cualquier mujer en su sano juicio, se le hubiera tirado al cuello sin dudarle, pero ella hizo con que pasaba de él, sin conocerle y como que buscaba a alguien.

- ¿Puedo ayudarla en algo, encanto?

- Creo que mi novio anda por ahí dentro –Señaló con el dedo el interior de la casa, estaba seria, parecía que lo dijera en serio, lo que a Sammuél le hizo ahogar una sonrisa, pero le siguió el jueguito

- Aquí dentro no creo que nadie encaje con el perfil de su novio...

- ¿A qué perfil se refiere señor? –Elizabeth enarcó una ceja

- Alguien capaz de hacerla gritar varias horas sin parar –Le susurró seductor, haciendo que la entrara un escalofrío por la espalda

- ¿Y cree usted que encaja en ese perfil?

- Ese perfil ha sido creado especialmente para mí

- Usted está muy bueno, sin duda podría hacerme gritar, pero de ninguna manera, si se enterase mi novio le degollaría

- Haría más que eso, ven aquí descarada

Salió a por ella, no aguantaba más sin tocarla, la cogió por la cintura y la besó.

- Vamos cariño, tenemos mucho trabajo. Aunque si quieres, podemos pasar por casa antes, un rato, para relajarte –La sonrió malvado, tocándole el culo.

- Sammuél si vamos a casa, los dos sabemos que tendremos que dejar esto para mañana

- Tienes razón señorita, aunque me muero por este culito

Ella hizo con que se ofendida y entró sin hacerle caso, él la seguía como un corderito, sonriendo, a través de las habitaciones de la casa.

- ¿Cómo está la cabeza? ¿Has ido hoy a que te curen? –Había visto que ya no tenía la venda de nuevo.

- Sí mamá, todo bien.

Elizabeth puso los ojos en blanco. Llegaron a la sala principal. Aquello parecía una centralita de aeropuerto más que una casa, había cámaras por todos sitios, todo estaba lleno de cables, lucecitas, botones, palancas...

Bruce y John se giraron hacia ella y la saludaron.

Sammuel se sentó tras ellos y Elizabeth se sentó su lado, que pasó el brazo por detrás de su silla, rodeándola y le dijo:

- Caballeros, ya estamos todos, podemos empezar. ¿Qué nos has traído nena?

- Todo esto –Tiró un disco duro encima de la mesa –Ahí están todos los videos.

John lo cogió y lo metió en el ordenador para descargar todos los videos de las cámaras de seguridad de H.E. Eran grabaciones de todas las plantas de la empresa y del parking, durante un mes entero. Querían comprobar si la señorita Mitchell tenía un compinche. Y ver si, efectivamente, había sido ella la que cogió el móvil de Elizabeth de su despacho.

Para encontrar esos videos específicos en medio de todas las grabaciones, tenían por delante un arduo trabajo.

- ¿Y tú Roc?

- Yo he traído esto –Respondió Sammuél. Le puso encima de la mesa una copia del comunicado que había dado su gabinete de prensa a todos los medios esa misma mañana, desmintiendo los comentarios que había hecho la revista y afirmando que todo había sido un montaje, con el fin de

vender más ejemplares.

Elizabeth lo leía en voz alta, haciendo hincapié en que los de las fotos de la toalla no eran ellos, y en que la foto de Elizabeth desnuda había sido manipulada.

Se anunciaba una terrible demanda por injurias y calumnias, por invasión de la intimidad en un espacio privado, sin el previo consentimiento de los protagonistas, y por último, la violación del derecho a la imagen.

Elizabeth terminó leyendo:

- Si la revista no se retractara de todo lo anteriormente citado en su tirada de mañana y admitiera que las fotos tomadas no son reales, ni están contrastadas, ni mucho menos consentidas, pidiendo disculpas públicas al señor Sammuel Roc y a la señorita Elizabeth Hudson, se llevará a cabo una demanda multimillonaria...

- Ese es el plazo, tienen 24 horas –Dijo Sammuel

- Demasiado fácil –Enarcó Elizabeth una ceja, dejando el papel sobre la mesa

- ¿Qué más has averiguado? –Le preguntó Bruce a Sammuel

- Por lo que hemos podido sonsacar a algunos curritos rasos de la revista, la mismísima jefa de prensa de Hudson Enterprises fue la que les vendió el material, alegando que era un robado encubierto.

- ¿En español Sammuel? –Dijo Elizabeth

- Les dijo que nosotros queríamos que se destapara el romance, pero que pareciera que no lo queríamos, ya que si volvíamos a anunciarlo nosotros mismos en otro nuevo comunicado de prensa, la gente se lo iba a tomar a broma, después de tanto decir que sí, que si no, y esto dañaría nuestra imagen pública.

- Vamos, que les vendió un bombazo, ya que serían ellos los que dieran la exclusiva, argumentando que era por nuestro beneficio –Dijo Elizabeth enfadada

- Exacto, lo tenía todo premeditado

- Pero no me cuadra que una revista tan prestigiosa caiga en una trampa así, deben tener algo sólido a lo que agarrarse si se les pillaran en un renuncio –Dijo Bruce tocándose la barba de un par de días.

John seguía a lo suyo, descargando vídeos al ordenador, aunque tenía la oreja puesta, pero no opinaba nada.

- ¿Y qué hay más sólido que la persona que dirige Prensa en H.E., supuestamente iba de mi parte, además llevaba mi móvil, o mi tarjeta, o vete tú a saber qué. Con las fotos de mi móvil tuvieron bastante a lo que agarrarse – Decía Elizabeth comenzando a desesperarse

- Al igual que falsificó la firma una vez, puede haber falsificado otras mil cosas más. Llevaría algún tipo de escrito de parte de Elizabeth. –Dijo Sammuel

- Con 20 millones se compran muchas cosas –Dijo Bruce

- ¡La jubilación! –Dijo John sin poder contenerse

- Y todavía no sabemos cuánto le dieron por las fotos, eso se suma a todo lo demás –Contestó Sammuel

- ¿Entonces creéis que lo tenía todo planeado de antemano? –Preguntó Elizabeth pensativa, todavía tenía la pequeña esperanza de que esa mujer hubiera sido su amiga de verdad, aunque luego se hubiera corrompido.

- Sin duda –La respondió Bruce

- Yo también lo creo nena, has sido demasiado confiada. Como nunca has tenido enemigos, no sabes lo que conlleva, y entiendo que sea un shock para ti, pero tranquila, todo se solucionará –Le puso la mano sobre la rodilla

- Cuando la demos su escarmiento, los que tengan idea de volverle a hacer algo, se lo pensarán dos veces antes señorita Hudson –Añadió Bruce

- Me hizo pensar que era mi amiga, y en realidad me estaba sonsacando información, ¡ojalá se me pusiera delante para arrancarle las extensiones. Será zorra! qué idiota he sido, joder –Gritaba Elizabeth

- Nos podría pasar a cualquiera nena, tranquila. Ahora hay que centrarse en encontrarla –Sammuel la acarició la espalda para calmarla.

Estuvieron como tres horas haciendo conjeturas y buscando vídeos los cuatro juntos. No sacaban nada en claro. Debía haber algo que se les escapaba de las manos. Y debía existir alguna conexión entre el primer chantaje y esto.

A la señorita Mitchell no le importaba que supieran que había sido ella la que había hecho todo esto, tenían todos sus datos personales, menos la dirección, que era falsa, la cuenta bancaria y el móvil, que ya habían sido dados de baja. Así que algo no encajaba. Era demasiado fácil y no daban con ella. Les faltaban piezas por algún sitio.

Sammuel recibió una llamada del Hotel, por lo visto un cliente muy importante quería saludarle, acababa de llegar de Dubái y se marchaba mañana a primera hora, así que tenía que ir obligatoriamente. Le dijo a Elizabeth que se fuera con él y así cenaban algo allí, pero estaba muy cansada y prefirió quedarse en casa.

- Te esperaré en la cama Sammuel, estoy realmente cansada.

- Está bien, luego te veo, nena. –No pudo decirle nada subido de tono porque Bruce y John estaban al lado.

La dio un beso y se fue.

Elizabeth estuvo otro rato con John y Bruce, encontrando al final un video en el que

salía Kelly

- ¡Páralo John! ¡Es esa, ya la tenemos!

La siguieron con las cámaras en algunas secuencias al azar, pero no se la veía hacer nada sospechoso. Lo importante es que John y Bruce la habían puesto cara. Ya sabían quién era físicamente.

- Ahora hay que mirar todas las tomas en las que salga, así no encontraremos nada específico –Le dijo John a Bruce

- No sé por qué, pero esa mujer me resulta familiar, no se aprecia muy bien la imagen, serán imaginaciones mías, a lo mejor... –Murmuraba Bruce mirando fijamente la imagen.

- ¿Qué pasa Bruce, que va mal? –Dijo impaciente Elizabeth

- Nada, todo va muy bien señorita Hudson, hemos dado un paso muy grande, teniéndola en una imagen, la podemos localizar más fácilmente en las demás, con los sensores de compatibilidad de rasgos del equipo de John.

- ¿Y qué es eso Bruce? –Bruce sonrió.

- Que introduciendo una imagen de ella en este programa, automáticamente seleccionará los vídeos en los que aparece, no tenemos que estar mirando video por video de las 24 horas del día, de todo el mes y de todas las plantas.

- Uf, qué pasada ¿y eso cuánto tarda?

- Creo que para pasado mañana a primera hora lo podremos tener.

- Estupendo, qué ganas tengo de pillarla

- ¡Y yo! –Dijo John cabreado, dando un puño en la mesa

A Elizabeth le salió una sonrisa. John la apreciaba como si realmente fuera alguien de su familia, incluso pensaba que le dolían más las cosas que le pasaban a ella que las suyas propias.

- John ahora me alegro de que te gastes todo tu presupuesto en maquinitas –Le sonrió ella sincera.

- Tranquila señorita Hudson, ha dejado demasiadas pistas, no se escapará – Añadió Bruce.

- Eso lo tengo claro, confío en vosotros dos, grandullones. –Les dijo poniendo

una mano en cada hombro de ellos. –Siento tener que abandonaros, pero me voy a dormir, mañana me espera un día duro. Descansad un poco vosotros también. ¡Os necesitamos frescos como lechugas!

- Que descanse Elizabeth –Le dijo John.

- Buenas noches señorita Hudson –Dijo Bruce sonriéndola.

Elizabeth era como un ángel cuando quería. Y era por este motivo por el que John no se decidía nunca a marcharse de su lado.

Se fue a casa, se metió en la cama y se quedó dormida profundamente.

De repente, en medio del sueño, se sobresaltó, miró el reloj y eran las 5 de la madrugada. Sammuél no había llegado todavía, su lado de la cama estaba vacío y le mandó un mensaje:

“¿Dónde estás?”

Pero no la contestó.

Volvió a escribirle otro.

“Sammuel estoy preocupada, dime si estás bien, solo eso”

Nada.

Se puso nerviosa y ya no se pudo dormir. Tenía una extraña corazonada. Llamó al Hotel y le dijeron que Sammuél había subido a su casa, después de cenar con el cliente árabe, que también estaba de vuelta en su suite. Así que Sammuél no había salido todavía de allí, le pasaron la llamada de Elizabeth a su casa, pero no la contestó.

Algo le decía que la cosa no iba bien.

Le escribió otro whatsapp:

“Voy a buscarte”

En dos minutos se puso unos vaqueros y una camiseta de las que tanto le gustaban a Sammuél, negras, esta vez le tocaba Manowar, la del disco “Hail and Kill”, quería guerra. Y unas zapatillas de deporte.

Dejó el Lamborghini Veneno donde siempre, delante de la puerta del Hotel. El aparca coches ya no la decía nada, se había resignado, se limitaba a saludarla y a vigilarle el coche.

Un diablo pelirrojo entraba a las 6 de la madrugada, todavía de noche, como una furia por las puertas giratorias del Roc Hotel Central.

Saludó a los chicos de Recepción con un movimiento de cabeza sin detenerse, evidentemente, todos sabían quién era ella, aunque llevara esas pintas, la devolvieron el saludo de una forma más efusiva que la de ella y cogió el ascensor a la última planta. Le temblaban las piernas, no sabía qué se podría encontrar, pero desde luego no tenía una buena sensación. Se sentía en guardia sin saber por qué.

“Pobrecillo, estaría cansado y se quedaría dormido ¿por qué te enfadas tanto?”, le decía su yo bueno.

“¿Tan cansado como para ni siquiera decírtelo, cuando te informa hasta de cuando respira?”...le decía su yo maligno, bostezando.

Las puertas del ascensor se abrieron...

Saló al pasillo y se quedó allí petrificada con la boca abierta.

A Elizabeth se le cayeran las llaves del coche al suelo, que era lo único que llevaba encima, ya que se quedó completamente paralizada cuando vio lo que tenía delante de sus narices.

Lo único que le permitió hacer su cuerpo, aparte de respirar y demás funciones que ella no controlaba, fue derramar lágrimas a borbotones.

De repente, reaccionó, debido al sonido de las llaves al chocar contra el suelo, lo que también hizo que Sammuell y su acompañante la mirasen con cara de pánico. Recogió las llaves rápido y se volvió a meter volando en el ascensor, rezando para que la tele-transportara abajo, que no tardara en cerrarse. Las puertas se juntaron justo a tiempo para ver la cara de terror de Sammuell, que iba tras ella gritando:

- ¡Elizabeth! ¡Noooooo!

Una carcajada de mujer se escuchó tras él.

En cuanto llegó a la planta baja, salió a la calle volando, se montó en el Veneno, pegando un portazo al coche y salió de allí quemando neumáticos. Se escuchó un derrape, y el Lamborghini se perdió entre el tráfico, que comenzaba a ser abundante ya a esa hora.

Sammuel se quedó en medio de la carretera, solo llevaba los calzoncillos puestos e iba descalzo. Tenía las manos en la cabeza y gritaba con todas sus fuerzas su nombre, pero ella nunca le escuchó, y si lo hizo, no la importó. Elizabeth ni se dio cuenta de que bajó a un ritmo vertiginoso todas las plantas por las escaleras para alcanzarla.

Cayó de rodillas al suelo con ambas manos en la cabeza.

- ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡No!!!!!!!!!!!!!!!

Se pasaba las manos por el pelo sin parar, y pegaba patadas y puñetazos a las cosas que había en su camino de vuelta al Hotel. Entró dispuesto a matar a los recepcionistas por no avisarle de su llegada.

CAPÍTULO 67

Elizabeth casi no veía la carretera, no podía parar de llorar. Debía pensar qué hacer. Si iba para casa, él la estaría esperando allí, o llegaría en seguida. No quería ni verle.

De repente, una idea se cruzó por su cabeza. Aparcó el coche en una estación de servicio, cogió el móvil y al primero que llamó fue a John

- Dígame señorita Hudson

- John, voy a dejar el coche en la estación de servicio del km 579 de la Nacional 6, ¿de acuerdo?, ven a por él.

- ¿Qué va a hacer esta vez Elizabeth?

- John, sé que no te va a gustar, pero voy a desaparecer. Y os agradecería que no me buscarais. Cuando esté bien volveré. Encárgate de todo John, quiero que sepas que Sammuell estaba metido en el ajo, no te diré más.

- ¡¡¡No Elizabeth!!! déjeme que....

Le colgó.

Acto seguido llamó a su madre

- Mamá

- ¡Ay Hija mía! ¿qué pasa?, me has asustado ¿por qué tienes esa voz?

- No te preocupes mamá, estoy bien. Escúchame, no tengo tiempo de hablar o me podrían encontrar...

- ¿Quién te puede encontrar? ¡¿Qué pasa?!

- Tranquila mamá, no pasa nada. Escúchame y no me cortes. No quiero que me encuentren Sammuell. John ya sabe que me voy una temporada. Voy a desaparecer mamá. Necesito tu ayuda, no puedes hablar con nadie ni decir nada, ¿de acuerdo?

- ¡Si no se nada! ¿Cómo lo voy a decir? Elizabeth ¿qué ha pasado cariño?

- Mamá, estoy bien, tranquilízate por favor. Eres la única persona a la que llamo ¿vale?, para que no te preocupes por mí. En un par de semanas o tres volveré. Voy a respirar a algún sitio, estaré bien de verdad. No pasa nada grave, es sólo que necesito desconectar, unas vacaciones que en 4 años no he tenido ¿Me has escuchado bien mami? Tranquila.

- Sí cariño, pero llámame de vez en cuando por favor.

- Te quiero.

- Y yo a ti, tesoro

Colgó. Solo faltaba una.

- Betty

- Buenos días señorita Hudson

- Escúchame Betty. Voy a faltar un mes aproximadamente a la oficina. No quiero que nadie, y cuando digo nadie es nadie ¿entendido?

- Sí, entendido, nadie...

- Nadie tiene que saber dónde estoy, ni que hablo contigo siquiera, ¿de acuerdo?

Mandaré un mail general a todos informando de que tú estás al mando.

- ¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿Que yo qué???!!!!

- ¡Betty respira! Escucha atentamente, tengo prisa.

- Sí Elizabeth

- Vas a ser la única persona con la que me comunique, ya te llamaré desde mi número nuevo, este se autodestruirá en cuanto termine de hablar contigo, hasta entonces, ya sabes lo que tienes que hacer. Tranquila y confía en ti misma, ¿de acuerdo?, yo confío en ti.

- De acuerdo señorita Hudson, quedo a la espera de sus noticias. Intentaré hacerlo lo mejor posible.

- Lo harás Betty, una vez más cuento contigo. Gracias

- ¡Gracias a usted!

Colgó.

Salió del coche, dejó su móvil metido en la guantera, vio que hasta el momento tenía 547 llamadas perdidas de Sammuell y otro pelotón de whatsapp y mensajes de voz.

- ¡¡Jódete cabrón!! –Le gritó al móvil.

Las llaves del Veneno las dejó metidas en el tubo de escape, que era donde John y ella siempre las ponían en casos así.

Entró en el autoservicio 24 horas que había allí, y se compró una gorra, unas gafas de sol y un móvil nuevo, con un número de prepago. Imposible rastrearla. Se apuntó el número de Betty y el de su madre, nada más.

Silbó a un taxi que pasaba por allí y le indicó al taxista que la llevara al aeropuerto.

Una vez allí, llamó al director de su banco. El prestigioso Charles Robins era uno de los hombres más importantes de la ciudad. Elizabeth sería la única persona o una de las muy pocas que tuvieran su número personal. Ahora se alegraba de tener tan buena memoria, se acordaba de todos los números favoritos de la agenda del móvil.

Le dijo que le ampliara el límite de la tarjeta de crédito durante 5 minutos, que iba a sacar 60.000 euros y que después cancelara todas sus tarjetas de crédito, que las iba a romper. Nadie debía rastrear su destino. El director del banco besaba por donde ella pisaba y no le puso ningún tipo de pega, ni le pidió explicaciones. Lo hizo, él personalmente y punto.

- Charlie, una última cosa

- Dígame señorita Hudson

- Esta llamada no ha existido, ¿de acuerdo?

- Lo que usted diga

- Ya sabrás de mí, necesitaré tarjetas nuevas pero con otro nombre. Te llamaré para decirte el seudónimo, ¿de acuerdo?

- De acuerdo, quedo a su disposición señorita Hudson.

- Gracias

Se puso la gorra con el pelo enredado en un nido, como ella lo llamaba. Para no salir en las cámaras de seguridad. Sammuell siempre decía que no tenía ni idea de seguridad, pues ahora lo comprobaríamos.

En los cajeros de los aeropuertos siempre había dinero en exceso porque los viajeros necesitaban más que en cualquiera de la calle. Aún así, Elizabeth lo dejó sin billetes para el día completo. Cogió el primer vuelo que salía en 30 minutos, destino a las Maldivas, lo pagó en efectivo.

“Ya veremos qué hago una vez allí” pensó, y se quedó profundamente dormida en su asiento de primera clase. Estaba tan cansada...

Cuando se despertó, estaban aterrizando. Hacía un sol espléndido.

Allí, un coche la recogió y la llevó a un resort que había a uno de los lados de la isla. No era el más famoso, ya que el más prestigioso del lugar era el Roc Maldivas Hotel, por supuesto. ¿Cómo no? pero allí sería el primer sitio donde buscarían, si se les ocurriese buscarla en las Maldivas por una casualidad de la vida, cosa bastante improbable, pero bueno. Así que se fue al segundo más importante.

Apareció en la imponente Recepción con un moño roñoso en el pelo, la camiseta de Manowar gigante arrugada del viaje, el rímel corrido de llorar y ojeras.

- Buenos días, me gustaría alojarme en su Hotel por favor.

- ¿En la suite presidencial? -Le preguntó burlándose de ella una de las chicas que había allí, mientras la miraba con cara de asco

- Si no tenéis nada mejor, sí

- Mira bonita, tengo un montón de trabajo, así que vete a tocar la moral a otro sitio, no me hagas llamar a los de Seguridad. Elizabeth se sintió ultrajada, cogió la cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros y le tiró 10.000 euros encima del mostrador, fulminándola con ojos de asesina

- ¿Con eso tienes bastante, bonita, o necesitas más para la primera noche?

Sinceramente, no creo que este hotelucho de mala muerte lo valga.

La Recepcionista no podía cerrar la boca del asombro.

- Por cierto, bonita, en cuanto me instale, me gustaría hablar con el director, no creo que esta bienvenida sea lo que se merecen los clientes.

- Discúlpeme por favor señora...

- Borc, señorita Borc –La desafió Elizabeth

Con el bochorno y la vergüenza que estaba pasando la recepcionista, olvidó por completo pedirle el pasaporte, algún documento que acreditase su identidad, ni nada, para no enfadarla más y poder mantener su bien pagado puesto de trabajo. Ya se lo pediría mañana, cuando las aguas estuvieran más calmadas.

Así que Elizabeth vio el cielo abierto, esto sería perfecto para su plan de desaparecer de la faz de la Tierra, todo le estaba saliendo a pedir de boca, aunque hubiera preferido que no hubiera tenido que suceder, ya que todo era debido a que le habían roto el corazón.

- De acuerdo señorita Borc, la acompañan enseguida a la Suite Presidencial, acepte por favor mis disculpas de nuevo...

- Tranquila, ha sido un desafortunado malentendido, espero que no vuelva a ocurrir.

- Descuide -Le hizo una señal al botones, que acompañó a Elizabeth a la

habitación, sin maletas ni nada.

El botones, muy amable, le mostró las distintas estancias del Hotel de camino a la habitación, todo era de caña, bambú y esparto. Estaba decorado con todos azules y verdes. Todo de materiales de primeras calidades, pero ecológicos.

La piscina era una maravilla, no se distinguía dónde terminaba ésta y comenzaba el mar. Había unas cabañas de madera que estaban situadas justo encima del mar, pero a Elizabeth no le hicieron mucha gracia, no le apetecía ver a los peces por debajo de ella cada vez que anduviera, ¡qué vértigo!

Así que su suite estaba en la tercera planta, lo más alto que estaba permitido edificar en la isla. El botones abrió la puerta y le entregó las llaves, la enseñó las distintas estancias de la habitación, el salón, el baño, la terraza...

Era todo tan bonito que Elizabeth no se quería permitir admirarlo, hoy era su día de tristeza.

- Gracias

- Bienvenida señorita Borc, esperamos que tenga una agradable estancia con nosotros. Elizabeth le dio una generosa propina y él se marchó sonriente.

Se sirvió un whisky doble con hielo del mini bar y se lo bebió de un trago. Brindó al aire:

- Por el hijo de puta de mi prometido.

Debido al largo viaje en avión, y a la diferencia horaria, se había hecho de noche.

Se tumbó en la cama y se durmió tal cual estaba, vestida y con zapatillas. Mañana vería la belleza de la isla, hoy sólo quería retorcerse en su desgracia y su pena.

Pasó la noche, mitad llorando, mitad durmiendo.

Pensaba que eso la estaba pasando por haber permitido a un hombre acercarse a ella, creía que había aprendido a manejarlos y había metido la pata hasta el fondo.

“Eres gilipollas” se pasó la noche diciéndose a sí misma

“¿Qué esperabas, que fuera distinto, por qué, porque te ha echado dos buenos polvos y te ha comido la cabeza con palabrería barata?”

“La gran Elizabeth Hudson ha resultado ser una ignorante, te la han dado pero bien”

No podía parar de llorar.

CAPITULO 68

Amaneció.

Mientras se acostumbraba a la luz del día, comprobó que desde su cama con dosel se veía la puesta de sol en el mar por una ventana, y el amanecer entre la montaña por la contraria.

Inspiró profundo. Olía a mar, a sal, a limpio.

Elizabeth se levantó de la cama, a pesar de haberse quedado dormida así, había logrado descansar algo. Llevaba durmiendo muchísimas horas entre el avión y la habitación.

La suite era de madera maciza y estaba decorada toda de blanco. Con algo de verde y azul. Detalles.

Entró en el baño, era inmenso. Tenía una bañera jacuzzi para 6 personas y aparte la cabina de ducha con hidromasaje.

Todo era de mármol color café con leche y las toallas, albornoces, etc, en blanco.

Los jaboneros, platillos y demás, en verde y azul. Era todo precioso.

Se miró en el espejo... llevándose la mano a la boca al verse, casi grita.

- ¡Madre de Dios! Normal que la petarda esa de Recepción no me quisiera dar una habitación, por favor, vaya cuadro. ¡Yo cruzaría de acera si me viera de frente, joder!

Se desnudó y se metió en la ducha. Todos los enseres que había en el baño olían a coco.

- Me encanta el coco

Se peinó y ya parecía otra cosa, ¡al menos una mujer!, aunque la pena la seguía teniendo en sus ojos, menos verdes que de costumbre.

Llamó a Recepción y le dijo a una de las chicas que necesitaba un vestido de la talla 40, unas sandalias a juego del 39, con un bolso y que se lo trajeran a la habitación.

En media hora, el servicio de habitaciones le había llevado un vestido marinero, de rayas azul marino y blancas, sandalias de cuña de esparto blancas, un bolso azul y una pamelita del mismo azul marino.

Al menos tendría para salir a la calle, e irse de compras. Si salía con su anterior atuendo, la echarían de cualquier sitio. O llamarían a la policía, como mínimo.

“La gente solo se fija en las apariencias, qué asco” se decía su yo bueno mientras se vestía

“Tú también lo haces, ¡no seas hipócrita! Si vieras a alguien con esas pintas,

acelerarías el paso”, le regañaba al instante su yo maligno. Sacudió la cabeza pensando que estaba perdiendo el norte, discutiendo de nuevo consigo misma “algún día hasta se van a pegar” y se centró en lo que tenía entre manos.

Bajó al comedor a desayunar, cuando pasó por delante de la Recepción, las chicas la saludaron, pero una de ellas, la misma precisamente que registró su entrada ayer, le preguntó en qué habitación se alojaba, porque creía que no era de allí.

Elizabeth, a punto de mandarla a paseo, respiró profundo y le dijo:

- ¿No te acuerdas de mí, bonita?

La chica la miró sin saber a qué se refería

- ¡La mendiga! –Gritó Elizabeth poniendo los ojos en blanco
- ¡Oh por Dios bendito! –Le salió del alma a la recepcionista, tapándose inmediatamente la boca con las manos, otra vez volvía a meter la pata.
Elizabeth no pudo por menos que soltar una carcajada al ver la cara de asombro de la mujer
- Perdóneme de nuevo señorita Borc, pero es que...
- Tranquila, ayer venía de incógnito, te entiendo, no te disculpes más, ¿de acuerdo?
- Gracias, está usted... muy... distinta, guapa... diferente a lo que parecía ayer...
- En serio, olvídale –Le guiñó el ojo y la pobre chica se relajó
Le indicó dónde era el desayuno, a qué hora se servían las comidas y dónde eran las sesiones de yoga, zumba y masajes, a los que se había apuntado.
- Sigo queriendo hablar con el director, cuando esté disponible, si eres tan amable...
- Melania, me llamo Melania, a sus órdenes señorita Borc.
- Muy bien, Melania, gracias.

Como ayer no comió en todo el día, tenía un hambre que devoraba. La pena camuflaba el hambre hasta cierto tiempo, luego lo empeoraba.
El comedor estaba lleno de mesitas, los manteles eran verdes y la vajilla azul. Tenían zumos naturales de todas las frutas tropicales imaginables, desayunos característicos de todos los países, todo tipo de quesos, panes, bollería... Allí podría engordar tranquilamente 10 kilos al día.
Estaba muy triste, pero parecía que el ambiente que allí se respiraba la evadía un poco de su continuo pensamiento, esos ojos violetas.
Miró la inscripción del anillo y se le volvieron a caer las lágrimas.
- Quería decir que iba a ser mío y de otras muchas, eso se le olvidaría grabarlo – Murmuraba. Una vez se hubo comido medio kilo de quesos surtidos, 2 litros de zumos variados, entre ellos mango y papaya, casi una barra de pan recién horneada, untada con mantequilla y mermelada de frambuesa, además de un postre de salmón ahumado, sintió que había saciado su apetito.
Los chicos del Restaurante se quedaron boquiabiertos con todo lo que se acababa de meter entre pecho y espalda una mujer tan delgada.
Cuando salió del restaurante, estaba indecisa entre subirse a la habitación a seguir su ritual de llorar y dormir, o irse de compras.
“No tengo ni bragas” se dijo riñéndose su yo bueno
“Uh, eso a Sammuel le encantaría” le dijo su clitoris travieso
“¡Deja inmediatamente de pensar en ese bastardo!” le regañó su yo maligno automáticamente.

Al final, como si su cuerpo hablara por ella, se dejó guiar por sus pies y se metió en la cama, la primera opción había ganado a la segunda. Necesitaba su tiempo de duelo, no tenía ánimos de probarse ropa ahora, todo le quedaría mal. Lo único que acertaría a comprarse serían túnicas negras.
Se desnudó. Se abrazó a la almohada y se echó a llorar como una niña, recordando la cara de pánico que tenía Sammuel mientras corría tras ella en el ascensor.
¿Cómo había podido traicionarla así? ¿Estaba todo preparado? Su corazón le decía que no, pero ella vio con sus propios ojos lo contrario.
Intentó ordenar en su mente lo que había visto y pensar qué podía estar sucediendo que no fuera lo obvio.

Una puerta se abre. Sale Kelly agarrada de su brazo, con el vestido medio subido. Él estaba en calzoncillos y descalzo. Ella le da un beso. Cuando la ven, los dos la miran sorprendidos.
No había ninguna explicación lógica. Al menos que le exculpara.
Era mentira que había ido a ver a un cliente.
Había pasado la noche con ella, eso era obvio, pero ¿por qué? ¿Le habría chantajeado de alguna manera? ¿O lo habían planeado entre los dos?
La cabeza le estallaba, no encontraba respuestas.
Al final se volvió a quedar dormida todo el día.
A la noche, bajó a pasear un poco por la playa, descalza, la arena era fina y blanca. En otro momento, hubiera disfrutado enormemente de ese paraíso, pero todo depende de los ojos con los que se mire.
Cuando se hubo aireado un poco, regresó a la habitación. Volvió a llorar, quedándose dormida, tenía dos semanas de sueño atrasado, además, llorar también cansaba mucho. Esa noche volvió a tener pesadillas con Kelly y Sammuel amándose.

CAPITULO 69

Amaneció.
Bajó a desayunar.
Los chicos del Restaurante la sonrieron al verla entrar por la puerta. Ya se había corrido el rumor entre los empleados del Hotel de que este cliente era muy peculiar. Desde luego, no pasaba desapercibida para nadie.
Hoy comió menos, un café con leche condensada con hielo, zumo de mango, queso y dos donuts. “¿Y eso te parece poco vaca burra?” le decía su yo maligno todavía delgado. Pero es que estaba todo tan rico, que le parecía siempre poco.
Cuando terminó, se fue a Recepción y pidió un coche de alquiler. Allí no tenían Veyrons ni Venenos, de todos los modelos que había disponibles, escogió muy a su pesar un mini rojo. Imaginaros cómo serían los demás.

- Es muy "cuki" –Le dijo el recepcionista muy alegre, estaba impresionado ante su belleza y pensaría que la iba a hacer gracia el comentario para ganarse su favor. El pobrecillo ni se imaginaba el gran sacrilegio que acababa de cometer...

Elizabeth levantó lentamente la mirada de la hoja que estaba rellenando con sus datos para el alquiler y le aniquiló con la mirada de esos intensos ojos verdes

- ¿Cómo tú? –Bufó

- Discúlpeme por favor señorita Borc, es que a las mujeres les suele encantar ese coche y siempre dicen lo "cuki" que es, era una simple broma –El pobre chico no sabía dónde meterse ante su reacción, con lo simpática que parecía...

- Pues métete las bromas por... donde te quepan –Se contuvo en el último segundo.

Lo alquiló para 15 días.

El recepcionista se disculpó otras 500 veces más y ella se fue de allí, sin más, dejándole rojo de vergüenza.

"No sé cómo voy a soportar conducir este... engendro... que llaman coche", se decía cabreadísima.

Le informaron por teléfono de que esta noche volvía el director de su viaje de negocios y podría atenderla.

Se fue al centro del pueblo con su mini. Se conducía bastante bien, la sorprendió muy gratamente. Además se aparcaba en cualquier sitio.

"Cuando vuelva me compraré uno de estos" iba pensando.

"¿Esta mierda? ¿Estarás de broma?" decía su yo malo pegando patadas a los neumáticos. Elizabeth se plantó en medio de una plazoleta y miró a su alrededor con cara de asco. El pueblo estaba formado básicamente por 4 tiendas y 2 bares, a cada cual más cutre, ya que los hoteles tenían en su interior de todo para abastecer a los turistas. La gente autóctona de la isla eran los únicos que compraban aquí.

"¿Qué esperabas, que estuviera aquí Cocó Channel para darte la bienvenida?"

Así que se tuvo que ir a comprar la ropa, los zapatos, los bikinis, el maquillaje y las cosas de aseo al Maldivas Roc. Encima le iba a dar ganancias al cabronazo de Roc, "¡Manda huevos!"

No habían tantas bolsas en el coche. ¡Se lo compró todo! A las dependientas de las tiendas casi las faltaba besarla los pies. "Ay si supierais quien soy desgraciadas", pensaba ella con malicia en su mirada.

Llegó a su Hotel de vuelta y el botones corrió a ayudarla y a llevarle las bolsas a su habitación. Llevándose su correspondiente propina, le faltaba menear el rabo.

Ella lo colocó todo en los armarios, colocadito, aquello y a parecía otra cosa, iba teniendo color. Se había comprado una ropa preciosa. Al menos no parecería una fulana fugitiva.

"No hay nada mejor para que se te olviden las penas, como irte de compras", pensaba mientras colocaba sus nuevos zapatos, bolsos, gafas de sol, bikinis, pareos y demás cosas en el vestidor. Al final, sin darse cuenta, se le había pasado el día. No le quedaba dinero, a 5000 euros la noche, el alquiler del coche y lo que había comprado hoy, se había quedado a 0, así que llamó a Charlie para que le mandara las tarjetas de crédito a nombre de Roxanne Borc y le dio la dirección donde debía mandarlas. Al día siguiente a primera hora las tendría allí, le confirmó él sin hacer preguntas. Era uno de los lujos de ser el cliente número uno de un banco, que se saltan todas las normas contigo, incluso las que rozan la ilegalidad, o la traspasan descaradamente.

Eran las 9 de la noche y vio atardecer desde su inmensa terraza, sentada en el sofá de piel blanco redondo, tomando una piña colada. Sonó el teléfono de la habitación y fue a cogerlo, extrañada.

- ¿Señorita Borc?

- Si Melania, dime

- Perdona que la moleste, pero el director del Hotel, el señor Smith, me ha indicado que le informe de que la estará esperando en el bar de la piscina.

- ¿En el bar de la piscina? –Preguntó Elizabeth sorprendida, se imaginó al director de 50 años, gordo y calvo, con un bañador ajustado por debajo de su tripón flotante y gelatinoso, metido en la piscina, mientras hablaban de negocios... La dieron nauseas... lo normal sería esperarla en un despacho o algo parecido ¿no? Esta gente de las islas era demasiado despreocupada con el protocolo.

- Es que suele cenar allí, le gustan más las vistas. Pero si lo prefiere le indico otro lugar para la reunión.

- No, gracias Melania, no te molestes, iré a la piscina.

Se dio una ducha, porque después de un día entero de compras, olía un poco a cerdito.

Se puso un vestido fucsia de gasa atado al cuello, bordado con tonos verdes en los bordes, que se ceñía a todas sus curvas, muy corto, y sin espalda, lo compró inconscientemente o conscientemente, para darle a Samuel en las narices, aunque no la viera. Remató la faena con unas sandalias de aguja altísimas a juego... ¡Para morir! Algún hombre habría por allí que la mirase. Y si no lo había, le alegraría la vista a los camareros, ya de por sí todos colados por ella. Si Samuel pudiera verlo, moriría de un infarto, o mataría a todos los que osaran mirarla, así que se sintió mejor haciéndolo. Era una venganza de su subconsciente.

Se fue al bar de la piscina contoneando las caderas, dejando a los presentes boquiabiertos a su paso y allí preguntó por el señor Smith, el camarero le indicó que esperase un momento y la acompañó hasta la mesa donde se encontraba el director. Mientras avanzaba, por el camino, observó que alrededor de la piscina había antorchas encendidas que ardían en llamas y el agua estaba iluminada con una luz azulada, que hacía un increíble efecto de espejo, como si el fuego estuviera en realidad dentro del agua. Algo asombroso, que dejó a Elizabeth fascinada. Todo esto, junto a la multitud de flores y el olor a mar, hacían transportarse a otro mundo, desde luego un paraíso en la Tierra.

El señor Smith estaba de espaldas, llevaba una camisa blanca de lino y pantalones anchos del mismo material, en azul añil, con unos zapatos a juego de suela de esparto. Muy ibicenco.

Elizabeth se paró a su altura para que el camarero la presentara:

- ¿Disculpe, Señor Smith?

Un hombre de unos 35 años se levantó de la mesa. Al girarse hacia ella, vio que era moreno, con el pelo largo a la altura de los hombros, ondulado, y unos ojos de un color azul intenso. Al tener la piel tan morena por el sol de las islas, su sonrisa parecía de un blanco sobrenatural, enclaustrada en una cuadrada y poderosa mandíbula.

Elizabeth se quedó impresionada ante ese hombre tan bello, sinceramente no esperaba encontrarse a un ser tan varonil. Pero la mirada de él no pudo evitar expresar lo mucho que ella le cautivó también. Los hombres disimulan peor.

- ¡Señorita Borc! Por fin tengo el honor de conocerla –Su voz era grave, pero su acento le delató...

“¡¡¡Noo, italiano no!!!” pensaba Elizabeth horrorizada. De todos es sabido la bien merecida fama que tienen de Casanovas, y lo peor, ¡Casanovas de pacotilla! Ella en estos momentos no estaba para juegos de ligoteo.

Él le tomó la mano entre las suyas gigantes y se la besó delicadamente, parecía algo... ¿nervioso?

- Tome asiento, por favor, ¿le gustaría acompañarme a cenar?

- Yo... no quería molestarle mucho tiempo...

- No es ninguna molestia su compañía, más bien, todo lo contrario- Y la sonrió juguetón.

“Así que vamos por ahí... Mucho ha tardado, 1 segundo... ¿No habrá una señora Smith? Maldito italianini” le decía entornando los ojos su yo maligno.

Él pidió un vino, que el camarero los sirvió a los dos, era de los caros. Después trajo un menú degustación para dos, típico de la zona.

- ¿Está usted cómoda en mi Hotel señorita Borc?

- Por favor llámeme Roxanne

- Roxanne, qué nombre tan exótico. Usted me puede llamar Xavier.

- De acuerdo Xavier, encantada

- ¿Está cómoda en el Hotel señorita, la están tratando como se merece? Me han comentado que ha insistido en verme ¿ocurre algo?

- Solo llevo cuatro días, pero sí, su hotel es una maravilla, y me están tratando bastante bien, la verdad.

- Me han cuchicheado mis empleados que es usted muy... digamos... distinta, a los clientes que se suelen alojar en la Presidencial.

Elizabeth sonrió curiosa, enarcando una ceja y reclinándose en su silla

- ¿Distinta?

- Yo no sé nada, acabo de llegar, esperaba que me dijera usted por qué –Levantó las manos en señal de rendición

Ella se rió y le confesó

- Llegué con unos vaqueros roñosos y una camiseta de Manowar, no creo que sus clientes vip suelan hacer eso. También como cual oso a punto de hibernar...No sé qué más le han podido contar fuera de lo normal...-Se quedó pensativa.

Xavier despatarró sus preciosos ojos y escupió el vino de la risa, menos mal que se puso la servilleta a tiempo en la boca, y dijo entre carcajadas, mirándola todavía incrédulo:

- ¡Manowar! ¿En serio?

El italiano la miraba atónito, de arriba abajo, con una sonrisa enorme, mientras se limpiaba como podía

- Hail and Kill nada menos – Le dijo ella levantando las cejas, en un tono bajito, como confiándole un importante secreto, pero riendo al verle tan natural con ella. Se acaban de conocer y ya parecían amigos.

- Oh Roxanne, entonces eso explica todo, ¡los tienes impresionados!, he de admitir que más al género masculino que al femenino, como es natural, su belleza no tiene parangón. Su fama la precede. Me la habían descrito los chicos, para serle sincero... -Se detuvo porque no le salía la palabra que usaron - ¡¡una “tía buena”!!!, sí, pero desde luego, no la han hecho justicia.

- Gracias señor Smith, pero creo que eso ha estado de más –Le cortó ella en seco.

Elizabeth supo que si le seguía el juego, o le reía las gracias, él se iba a pensar algo que no era, así que más valía parar el asunto una vez, aunque fuera dándole un corte en seco, que no más tarde y tener que pasar la vergüenza ella. Ya conocía de sobra a los hombres de esa clase... “¡Encima italiano!”

Él se sintió un poco incómodo, pero no le dio mayor importancia.

- Lo siento señorita Borc, no tenía que haber sobrepasado el límite, es mi cliente y la acabo de conocer, se me ha olvidado por un momento.

- Tranquilo, no pasa nada.

- ¿Y por qué quería verme? ¿Tiene algún problema?

- No, pero necesito una persona de confianza con la que poder contar para ciertos, asuntos, y por supuesto confidencialidad.

- Cuénteme, soy todo oídos.

- Digamos que soy algo conocida en mi ciudad y he venido aquí unos días para que nadie me moleste, me refiero a fotógrafos y esa clase de gente ¿Lo entiende?

- ¿Cómo de conocida exactamente?

- Mucho

Xavier se recostó hacia atrás y puso un brazo por detrás del respaldo de la silla, escudriñándola con su mirada azul

- ¿Por qué mi Hotel?

- Por muchas razones que a usted no le incumben ¿va ayudarme o no?

La miró haciéndose de rogar, aunque si realmente ella pudiera leer sus pensamientos, vería que sólo le faltaba ponerse de rodillas ante ella. Si le pidiera algo, lo tendría al instante. Se quedaron mirando los dos y al final Xavier Smith se volvió a poner en modo serio, de director de Hotel y la dijo:

- Señorita Borc, está usted en el sitio indicado. Me encargaré personalmente de ordenar al staff que no hablen con nadie sobre usted, ni permitan el paso a gente ajena al Hotel, que no se acredite. Así evitaremos visitas molestas. ¿Le parece bien?

- Gracias señor Smith, se lo recompensaré –resopló tranquila

- Llámeme Xavier por favor, y no tiene nada que recompensar, es mi trabajo y mi deber el garantizar el bienestar de mis huéspedes.

- De acuerdo Xavier

- ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

- De momento unos 10 días, 15, no lo sé.

- Muy bien, para cualquier cosa que necesite, le ruego me lo haga saber, tome mi tarjeta, ahí viene mi número personal, me puede llamar cuando quiera.

Le sonrió y brindaron con el vino. Hablaron un poco sobre la comida y las islas. Cuando terminaron la cena, Xavier le dijo que se quedara a tomar una copa con él en el bar, pero ella quería descansar. Todas las mujeres que había por allí los miraban no muy bien.

- Siento ser maleducada, pero estoy muy cansada, si me disculpa, preferiría irme a descansar.

- Por supuesto, otro día será ragazza

- Otro día, sí. Gracias de nuevo.

Él se incorporó mientras se levantaba ella y la besó la mano a modo de despedida, sin poder evitar mirarla todo el cuerpo al estar en pie, haciendo que algo se moviera en sus pantalones

- Ha sido un auténtico placer conocerla Roxanne, que tenga dulces sueños, “bella” (Bela en italiano).

- Igualmente, buenas noches.

Elizabeth se marchó sin volver la vista atrás, mientras dos ojos azules la observaban atentamente.

Esa noche, el señor Smith, mientras se acostaba con tres damas, por llamarlas de alguna forma, no paró de recordar ese par de esmeraldas.

Elizabeth lloró de nuevo otras cuantas horas y se quedó dormida.

CAPITULO 70

Amaneció.

La pelirroja bajó a desayunar, saludó a los chicos del Restaurante, que ya casi eran de la familia, y después se fue a sus clases de yoga y de zumba. Nunca se acordaba de lo bien que le sentaba hacer deporte, hasta que lo hacía.

Después de quemar unas cuantas calorías, unos masajes relajantes le vinieron que ni pintados. Al menos físicamente se sentía como nueva.

Llamaba a Betty cada mañana al despertar y se ponían las dos de acuerdo en qué hacían en ese día. Todo iba sobre ruedas en la empresa. Betty se había hecho con el mando de una manera impresionante. Y lo mejor de todo es que Elizabeth estaba muy tranquila. Y orgullosa.

Después de tomar el sol en la playa, venían la comida y la siesta.

Ese día por la tarde se puso un bikini de tanga azul celeste y se fue a la playa de nuevo. El tanga también se lo dedicó a Sammuél, esta vez más conscientemente.

Se paró a pensar qué estaría haciendo él, pero al momento su cerebro le bloqueó la imagen, como una película codificada. Más bien fue su yo maligno el que se plantó en medio de su cabeza con los brazos extendidos diciendo “tienes que mentalizarte de que ya no le vas a volver a ver, Sammuél ya no está en tu vida ¿de acuerdo?”, y de nuevo, sin poder evitarlo, lloró.

Estaba tomando el sol echada en una hamaca, bueno, en vez de hamacas, eso eran auténticas camas, con colchón, cojines, y todo tipo de detalles, además eran muy cómodas. Con una sombrilla a juego individual para cada uno. Tenía una mesita al lado con un Martini que le había traído el camarero de la barra. Estaba tan cerca del mar que prácticamente se podía mojar el pie con el agua.

Allí todas las chicas iban sin la parte de arriba del bikini y con tanga, pero ella a tanto no se atrevía. Ya con el tanga era más que suficiente, de todas formas esos minúsculos trozos de tela triángulos que llevaba cubriéndola el pecho, y que escasamente le tapaban los pezones, tampoco es que se dijera que eran de lo más recatados. Pero algo hacían.

Se estaba quedando dormida, cuando una sombra le tapó el sol y una voz masculina la sacó de su ensoñación.

- Bonitas vistas, señorita Borc

Ella se incorporó de un salto, intentando ver quién era el que la estaba hablando, porque con el sol de frente no le veía muy bien, aunque ese acento era prácticamente inconfundible. Tenía un bañador azul celeste, casualmente a juego con el de ella y un cuerpo morenazo de infarto, todo músculo bien definido.

- ¡Hola Xavier!

- ¿Puedo sentarme con usted?

- Oh, llámame de tú, me aburre lo de usted, parecemos dos viejos, siéntate.

- De acuerdo, me gusta llamarte de tú

Se sentó en la hamaca de al lado de la suya y levantó un dedo para que, acto seguido, el camarero le trajera un gin tonic.

- Hay un paquete a tu nombre en Recepción –Le dijo él con el tono más normal que pudo parecer, le estaba costando mantener su entrepierna a ralla y no mirar con demasiado descaro el cuerpo escultural de aquella mujer.

- Ah, muy bien, lo estaba esperando, gracias por avisarme – “¡Las tarjetas!”

pensó Elizabeth

- ¿Qué vas a hacer hoy, tienes planes bambina?

- No, no tengo pensado hacer nada en especial, me voy a dormir tempranito, soy una chica buena, ya sabes que he venido para desconectar del mundanal ruido.

Xavier sonrió y le dedicó una mirada seductora, que muy pocas mujeres en el mundo hubieran sido capaces de ignorar. La miraba devorándola con los ojos, no lo podía evitar por más que se lo proponía:

- Yo diría que no tienes pinta de ser una niña buena

- ¿Perdona? Voy a hacer como que no has dicho eso –Ella intentó no reírse, debía mantenerle en su sitio, con los italianos no hay que hacer la más mínima concesión.

- Lo siento, es que no puedo evitar sentirme atraído por ti, simplemente estaba tanteando el terreno.

- Pues tantea otras tierras vaquero, mi terreno es demasiado pedregoso.

Ella se levantó de la hamaca y se fue, dejando a Xavier con la palabra en la boca, cosa que nunca jamás le había hecho ninguna mujer antes.

Se tuvo que echar boca abajo inmediatamente en la hamaca, debido a la gran erección que le provocó ver aquel culo con tanga marchándose enfadado.

A las 9 de la noche sonó la puerta de su habitación, Elizabeth estaba ya en pijama.

Lo dudó, pero al final abrió intrigada. Era un mensajero, con un ramo gigante de rosas blancas, al menos cien. Firmó la entrega y puso las flores sobre la mesa.

“¿Qué manía tendrán los hombres con las malditas flores, se piensan que somos abejas, que olemos las flores y caemos rendidas a sus pies?”. Luego pediría en Recepción algo donde meterlas, una piscina al menos.

Leyó la tarjeta:

“Roxanne, acepta por favor mis más sinceras disculpas con estas flores, me he dejado llevar por el calor del momento. No sé qué me pasa contigo, me comporto de una manera irracional y completamente imperdonable. Tranquila, me ha quedado muy claro que eres una mujer digna y respetable. Espero que me perdones y me des una nueva oportunidad de llevarnos bien. Tu admirador, el humilde director de Maldivas Luxury Resort”

Elizabeth sonrió, al menos se había dado cuenta de que se había pasado. Se habría pensado que ser millonaria y viajar sola significaba que quería marcha. Pero nada más lejos de la realidad.

Casi no había terminado de leer la tarjeta, cuando sonó el teléfono de la habitación

- Señorita Borc

- Dime Xavier –Elizabeth cerró los ojos, teniendo paciencia, era el director y le interesaba tenerle de su lado.

- ¿Te han gustado las flores?

- Son muy bonitas, gracias, el blanco y verde queda muy bien en mi habitación –

Lo dijo con un tono aburrido

- ¿Te has percatado?, o sea que también eres inteligente

- Estaba a punto de irme a dormir Xavier, ¿querías algo? –“¿No captaba las indirectas este hombre?” Xavier dudó al otro lado de la línea si decirle que le volvía loco, que tenía los ojos y

la sonrisa más increíbles que había visto en su vida, y que se moría por ir a verla a la Presidencial. Cualquier mujer estaría suspirando por sus huesos en mucho menos tiempo y con un mínimo esfuerzo, y esta mujer casi ni le miraba. Pero el italiano respiró profundo y le dijo:

- Mañana hay un cocktail de presentación con un empresario que quiere ampliar su cadena hotelera, probablemente nos vamos a fusionar, ¿te apetecería acompañarme?

A ella se le heló la sangre ¿Cadena hotelera? ¿Fusionar?... No puede ser...

- ¿Qué cadena?

- Sunnie Hoteles, ¿eso importa?

Respiró tranquila

- Ah, bueno..., mañana veremos qué tal se presenta el día ¿te parece?

- A las 12 te recojo querida, no te puedes negar

Y la colgó el teléfono, dejándola con la palabra en la boca y sin darle opción de decirle que no.

Eso le gustó. Se tumbó en la cama mirando el cielo lleno de estrellas por la gran ventana, era precioso.

Esa noche no lloró, era la primera que no lo hacía.

Amaneció.

Desayuno. Yoga. Zumba. Masaje. Nadar en la piscina.

- Roxanne tienes media hora para arreglarte, vas a tener que darte prisa

¡Se dio un susto!

Xavier estaba de cuclillas al borde de la piscina con sus gafas de sol, era espectacular realmente, si no fuera porque estaba cegada por cierto cabronazo, hubiera caído en sus redes, seguro:

- No te dije que fuera a ir –Ella siguió nadando como si nada

- Tampoco que no

Elizabeth lo miró desafiante

- Vamos preciosa, será divertido, prometo no propasarme. He rechazado a todas las mujeres que me querían acompañar por ti y ahora no encontraré a nadie, es demasiado tarde –Insistió él

- Eso no es asunto mío, lo hubieras pensado antes de rechazar a los millares de mujeres que te querían acompañar al evento más importante del siglo...

- Te vendrá bien para evadarte de lo que sea que te hace tener esa tristeza en los ojos –Jaque mate.

Xavier le tendió la mano para ayudarla a salir y ella se la tomó

- Está bien, pero voy en mi coche, así me volveré cuando yo quiera

- De ninguna manera señorita Borc, en cuanto usted lo diga, la traeré de vuelta.

- Nada de fotografías

- No se permiten fotos, tranquila ¿trato hecho amore?

- Trato hecho

- En media hora te espero en la puerta.

- Haré lo que pueda

- No te hace falta hacer mucho, estás preciosa

Como no tenía pensado ir, ni se había acordado de la hora en que era. Xavier tuvo que estar buscándola un buen rato por todos sitios para finalmente encontrarla allí. Se dio una ducha, se lavó el pelo y se lo secó mientras se vestía y maquillaba. Su pelo era muy abundante, con volumen, brillante, al lado del mar siempre se le ponía precioso. Espectacular.

Se puso un vestido marinero. Este año casi todo era marinero en las islas. La parte de arriba era lisa en blanco con palabra de honor ajustado y la de abajo era a rayas azul marino, con mucho vuelo, Navy total. Se ató a la cintura un fajín rojo a juego con los zapatos rojos “pee toe” de 15 centímetros de tacón de aguja. Se maquilló también en plan “belle epoque”... ¡De infarto!

Cuando Elizabeth salió del ascensor y se cruzaron las miradas Xavier y ella, él casi se cae de culo, sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo entero, menos mal que llevaba bóxer ajustados que disimulaban lo que estaba a punto de estallar en los pantalones.

Elizabeth sonrió al mirarle porque iban conjuntados sin haberse dicho nada. Xavier llevaba unos pantalones blancos y un polo marinero a rayas. Iba con el pelo suelto, pero estratégica y cuidadosamente peinado hacia atrás.

- Nunca he visto nada parecido, estás impresionante –Le dijo él ofreciéndola su brazo, mientras los hombres que estaban por allí babeaban mirándola.

“Sammuel ya me hubiera plantado un morreo para que supieran todos que no estaba disponible”

- Gracias, tú tampoco estás mal –Pasó de largo de él hacia la calle.

Él la sonrió pícaro, cualquier mujer hubiera dado su brazo derecho, y algunas

también el izquierdo, por unos instantes junto a él, ¿y esta mujer le decía

simplemente que no estaba mal?... ¿Y pasaba de largo sin ni siquiera mirarle?... Mirándola a ella, desde luego que no estaría nunca a la altura, pero ya no sabía qué hacer para llamar su atención. Le estaba empezando a gustar más de la cuenta.

Salieron a la calle los dos, él sumiso tras sus pasos.

Allí había aparcado un Pontiac Solstice rojo fuego, descapotable. Elizabeth le dio una vuelta alrededor, admirándolo y acariciándolo. Inmediatamente supo a quien pertenecía, la mirada de Xavier al verla junto a su coche le delató.

- ¡Un Solstice! Es precioso -Dijo toda emocionada por poder probarlo

Aquello le acabó de matar, ¿esa mujer entendía de coches? En serio, Satanás la habría tenido que traer especialmente diseñada para él, con el único defecto de que ella pasara de él olímpicamente. ¿Sería su castigo por tantas mujeres a las que él había roto el corazón? Eso era karma y lo demás son tonterías, desde luego. Sonrió de medio lado, rendido a sus encantos, y la miró enigmático.

Le abrió la puerta del copiloto, e hizo una reverencia para dejarla pasar, mientras Elizabeth montaba en el coche.

- Nada comparado contigo Elizabeth –Le salió del alma

Llegaron a la fiesta.

Estaba todo decorado en amarillo, el tema era “Sunnie”.

“No se han quebrado mucho la cabeza” pensaba Elizabeth. Xavier saludó a casi todo el mundo. Todos querían hablar con él, ya que era una de las dos personas protagonistas de la fiesta. Habían venido varios aviones de turistas solo para asistir a esta fiesta de alto standing. La posible fusión entre los dos socios haría subir bastante las acciones de ambas cadenas, había que estar bien relacionado para ser uno de los pocos privilegiados que asistían a la posibilidad de hacerse millonario.

Pero él, en realidad, estaba más pendiente de conocer a Elizabeth, que de hacer relaciones públicas con posibles inversores, el problema es que no los dejaban solos ni un instante.

Ella lo estaba pasando bien, todos ensalzaban su belleza, y todo era gente amable y educada, con una buena conversación. Algunas más interesantes que otras, evidentemente.

Se tomó unas cuantas caipiriñas. A lo mejor a eso se debía que le pareciera tan divertida la fiesta.

- ¿Me concede este baile, encanto? -Le preguntó uno de los asistentes, tendiéndole la mano.

Elizabeth no movió ni un músculo, no pensaba arrimarse a ese hombre. Era propietario de una empresa de turismo en la ciudad, no recordaba el nombre, los presentó Xavier hacía un rato y habían estado charlando.

- La señorita es mi acompañante, por si no se ha percatado –Se interpuso bruscamente Xavier entre ellos dos, justo cuando ella iba a abrir la boca para rechazarlo amablemente.

- Claro que me he percatado, pero la veo tan aburrida con usted, que he tenido a bien venir a salvarla –Se desafiaron los dos

- Veo que no entiende mucho de mujeres. Le voy a pedir que se retire por favor, de lo contrario, le haré saber lo que es salvar a una dama de un degenerado...

Tomó a Elizabeth por la cintura, incorporándola junto a él al baile.

- ¿A qué ha venido eso? Solo quería ser amable Xavier, además, me sé defender solita, creo que deberías saberlo –Le regañó Elizabeth

- Roxanne, eres un bocadito de caviar en medio de una manada de tiburones, y soy yo el responsable de tu bienestar, no voy a permitir de ninguna manera que te muerda ninguno, que no sea de tu agrado, claro –le dijo al oído.

- Y tú obviamente sabes cuál es de mi agrado y cuál no –Dijo Elizabeth divertida

- Por supuesto, a las mujeres se os nota cuando os atrae un hombre –La miró de forma sugerente

- Lo dudo –Bufó ella

- No lo dudes. Si hubieras venido en otras condiciones, claramente te hubieras sentido atraída por mí, lo siento cuando estamos juntos, pero el muro que te has construido alrededor no te permite ni siquiera mirarme.

- Eres un engreído Smith, ¿te lo habían dicho alguna vez? –Intentó no profundizar en el tema del muro.

- ¡Nunca! –Rieron los dos.

Elizabeth agradecía realmente su compañía, si no hubiera sido por él, estaba segura de que le hubiera costado mucho más salir de su cueva de desolación. No era el típico acosador, le lanzaba piropos y cumplidos continuamente sí, pero se notaba que la dejaba su espacio y no quería conseguirla a cualquier precio, o al menos, esa era la sensación que a ella le daba. La respetaba. Es cierto que la intimidaba un poco su forma de mirarla ¿pero qué hombre no lo hacía?

Los hombres con éxito, atraían a las mujeres por eso precisamente, no las acosaban, las dejaban que fueran ellas las que se acercaran, como las moscas a la miel. “Con una excepción”, pensó al acordarse de su ex prometido. Si además, todo esto se acompañaba por un físico como el del italiano... ¡Voilà! Era la combinación perfecta.

Estaba cómoda con él, parecía como si se conocieran de toda la vida. La comida se sirvió en las mesas. Durante el postre y el café, se hizo una rifa de estancias gratis en los hoteles, junto con la presentación de estos. Ella hubiera hecho muchísimos cambios en la organización de la fiesta, pero bueno, no estaba mal del todo para ser isleños.

Eran las 8 de la tarde, estaba casi atardeciendo y Elizabeth ni se había dado cuenta, había pasado un día bastante agradable.

Xavier le preguntó si quería volver ya, ella le dijo que sí. Se despidieron del anfitrión, prometiendo volver pronto y se fueron con el Pontiac.

- ¿Quieres ver mi sitio preferido de Las Maldivas? -preguntó él

- Depende –Ella lo miró reticente, a ver dónde la iba a llevar...

- No estarás en peligro de muerte, tranquila

- ¿Y en peligro de algo?

- Yo te cuidaré, no habrá peligro, lo prometo

- ¿También me cuidarás de ti?

- Si –Esto le costó más decirlo

- Entonces vamos

Xavier aparcó el coche en un mirador, estaba todo lleno de gente viendo el atardecer sobre el mar, era espectacular. Rodeó el coche y le abrió la puerta a ella, salió y la tomó la mano para que no se cayera, porque había que subir por una colina. O esa era la excusa. Ella se quitó los zapatos, los cogió con la mano libre y fue descalza, menos mal que la hierba del

camino era verde y suave.

- Si no fueras tan borde te llevaría en brazos
- Tengo piernas, gracias
- ¡Ya, ya las he visto!
- Señor Smith... contrólese –Él sonrió

Siguieron subiendo montaña arriba.

- Este sitio no lo conoce mucha gente, quiero que siga siendo así, por eso nunca he traído a nadie, es mi lugar de meditación. Mi rincón especial en el mundo.

Elizabeth no le quiso preguntar por qué a ella sí que la traía, porque no quería escuchar la respuesta. Se empezaba a arrepentir de haberle dicho que sí, pero tampoco quería perderlo. Alguien que vivía allí conocería lugares extraordinarios.

Llegaron a mitad de la colina, él la agarró más fuerte porque se estrechaba el camino, cogiéndola también por la cintura

- Espero que no tengas vértigo
- Ufff, depende del sitio
- Ahora lo comprobaremos

Se metieron por una cueva que, de repente, se abrió y desembocaba en un pico que daba a un precipicio.

- Cuidado Roxanne, por aquí ha caído gente, no te sueltes –El director la cogió por los aires, ayudándola a sentarse

Se sentaron cuidadosamente en el pico de la roca, con los pies colgando en el abismo, sorprendentemente no la daba vértigo, allí se sentía segura. Cuando Elizabeth al fin se atrevió a mirar al frente, casi se pone a llorar ante semejante belleza.

Tenían literalmente el mundo a sus pies. Se veían las inmensas palmeras debajo de ellos. Al mirar hacia el horizonte, se podía admirar cómo el sol se estaba poniendo sobre el mar y contemplar el cielo cubierto por las tonalidades ocres características del ocaso.

- Es un sitio precioso ¿No te parece? –Preguntó Xavier bajito
- Es mucho más que eso, esto es un auténtico milagro de la naturaleza...
- Como tú
- Gracias por compartirlo conmigo -Elizabeth estaba con la boca abierta, mientras él la observaba atento. Vieron atardecer sin mediar palabra, por miedo a que aquel prodigio de la naturaleza se desvaneciera al hacerlo. Eso era prácticamente lo mismo que sentía Xavier por ella al mirarla de soslayo.

Elizabeth pensaba en lo pequeña e insignificante que era su vida al lado de aquello, y que no merecía la pena estar triste, cuando se le abrían tantas puertas de golpe ante sus narices.

Tanta perfección la hizo mirar el mundo desde otra perspectiva. Esa imagen era una maravilla y el haber podido admirarlo desde este sitio privilegiado era mágico. No era justo malgastar la vida estando triste cuando había tantísimas cosas por las que sonreír y dar gracias a cada momento. Si te empeñas en ver las nubes grises, nunca verás los rayos del sol.

Cuando el cielo se tornaba negro y ya habían resurgido las primeras estrellas, Xavier respiró hondo, llenándose de valor y rompió el silencio al fin:

- ¿Por qué estás aquí Roxanne?
- De vacaciones
- Quiero la verdad.

Elizabeth suspiró y se abrazó las piernas, apoyando la mejilla en ellas, mirándole fijamente, sopesando lo que iba a hacer ¿Confiar en él o no?

- Me llamo Elizabeth
- Ese nombre te paga mucho más
- Sí, yo también lo creo –Sonrió pensando en el ridículo motivo de ese nombre
- ¿Y se puede saber qué ha borrado el brillo de esos ojos, bella? –Dijo con un marcado acento italiano

Ella miró al frente, apretando los dientes

- Descubrí que mi futuro marido se acostó con otra, y no con una cualquiera, fue con una traidora que me quiso hundir. Él lo sabía, hasta he pensado que estaba implicado.
- ¿Los pillaste in fraganti?
- En la cama no, los pillé despidiéndose en la puerta
- Eso es muy jodido, lo siento
- Lo es, muy jodido... ¿te ha pasado? –Le volvió a mirar Elizabeth
- Nunca me he enamorado y desde luego nunca me he comprometido, no puedo ponerme en tu lugar, cielo.
- Yo tampoco me había enamorado nunca, hasta que lo conocí. Qué tonta fui...

Si ya me costaba fiarme de los hombres antes, después de esto no volveré a hacerlo jamás.

- Puedo entenderte, pero cuando pase el tiempo suficiente, cambiarás de opinión. Todas las heridas cicatrizan. –Xavier la miraba conteniendo las irrefrenables ganas de acurrucarla entre sus brazos.
- No lo creo. Las cicatrices se quedan en la piel de por vida. Lo que me duele realmente es que pensaba que le conocía, que era sincero, yo estaba completamente segura de su amor.

- Esto que voy a decirte es tirar piedras sobre mi propio tejado, cielo, pero estoy seguro de que fue un polvo sin más, no le des más vueltas, para los hombres el sexo no tiene la menor importancia, eso no significa que te quiera menos. Es imposible que prefiera a otra antes que a ti ¿Te has visto?

- ¡Eso es una mierda Xavier! ¡Basura! Estoy harta de ese discurso ¿Cómo no? Para nosotros, los hombres, los amos del mundo, por follar con una mujer no pasa nada, bla bla bla... pero ¿Y si lo hiciera yo? ¿Qué pasaría? –Le gritó Elizabeth cabreadísima

- ¡¡¡Oye, oye, oye que yo no soy él... tranquila fiera!!! –Dijo él levantando las manos, a la vez que se alegraba enormemente de no estar en el pellejo de ese hombre.

- Lo siento, no lo puedo evitar –Ella se puso las manos en la cabeza y le sonrió
- Bueno, al menos hay una razón de peso por la que no has caído rendida en mis brazos, me empezaba a preocupar de que estuviera perdiendo facultades.

- ¡Oh, venga ya!, he visto cómo te miran todas, no creo que estés muy preocupado por perder facultades – Elizabeth le dio un puño en el brazo

- ¿Te has fijado? ¿Está celosa señorita?

- No cantes victoria Smith, ¡ya te gustaría!

Él soltó una carcajada, no se podía creer que una mujer fuera así, le volvía loco cada palabra que soltaba por esa boca, suspiró

- En serio Elizabeth, nunca me he sentido así con ninguna mujer. No eres tonta y lo has notado, me siento irremediabilmente atraído por ti, me encantaría que las circunstancias fueran otras. Es verdad que aquí estamos como en una burbuja donde yo soy el rey, ninguna mujer me rechaza, incluidas las casadas, pero tú...

- ¿Las casadas? Pero si aquí se viene de luna de miel... Por el amor de Dios, ¡el mundo está podrido!

- Elizabeth, las casadas son las que más me buscan, saben que les espera una eternidad junto a un hombre que solo sabe darse placer a sí mismo en el mejor de los casos, ¿por qué no dar un último capricho al cuerpo? A lo mejor es con ese recuerdo con lo que se ponen cachondas al acostarse con su marido el resto de su vida

- ¿Pero entonces por qué se casan? Es que no lo entiendo

- Por comodidad, costumbre, la sociedad, el status, dinero...

- Hablas con conocimiento de causa –Elizabeth estaba curiosa

- Es así

- ¿Nunca repiten?

- Cariño soy el propietario de un hotel de lujo en una isla en medio de la nada ¿por qué van a repetir? Soy una fantasía, nada más.

- ¿Ninguna se ha enamorado de ti?

- ¡¡¡Muchas!!! –Dijo Xavier realmente agobiado al recordar ciertas escenas Elizabeth soltó una carcajada, se empezó a reír sin parar al verle la cara de sufrimiento al reconocerle que muchas mujeres se habían enamorado de él, y Elizabeth le dijo como pudo entre lágrimas de tanta risa:

- ¡Pobrecito!

- ¡Oye! No es una situación agradable rechazar a alguien, rompecorazones

- Te entiendo

- Somos dos almas gemelas

- Yo no diría tanto –Elizabeth se limpiaba las lágrimas de risa que tenía en los ojos.

- No imaginas lo feliz que me siento al verte reír –Xavier la miraba con adoración

- Gracias Xavier, de verdad, me has hecho olvidarme de todo y he pasado un día fantástico. Lo necesitaba tanto como respirar.

Él la cogió la mano entre las suyas, la miró a los ojos:

- Qué pena que nos hayamos encontrado tan tarde

- ¿Por qué lo dices?

- Porque tu corazón ya tiene dueño mi bella bambina

Se miraron como si hubiera pronunciado unas palabras prohibidas, pero tan ciertas como que estaban allí en ese preciso momento.

Xavier se levantó, tiró de su mano para ayudarla a levantarse también, y cuando estuvieron cara a cara la dijo con la voz ronca:

- Solo quiero que sepas una cosa Elizabeth. Si alguna vez descubres que él no era el hombre de tu vida, te pediría que me dieras una oportunidad, eres muy especial para mí.

Fue a besarla, pero Elizabeth le giró la cara, básicamente le hizo la cobra. Él se dio la vuelta, rendido y se metió en la cueva hacia el camino de vuelta.

Elizabeth no entendía nada, le acababa de contar su historia y parecía haberla entendido.

“¿Entonces por qué viene a besarme? ¿Qué esperaba que me lanzara a sus brazos?”

Para romper esa incómoda situación, Xavier le gritó desde dentro de la cueva:

- ¡Tenía que intentarlo, si no, no me lo hubiera perdonado nunca!

Elizabeth sonrió y fue detrás de él, diciendo que no con la cabeza “¡Hombres!”

Cuando llegaron al coche, ella se puso delante de la puerta del conductor

- Creo que se ha equivocado de sitio, señorita..., me temo que tampoco será Borc ¿no? –La miraba curioso

- Venga déjame conducirlo, tú vas pisando huevos –Dijo ella haciendo caso

Betty. Desayuno. Yoga. Zumba. Masajes. Playa. Xavier Smith. Comer, siesta, playa, ducha, Xavier Smith, cena, bares y copas. Dormir.

Desde el día de la fiesta se veían todos los días. Xavier había cancelado todos sus compromisos y estaba en el Hotel de vacaciones, como un huésped más.

Había obtenido mucha información sobre ella, entre otras, a qué se dedicaba, así que hablaban tranquilamente de todo. Se bañaban juntos, cenaban juntos... Xavier estaba creando una especie de dependencia de ella que no le gustaba nada, pero que no le permitía mantenerse apartado de esa criatura, por más que se lo propusiera cada día al despertar.

En el fondo de su ser albergaba esperanzas. Nunca había estado con una mujer si no tenía sexo con ella, pero con Elizabeth era distinto, el solo hecho de verla sonreír, ya le hacía feliz. Le encantaba hablar con ella, observarla hacer cualquier cosa, gustarle bromas, tomar el sol con ella, etc., se sentía dichoso solo con estar a su lado.

Elizabeth, por su parte, le había dejado claro que no iba a suceder nada entre ellos y se sentía muy a gusto junto a él, creyendo que le había quedado claro. “¿Y por qué exactamente no va a pasar nada con ese hombretón, te importaría recordármelo?” le preguntaba su clitoris enfadado de brazos cruzados.

“¿Porque no puedo dejar de pensar en dos puñeteros ojos violetas!” le gritaba su corazón exasperado, que siempre ganaba las discusiones, claro, ya que la otra parte de su cuerpo, con solo escuchar el nombre de Sammuél se derretía.

Una mañana, Elizabeth estaba tomando una piña colada, con sombrillita de colores incluida, junto a Xavier, en el chiringuito de la playa. Ella se reía de él porque momentos antes le había hecho un derrape con la moto de agua y le había tirado en medio del mar.

De repente escuchó una voz de hombre tras ella:

- ¿¿¿Elizabeth???

Ella se giró de golpe

- ¡Elizabeth! ...¡¡Eres tú!!!

- ¡Ian! –Decía atónita, mientras pensaba en salir corriendo y esconderse en algún sitio, pero sería inútil puesto que ya la había visto.

Él corrió hacia ella a darle un abrazo y dos besos. Muy cariñosos.

Ian permaneció con un brazo rodeándola por la cintura. La cara de Xavier al ver a un guaperas musculitos abrazando a “su chica”, no era de hacerle ninguna gracia. Se quedó mirando con cara de asesino la mano de ese tío. No podía apartar los ojos de ella.

Ian iba en bañador, con el torso moreno desnudo sin camiseta, tenía el pelo mojado y las gafas de sol puestas.

- ¡Pero qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? –Dijo Elizabeth intentando parecer todo lo normal que le permitía su estado de nervios ¿Estaría Sammuél con él?

- No cariño, la que me tendrá que contar qué cojones hace aquí eres tú a mí, ¿sabes que medio país te está buscando? –Ian se quitó las gafas de sol para deslumbrar a Elizabeth con esos increíbles ojos azules, a la vez de para poder verla sin que nada se interpusiera entre ellos.

Xavier carraspeó y Elizabeth sonrió, volviéndose hacia él

- Perdona mis modales Xavier, te presento a Ian Williams, es el hermano de Sammuél. Ian, este es Xavier Smith, el propietario del hotel donde me alojo.

Ian fulminó a Xavier con una mirada aguamarina asesina:

- Soy su futuro cuñado, si al final se decide por el hermano equivocado –Bromeó Ian, sonriendo con sus espectaculares dientes perfectos a Elizabeth.

- Bueno, más bien, mi ex cuñado –Le corrigió ella, sin caer en el juegucito seductor que se traía su cuñado entre manos. Desde luego, si no fuera porque había conocido a Sammuél antes, diría que Ian era el hombre más guapo del planeta, cosa que a cualquier mujer le parecería.

Xavier e Ian se estrecharon la mano por obligación. Ya que uno veía que mientras su hermano estaba sumido en la más profunda depresión, su novia estaba de vacaciones felices con un apuesto ricachón. Y el otro veía que Elizabeth inevitablemente volvería a su mundo y le abandonaría.

- Elizabeth ¿por qué estás aquí? –Ian se puso serio. Le hablaba frente a frente, todavía sin soltarla.

- Ian, por favor no le digas a nadie donde estoy, por favor.

- Que digas dos veces por favor en la misma frase significará algo –La sonrió

- ¡Sí!, que no quiero por nada del mundo que tu hermano sepa que estoy aquí –

Ella se soltó bruscamente de su brazo, ya habían fingido cordialidad bastante tiempo.

- Dime cuál es tu hotel, esta noche vamos a cenar y lo hablamos, no crearás que te voy a dejar así por las buenas.

Unas chicas en bikini llamaban a Ian riendo desde la playa, él les hizo un gesto con la mano y les gritó con voz aburrida

- ¡Ya voy pesadas!

- Te reclaman gígoló –Rio Elizabeth

- No saben vivir sin mí –Puso los ojos en blanco, encogiéndose de hombros.

- Vamos, no las hagas esperar, pobrecitas

- Elizabeth ¿crees que soy gilipollas? Tu Hotel... vamos, canta –La miró muy fijamente

- El Luxury Resort –Claudicó ella

- A las 9 estaré allí, ¿ok?

La dio un beso en la mejilla, se puso las gafas de sol de nuevo y se fue corriendo hacia la playa con las chicas. Elizabeth lo llamó

- ¡Ian!

- ¿Qué preciosa? –Se giró hacia ella

- ¡Pregunta por Roxanne Borc!

- ¡Qué hortera eres tía! – le gritó Ian diciendo que no con la cabeza, mientras seguía andando de espaldas en dirección a las chicas.

Las modelos se reían tontamente al reencontrarse con él, lo tocaban y abrazaban mientras andaban a su lado. Se peleaban entre ellas por él descaradamente, mientras Ian les decía con pasotismo absoluto

- Tranquilas, que hay para todas...

Elizabeth se quedó mirando en esa dirección mientras se alejaba el alegre grupo

- Qué pequeño es el mundo –Dijo Xavier sacándola de su ensoñación.

- De vuelta a la realidad –Le contestó Elizabeth encogiéndose de hombros

- ¡Y de qué manera... Elizabeth!

Ella no tuvo muchas ganas de seguir allí, aquello había sido como un bofetón de realidad y se fue a hacia su habitación. Mientras, Xavier se emborrachaba sin medida, sin entender por qué, o más bien porque lo entendía demasiado bien, pero tenía esa imperiosa necesidad.

A las 9 de la noche, Elizabeth estaba preparada para ver a Ian. Estaba físicamente perfecta, con la piel más tersa si cabe que de costumbre, de tanto masaje, natación, zumba, yoga y paseo por la playa. Además estaba muy morena, lo que resaltaba aún más sus espectaculares ojos color esmeralda.

Se decantó por un short azul eléctrico, con una camiseta de tirantes azul de seda un tono más clara, que dejaba toda su espalda al aire, con unas sandalias planas de brillantes. No quería ir explosiva, por eso se puso lo que para ella era muy normal, pero es que en Elizabeth nada era normal, todo resultaba espectacular puesto sobre su cuerpo.

Sonó el teléfono de la habitación. Ella contestó.

- ¿Señorita Borc?

- Sí

- El hermano del señor Sammuel Roc la está esperando aquí en Recepción

“Capullo”, Ian se había presentado así para que supiera claramente de qué iba el rollo y recordarla, por si acaso se hubiera olvidado, qué los unía.

Sintió un escalofrío recorrerla todo el cuerpo al escuchar ese nombre de nuevo.

- Dile que ya bajo, gracias.

Ian estaba sentado en una butaca de mimbre en el Hall, cuando vio acercarse a Elizabeth con paso firme y mirándole a los ojos, tan segura de sí misma, casi se marea. Se levantó para darle dos besos y se derritió con su sonrisa.

Él llevaba unos vaqueros oscuros desgastados, unas zapatillas de lona verdes y una camiseta verde agua que hacía que sus ojos azules brillaran más todavía. Iba con el pelo de punta, despeinado con gomina, le daba un aire más loco al que ya de por sí tenía. Se parecía mucho a Sammuel, pero en versión junior y despreocupada.

No podía evitar ponerse nervioso ante esa mujer, por mucho que lo intentara evitar.

Así que decidió no andarse con monsergas y ser sincero, total, todas las veces que había intentado parecer indiferente a ella, había fallado estrepitosamente.

- ¡Estás de muerte Roxanne! –Le guiñó un ojo sonriente –Aunque nunca podré olvidar cómo te sentaba el tanga esta mañana, Sammuel morirá cuando se lo cuente.

- ¡Ya me extrañaba a mí que no hubieras hecho ningún comentario al respecto!

Tenía la esperanza de que no lo hubieras visto...

- ¡Por Dios! ¿Cómo no lo voy a ver? Lo veré el resto de mi vida, en ciertos momentos... claro

- ¡¡¡Ian!!! Solo te lo diré una vez, ¡como sigas así me largo!

- De acuerdo Roxanne, tranquilita –Levantó las manos en señal de rendición

- ¿Dónde quieres que vayamos? Déjate de rollos ya.

- Conozco un sitio, zona franca, ni aquí, ni en el Hotel de mi hermano, te gustará.

- Buena idea, vamos.

Salieron a la calle, ella iba tras él porque no sabía qué coche había traído, Ian se dirigió con paso firme hacia lo que ella nunca se hubiera imaginado. Lo que tenía allí delante hizo que Elizabeth se estremeciera. Miró a Ian atónita y él se rio diciendo que no con la cabeza.

- Vaya guapa, veo que te mueres antes por unas ruedas que por un hombre

- ¡Sin duda! Pero... ¡parece el Bat-móvil! ¡¡¡Es un alucine!!!!

- No voy a ningún sitio sin ella, es la niña de mis ojos

- No entiendo de motos Ian, pero ¡me encanta!

- Te presento a mi Dodge Tomahawk V10

- ¡Qué pasada!

- Coge los 680km/h en línea recta, cuesta abajo.

- ¡Guau!

- Menos mal que te has puesto pantalón, se me olvidó avisarte

- Nunca me pondría falda contigo Ian, tranquilo

Ian sintió cómo su miembro se levantó de golpe, lo disimuló como pudo:

- ¿No te dará miedo? –Dijo él provocándola

- ¿Quién dice miedo? Vamos, dame el casco, ¡me muero por oír la rugir!
Ian sonrió estupefacto, es que era normal que los volviera locos a todos. Otra chica, hubiera puesto pegamento por despeinarse, por el peligro, el frío... Pero Elizabeth se tiraba al vacío con los ojos cerrados y encima apretaba espuelas.
Se pusieron los cascos, se subieron a aquella joya negra y ella se sujetó a su cintura. Ian arrancó, retumbando el rugido por toda la isla.

- Agárrate bien nena

- No me vuelvas a llamar así ¿vale?

- Hecho ¡Vámonos!

Elizabeth se sentía libre. Respiraba profundo ante aquella imagen, subida en la moto a toda velocidad, con el paraíso de fondo. Palmeras, mar y atardecer. Soltó un grito al aire, que hizo que Ian terminase de enamorarse definitivamente de ella. Si Samuel los pudiera ver por una mirilla en esos momentos, no saldría bien parado. Ni Ian tampoco.

CAPITULO 72

Llegaron a un bungalow que estaba escondido entre palmeras y flores, en algún lugar recóndito de la isla.

Ian saludó al maître al llegar, que sabía su nombre. Elizabeth observó que no había nada en ese sitio, más bien era una especie de Recepción. El maître les indicó el camino para llegar a su mesa. Tuvieron que seguir andando fuera del bungalow, llegar a la playa y allí pudo ver que había muchas cabañas que se adentraban en el mar. Todas individuales, iluminadas con velas. Parecían casitas encantadas.

Se accedía a ellas a través de un muelle de madera. Una vez dentro, cada una tenía una mesa con sillas y un baño, todo de bambú. Se podía apreciar el interior del océano a través del suelo, porque éste era un cristal transparente, además habían puesto focos dentro del agua, iluminándolo desde abajo, con lo cual, se podían observar los peces tropicales pasar. Era realmente precioso.

Pero Elizabeth dudó parada en la puerta, parecía un gato que acababa de subir a lo alto de un árbol y no sabía bajar. Se le bloquearon los pies automáticamente.

Ian se rió:

- No me voy a creer que te pirres por ir en moto a 600 por hora y te de miedo subirme a un cristal.

- Tengo vértigo selectivo

- Vamos Elizabeth, ¿qué es lo peor que te puede pasar, que se rompa y nos mojemos? ¡Pues nos reiremos un rato!

- Muy gracioso idiota

Elizabeth fue despacio, tanteando cada paso, hasta que consiguió sentarse en la silla que Ian le tenía apartada desde hace un buen rato. Él no pudo evitar soltar una sonora carcajada cuando ella se sentó en la silla como si fuera la salvación de la muerte

- Si no lo veo, no lo creo –Negaba él con la cabeza, divertido

- ¡Cállate! –Le dijo ella dándole en el brazo.

El maître volvió para traerles la carta, pero Ian pidió la comida y la bebida por su cuenta.

- Espero que no te importe que pida yo, es que me lo han recomendado –Le explicó él, sin haberse dado cuenta de sus modales, en realidad acostumbraba a salir con chicas con el encefalograma plano y era lo que solía hacer siempre.

- No hay problema, no quiero nada en especial, gracias.

El maître les trajo un vino gran reserva especial, se lo enseñó, le dio a probar un trago a Ian en su copa, lo olió, movió la copa mirando el líquido de color rubí y finalmente lo cató. Aceptó que estaba bueno, y acto seguido el maître les sirvió las copas a ambos. Elizabeth se bebió la suya de un trago, haciendo alucinar al maître, que le sirvió otra y se retiró.

- ¿Tienes sed Elizabeth? ¿No te trata bien ese melenitas de pacotilla aspirante a hombre?

- Me trata muy bien, para tu información. Y bebo porque necesito ver el mundo desde otra perspectiva, para asimilar, primero, que tengo peces bajo los pies, y segundo, que estoy sola contigo en un lugar perdido en el mundo.

- Mmmm, qué bien me suena eso, perdidos tú y yo... Solos.

- Ian aunque no esté tu hermano, te puedo partir yo solita la cara ¿vale?

- Me moriría por ver eso, fierecilla

- Pues sigue por ese camino y lo verás, no quiero estar repitiéndotelo toda la noche ¿lo has entendido? –Le dijo ella señalándole con el dedo.

Ian estuvo tentado a meterse su dedo en la boca, como hubiera hecho con cualquiera de sus múltiples amiguitas, pero se resistió sobremanera para no hacerlo, Elizabeth era la prometida de su hermano, por mucho que le pesara.

- ¿Y tú qué haces aquí Ian? –Lo sacó de sus oscuros pensamientos.

- He venido a una promoción que hace la Editorial de una marca de bikinis

- Ah, y tu función es sacar a pasear a las modelos, ¿no?

- ¿Estás celosa cariño? No son nada comparadas contigo...

- ¡Ian a la próxima me marchó, te lo digo en serio!

- ¿Y cómo te vas a ir? ¿Nadando? –La miraba divertido recostado en el respaldo de la silla

- No me retes Ian, no eres digno adversario para mí. Si me has traído hasta aquí con la intención de enredarme con tus trucos patéticos de cómo ligarte a una tía

sin cerebro, prefiero irme a dormir –Elizabeth se había levantado de la silla
Ian suspiró y la miró a los ojos fijamente, muy serio. Estaba calculando el alcance
de la amenaza. Evaluando a su enemigo. Comprobó que se lo decía totalmente en
serio. No la conocía muy bien, pero si a su hermano se las liaba de esa manera, él
no iba a ser menos. Decidió rendirse.

- Siéntate, solo quería tantearte. Discúlpame. No te conozco mucho Elizabeth,
solo por lo que cuenta Sammuél, y el muy gilipollas está tan colado por ti, que,
perdóname, pero no me resulta nada fiable lo que dice. Quería comprobar por
mí mismo que así era, y he visto que, efectivamente, los tienes bien puestos
señorita. Me pongo en modo caballero, tranquila, no intentaré nada más, está el
límite definido a la perfección. Por favor. -Le señaló la silla con la palma de la
mano. Ella se volvió a sentar, muy enfadada.

Los hombres de esta familia la cabreaban de una manera inimaginable. Se bebió la
tercera copa.

- Elizabeth ¿qué os ha pasado? ¿qué haces aquí? Todos te están buscando.

- Huir

- Eso está claro, has huido a los confines de la Tierra sin dejar rastro, pero ¿por
qué?

- Tu hermano me engañó con mi peor enemiga

- No, eso no es posible, no te creo

- ¡Los pillé Ian!

- ¿Qué pillaste? ¿Los viste en la cama?

- No, no los vi en la cama, pero no hizo falta, los vi despidiéndose, ¡se besaron!,
él estaba desnudo... ¿Qué más tenía que ver? ¡Estaba claro!

- Joder Elizabeth, no me lo creo, no es posible, tiene que haber pasado algo más,
si ese cabronazo solo vive por ti, desde que te has ido es un escombros humano,
no sale de la cama, solo duerme y llora. ¡Da asco! –Ian ponía cara de asco
arrugando la nariz.

- Yo también lo he pasado muy mal... ¡que se joda!... Que se lo hubiera pensado
antes –No pretendía contarle a Ian sus penas.

- Ya te veo sí, estás fatal –Lo dijo cabreado

- ¡Ian no tienes derecho a opinar sobre mí sin saber nada! Los primeros días no
salía de la cama, no podía parar de llorar, pero debo rehacer mi vida, no puedo
quedarme llorando eternamente porque me hayan puesto los cuernos.

- Vale, vale, lo siento. Es solo que al verle a él destrozado y encontrarte a ti esta
mañana tan a gusto con ese hombre... me ha sentado fatal –En realidad lo que
le sentaba mal era que si no estaba con su hermano, el siguiente esperaba ser él,
no un intruso ¿Todo quedaba en familia no?

- Xavier me ha ayudado bastante, pero es solo un amigo, no ha pasado
absolutamente nada con él. Y no sé por qué te doy explicaciones a ti, estoy libre
y podría liarme con quien quisiera. Pero tu hermano no es tan fácil de sacar de
mi cabeza, hasta estando lejos le tengo presente, es como si estuviera ahora
mismo mirándome cabreado por estar aquí a solas contigo.

- ¡Que no se entere, por Dios! –Rió Ian mientras bebía

- Pero me tengo que mentalizar de que no volveré a estar con él más. Me ha
traicionado. Y me ha roto el corazón –No se podía creer que estuviera
confesando esto a Ian. Él miró hacia su mano, ese anillo, todavía lo tenía puesto.

- ¿Y quién es tu peor enemiga? No sé de qué me estás hablando, tenemos tiempo.
Cuéntame.

- Una de mis empleadas me cogió el móvil y publicó unas fotos mías con
Sammuel, luego me robó 20 de los grandes y se despidió de la empresa.

- Ah, es verdad, yo pensaba que las habíais pasado vosotros, me jodió bastante
que no me las pasarais a mí, por eso Sammuél me contó lo que pasó. Estaba al
tanto. Esa fotos estaban muy cuidadas para ser robados Elizabeth, quitando la
del 69 en la playa, claro –La guiñó un ojo.

Elizabeth se puso roja como un tomate, Ian lo notó y se apresuró a seguir:

- Tranquila, al día siguiente la revista reconoció que habían sido estafados por
una farsante que se había hecho pasar por la directora de Prensa de H.E. y que
dichas fotos eran ilegales y falsas, pidiéndolos disculpas a ti y a Sammuél. No se
habló de otra cosa en la prensa del corazón en toda la semana. Si no lo hubieran
hecho así, yo también tenía un arsenal contra ellos preparado que me pasó mi
hermano. Sammuél los tenía bien cogidos por los huevos.

- Eso ya no lo supe. He desconectado, no sé nada de nadie desde entonces.

- Los abogados de Sammuél se los hubieran merendado, se cagaron y se
retractaron, básicamente fue eso lo que pasó.

- Me quedo mucho más tranquila, menos mal.

- ¿Y qué pasó con la empleada que les pasó las fotos a la revista? Ahora ellos
también irán a por esa desgraciada, supongo, ¿Quién es ella? ¿Por qué lo hizo?

- Pues esa desgraciada... es con la que se acostó tu querido hermanito

- ¡No!

- Sí

- ¡No Elizabeth de ninguna manera! ¿Cómo puedes pensar que mi hermano te
haría algo así? No es posible tía –Ian hablaba con completa confianza en su
hermano.

- Estaban compinchados, lo que no entiendo es por qué. Sammuell ya me podría hacer bastante daño él solito, ¿por qué colaborar con nadie más?

- Elizabeth no creo que ni se te haya pasado por la cabeza pensar que Sammuell no te quiere y fuera todo un montaje, ¿pero es que estás ciega? ¿En qué mundo vives?

Elizabeth sabía perfectamente que Sammuell la amaba y la dependencia que tenía de ella, solo quería sacar información a su hermano para poder entender por qué estaba besando a esa furcia, por qué la había traicionado. Así que continuó:

- Lo he pensado, es lo único que explica todo esto, que estuviera todo orquestado por ambos.

- ¡Si le conoces mejor incluso que yo! Olvídate de eso, si hubiera pasado algo con esa tía, que lo dudo, sería un polvo, no hay más –Ian estaba pensativo ¿sería tan imbécil su hermano? No era ese el concepto que tenía de él.

- ¡Ya estamos con los polvos de los hombres que no tienen importancia! – Elizabeth sonó aburrida

- ¡Es que es así!

- ¡Pues vamos a follar Ian! Si no tiene importancia, tu hermano no se va a enfadar ¿no? –Elizabeth estaba fuera de sí

Ian casi se atraganta con el vino y poco más que se cae de culo de la silla por la imagen que automáticamente invadió su cerebro. Ella se dio cuenta de que lo estaba pagando con quien no debía y se apaciguó un poco a sí misma:

- No me cuadra el dinero. Si quisieran sacarme dinero, me habrían sacado más.

- Escúchame Elizabeth. Eres inteligente. Piénsalo fríamente, sin el dolor por el engaño. ¿Por qué Sammuell iba a luchar contra viento y marea por ti? ¿Pedirte matrimonio? ¿Por qué iba a querer limpiar tu imagen, que la revista se retractara, si en realidad lo que quería era hacerte daño? Y el dinero descartado, ¡Sammuell se limpia el culo con 20 millones, es absurdo!

- No lo sé, alguna explicación debe haber, no logro entenderlo, ni después de todo este tiempo. Pero el polvo de celebración lo echaron en mi honor, eso está claro.

Ian se ponía la mano en la barbilla, rascándose suavemente su barba de dos días, mientras pensaba:

- Él no habló de ninguna mujer, cuando papá y yo le preguntamos qué pasó, no mencionó nada sobre ninguna mujer.

- Os mentiría a vosotros también ¿Por qué razón si no me iba a haber largado?

- No lo sé, pero todo esto me resulta muy extraño, no me cuadra nada Elizabeth.

No nos dio una razón, solo decía que te habías ido sin dejarle explicarse, que eso era lo que le mataba. De todas formas, ni tú ni yo sabemos lo que pasó allí. Creo que viniéndote a una isla e imaginándote cosas que no son, desde luego no solucionas nada. Deberías haber esperado al menos a que te dijera algo. En cuanto se entere va a venir y te va a llevar a rastras de vuelta a casa.

- ¡No se lo vas a decir Ian!, ¡Lo prometiste!

- No recuerdo prometer nada a nadie, pero de todas formas, ya sabes cómo somos los hombres preciosa, prometemos hasta que la metemos, y yo, por lo visto, no voy a meter nada esta noche. Así que no tengo ninguna razón para cumplir mis promesas, de haberlas hecho.

- ¡Como abras el pico no vas a volver a meter nada en el resto de tus días Ian, lo juro!

- A ver Elizabeth, relájate, no saques la barriobajera que llevas dentro, seamos razonables. ¿De verdad esperas que, sabiendo que el remedio para que mi hermano se levante de la cama y vuelva a respirar, está aquí, contoneando su hermoso culito en tanga entre los hombres solteros del lugar, y que no se lo diga?

- Sí, eso esperaba, sí –La verdad es que dicho así...

- ¿Tienes hermanos?

- Sí

- ¿Harías eso a tu hermano?

- Joder Ian, he venido para estar tranquila, ¡dejarme en paz! Todos los hombres de tu maldita familia sois iguales, ¡los tres! ¡¡¡¡¡En cuanto aparecéis me amargáis la existencia!!!! –Tiró la silla al suelo al levantarse

- ¡A lo mejor es porque nos importas, mujer testaruda! –Le gritó Ian, perdiendo por completo los papeles

Elizabeth ya había salido de la cabaña e iba medio corriendo hacia el bungalow de entrada. Ian no sabía si seguirla o quedarse allí a esperar a que volviera cabizbaja.

Decidió esperar para ver qué hacía. ¿A dónde iba a ir? Estaban en medio de la nada. Tendría que volver y suplicarle perdón, ya era hora de que alguien consiguiera que dejara de salir corriendo.

Esta vez no podría huir. Se acabó el juego. Él tenía las llaves de la moto...Se llevó las manos al bolsillo para sentirse más seguro al tocarlas...

¡¡¡¡¡Dios mío, no tenía las llaves de la moto!!!!!!!

Salió corriendo como alma que lleva el diablo tras ella, gritando:

- ¡¡¡¡Elizabeth!!!!

Un rugido sonó estrepitosamente en medio de la selva, y una Tomahawk pegó un acelerón haciendo un caballito por la carretera en plena noche.

CAPITULO 73

A las 3 de la madrugada, Ian llegaba al hotel de Elizabeth, completamente fuera de sí. Vio su moto aparcada allí y le faltó apalearla. Se acercó cauto hasta ella y comprobó aliviado que al menos no estaba rayada. Subió directamente a la habitación de Elizabeth, allí estuvo aporreando su puerta y soltando improperios varios minutos. Nadie abría.

Salió a la calle, más bien, fue arrastrado hasta ella, por el guarda de seguridad, al que estuvo a punto de pegar, de no ser porque éste le mostró muy educadamente que iba armado con una pistola.

No quería nada más que verla para darle una bofetada a esa malcriada. Se fue a la playa, a ver si andando se le pasaba el gran cabreo que tenía. Tampoco se podía marchar de allí a quemar asfalto y ahogar las penas en alcohol porque ella tenía sus llaves.

Cuál fue su sorpresa, que sobre la arena, se distinguía la figura de una mujer, sentada, con una botella de whisky en la mano, bebiendo a morro... Inconfundible.

Se dirigió hacia ella mientras le gritaba:

- No ha nacido todavía la mujer que conduzca mi moto, Hudson ¡y menos sin mi permiso! Elizabeth se giró y le miró divertida, evidentemente borracha, y acertó a decirle con una voz bastante gangosa:

- Pues yo nací hace 26 años, creo recordar ¡hip! –Se tapó la boca para que el hip no sonara tanto, pero al escucharse a sí misma, se empezó a reír sin parar, tirándose para atrás, dando con la espalda sobre la arena –¡Vaya peo tengo cuñado!... –Se partía de la risa ella sola

Elizabeth le tiró las llaves de la moto a Ian, sin ni siquiera mirar, dándole de lleno en toda la cara, cosa que la hizo reírse más todavía, al comprobar el estado de shock de Ian, tocándose, entre paralizado y aturdido, la cara con la mano, donde le habían aporreado las llaves segundos antes. ¡Le podía haber saltado un ojo!

Ian la miraba aturdido, estaba tan cabreado que no sabía qué hacer, casi temblaba por la ira. Acertó a vocalizar:

- No me extraña que Samuel te quiera matar cada dos por tres ¡eres insoportable! –Gruñó entre dientes con los ojos inyectados en sangre.

- No me quiere matar, me quiere follar, siempre, a cada momento. Solo tiene que mirarme y ¡pum! Me moja entera... ¡Oh Ian, lo echo tanto de menos! ¿Por qué tuvo que tirarse a esa fucia? –Elizabeth se puso las manos sobre la cara

- ¡Cállate! ¡Estás como una cuba! –Ian intentaba contener su erección, sin éxito.

- Tu hermano me vuelve loca, me hace perder el control del todo, me transporta a otra dimensión, y es lo que más me jode de todo esto, no volver a sentir eso.

Jamás –Esto lo dijo muy seria, no sonaba nada gangosa.

- Estás chiflada. ¡No sabes lo que pasó! Ni siquiera le has dado la opción de explicarse, parece que te gusta sufrir, y de paso, hacerle sufrir a él. ¡Eres una caprichosa!

- ¡La víctima soy yo Ian, no lo olvidéis! Él es el cerdo cabrón y no yo, me estás dejando como la culpable, cuando no he hecho nada... ¡Hip!

Elizabeth se levantó como pudo, tambaleándose y se puso de pie, sujetándole a Ian la cara entre sus dos manos, mirándole fijamente a los ojos:

- Me engañó, eso es todo, llamemos a las cosas por su nombre... ¡Joder, os parecéis tanto...! –Se cayó de culo en la arena debido al mareo, riendo de nuevo.

- Déjame que te lleve a tu habitación, después me iré, ¿de acuerdo?, quiero estar seguro de que estás a salvo, en tu estado cualquiera podría hacerte cualquier cosa –Ian le tendió la mano para que ella la cogiera, pero se la negó.

- ¡Que se le ocurra a nadie! Llamaré a mi amigo Xavier, él me defenderá.

- Si, seguramente, ¡ese lo único que hará será meterse en tus bragas!

¡ZAS! Elizabeth acertó en plena cara.

Ian no se lo podía creer, la miraba con odio contenido. Iba a implosionar de un momento a otro...

¡¿Le acababa de atizar una leche?! Encima sin derecho a un polvo de perdón...

Le había robado su amada moto, le había dejado tirado en medio de la nada sin importarle cómo volvería él al Hotel, (hasta que localizó a alguien que fue a buscarle en coche, tardaron una eternidad)..., le había gritado, humillado, insultado, pegado... y encima, la tenía que llevar a dormir para que no la pasara nada.

¿¡¡Estaba loco!!!?

Dijo que no con la cabeza y se abalanzó sobre ella:

- ¡Samuel me pagará todo esto con creces!

La cargó sobre un hombro y la llevó al Hotel, mientras ella chillaba toda clase de improperios contra él.

- ¡¿Pero por qué os gusta tanto coger a las mujeres como salvajes?! ¡Bestia!

¡Suéltame ahora mismo! Los Roc, o los Williams o lo que seáis... ¡¡¡tenéis un grave problema!!!

- ¡¡¡¡¡Sí. Tú eres el problema!!!! –Rugió Ian completamente encolerizado, ¡Solo quería meterla en el mar y estranglarla...! Ian llegó a la Recepción, se plantó allí en medio. Los recepcionistas se encontraban boquiabiertos al ver el culo de Elizabeth en primera plana. Ian respiró profundo y dijo que venía a traer a la señorita Borc a su habitación, y a que se había mareado “un poco”.

Elizabeth les gritaba a los empleados como podía desde allí abajo:

- ¡¡¡No estoy mareada maldito bastardo, me está raptando, haced algo atajo de inútiles!!!

Los Recepcionistas se asustaron al escucharla y corrieron a socorrerla, pero Ian la soltó rápidamente en el suelo. Los litros de alcohol que corrían por sus venas y el estar de repente en posición vertical, habiendo estado boca abajo hasta hacía un instante, hicieron que Elizabeth cayera de bruces contra el suelo.

Todos se quedaron quietos mirando a la chica del suelo y después a Ian, como en un partido de tenis. Él los echó una mirada asesina de suficiencia, si supieran quien era...

- Os lo dije, ahora si me disculpáis, llevaré a la señorita a sus aposentos.

La levantó del suelo, cogiéndola en brazos esta vez. Ella permaneció allí tranquila, parecía que iba flotando de repente. Prefería los brazos de Ian a tener el culo puesto en su cara.

Le dieron las llaves de la habitación y le permitieron subir con ella. Ian se metió en el ascensor y se cerraron las puertas tras de sí. Inspiró el aroma a jazmín de aquel pelo rojo y cerró los ojos para disfrutar del momento, pasando mil cosas por su cabeza, una de ellas Elizabeth besándole apasionadamente.

Salió de su ensoñación de un golpe. La miró estupefacto al comprobar que le acababa de asestar un puñetazo, o al menos eso había intentado ella, ya que en el estado en el que se encontraba no tenía fuerza ni para levantar la mano.

- ¡Machista!, ¡Bestia! ¡Neanderthal! ¿Qué te has creído? –Desde el punto de vista de Elizabeth, estaba intentando zafarse de él salvajemente para que la bajara de sus brazos y le gritaba con todas sus fuerzas. Pero la realidad era que parecía medio dormida y todos esos insultos sonaban como un susurro casi inaudible.

- No suelo cargar a las mujeres así, solo a las que se emborrachan hasta que no pueden ni andar, deberías estarme agradecida, si te hubiera dejado en la playa nadie sabe lo que te hubiera ocurrido –Todavía no entendía muy bien por qué se explicaba, pero tenía la necesidad de hacerlo.

Ian la bajó con sumo cuidado, dejando que se acostumbrara poco a poco a la nueva postura, incluso con las ganas que tenía de tirarla contra el suelo, la puso en pie delicadamente, como si se fuera a romper. Mantenía sus manos cerca de su cuerpo por si se tenía que agarrar a él. Parecía que podía quedarse en pie sola, así podría recorrer ella misma la corta distancia del ascensor a su habitación y olvidarla para siempre. Pero justamente el ascensor llegó a la tercera planta y se abrieron las puertas. El vaivén del elevador al detenerse, hizo que Elizabeth se volviera a caer al suelo.

- ¡Oh venga ya joder! –Bufó Ian incrédulo

La volvió a cargar en el hombro, esta vez Elizabeth iba allí colgada sin protestar, totalmente encolerizada, pero resignada a su suerte, en silencio, porque no podía hacer nada, solo dejarse llevar como un mono colgante.

Cuando llegó a la habitación, Ian abrió la puerta y tiró en medio de la cama a aquella fiera salvaje, que se incorporó como pudo, gritándole:

- ¡No estamos en el Bronx, por el amor de Dios!

- No hace falta estar allí para que alguien se aproveche de una mujer borracha

- Sé pegar una patada en los huevos a cualquiera que se intente proparar. Si quieres, te lo puedo demostrar. Mira.

Elizabeth intentó levantar la pierna a modo de demostración, le hubiera dado una buena patada ahí mismo a ese ser arrogante de buena gana, pero se cayó encima de la cama. Ian intentó no reírse. Era tan orgullosa y testaruda que se tenía que salir siempre con la suya, pero en el fondo le resultaba tan adorable...

Ella se quitó la camiseta y los pantalones como pudo, quedándose en bragas y sujetador de encaje negro, allí tendida boca arriba en la cama. Ian no podía ni respirar al verla. ¿A qué había venido eso? Elizabeth se sentó en el borde de la cama al ver que él ni se inmutaba lo más mínimo y le miró con los ojos llenos de lujuria, él no se podía creer lo que estaba sucediendo de repente. Ahora se alegraba de no haber bebido, si no, Dios sabe lo que hubiera pasado allí...

¿Lo estaba provocando? ¿Le estaba retando?, ¿Qué pretendía?

Aquella mujer era la mismísima perversión hecha realidad. Era perfecta, con sus pechos turgentes y rosados, su vientre plano con ese ombligo tan sexy, sus largas piernas, ese pelo color fuego y esos ojos de gata que le volvían literalmente loco... cada curva de esa mujer era un pecado... Era mucho más que eso, era el deseo en carne y hueso. Y estaba delante de él, provocándolo...

- ¿Vas a quedarte ahí quieto, mirándome con esa cara, cuñado? Se te cae la baba cada vez que me miras, ¿me vas a defender también de ti mismo? –Elizabeth levantó la cara altanera, claramente retándolo.

Ian no pudo más, había agotado hasta la última gota de la reserva de la reserva de la reserva de su paciencia. Se dirigió hasta ella con paso firme, la agarró por las muñecas y la levantó de la cama de golpe, la abrazó por la cintura y le plantó un beso en los labios...

Ella nunca pensó que fuera capaz, sólo quería provocarle, al igual que él había hecho antes con ella en la cabaña... ¿O nada de todo esto era una simple provocación entre ambos? Elizabeth sintió sus labios carnosos chocar contra los de ella, eran muy suaves y su boca olía a menta fresca. Poco después, la lengua de Ian acarició su labio inferior, haciendo que ella abriera la boca y le dejara introducir el músculo húmedo en ella, que buscaba hambriento que le correspondiera. Y lo hizo, le respondió. Lo que ocasionó que Ian soltara un gemido.

Elizabeth se dejó llevar por unos instantes por esa pasión desatada de repente, Ian besaba realmente bien, se notaba que era de sobra versado en la materia. Sus lenguas se acariciaron deseosas una de la otra. Ese hombre olía de vicio y a vicio. La acariciaba la espalda y la tenía sujeta por la nuca, masajeándole el pelo rizado entre sus dedos. Sabía lo que se hacía. Se intuía que era un amante más que experto. Elizabeth se imaginaba que era Samuel, pero enseguida se dio cuenta de que no sentía lo que sentía estando con él, entre sus brazos, y se separó de golpe. Ian respiraba con dificultad, estaba tan caliente como no había estado nunca antes con ninguna mujer.

Lo que le faltó sentir a ella, lo había sentido él por los dos.

- Ian vete de aquí por favor –Le ordenó ella mirando al suelo avergonzada

- ¡Joder! ¡Mira lo que me has hecho! –Gritó él enfurecido, temblando por la excitación.

Se marchó pegando un portazo. Elizabeth se echó a llorar de nuevo en la cama. Nunca podría olvidar a Samuel.

Amaneció.

Esa mañana, Elizabeth ni bajó a desayunar, se fue a la playa directamente. Le iba a explotar la cabeza de la resaca que tenía. Pasó de zumba, de yoga, de saludar al personal y de todo. Si se ponía a hacer la postura de la cobra mirando al sol, probablemente se partiría la espalda.

Así que se fue con un zumo de tomate a su hamaca de siempre a tomar el sol, más bien, a dormirse. Se quitó el vestido y se dio cuenta de que solo llevaba el tanga puesto, la parte de arriba del bikini se le olvidó en la habitación. Así que con tal de no andar ni un paso más, se dijo “bah, si aquí nadie me conoce, además van todas igual, ¿qué más da dos tetas más que menos?”

Se echó boca arriba con los pechos al aire. Era una sensación nueva para ella, nunca se había atrevido a hacer top less en la playa, pero ese sentimiento de estar haciendo algo provocador y prohibido, mezclado con la libertad que sentía al acariciar la brisa sus pezones, era maravilloso... ¡estaba tan a gusto!...

Se puso las gafas de sol y esta vez no se trajo los cascos de música, hoy no tenía la cabeza para guitarras eléctricas, ni baterías. El sonido del vaivén de las olas le vendría muy bien para relajarse. Se tomó la pastilla para la resaca con el zumo de tomate. Cerró los ojos y se quedó dormida profundamente. Una sombra le tapó el sol.

- ¡Quita, me tapas el sol! –Dijo ella, haciendo un gesto con la mano de “vete”, sin ni siquiera mirar, le daba completamente igual quién fuera.

- ¡¡¡Tápate ahora mismo, todo el mundo te está viendo las tetas!!! – le increpó una voz de hombre cabreadísimo ¡Esa voz!

Ella saltó de la hamaca... cayendo de culo al suelo

¡¡¡¡¡¡¡¡SAMMUEL!!!!!!!!!!!!

Cuando le vio, sus ojos no daban crédito, su cerebro se bloqueó por completo y sus piernas no conseguían levantarla del suelo debido a los temblores.

Recobró un poco el aliento, lo justo para taparse el pecho a toda prisa con el brazo instintivamente, y se dio la vuelta nerviosa rebuscando el vestido en la mochila, con lo que Samuel vio su culo de pleno...

- ¡¡¡Joder Elizabeth, estás desnuda!!!

La cogió en un nanosegundo y se la puso sobre el hombro, tapándola con su mano lo que podía de culo y se la llevó detrás de las palmeras que había por allí cerca, mientras ella gritaba como si le fuera la vida en ello:

- ¡Socorrooooo! ¡¡Auxilioooo!!

- No te servirá de nada, grita lo que quieras. Si alguien intenta separarte de mí le mataré –Aseguró un Samuel más que enojado.

La soltó en el suelo frente a él.

Ella se quedó pasmada. No podía reaccionar ¿Realmente lo tenía allí delante?

¿¿¿¡¡¡Era él????!!! Se le había olvidado lo guapo que era, y peor aún, el poder que ejercía sobre ella... Samuel se quitó la camiseta azul que llevaba puesta y se la dio, le miró sus abdominales de reojo, pero se obligó a mantenerse cuerda “no le mires”.

- Ponte esto. ¡Ya! –Le increpó él

- ¡Vete a la mierda! – Gritó ella enardecida, tirándole la camiseta a la cara.

Elizabeth aprovechó y salió corriendo medio desnuda, como estaba, ya ni se molestaba en taparse, pero Samuel la atrapó por detrás en seguida y la volvió a poner tras las palmeras, donde estaban escondidos instantes antes. Ella intentaba escapar todo el rato, como un animal salvaje cuando lo tienes acorralado y busca la salida por todos sitios con la mirada, nerviosa, así que al final, Samuel la inmovilizó, abrazándola por detrás con sus musculosos brazos.

- ¡¡No tienes derecho!! ¡Déjame tranquila! –Ella gritaba desesperada. Solo podía dar patadas, porque la parte de arriba la tenía inmovilizada por cierto gigante cabreado.

- Claro que tengo derecho, ¡Eres mía! –Él la hablaba contra el cuello

- ¡¡¡¡Suéltame, nunca seré tuya, cabrón de mierda!!!!

- ¡E-RES MI-A! –Le dijo al oído con un tono más que desgarrador, que hizo que todos los sentidos de Elizabeth cobraran vida al instante.

- ¡De eso nada! Si tú te puedes acostar con quien quieras, ¡yo también lo hago!

- ¡¡¡Mentira!!!

- ¡Verdad!

- Llevas mi anillo puesto
Elizabeth se quedó en silencio y quieta de repente. No sabía el motivo, pero no se lo había quitado ni un solo instante. Samuel aprovechó su calma momentánea para decirle aún más cabreado:
- ¿Me vas a escuchar sin salir corriendo?
- Si –Sonó muy tranquila y Samuel se fío de ella.
La soltó.
- ¡En tus sueños gilipollas!
Elizabeth le pegó una patada en todos los huevos, ¡PLACA!, en todo el medio, con todas sus fuerzas, sin una pizca de piedad, haciendo que Samuel cayese de rodillas sobre la arena, agarrándose con fuerza sus partes nobles, y profiriendo maldiciones en ruso.

Mientras él intentaba levantarse, sin lograr conseguirlo, ella salió corriendo hacia el Hotel, gritando:

- ¡¡¡¡No te acerques a mí, hijo de perra!!!!

De camino, a toda prisa, vio a Bruce y a John en el pasillo que daba a su habitación. Pero nada más verla, corriendo casi desnuda hacia ellos, solo tapada por sus propios brazos, en vez de intentar retenerla, los dos se giraron para no mirarla. Ella aprovechó este repentino shock de los guardaespaldas para meterse corriendo en la suite y cerrar con la llave tras de sí rápidamente. Si no hubiera sido así, lo más probable es que la hubieran interceptado nada más aparecer en escena. ¡Ahora se alegraba de ir desnuda!

Llamó a Recepción para que echaran a Bruce y a John, ordenando que no dejaran subir más a su habitación a ninguno de esos dos hombres ni a su jefe que iba con ellos.

Los chicos de Seguridad del Hotel echaron así fuera del edificio a Bruce y a John, plantándose en la puerta de entrada para que ninguno volviera a entrar. Si John sacara sus armas, nada tendrían que hacer los otros dos pobres hombres, pero no era plan de derramar sangre por causa semejante. Aunque se quedó con muchas ganas de asestarles un buen golpe. ¡Y a Elizabeth otro! Elizabeth no sabía qué hacer. El corazón le latía a mil por hora. Daba vueltas por la habitación sin parar. Tarde o temprano tendría que salir de allí. Se sentó en la cama con las manos en la cabeza, todavía excitada por haberlo tenido delante, le seguía removiendo todo en su interior, sin remedio.

Se dio una ducha y se lavó la cabeza. Estar limpia y fresca le ayudaría a pensar más claramente.

“¡Joder!, vaya patada en los huevos que le has dado, pedazo de bestia, no va a poder funcionar en mucho tiempo”

“¡Se lo merecía!” hizo un giro con patada voladora incluida, vestido de karate su yo perverso.

Se tomó un ibuprofeno, tenía la cabeza a punto de estallar.

Con el baño y la pastilla se relajó demasiado.

Estaba pensando cómo salir por la ventana con las sábanas atadas unas a otras... Al final, se quedó dormida.

CAPITULO 74

Cuando volvió a abrir los ojos, Elizabeth observó por la ventana que ya había caído el sol. Era de noche ¿cómo habría dormido tanto?, se desperezó en la cama tan tranquila...

- Ya era hora de que te despertaras

Se giró rápidamente hacia donde procedía la voz, esa voz inconfundible, que le hacía estremecerse. Abrió los ojos como platos al verle allí... ¡Dentro! ¡A su lado! Estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas, las manos formaban un puño gigante sujetando su mandíbula, mirándola fijamente con los ojos entrecerrados y todo despeinado. Era el ser más peligroso del mundo en esos momentos y estaba tan guapo...

El contrato firmado por Elizabeth, declarando que se iba a casar con él y que estaban prometidos, junto a una seria amenaza de demanda del mismísimo propietario de Roc Hoteles, por registrar a un cliente con una identidad falsa sin pedirle ningún tipo de documentación, hizo que el director del Hotel, el señor Xavier Smith, muy a su pesar, le dejara pasar a la habitación de ella con su propia llave maestra.

Elizabeth todavía no daba crédito:

- ¿Qué haces aquí? ¡Esto es allanamiento de morada!

Se levantó corriendo de la cama, tapándose su desnudez con la sábana, para coger el teléfono, pero él la cortó el paso, haciendo que se chocara de frente con su inmenso pecho. Samuel la agarró por las muñecas, así que la sábana cayó alrededor de sus pies, quedándose desnuda delante de él. Samuel paseó su mirada tranquilamente por ese precioso cuerpo, desde los pies a la cabeza, sin dejarse detalle, deleitándose en él. El detallado escrutinio dio como resultado que parecía estar sana y salva, tan cuidada como siempre, incluso más.

Samuel se había puesto duro como un hierro con su solo contacto.

- ¿Te tapas de mí y en la playa te podían mirar todos? –Estaba muy cabreado, pero intentaba contenerse

- ¡Suéltame! ¡No quiero verte! ¿No te has dado cuenta? –Tenía que alejarse de él o perdería la cabeza y el control sobre su cuerpo, que ya le estaba costando

bastante.

- Elizabeth no voy a salir de aquí hasta que no hayamos hablado, puedes patear, gritar y hacer lo que te venga en gana.

- ¿Cómo demonios has entrado aquí? –Miraba para todos sitios nerviosa

- El director del Hotel se ha cagado encima en cuanto le he enseñado el contrato que dice que eres mi mujer.

- ¿Qué? ¿Es que lo llevas metido en el bolsillo?

- Sabía a lo que venía ¿Crees que soy tonto?

- ¿Tengo que contestar a eso?

Sammuel ahogó una sonrisa, ahí estaba la señorita sarcástica. Continuó:

- Si a eso le sumas que ha permitido alojarse a un cliente bajo una identidad falsa sin pedirle la documentación, cosa que es delito, pues le ha faltado tiempo para abrirme tu puerta de par en par...-Se cruzó de brazos satisfecho delante de ella, que cada vez estaba más desquiciada. ¡A este hombre todo le salía bien!

- ¡Me has drogado! –gritó Elizabeth señalándole con el dedo, de repente le cuadraba todo, entraría en su cuarto antes y le pondría la pastilla en la mesa antes de que ella volviera de la playa.

- ¿Qué dices insensata?

- ¡La pastilla! He dormido todo el día

- Tú sabrás qué te has tomado, no me echas a mí la culpa, ¡ya eres mayorcita!, cuando he entrado aquí, tú ya estabas roncando.

Sammuel tensó la mandíbula, para intentar no recobrar la ira que le invadió en el momento en que por fin entró en la habitación y la encontró roncando plácidamente, cuando minutos antes le había asestado una brutal patada en los huevos...

Se miraban retándose, se morían los dos por besarse. Ahí estaba de nuevo esa tensión sexual tangible que había entre ambos.

- Elizabeth si no te convence mi historia, te juro que saldré por esa puerta y no volveré nunca más a molestarte –Señaló la puerta violentamente.

- ¡No quiero escucharte Roc! ¡Sal ya y así acabamos antes! –Ella se escondía detrás de la cama, estaba nerviosa de verdad.

- ¡Me lo juraste!, me juraste no volver a huir ¡y lo has hecho! ¿Eso es lo firme que es tu palabra Elizabeth Hudson? –Empezaba a perder los papeles

- ¡Porque nunca creí que me ibas a engañar! ¡¡¡Confíaba en ti!!!

El avanzó hasta ella y la abrazó fuerte entre sus brazos, mirándola cara a cara, todo lo cerca que se puede estar de alguien sin besarle y le dijo muerto de ira:

- Nunca te atrevas a volver a decir que no confías en mí Elizabeth.

Elizabeth le miró a los ojos y sabía que ahí estaba su amor, era sincero, no la mentía. Ese hombre la amaba y eso era indiscutible, pero la había traicionado y eso tampoco se podía discutir. Desvió la mirada y él sintió un latigazo en su corazón

¿No le creía? Ella se soltó de los brazos de él bruscamente y se sentó en la cama, poniéndose un pijama de encaje cortito. Sammuel la vio que se relajaba un poco, para hablar.

Elizabeth le dedicó una extraña mirada, y en un segundo... ¡salió corriendo por la puerta!

No le duró mucho la huida esta vez, John la cogió como a una chiquilla con un solo brazo y la metió dentro de la habitación de nuevo, cerrando la puerta desde fuera, mientras ella chillaba desesperada aporreándola con sus puños:

- ¿Para eso te pago John, para que me encierres con un desquiciado? ¡Estás despedido, traidor asqueroso!

Sammuel ya estaba harto, le tenía que escuchar quisiera o no. Ya estaba bien de numeritos, la observaba con los ojos entrecerrados cómo golpeaba la puerta con todas sus ganas. ¿Y el desquiciado era él?

Avanzó hasta ella. La cogió como a un cachorro de león, que va resignado a donde la madre le quiera llevar, sin rechistar y la tendió sobre la cama. Se puso a horcajadas encima de ella inmovilizándola entre sus piernas, cosa que hizo que ella sintiera el calor en sus partes íntimas y se mojara entera. Sammuel no podía estar más duro. Elizabeth le miraba incrédula y dubitativa. ¿Qué le iba a hacer? Ni se le pasaría por la cabeza... Sammuel la cogió ambas manos por encima de su cabeza y sacó de su bolsillo de atrás del pantalón una pelota blanca, que pronto se desenrolló, atándola así con la cuerda del albornoz las manos al cabecero de la cama.

Al principio forcejeó, gritó, pateó, le insultó... Parecía que estaba poseída por el demonio. Sammuel se sentó a observarla, en la butaca que había junto a la cama, con una pierna cruzada sobre la otra por el tobillo. Respiraba hondo, intentando llenarse de paciencia. Esto le iba a costar sudores y lágrimas.

Cuando pasó un rato y Elizabeth se hubo calmado, se miraron los dos. Sammuel preguntó calmado:

- ¿Ya?

- ¡Sammuel Roc te voy a denunciar por malos tratos, se te va a caer el pelo, desgraciado! ¡¡¡¡A mí no me atas como a un conejo!!!

Siguió insultándole otro buen rato...

- Tú no sabes quién soy yo, capullo engreído, ¿te piensas que me puedes tratar como a las rameritas a las que estas acostumbrado? ¡Suéltame maldito bastardo!

Mientras él se preparaba una copa del whisky que tenía allí, Talisker reserva, por supuesto, observó que la botella estaba por debajo de la mitad. Se sentó en la butaca de piel que había al lado del cabecero de la cama de nuevo, desde la que había

estado observándola dormir y gritar improprios hacia un instante.

- Veo que has pasado buenos momentos, no has perdido el tiempo –La dijo señalando la botella con la cabeza

- ¡Sí, anoche mismo, con tu hermano!

- ¡Cállate! Ya es suficiente, me estás cabreando de verdad, voy a perder la poca paciencia que me queda Elizabeth, te estás pasando –Tenía los dientes apretados de furia y el violeta de sus ojos se había convertido en casi rojo.

Sammuel se levantó de un brinco, dando vueltas por la habitación y revolviéndose el pelo. La imagen de Ian con Elizabeth le torturaba desde que recibió la llamada de su hermano anoche.

Este era el momento de la venganza de Elizabeth a Ian por ir corriendo a darle el chivatazo a su hermanito mayor, así que continuó diciéndole con una voz perversa:

- ¿No te lo ha contado, Sammuel? Besa muy bien –Se lamió los labios

Sammuel se detuvo en seco, la señaló con el dedo y entornó los ojos

- ¡Elizabeth como sea cierto sabes que le mataré, dejo su suerte en tus manos, así que, piénsatelo muy bien antes de seguir hablando!

Con el tono en que lo dijo, desde luego, no dejaba lugar a dudas de que así sería.

Elizabeth no había sopesado los daños colaterales que la sed de herir a Sammuel podrían causar a Ian, así que dio la callada por respuesta y miró a otro sitio, cosa que Sammuel interpretó al revés.

Él rugió como un león:

- ¡¿Te has acostado con mi hermano?!

Menos mal, él solito la había sacado del lío, siguió mirando en la dirección contraria, para que no notara nada raro, en realidad solo fue un beso, pero así, él pensaría que lo había dicho sólo por herirle y no pasó nada en absoluto entre ellos.

- ¡¡¡NO!!!

- Anoche me llamó muy cabreado Elizabeth, dime la verdad, ¿Tarde o temprano me voy a enterar!

Ella le miró a los ojos y le dijo muy seria y calmada

- Aunque no tengo por qué darte explicaciones, ya que no eres nada mío, no, no me he acostado con tu hermano

- De acuerdo. Te creo.

Sammuel se sentó de nuevo en la butaca, mirándola. Se frotaba las manos, nervioso. Atada a la cama estaba tan tentadora que le costaba más trabajo todavía no plantarle un beso, o tocarla, le estaban entrando ganas de hacerle mil pecados, de mil formas distintas. Después de tres semanas sin verla y sin saber nada de ella, volviéndose completamente desquiciado, la tenía allí delante de sus narices, a su merced.

Se revolvió un poco el pelo, para sacarse a sí mismo de sus ensoñaciones, porque si no, con semejante calentón, no iba a poder pronunciar ni una sola palabra.

- Kelly es Jackeline –Lo soltó así por las buenas, sin vaselina.

- ¡¿Qué?!

- Jackeline, mi novia de la Universidad, la que se acostó con mi amigo antes de...

- ¡Ya sé quien cojones es Jackeline!

- Elizabeth joder, cuida tu vocabulario, ¿dices más tacos que yo!

- Roc no me toques los huevos con el vocabulario, ahora mismo acabo de sufrir un cortocircuito en el cerebro, bastante que puedo hablar, no voy a vigilar encima cómo lo hago... sigue

- Kelly la llamaban sus abuelos de pequeña, Jac-KELLY-ne –Sammuel intentó serenarse

- ¡No puede ser posible lo que dices!

- Cuando la contrataste te dijo que se llamaba Kelly porque, si te decía el nombre completo, a lo mejor te hacía recordar a mi ex, y saltaba la liebre, ya que no es un nombre muy común.

- Vale. Punto uno. No quería que la relacionara contigo. Ok, sigue.

- Hasta anoche no lo supe, gracias a Ian lo comprendí todo. Me dijo que estabas enfadada porque te había engañado con tu peor enemiga, que había vendido tus fotos...

- ¡Estaba enfadada por engañarme!, ¡Me da lo mismo con quien, gilipollas! –Le interrumpió Elizabeth desquiciándose de nuevo.

- ¡Deja de decir que te he engañado o me largo, joder!, ¡¡¡Escúchame de una puta vez!!!!

- Venga, sigue Roc. Me muero de la intriga por ver qué excusa te vas a inventar...

Sammuel estuvo a punto de largarse, pero respiró hondo, había venido a solucionar las cosas. Tenía que decirle todo, como fuera.

Paciencia. Ese era su mantra.

- ¡Es que tienes el don de cabrearme, incluso cuando me muero por follarte a lo bestia! –Gritó exasperado, levantándose y recolocándose su miembro en el pantalón con brusquedad.

- ¡Yo me muero porque me dejes en paz de una vez! –Aunque en realidad, las palabras que él acababa de pronunciar habían hecho que ella casi tuviera un orgasmo allí mismo... Sammuel cerró los ojos fuerte y se tocó la sien. “Fuerza, Señor dame fuerza”

- ¿La empleada que te traicionó es la que viste salir de mi casa?

- Sí, esa fulana, hija de...

- ¡¡¡Déjame hablar, maldita sea Elizabeth!!!

Sammuel se giró para irse. La dejaría ahí atada para el resto de sus días, como que se llamaba Sammucl Roc.

- ¡Me estás poniendo negro mujer! ... ¿Por dónde iba? – Volvió sobre sus pasos, desquiciado

- Ya estás mayor Roc, pierdes el hilo. Me estabas diciendo que he tomado café y charlado amigablemente con tu ex prometida, ¿podríamos hacer un trío!

Sammuel puso los ojos en blanco, al final se iba a reír y todo, pero se contuvo, esta mujer era incorregible.

- Yo no sabía cómo era esa chica físicamente, tu empleada. Y tú viste a Jackeline salir de mi casa el día que desapareciste, ¿así que tiene que ser ella!

- Punto dos. Kelly es Jackeline. ¿Me debería cabrear menos porque la que te tiraste fuera tu ex? Como ella estaba antes que yo, ¿no cuenta como infidelidad?

–Ella estaba en modo sarcástico, ¿qué otra cosa podía hacer?

- ¡¡¡Cállate de una puta vez!!! ¡Escúchame Elizabeth!, ¡¡¡¡Y deja de tocarme los cojones, ya!!!

La cogió por los tobillos, tiró de ella hacia debajo de un golpe seco, la abrió de piernas y la ató los pies también a la cama. Se echó encima de ella, sujetando su peso en los antebrazos a ambos lados y le habló tranquilo, intentando estar calmado. Ella sentía la poderosa erección en su entrepierna abierta de par en par y quería morirse. Sammucl pensaba que a lo mejor, estando sus energías en contacto, podría conseguir que le escuchara. Ella cerró los ojos intentando en vano reprimir un gemido. Él sonrió.

- ¿Mejor? – Le susurró Sammucl al oído, moviendo la cadera sobre ella, rozando aquel punto estratégico.

- Depende de lo que me cuentes –Ella no daba su brazo a torcer, pero el sentirle encima, rozándola justo ahí, sí que la había calmado. Mucho. Ahora solo podía pensar en tenerle dentro.

Sammuel dejó escapar una sonrisa. Conocía esa reacción ¡le deseaba! Se sintió repentinamente muy aliviado, le dio fuerzas para seguir intentándolo, no le había olvidado, seguía ahí esa electricidad incandescente entre ellos.

Él se incorporó para que la sangre le volviera al cerebro, sentándose en la cama junto a ella.

- Recapitulemos. Estábamos en el apartamento de John, me llamó el jefe de Recepción, para decirme que Mohamed Morhaved estaba en el Hotel.

- ¿Quién es ese “Morahned”?

- Morhaved. Es un jeque árabe que ha invertido gran cantidad de su dinero en mis hoteles y al que debo mucho, por varios motivos. Quería verme para tratar un tema del hotel que vamos a abrir en Arabia y no podía negarme, había venido expresamente a eso desde allí. Cenamos y nos tomamos un par de copas, así que no podía conducir. Subí a casa para decirle a Bruce que me viniera a recoger, pero al mezclar el vino con las pastillas para la cabeza, me entró tantísimo sueño, que no recuerdo ni haberme quedado dormido.

- Te llamé varias veces y te escribí.

- No lo escuché Elizabeth, ojalá lo hubiera escuchado y me hubiera ido a dormir contigo, esa fue la última noche que he dormido desde entonces.

Elizabeth le miró detenidamente y efectivamente observó que estaba mucho más delgado, por lo menos 8 kilos sí que habría perdido, y tenía ojeras, sí, era cierto lo que le decía. Al menos eso.

- Continúa Roc, no empieces con tu palabrería barata

La miró con ganas de estrangularla. Lo que se merecía era que se largara y dejarla ahí atada, todavía no entendía por qué no lo había hecho. Ella estaba decidida a no escucharle. Pero aún así continuó:

- No sé ni qué hora era, ni por qué la dejaron subir sin avisarme los de Recepción, que por cierto, ya están todos despedidos por ello. Creo que los sobornaría o los contaría un rollo de los suyos, eso no importa ahora. Pero de repente Jackeline se presentó en mi casa.

- Ya, qué terrible sorpresa ¿verdad?

- ¡Elizabeth no pasó nada! ¡No sé cómo decírtelo ya, joder!

- Si, desde luego, no pasó nada de nada, por eso tú estabas en pelotas besándola en la puerta, mientras os despedíais. Escuchaste mis llamadas y le dijiste que debía irse, si hubiera llegado dos minutos después, no me hubiera enterado de nada ¡Cínico!, ¡Maldito mentiroso!

Sammuel perdió la poca paciencia que le quedaba después de la patada en los testículos. La agarró la cara con ambas manos y la besó, con violencia, con necesidad, con desesperación... Su lengua buscaba con ansia la de ella entre sus labios, que al final cedió, saliendo a su encuentro. Ella acabó respondiéndole.

Elizabeth nunca jamás se cansaría de sus besos, le removía hasta la última célula de su cuerpo. Se sentía plena de repente. Feliz. Sus bocas se movían al mismo ritmo, sus lenguas se acariciaban, se retorcían. Sus respiraciones eran entrecortadas, jadeaban... No había ni principio ni fin entre uno y otro. Eran uno. Sus cuerpos se reconocían y solo podían rendirse a la evidencia, no eran capaces de estar lejos uno del otro. Se atraían como imanes. Sin remedio.

Sammuel se separó de ella, suponiéndole tanto esfuerzo que casi no pudo hacerlo, respiraba con dificultad y su erección era más que evidente en su pantalón. Ella estaba debajo de él más o menos en el mismo estado. Sammucl le dijo con voz

ronca de deseo, muy serio:

- ¿Crees que puedo sentir esto por alguien más Elizabeth?!

- No lo sé -Gimió Elizabeth intentando reponerse

- ¿Para qué perder el tiempo con una actriz figurante, si tengo en mi cama a la ganadora del Oscar? ¡No pasó nada!

- ¡Os vi besaros Sammue! No me lo han contado, ¡lo vi con mis propios ojos!

- ¡Elizabeth me dio un pico! porque me pilló desprevenido, recuérdalo bien, tu cabreo te cegaría, pero si lo piensas bien, ¡no era ningún beso, ni nada parecido! ¡Fue un pico que esquivé en cuanto fui consciente de él! Casi ni nos rozamos los labios. Me lo dio justo cuando escuchó abrirse la puerta del ascensor ¿No lo entiendes?

- ¿Ella te dio un beso y tú lo esquivaste? No, no lo entiendo porque yo os vi.

- Nunca lo había hecho antes, en serio, ella sabía que nos estabas mirando, por alguna razón. Es la única explicación que le encuentro. Tenemos que esclarecer todo este asunto, pero ella sabía que ibas a ir allí y que ibas a “pillarnos”, ¡Ese precisamente era el plan! ¿No lo ves?

- No te creo, no me cuadra nada, es imposible que supiera que iba, lo decidí en el último momento y no se lo dije a nadie, solo a ti y fui sola.

- Elizabeth lo único que se me ocurre, después de estar toda la noche dándole vueltas en la cabeza, es que haya duplicado tu tarjeta del teléfono, así le llegan a ella también todos los whatsapp y mensajes, tanto los entrantes como los salientes. Vio que estábamos separados y que venías hacia mi casa ¡Llegó justo dos minutos antes que tú!

- ¿En serio? El punto tres es el más interesante, mi tarjeta de móvil... joder.

- Tienes todas las grabaciones de Seguridad del Hotel a tu disposición, me las sé de memoria. Puedes comprobarlo cuando quieras. Puedes ver cómo cené con Mohamed y puedes ver que entré solo a mi casa y a qué hora llega ella y cómo le saco afuera un minuto más tarde, cuando te vas tú... ¡Todo!

- ¿Fue una trampa entonces? ¿Para que yo te dejara?

- No estoy seguro, pero Bruce y John también creen que es así. De todas formas ya hemos cancelado tu tarjeta por si acaso. Hasta anoche mismo, cuando me llamó Ian no lo comprendí. No sabía que Jackeline era la misma persona que te hizo eso y desde luego no entendía por qué había venido esa noche a mi casa.

¡No habló de nada! Solo estaba allí, incluso se quiso desnudar y estaba despeinada, ¡todo estaba orquestado para que pasara lo que pasó! Lo único que hice fue acompañarla a la puerta, porque no se quería ir ella misma, ¡si hasta la arrastré del brazo!

- ¿Y después de todo esto no has sabido nada de ella?

- Cuando volví a subir a mi casa ya no estaba allí. La llamé para preguntarla por qué cojones fue a mi casa a esas horas y por qué me besó así sin más, sin mediar palabra.

- Sorpréndeme

- Me dijo que tenía muchos problemas y que necesitaba mi apoyo, que siempre confiaba en mí, que la disculpara, que no era su intención haberme creado esa situación contigo, que eras demasiado celosa...

- ¡La mataré como la vuelva a ver! ¿Pero qué coño le he hecho yo a esta tía? ¿Te ha vuelto a decir algo? ¿Sabes dónde localizarla?

- Me resultó muy extraño todo, no entendía nada. De todas formas, no tenía la mente para su historia paranormal. Me ha llamado para quedar, un día tras otro, pero la he rechazado.

- Punto cuatro. Su segunda parte del plan ha fallado, quería ser tu paño de lágrimas. Sabía que sería imposible que yo te perdonara si os veía juntos después de “tu engaño”. Ahora lo empiezo a entender todo. ¡Te quiere recuperar!

- No lo creo, nunca la he visto esa intención, solo me suele llamar muy de vez en cuando. Menos esta vez que ha insistido más de la cuenta.

- Porque nunca había tenido una digna rival, hasta ahora... Ha sacado sus uñas de gatita, ¡pero no sabe que se las juega con una leona! ¡Ésta se va a cagar!

¿Porque no habrás quedado con ella, no?

Sammuel soltó una carcajada, le encantaba que Elizabeth se pusiera posesiva.

- Lo único que he hecho ha sido buscarte, y después de perderte el rastro en el aeropuerto, compadecerme. Nada más nena.

- Oh, nena... cuanto tiempo sin oírlo. -Dijo Elizabeth sonriéndole

Sammuel la miró lascivo, después se quedó pensativo, todas las piezas encajaban, aunque había muchas sueltas todavía. Como el dinero, las fotos, la paliza de Bruce... Pero antes había otro asunto pendiente más importante:

- ¿Entonces me crees?

Él la miró fijamente y Elizabeth solo veía amor en sus ojos, ni pizca de titubeos ni dudas de ningún tipo

- Conclusión final... Te creo Sammue!

Sammuel la besó de nuevo con una sonrisa que no podía borrar de su cara. Se detuvo de repente:

- Elizabeth no te voy a perdonar tan fácilmente, me has fallado. Has huido de mí de nuevo, hasta los confines de la Tierra, sin pedirme explicaciones. Me mata que no confies en mí.

- Sammuel mi cabeza no quería creer lo que veían mis ojos, pero era obvio.
- Y para rematarlo todo ¿ite alojas en este hotel de mierda teniendo el Roc al lado?!

- ¡Se trataba de que no me encontraras! ¿Hola? ¡En el Roc te hubieran llamado a los cinco minutos de llegar!

Sammuel bajó hacia abajo, haciéndole caricias con su barbilla por todo el cuerpo y le quitó los pantaloncitos del mini pijama

- Primero te voy a agradecer el no haberte quitado el anillo, ha sido de gran ayuda para mí

La besó el ombligo y ella se estremeció bajo sus labios, fue bajando hacia abajo en línea recta, le abrió las piernas más con sus musculosos brazos, se le marcaban en ellos todas las venas al hacerlo.

- Pero después vas a pagar por cada día que he estado en el infierno, sin saber si estabas viva o muerta.

Se arrodilló frente a ella y le besó su clitoris, hambriento, sin titubeos, directo al grano. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás de gusto. Su cuerpo lo reconocía y suplicaba más.

Con la lengua le acarició los labios hinchados y todo su miembro de principio a fin, no se dejó ni un hueco sin atender. Estaba empapada.

- Me tenías ganas ¿eh nena?

- No te haces una idea –intentaba vocalizar ella

Elizabeth, allí atada, sólo podía gritar de frenesí. Quería cerrar las piernas por impulso, ante tanto placer, pero tampoco podía. Estaba completamente expuesta ante él, que hacía lo que le venía en gana con su boca.

Tuvo un orgasmo en tan solo dos minutos, tenía tantas ganas de su contacto, que le había costado sudores no tenerlo nada más verle. Gimió revolviéndose enloquecida:

- ¡Sí! ¡Sammuel!

- Dios nena, no puedo vivir sin esto, cómo te he echado de menos

Sammuel la observaba estremecerse debajo de él con auténtica admiración, mientras absorbía hasta el último temblor de placer de ella entre sus labios. Enajenado completamente por el deseo hacia ella. La besaba el clitoris con los labios, la limpiaba su excitación con la lengua, penetrándola poquito, pero con voracidad. Elizabeth sin ser consciente, empezó a sentir de nuevo un palpito en su interior y con dos besos más de Sammuel en su punto justo... ¡Bum!... estalló de nuevo en un orgasmo increíblemente poderoso, que la dejó anonadada y confusa, además de increíblemente insatisfecha. ¿Qué le hacía ese hombre? Lo necesitaba dentro con desesperación.

Sammuel se incorporó y la besó en los labios con veneración absoluta, acariciándola los pechos, hinchados de excitación. Ella levantaba las caderas para que se introdujera dentro, estaba tan caliente que podría quemar algo con tan solo tocarlo. Le necesitaba en su interior.

- Sammuel te necesito dentro de mí –Le miraba con los ojos entrecerrados por el deseo.

- Sé lo que necesitas nena, dímelo, me pone cachondo oírte suplicar

- Por favor, métemela Sammuel

- No te entiendo bien Elizabeth

- ¡¡¡Fóllame Sammuel!!! –Gritó ella

Sammuel se corrió de manera sobrenatural al escucharla, no lo pudo contener más, sólo con verla correrse dos veces y oírle suplicarle, explotó como nunca, sin tocarse ni rozarse con nada, sólo con su imagen, como cuando tenía 16 años y no se aguantaba. Pero gracias a Dios, tenía los bóxers y los pantalones puestos, y nadie más se dio cuenta de cómo se le hinchaba la vena del cuello y ahogaba un gemido contra el pecho de ella. Aturdido todavía por lo que le acababa de sucederle, la miraba como si fuera una bruja que le había hechizado, no dejaba de sorprenderse

- Te necesito Sammuel –Dijo ella jadeando

- Este es tu castigo por huir de mí. Sé lo que necesitas y no te lo voy a dar.

- Por favor –Ella seguía retorciéndose en la cama para provocarle

- Yo necesitaba que te quedaras y me escucharas y no lo hiciste

Sammuel la acarició la hendidura chorreante con la punta de uno de sus dedos, se lo introdujo sólo un poquito, haciéndola arquear la espalda y suspirar de gusto, le quemaba el contacto con él. Sammuel se lamió ese dedo lentamente, mirándola, degustando su sabor y pensó que era un desperdicio dejarla en ese estado, se moría de ganas por hacerla el amor durante toda la noche, durante toda la vida... pero debía dejarla.

- Has huido de mi cariño... ahora... yo... huiré... de ti

Sammuel se levantó de la cama y la dejó sola, desolada, tendida boca arriba, respirando profundo para intentar volver a estar cuerda. La puso los pantalones del pijama para que cuando la desatara quien fuera no la viera desnuda.

Ella le miraba con los ojos encharcados en llamas, iba a implorarlo.

- ¡Sammuel no serás capaz! –Le gritó entre dientes

- Oh, por supuesto que lo haré, te he dicho que vas a pagar cada día de infierno que he pasado, y por mi honor, ¡que lo harás!

- ¡Te arrepentirás!

- Reza para no ser tú la que se arrepienta, nena.

Pegó un portazo tras de sí.

Amaneció.

Elizabeth se despertó sobresaltada, tenía los brazos dormidos de estar hacia arriba, miró horrorizada que seguía atada a la cama de pies y manos. Anoche se acabó quedando dormida de tanto gritar. Aunque con una gran sonrisa por cierto.

Por supuesto John estuvo en todo momento pendiente de que no la pasara nada, y de que nadie entrara allí. Entraba de vez en cuando en la habitación, pero ella ni se enteró. Por la mañana se fue a dormir un poco.

Elizabeth soñó con ojos violetas entre sus piernas. Durmió tan caliente, que incluso dudaba haber tenido un orgasmo en sueños, no la extrañaría nada. Era uno de los múltiples efectos que Sammuél causaba en ella.

Llamaron a la puerta y ella no podía abrir, así que gritó para probar suerte:

- ¡Adelante! –Estaba un poco afónica y casi ni se la oía

La señora de la limpieza abrió la puerta y asomó la cabeza para comprobar si había alguien, porque tampoco estaba muy segura de haber escuchado algo, se asustó muchísimo al ver a Elizabeth en ese estado, fue corriendo a soltarla, maldiciendo en otro idioma

- ¡Oh Dios mío! ¿Está usted bien señora?

- Sí, tranquila, es solo un amigo gracioso

Una vez desatada, se tocaba los brazos como si se le fueran a romper, no los sentía. Estaban completamente dormidos, no tendrían ni circulación, aunque poco a poco fue sintiendo el hormigueo de la sangre corriendo de nuevo por sus venas, y no solo por las de las manos. Sentía que el corazón esa mañana le bombeaba más fuerte que de costumbre.

La señora de la limpieza se fue mitad alucinada y mitad aterrorizada.

- Gracias de nuevo por desatarme –Le dijo Elizabeth antes de que saliera despavorida por la puerta.

A los empleados del Hotel no les iban a faltar temas para hablar de ella... ¡durante años! Por llegar con las pintas que llegó al Hotel. Por comerse medio bufet al día.

Por llegar una noche colgada a hombros de un tío borracha. Por hacer que el director del Hotel deje los negocios para pasar el día tras ella como un perrito. Por hacer que la jefa de Recepción la aloje sin pedirle la documentación. Por aparecer atada a la cama una mañana... ¿Qué más le faltaba?

El entumecimiento de sus extremidades le sirvió para recordarle que lo de ayer sucedió de verdad, si no, hubiera pensado que todo había sido un sueño. ¿La dejaría Sammuél así precisamente por eso? No, no llegaría tan lejos... ¡Sí, la dejó así por eso! Se metió en la bañera con el agua hasta arriba.

“Otro día que no hago ni zumba, ni postura de la cobra cara al sol... , vaya amortización que voy a hacer del todo incluido” decía el yo bueno contando los billetes de la cartera.

“Ya tuviste bastante zumba ayer, guapa... ¡Y lo que te queda!”, decía su yo malo abriéndose de piernas, provocador, disfrazado de colegiala sexy.

A medio día, sobre las doce, estaba renovada, por dentro y por fuera. No se podía quitar esa estúpida sonrisa de su cara.

¡Volvía a ser ella! Todo le brillaba, la piel, el pelo, los ojos, la sonrisa... Su alma. Solo podía pensar en que no la había engañado, que todo le cuadraba y en que estaba aquí, había venido a buscarla... y en sus besos, y en sus ojos, y en su boca y... ¡En Sammuél! Era devastador, arrasaba con todo su ser.

Bajó a desayunar, se zampó todo lo que le cupo en el estómago. Los chicos del Restaurante, ya hasta bromeaban con ella

- No sé dónde lo mete señorita

- Va a alimentar bien al bebé

- Luego tendrá que quemar todas esas calorías con alguien Y un largo etcétera.

Ella pasaba de todos y seguía comiendo, se habían hecho casi amigos en todo este tiempo. Al verla sola, la gente era más amable con ella, y si encima tenía un físico como el de Elizabeth, los hombres resultaban ser mucho más que amables. Ella solo se dedicaba a contestar:

- ¡Ya os gustaría, envidiosos! –tocándose la tripa llena como Papá Noel, que sorprendentemente, seguía igual de plana que antes de comer

Al terminar el desayuno supo que tenía una cosa pendiente.

Fue a Recepción a registrarse con su auténtico nombre, les dio el pasaporte y cambiaron todos los datos, más bien los pusieron de nuevas, porque su ficha estaba vacía. Vio que Melania ya no estaba, la informaron de que la habían despedido a primera hora esa misma mañana. No lo podía consentir, fue su culpa, no de Melania, bueno, en realidad fue de las dos.

Preguntó por Xavier, pero le dijeron que se acababa de marchar de viaje.

Cuando el señor Smith supo que Sammuél Roc estaba allí, se armó de valor para luchar por ella, pero en cuanto se enfrentaron, comprendió al instante que no tenía nada que hacer contra la apisonadora Roc, y se largó. Encima dando gracias a que Samuel no sabía nada de lo que había pasado entre él y Elizabeth, si no, le habría partido la cara como mínimo. Elizabeth subió a su habitación para buscar la tarjeta de visita que le dio una vez, y le llamó al móvil. Contestó.

- Xavier Smith – se le oía muy raro

- ¿Xavier eres tú?

- Dime cielo –Sonaba como triste

- Siento todo el espectáculo de ayer, fue todo culpa mía, lo siento de veras, si hay alguna manera de...

- Cariño si fueras mía yo también haría lo mismo, tranquila, es normal –La interrumpió Xavier abatido

Elizabeth respiró hondo, se sentía tan culpable... ¡y eso que nunca le dio esperanzas!, no quería ni pensar qué hubiera sentido si hubiera tonteado con él. ¡Ahora se alegraba de haber sido pura y casta!

“Sí, ¡puta y cara querrás decir!”...su yo bueno tapó la boca inmediatamente a su yo maligno, horrorizado por tal grosería.

Elizabeth sacudió la cabeza para evadirse de sus pensamientos y continuó:

- Te llamaba también para preguntar por Melania, sólo quería decirte que no fue culpa suya Xavier, yo...

- Elizabeth, estoy muy agradecido a tu marido porque no me denunciara, si nos llega a pillar la policía en vez de él, me podrían haber cerrado el Hotel. Da igual quién se aloje, ya sea su madre o una desconocida, fue su error no pedirte el pasaporte para comprobar los datos. Por eso está despedida. No hay más que hablar, una empresaria como tú debe saberlo. Estamos de acuerdo en que fue un error desafortunado, pero de igual manera inadmisibile.

- Pero tú también sabías que ese no era mi auténtico nombre...

- Tienes razón Elizabeth, pero yo no me puedo despedir a mí mismo. Alguna ventaja debe tener ser el jefe ¿no? Ha sido culpa mía en gran medida también, porque te he consentido todo. Soy consciente de ello. Pero al descubrirse el pastel, cielo, lamentablemente tiene que haber una cabeza de turco ante los demás empleados.

- Comprendo.

- Y si te soy sincero, yo ni me di cuenta del detalle del pasaporte, estaba demasiado cegado por ti, de no ser así, lo podríamos haber arreglado de alguna forma. Lo que demuestra lo inteligente que es tu marido y lo tonto que soy yo, ¡me cogió por los huevos en un segundo!

- ¡No eres tonto Xavier, no digas eso!... Yo tenía las tarjetas de crédito y todo puesto a mi nombre falso, no era tan fácil descubrirme

- Oh sí cariño, ya lo creo, me la colaste bien

- Es que me siento tan mal...Por todo

- No lo hagas. La próxima vez, Melania no cometerá ese error, ni yo tampoco... así es la vida, se aprende a base de palos. Todos lo hacemos.

Lo dijo en un tono con doble sentido. Él continuó:

- ¿Lo habéis arreglado? ¿Le perdonaste?

- Sí, me lo contó todo, fue un mal entendido, no me engañó

- Ya veo... Bueno, supongo que me alegro por ti...

- Xavier quería agradecerte todo lo que has hecho por mí, de corazón, si no hubieras estado aquí, me hubiera costado mucho recuperarme. Has sido un amigo inmejorable.

- No tienes que darme las gracias, te las debo dar yo a ti, me has hecho sentir cosas que creí que no existían, o que no estaban destinadas para mí. Gracias a eso, me has animado a buscarlo, yo también quiero una historia de amor. Me gusta la sensación de estar enamorado mi bellísima ragazza.

- ¡Vaya! No sé qué decir...

Elizabeth no supo qué más decir ante su brutal sinceridad. Tampoco imaginó nunca que los sentimientos de él por ella fueran tan fuertes.

- Espero que os vaya bien a los dos, de corazón. Tu hombre está colado por ti. Y si al final no funcionara, ¡siempre tendrás un italiano esperándote en las Maldivas!

- Gracias Xavier, te voy a echar mucho de menos.

- No cantes victoria cielo. No creas que voy a desaparecer de tu vida sin más. Te llamaré, quiero hacer un par de trabajitos con tu empresa cuando firmemos la fusión, ves haciendo un hueco en tu apretada agenda porque me debes una de las gordas, ¡Además me muero por conducir el Veyron!

- ¡¡¡¡Nooooo!!! El Veyron no. ¿Con tu forma de conducir? ¡El pobre se iba a calar cada dos por tres! –Gritaba ella

Él acabó soltando una carcajada. Aún estando tan afligido, ella conseguía hacerle reír. ¿Qué iba a hacer ahora sin ella en su vida?

- Estamos en contacto cielo. ¡Ciao mi bambina!

- Ciao Xavier

Cuando el señor Smith colgó, se quedó mirando el teléfono en su mano y susurró:

- Ti amo

Ella sintió que se había quitado un peso de encima al haber hablado con él. Pensaba que Xavier la iba a echar la bronca por haberle utilizado, o algo así, pero se portó como un auténtico caballero, incluso estando tan dolido. A lo mejor había conocido un amigo para toda la vida. Ese era su sino, las amigas no encajaban con ella. Solo tenía amigos. Pero cada uno valía por cien mil amigas y le serían fieles hasta la muerte. Aunque ahora con Sammuél al lado, no sería muy probable esta idea. No sabía qué hacer exactamente. Sabía de sobra que Sammuél estaba en su Hotel, no hacía falta ni decirlo. Estaba claro que él había atravesado el planeta entero para ir en su busca, ahora le tocaba a ella mover ficha, ¿pero cómo?

Sammuel estaba sentado con una pierna a cada lado de la hamaca, tomando el sol en la lujosa playa privada de su Hotel. Llevaba un bañador blanco, estaba desnudo de cintura para arriba, sin camiseta, con las gafas de sol puestas. Se le marcaban todos los músculos en sus gigantescos brazos, tenía el pelo mojado todavía, por la reciente ducha que se acababa de dar en su habitación y ya tenía mucho mejor aspecto que ayer. Se notaba que había comido y dormido de sobra. Resplandecía como un diamante en medio de todos los presentes.

Junto a él se encontraba su hermano, Ian, sentado en la hamaca contigua, rodeado de sus amiguitas, que luchaban entre ellas, ataviadas únicamente con minúsculos bikinis y tangas, para ver quién se sentaba en su regazo.

Sammuel e Ian tenían dos copas de Dry Martini en su mesa. Las modelos tampoco quitaban ojo a Sammuel, y alguna que otra aprovechaba para tocarlo de soslayo de vez en cuando, entre risitas para nada inocentes.

La chica de moda del momento y modelo de la portada, muy famosa, rica y guapa, estaba sentada entre las rodillas de Sammuel, en su misma hamaca. Todos se estaban riendo y gastando bromas entre ellos. La música de fondo que tenían puesta en el chiringuito se paró a medias de una canción que en esos momentos sonaba y comenzó a sonar una música con tambores, a un volumen muy alto en los altavoces de la playa...

¡¡¡¡¡“Put some sugar on me” de Def Leppard!!!!?... Guau...

Los dos hermanos se miraron sorprendidos con los ojos entrecerrados ¿El pinchadiscos cubano se había vuelto loco de pronto? ¿De poner merengue y bachatas a todas horas, había pasado a poner... ¡Rock!?

Los dos, automáticamente, pensaron en la misma persona, pero rieron sin decirse nada uno al otro. De repente, Ian dejó de reírse, mirando a un punto fijo detrás de Sammuel, con la boca abierta.

Las chicas miraron en esa dirección también, para comprobar qué sería lo que había dejado al caradura de Ian sin habla, y cuando lo vieron, enmudecieron.

Sammuel, curioso, se giró para mirar en la misma dirección donde miraban todos.

- ¿Pero que co...? –No pudo terminar la frase cuando la vio, sólo acertó a bajarse las gafas de sol para admirarla con sus propios ojos.

Una pelirroja con el pelo largo y rizado ondeando al viento, se acercaba con paso firme hacia ellos, contoneando las caderas exageradamente al sugerente ritmo de la música y dejando a todos los hombres presentes sin respiración, babeando a su paso. Llevaba las gafas de sol puestas y los labios pintados de rojo pasión. Iba descalza.

Llamaba la atención su bikini de cuero negro trenzado con correas. Más bien, el cómo le quedaba de bien. ¡Parecía un ángel caído!, solo le faltaban las alas.

El mundo entero se detuvo a su paso. Nadie podía dejar de mirarla.

Parecía que avanzaba a cámara lenta, como en las películas. Todo parecía orquestado para su entrada triunfal...

- ¡Eh rubia de bote! ¡Quítate de encima de mi hombre ahora mismo, si no quieres quedarte calva! –La amenazó Elizabeth, sin parar de avanzar hacia esa hamaca y sin quitarle el ojo de encima a Sammuel, que se encontraba petrificado.

La chica saltó de la hamaca de Sammuel al instante, casi se cae de culo en la arena y la faltó ponerse a llorar, mientras se alejaba de allí medio corriendo. Ian se partía de la risa, diciendo que no con la cabeza.

Cuando Elizabeth por fin llegó hasta su objetivo, le agarró por el pelo, incluso dándole un pequeño tirón para echarle la cabeza hacia atrás, se agachó hasta ponerse frente a él:

- ¡E-RES MI-O! –Susurró en su oído, acariciándole la oreja con la lengua.

Sammuel no podía vocalizar nada, estaba completamente anonadado ante su explosiva entrada en escena. Se iba a desmayar en cualquier momento. Elizabeth se incorporó, se quitó las gafas de sol y se miraron durante un largo segundo a los ojos. Aquello era, literalmente, un duelo al sol.

Él la agarró por el culo, haciendo que cayera en sus brazos para besarla con furia.

Elizabeth fue poco a poco trepando por la hamaca, mientras él se echaba hacia atrás, acabando a cuatro patas encima de él. Sammuel la abrazaba, la besaba, la devoraba... Sin importarle el resto del universo.

De repente, Elizabeth se levantó de allí de golpe, dejando a Sammuel sólo en la hamaca, con una evidente erección, formando una tienda de campaña gigantesca en su bañador. No le dio tiempo a reaccionar para taparse de ninguna manera. Todos los presentes en la playa se partían de la risa, ya que nadie resultó indiferente ante semejante escenita.

Ian no podía ni respirar de tanto reírse, estaba tirado en la hamaca boca arriba sujetándose la tripa. Esa mujer iba a acabar con el género masculino.

Sammuel no sabía dónde meterse, ¡le había dejado en ridículo y empalmadísimo delante de sus clientes!

La miró furioso y ella salió corriendo hacia el agua. En ese estado era capaz de hacerla cualquier cosa si permanecía allí quieta. Antes de que pudiera llegar si quiera a la orilla, Sammuel la había alcanzado, haciendo que a Elizabeth se le escapara un grito de sorpresa cuando la cargó en sus hombros, metiéndose con ella en el mar, y sumergiéndose entre las olas. Elizabeth salió riéndose del agua, le miró y le salpicó en toda la cara. Él la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí:

- ¡Eres el mal personificado Elizabeth!

- Y a ti te encanta Roc

- Ni te imaginas cuánto –Le dijo negando con la cabeza y deslumbrándola con la

mejor de sus sonrisas.

Sammuel la cogió por el culo y se la subió encima, ella le rodeó la cintura con sus largas piernas. Se besaron apasionadamente, matando de envidia a todos.

Incluidos a Ian.

- ¿Qué has venido a buscar en este hotelucho Hudson?

- He venido a recuperar lo que es mío –Le susurró Elizabeth al oído.

- ¿A qué se refiere exactamente señorita?

- A usted señor... ¿Borc?

Elizabeth soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás, agarrada a su cuello con sus manos entrelazadas. Sammuel decía divertido:

- ¿Cómo no se me pudo ocurrir? Busqué por un montón de nombres, ¡pero por ese nunca!

- Al principio lo dudé, sería una de las primeras opciones en que pensarías, pero como lo odiabas tanto, al final decidí que ese sería el mejor apellido que me podía poner.

- ¿Cómo no?

Sammuel puso los ojos en blanco, es verdad que cada vez que había querido cabrearle había usado ese nombre, por eso ni se le había pasado por la mente que pudiera habérselo puesto.

- ¿Y Roxanne por qué? –Se preguntaba Sammuel curioso

- ¡Por tu dirección de mail!, John y yo bromeábamos para hablar en clave de ti y te llamábamos Roxanne, de Roc - Samm

- Siempre sorprendiéndome nena

Se besaron de nuevo. No existía nadie ni nada a su alrededor, volvían a estar solos en su mundo de pasión desbocada.

Sammuel la miró perdido en sus ojos, tenía que dejarla, pero no quería. Físicamente no podía, le resultaba casi imposible, era antinatural estar lejos de ella, le faltaba.

Era como intentar separarte de tu parte derecha... No se puede. La había añorado tanto...

Pero si seguían allí, así, iba a suceder lo que no debía, porque Elizabeth no dejaba

de restregarse muy conscientemente contra su erección y lo estaba matando. Sammuel se encontraba tan a gusto allí con ella entre sus brazos, meciéndose con el vaivén de las olas... Pero le debía dar su lección, era la única manera de que aprendiera a no huir más de él. Dándole a probar de su propia medicina.

Sammuel respiró hondo, lleno de determinación la agarró por la cadera y la apartó de su cuerpo. Separándose de ella bruscamente, no había otra manera:

- ¿Tienes planes esta noche? –Le preguntó él como si nada, mientras se alejaba hacia la orilla, bajo la perpleja mirada de la pelirroja.

- ¡Sí. He quedado! –Ella estaba enfadadísima, ¿de nuevo iba a dejarla así de caliente? Esperaba subir a su habitación tras su gloriosa entrada.

Sammuel se detuvo en seco. Se giró lentamente, mirándola con una ceja levantada, muy cabreado:

- ¡Espero que sea una broma!

- No, es en serio, no puedes irrumpir de repente en mi vida y pretender que cancele todos mis planes por ti –Estaba cruzada de brazos en medio del mar, con la cabeza bien alta, mirándole.

- Está bien, pues iré acompañado esta noche por esa chica tan maja, amiga de mi hermano... ¿cómo se llamaba? –Sammuel no iba a sucumbir a sus

provocaciones tan fácilmente. Aunque si realmente había quedado con alguien, lo descuartizaría.

- ¡Sería lo último que hicieras! –Le gritó ella, mientras avanzaba de nuevo hasta su altura con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo.

- Tendré que buscar una sustituta si tú no estás disponible –Se encogió él de hombros divertido.

- ¡No! –Gritó encolerizada

- ¡No! –Gritó encolerizada

Sammuel se rió, le parecía totalmente inofensiva incluso con semejante cabreo.

Elizabeth se tiró encima de él y le intentó hundir en el agua, pero era como si un pollito intentara hundir una torre de cemento. Sammuel la cogió por la cintura con un solo brazo y la hundió la cabeza entre las olas como si fuera una madalena en el

café, sin ningún tipo de esfuerzo, aunque ella pateara. La sacó un poco del agua para decirla:

- ¿Vas a venir?

- He quedado ya...

- He quedado ya...

La hundió de nuevo a mitad de la palabra, haciendo que se tragara, al menos, dos litros de agua salada. Elizabeth salió del agua tosiendo, casi asfíxiada, gritando y gesticulando con los brazos exageradamente, mientras seguía colgada del brazo

gigantesco de Sammuel:

- ¿Estás loco?, ¡casi me ahogas energúmeno!

- Como vuelvas a ver a tu amigo el coletitas, habrás preferido ahogarte, puedes estar segura

- ¡Es muy buena persona! Se ha portado muy bien conmigo idiota...

- ¡No me provoques Elizabeth! –La cortó -A las 9 te espero en la puerta del Roc, sé puntual.

Sammuel la dejó caer al agua, mientras él salía moviendo la cabeza para secarse el pelo y colocándose el bañador para que no se notara mucho lo que había pasado por

ahí debajo

- ¿Y si no? –Le gritó Elizabeth desde atrás, una vez pudo salir por fin del agua Samuel se giró para mirarla de frente, ni se habían separado todavía y se moría de ganas de ir a besarla otra vez. Mientras seguía andando de espaldas, la amenazó con el dedo:

- ¡No quieras saberlo pelirroja!

Se volvió a girar y prosiguió su camino hacia el Hotel sin volverse a mirarla más.

CAPITULO 77

A las 9 en punto, Elizabeth aparcó su Mini en la puerta del Maldivas Roc. Mientras salía del vehículo se detuvo a admirar el imponente edificio. Tenía 5 estrellas y era realmente espectacular, aunque ella ya lo conocía de cuando fue a comprarse la ropa, sin embargo, esta vez lo miraba con otros ojos.

Como no sabía cómo era la cena misteriosa a la que estaba invitada, optó por ponerse algo arreglado, pero no de gala, conociendo a Samuel se lo hubiera advertido... ¿o no? Sintió un escalofrío por las piernas ante la idea, claro que era capaz de no habérselo dicho y dejarla hacer el ridículo.

Elizabeth se puso un vestido largo, estampado en varias formas asimétricas, predominando los tonos de azul aguamarina. Tenía el corte bajo el pecho e iba atado al cuello. La parte de arriba, es decir, el pecho, estaba lleno de las mismas formas geométricas, pero rodeadas de pequeñas esmeraldas, lo que hacía resaltar casi como una epifanía sus ojos verdes. Si se le cayera alguna, ¡el que se la encontrara se haría rico! Unas sandalias de tacón de aguja con esmeraldas a juego, completaban su imponente atuendo.

Él apareció en la puerta giratoria de la entrada del Hotel y la deslumbró con su increíble sonrisa, escogida especialmente para ese fin. Causando el efecto esperado al hacer que la entrepierna de Elizabeth saltara de alegría y se mojara por completo. Ella le devolvió la sonrisa... ¿¿¿Estaba nerviosa???

Respiró tranquila al verle que llevaba unos vaqueros y un polo negro, que por cierto le quedaban de vicio. Nunca se acostumbraría a los calambres que sufría en la entrepierna cada vez que le tenía delante.

Samuel se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en la cristalera, mientras observaba atento cómo Elizabeth cruzaba la calle avanzando hacia él, contoneando las caderas que tan bien le marcaba el sugerente vestido.

- Todavía no me acabo de creer que hayas bajado de un Mini

- ¡Cállate! Estos paletos isleños no tiene otra cosa

Cuando Elizabeth llegó a su lado se detuvo, él paseó la mirada violeta por su cuerpo tranquilamente de arriba a abajo y de izquierda a derecha con ojos hambrientos.

Ella empezaba a impacientarse, tenía la sensación de ser una coneja que Samuel no sabía si comprar o no, pero al final le dijo:

- ¡Impresionante! Como siempre nena.

La besó la mano con ternura para no hacerla sufrir más

- Gracias por el cumplido señor Roc

- No es un cumplido, es una realidad

- ¿Me va a enseñar su hotelucho de mierda señor?

Él soltó una carcajada por la absurda indiferencia que ella intentaba mostrarle, estaba muy enfadada por haberla rechazado en la playa, pero les era imposible ocultar su mutua atracción y la felicidad que sentían ambos al estar juntos de nuevo.

- Por supuesto nena, aunque pronto será tuyo también –La indicó el camino hacia la puerta, poniéndole la mano en la espalda, casi sin rozarla.

Elizabeth hizo un esfuerzo por no cambiar la cara ante tal afirmación. ¿Todo seguía en pie, como si no hubiera pasado nada? No sabía si alegrarse o preocuparse.

Entraron en Recepción agarrados de la mano, Samuel se dirigió a los cinco trabajadores que había tras el imponente mostrador de madera, apoyando un brazo sobre él:

- Señores, os presento a la señorita Hudson, mi prometida. A partir de este momento puede entrar y salir a sus anchas del Hotel y hacer lo que le plazca ¿de acuerdo?

- Entendido señor Roc, cualquier cosa que necesite no dude en pedirlo señorita Hudson –Contestaron entre todos, con una reverencia hacia ella.

Todo el personal se desvivía por saludarla. Su jefe nunca había llevado a ninguna mujer con él durante sus visitas.

- Estás en tu casa, cariño, bienvenida.

- Gracias señor Roc

- Luego te daré señor Roc –Le susurró al oído mientras se la llevaba.

Pasaron al restaurante. El maître salió a recibirlos.

Los acompañó hasta un reservado, donde tenían apartada una mesa, en la terraza de fuera.

Subiendo unas escaleritas, llegaban a un balcón que habían cerrado con biombos para que no los molestaran.

Desde allí se admiraba la inmensidad del mar, daba la sensación de que las olas rompían bajo sus pies, era realmente precioso. Único.

Estaba atardeciendo. Elizabeth se apoyó en la barandilla, maravillada ante el espectáculo, para poder observarlo desde este lugar privilegiado.

- No olvidaré nunca los atardeceres de esta isla.

Samuel la miraba, parado de pie tras ella, atónito ante su presencia, todavía no se

creía que la hubiera recuperado, una vez más. La abrazó por detrás, apoyando su mandíbula en los hombros de ella y vieron ponerse el sol, juntos, sin decir nada. Sobraban las palabras. De vez en cuando, él la daba algún beso en el cuello, en los hombros, en la sien... Lo que conseguía ponerle a Elizabeth el bello de punta. Cuando el cielo se había cubierto de estrellas, Sammuél, mientras le daba la vuelta, girándola para mirarla, sujetándola por la cintura le dijo:

- Tenías razón, nunca me había detenido a observar el atardecer cuando he venido, ha sido precioso, y junto a ti, más todavía. Gracias.

Se besaron a la luz de la luna.

Sammuel la cogió la mano con dulzura y la dirigió hacia la mesa, le retiró su silla para que se sentara y después se sentó junto a ella. La mesa estaba iluminada solo con velas.

- Todo esto es precioso Sammuél

Él la cogió las manos por encima de la mesa y la miró profundamente a través de su alma:

- Todo para ti mi reina.

Les trajeron la cena, rompiendo el hechizo de golpe, el camarero no fue consciente de la mirada asesina que le dedicó Sammuél y se limitó a poner sobre la mesa el succulento menú degustación de la zona, para dos, solo estaba pendiente de no servirlo frío el pobre chico. Sirvió los platos apresuradamente y se fue medio corriendo de allí: Elizabeth se metió un trocito del foie de erizo de mar en la boca y dijo cerrando los ojos:

- ¡Mmm, este menú degustación está mucho más rico que el de mi Hotel!

- ¿Pediste un menú degustación para ti sola? -Sammuel elevó el tono de voz

- ¿No te puedes centrar en que he dicho que el tuyo está más bueno? -Elizabeth no sabía por dónde salir.

- Sé de sobra que el mío es mejor, ¡en todo!, no solo en la comida. Como todo lo demás MÍO, que, por cierto, no me gusta que nadie toque. Contéstame

Elizabeth. -La miraba acusador y provocador

- Lo comí con Xavier -Dijo como un niño confesando una fechoría.

- Perdona ¿con quién?

- El director del Hotel

- ¡Joder! Y va y le llama Xavier, como si le conociera de toda la vida...

- Sammuél, no empieces...

- ¿Qué no empiece? -La interrumpió -¿Me estás diciendo que mientras yo estaba sumido en la pena de mi desgracia, tú estabas de juerga, con el director del Hotel ese de mierda? -Sammuel de repente estaba gritando -¿Y encima no lo sabía para haberle partido la cara el otro día?

- Sammuél no pasó nada entre nosotros, me ayudó mucho cuando estaba mal, es todo, deberías alegrarte de que alguien velara por mí, tranquilízate anda.

- Te ayudó porque se quería acostar contigo, ¡Ya sé yo lo que quería velar ese! - Se levantó, tirando la silla por los suelos

- ¡No se quería acostar conmigo! Le dejé claro que mi corazón tenía dueño...

- ¡Joder, lo digo de broma y encima acierto! ¡¡¡Me vas a matar Elizabeth!!!

- ¡Basta ya! No todos los hombres son como tú, te lo he dicho muchas veces, eres un bestia -Elizabeth estaba de pie también

- No Elizabeth, el problema no es ese, el problema es que ninguna mujer es como tú ¡No lo entiendes, maldita sea! -Sammuel daba vueltas por aquel espacio con las manos en el pelo.

- Se ha portado muy bien conmigo y ha sido un caballero en todo momento. Le dejé claro que no quería nada con él porque yo... no dejaba de pensar en ti... Me ha respetado siempre.

- ¿Ves? Si se lo tuviste que dejar claro es por algo ¿Te hizo algo? ¿Intentó algo? ¡Dios, le voy a arrancar esa cabeza greñuda!...

- ¡¡¡Sammuel!!! Sammuél respiró hondo y cerró los ojos un momento, recogió la silla del suelo y la puso de nuevo en su sitio, apoyándose con ambas manos sobre la mesa y mirándola

a los ojos, le acababa de decir que no dejaba de pensar en él, se iba a centrar en eso.

- No quiero discutir nena, en serio, necesito estar bien contigo, sentémonos.

- ¡Pues no discutas, es muy fácil!

Se sentaron.

- Claro, tan fácil como que si yo te digo que anoche me fui de copas con la supermodelo de bikinis, no te enfades ¿verdad?

- ¿Fuiste?

- Puede

- Sammuél puedes decírmelo, no me voy a enfadar, en serio -A Elizabeth le empezaban a temblar las piernas, subiendo como una especie de nervios hacia el corazón... ¿era eso lo que él sentía cuando ella hablaba con otro hombre? Era muy molesto, casi le dolía.

- Solo fueron un par de copas -Dijo encogiéndose de hombros, un poco más sereno, sin dejar de mirarla a los ojos.

Elizabeth se levantó de la silla de nuevo, pegando un puñetazo en la mesa

- ¿Y por eso me dejaste atada, no? ¡Para que no pudiera venir a molestarte mientras retozabas con esa furcia barata, capullo de mierda!

Sammuel se echó hacia atrás en el respaldo de su silla, la miró con cara de chiste, pensando que esta mujer era peor que Hiroshima. Al final le dijo tranquilo:

- ¿Ves lo fácil que es no enfadarse, cariño?
Elizabeth se sentó, tragándose su orgullo, pero con la cabeza en alto
- Vale, estamos en tablas, no me enfado –La voz le sonó demasiado aguda.
Trajeron el postre, tarta de queso, su preferida. A Elizabeth le encantó, lo devoró con tantas ganas...
Estuvieron hablando sobre la isla. Aunque ella seguía enfurruñada con él.
Luego trajeron los licores de frutas tropicales en botellas de cristal de bohemia de colores, con los pequeños vasos tallados a mano a juego. Se sirvieron una copa.
- ¡Esto está riquísimo! –Dijo Elizabeth sirviéndose otro
- Los hacen aquí, tenemos la patente. Pero ten cuidado, llevan mucho alcohol nena.
- Bueno, me puedo emborrachar, esta noche estoy contigo. No hay peligro de que algún hombre con malas intenciones se quiera aprovechar de una jovencita borracha...
- ¡Elizabeth para! –La interrumpió él con un gesto de la mano -En serio, no lo digas ni en broma –Ella se partía de la risa por verle así.
Sammuel dijo algo al camarero al oído y no volvió a aparecer por allí.
Él acercó su silla a la de ella, dejando de estar en frente para ponerse a su lado, más cerca. La tocó la rodilla por debajo de la mesa, provocando un irrefrenable estallido de sensaciones en la entrepierna de Elizabeth. Fue levantando el vestido a lo largo de sus muslos y metió la mano por debajo de la tela, rozándole de nuevo la rodilla. Después subió por el muslo desnudo y suave, despacio, sin prisas, no apartaba su pícaro mirada de la de ella. Subía poco a poco mientras le acariciaba el muslo, cada vez más cerca de su sexo, empapado. Y volvía a bajar hacia la rodilla, dejando a Elizabeth con la boca seca. Totalmente expectante ante la nueva subida.
Delicadamente, sin prisa, pero con decisión, subió nuevamente, hasta que al fin traspasó la frontera imaginaria que él mismo había marcado y acarició sus bragas de encaje. Ella dio un respingo al sentirlo.
- Me deseas Elizabeth
A ella no le hizo falta asentir, con su mirada encendida se lo decía todo.
Dibujó círculos pequeños en su clitoris, que saltaba de alegría al sentirle de nuevo por allí. Le retiró la tela de la braga a un lado y con su expertísima mano cubriendo su sexo, le introdujo un dedo al comprobar que estaba más que lista para él. Ella se agarró al mantel con fuerza, cerrando los ojos al sentirle por fin. Entraba, salía. Entraba, salía. Al ritmo lento de la música de las olas del mar. Después dos dedos... Ella separó más las piernas, gimiendo echó la cabeza hacia atrás
- Sammuel no aguanto más...- dijo enloquecida
Entonces él sacó los dedos de golpe.
- Shhh, nena, nena, tranquila, me tengo que ir, ahora vuelvo –Le dijo levantándose de la silla y sacándose el móvil del bolsillo, mientras se chupaba los dedos que momentos antes habían estado torturándola.
Ella se quedó con cara de haber visto un burro volando.
- ¿¡Qué?!
Se acercó a ella y le dijo al oído
- Todavía te quedan muchos más gatita, uno por cada día, recuerda
- ¡Eres un maldito hijo de...
Sammuel ya había salido de allí.
Cuando volvió, ella estaba con un cabreo monumental. Quiso irse de allí, pero le sumaría orgasmos frustrados a la lista, y no lo podría soportar. La besó como si no hubiera pasado nada.
- Perdona cariño, era mi hermano, quería saber si íbamos a ir a la fiesta de despedida esta noche, ya se va mañana. Vamos, te enseñaré el Hotel
- ¡No quiero ver el maldito Hotel!
Sammuel contenía la risa como podía, y se recolocaba el paquete entre sus piernas, que le iba a estallar de un momento a otro.
- ¿Por qué no? Eres una desconsiderada, cualquiera se moriría por una visita guiada por el Maldivas Roc, nada menos que a mano de su propietario
- ¡Lo que quiero es que me folles, Roc! –estaba realmente cabreada
- ¡Elizabeth por favor, controla esa lengua! –Sammuel retuvo la sonrisa.
Continuó diciendo – Para que no estés enfadada, te diré que anoche no fui a tomar copas con nadie, caí dormido profundamente hasta el medio día, que me asaltaste en la playa.
- ¡Pues yo sí cené con Xavier!
Y pasó de largo por delante de él, saliendo del reservado con la cabeza alta, le faltó hacerle un corte de mangas y Sammuel la maldijo en hebreo.
La acompañó a las cocinas, le presentó al chef, que tenía no sé cuantas estrellas Michelin. Ella le felicitó por su exquisito trabajo. Después pasaron a los salones reservados para bodas y banquetes, todo muy lujoso, decorado con las mejores calidades, en tonos pastel.
- ¡Te entran hasta ganas de casarte! –Dijo Elizabeth sin pensarlo
- ¡Pues por mí no hay problema!
- Oh sí, claro, mañana mismo –Y se rio
- ¡Ya te gustaría caza fortunas!
Contestó Sammuel riéndose
- ¡Sammuel! ¡Vuelve al mundo! –Elizabeth chasqueaba los dedos delante de su nariz -Me ibas a enseñar el gimnasio y las piscinas, vamos.

Fueron a ver todas las instalaciones.

El gimnasio estaba formado por varias salas, donde se daban clases de todo tipo de deportes, desde karate a yoga, pasando por salas de musculación y electro musculación, spinning... con la última tecnología en todo.

Una piscina climatizada.

Había un spa enorme, con jacuzzi, sauna, baño turco, cascadas de hidroterapia...

además contaba con aguas termales, inspiradas en las termas romanas.

Al lado estaban las tiendas de ropa más exclusivas de la isla, y de muchas ciudades. ¡Este Hotel tenía de todo!

Desde luego se había ganado con creces la fama de ser el mejor hotel de todas las islas. No le faltaba detalle, ni lujo ninguno.

Fuera, en la calle, estaban las pistas de tenis, pádel, fútbol, baloncesto y detrás del Hotel, el campo de golf privado.

Parecía un espejismo el ver tanta belleza.

La zona de terrazas, al lado del restaurante, tenía estanques artificiales con nenúfares, iluminados con luces led, que iban cambiando de color muy lentamente.

En ellos caía el agua de distintas fuentes, era precioso.

Y para finalizar, si seguías andando por la plataforma de las terrazas, terminabas en la piscina, que tenía forma de palmera. Cada hoja de la palmera era una zona para un grupo de gente, o individual, lo que se quisiera, con bancos a ambos lados de lo que era la forma de la hoja y una mesa alta en el medio, donde se ponían las bebidas y comidas. Elizabeth se quedó maravillada.

- ¡Me encanta la idea!

- Fue mía

Tenía alrededor varias cascadas, que terminaban allí su recorrido. A ambos lados de la piscina principal, estaba, a la derecha, la zona de los niños, con toboganes y casas de bolas acuáticos, y a la izquierda, tres jacuzzis. Todo esto con vistas privilegiadas al mar, tan cerca, que parecía que lo podías tocar con la mano.

- Sammuel esto es un verdadero paraíso, no he estado nunca en ningún sitio parecido. Me ha encantado. Gracias. –Se dieron un beso.

Cuando ya habían visto casi todo, la agarró de la mano y le dijo

- Ven, te enseñaré las habitaciones.

- ¿Estás seguro?

- ¿Y tú?

- No. Si me vas a volver a dejar frustrada, no quiero ir. –Dijo ella plantándose de brazos cruzados y enfurruñada.

Sammuel la besó arrinconándola contra una palmera y le arrimó su erección a la entrepierna, ella suspiró, se separaron, y él le dijo, tirándola de la mano:

- Vamos, ven.

Montaron con más gente en el ascensor, que miraban a Sammuel de reojo, murmurando a escondidas sobre si sería realmente ese hombre tan joven el director de semejante Hotel, o es que se parecería mucho a él. Las mujeres le miraban también por algo más, le sonreían con promesas pervertidas en sus ojos, pero él no las dedicaba ni el más mínimo gesto. El lujoso ascensor les subió hasta la azotea. Sammuel estaba apoyado contra la pared y llevaba a Elizabeth abrazada por detrás, con lo cual, hacía que ella notara la gran erección contra su culo. Él la dijo al oído con voz ronca de deseo:

- No te imaginas lo que me estoy conteniendo para no follarte aquí mismo nena.

Elizabeth dio un respingo.

Las puertas se abrieron. Allí había una pista muy grande de baile, iluminada con luces de colores, desde donde se veía el cielo estrellado sobre las cabezas de la multitud, que bailaba despreocupada. Sammuel la llevaba cogida de la mano y avanzaban despacio entre la gente. Alrededor de la pista había varios ambientes, algunos con camas, otros con puf y sofás, todos con mesas bajas llenas de copas, donde estaba la gente bebiendo y divirtiéndose, pero de una manera más sosegada que en la pista. Los camareros iban y venían sin parar de un lado a otro. Elizabeth por el camino contó al menos 8 guardias de Seguridad, lo que la puso en alerta.

- Demasiada Seguridad ¿no crees?

- Aquí viene gente muy importante Elizabeth, no nos podemos arriesgar a que algún borracho se sobrepase.

La decoración era muy fina, todo ambientado en Grecia, el Clasicismo.

Contrastando con la modernidad del complejo, allí había bustos de emperadores y diosas, columnas y frescos por doquier, pero sin excesos. Todo el conjunto reflejaba un gusto exquisito.

Una de las paredes más grandes la decoraba por completo una Gioconda. En la pared de enfrente había un cuadro de la Basílica de San Pedro, “¿En una discoteca?” se preguntaba Elizabeth frunciendo el ceño...Recorrió con la mirada la pared opuesta con curiosidad, entre las cabezas y, sorprendida, vio otro cuadro también gigantesco de la Bóveda de la Capilla Sixtina...

Sammuel se detuvo cuando se dio cuenta de que Elizabeth estaba absorta en las diferentes pinturas de las paredes

- ¿Te gustan?

- Sí –No sabía qué más decir, parecía estar en un museo más que en una discoteca de verano.

- Leonardo, Bramante, Rafael y Miguel Ángel –Dijo Sammuel señalando cada una de las paredes – A tu amiguito el “italianini” le hubiera encantado. No son los originales, pero son réplicas exactas realizadas por descendientes de sus escuelas.

- Pero solo hay tres obras
- Rafael terminó la Basílica que comenzó Bramante, es lo que más me apasionaba de él, por eso no elegí otra.
- Qué pasada. Cada día me sorprendes más Roc.
- Es bueno saberlo Hudson, hablando de artistas... -Señaló hacia una de las mesas.
Vieron a Ian, rodeado por su fabuloso séquito de modelos, echado en una de las camas. En cuanto los vio, el cuñadísimo se incorporó y los saludó con la mano para que se acercaran. La pareja se aproximó hasta el grupo, comprobando enseguida que estaban todos un poco bebidos.
- Esta noche, mi hermanito se va a montar una buena fiesta, no sé si podrá con todas –Rió divertido Sammuel
- ¿Le vas a echar una mano? –Enarcó Elizabeth una ceja
- ¡Hay que dejar el pabellón bien alto!
- Sammuel no me gastes esas bromas, ¡me entran ganas de matarlas a todas!
Él soltó una carcajada, orgulloso de haber conseguido ponerla celosa, nunca antes le había mostrado ese sentimiento ¡A lo mejor hasta acababa entendiéndole!
- Yo solo tengo manos para ti, nena –La besó en el cuello, haciéndola estremecer.
- ¡Más te vale!
- ¿Eso significa que te quedas?
- Ya veremos
- Como te gusta hacerte la dura, grrrrr –La mordió el cuello
Se acercaron hasta el grupo para despedirse, a fin de cuentas, Sammuel solo le estaba mostrando el Hotel a Elizabeth, pero Ian les pidió que se tomaran una copa con él antes de marcharse, ya que él regresaba mañana a la ciudad. Llamó a un camarero y le dijo algo al oído. Sammuel y Elizabeth se sentaron en uno de los sofás.
- Solo un minuto Ian, tenemos... planes –Dijo Sammuel mirando a Elizabeth con tanta lujuria que hasta las chicas de al lado suspiraron emocionadas.
Al instante, el camarero volvió con un Talisker solo con hielo, que ofreció a Elizabeth y un paquetito muy pequeño envuelto en papel de color rojo brillante, que entregó a Sammuel, pero que éste tiró por los aires de un manotazo, mirando a Ian encolerizado:
- Muy gracioso hermanito –Le gruñó entre dientes
Ian le guiñó un ojo a Sammuel, sonrió muy falsamente, y le dijo despreocupado:
- Pensé que te vendría bien para la reconciliación...
- A mí no me hacen falta ese tipo de cosas Ian, tengo una mujer que me hace un efecto mucho más fuerte. Lamento que no sea tu caso –Sammuel estaba realmente cabreado con su hermano, que se quedó serio de repente.
- ¿A qué ha venido eso? –Preguntó Elizabeth señalándolos a los dos, desconcertada ante la escenita
- Sammuel adora las cosas... duraderas ¿no lo sabías? –Respondió Ian en voz baja, como confesándole un secreto
- No sé a qué te ref... -Quiso saber Elizabeth
- ¡Ian...! -La interrumpió Sammuel enajenado, dirigiéndose a su hermano - ¿Te gusta que te aticen, no?
- Vamos Sam, ¡cuéntaselo! –Decía Ian muriéndose de la risa otra vez
- ¿Qué me tienes que contar Sammuel? ¿Qué os resulta tan gracioso? ¡Soltarlo de una vez!
- ¡Eso era viagra! –Gritó Ian sin parar de reír
- Vámonos Elizabeth, mi hermano va colgado. Ian estás metido en un buen lío, a papá le encantará saber lo bien que te lo pasas con su dinero – Sammuel la cogió por la cintura levantándola del sofá, pero ella le cortó el paso con los brazos en jarras delante de él
- ¿Qué es viagra? –Le increpó Elizabeth a Sammuel con los morros sacados
Sammuel se puso tenso, el cabrón de su hermano iba a pagar por esto.
- Pues es una pastillita que tiene un efecto... -Le explicaba Sammuel, haciendo un gesto más que explícito con sus manos, un tanto avergonzado
- ¡No seas gilipollas Sammuel! ¡Sé de sobra lo que es la maldita viagra! –Le interrumpió Elizabeth poniendo los ojos en blanco -¿Qué por que hay aquí viagra, y por qué se sirve como si fuera cerveza en el bar?
Ian los interrumpió:
- Querida cuñada, en el maravilloso Hotel de mi hermano puedes tomar tanto un cocktail de frutos rojos, como una viagra... ¡o dos! – Dijo Ian mirándola a los ojos, con un halo pervertido...”Creo que te está proponiendo montarse una fiesta los tres” le daba con el codo su yo maligno un tanto alborotado.
Desde que la besó, Ian no era capaz de pensar en otra cosa. A partir de ese momento, se había mantenido borracho día y noche. Era un hombre completamente atormentado.
Las chicas le reían todas las gracias como si fueran tontas, miraban a Elizabeth con tanta envidia que no lo podían disimular. Ella solita tenía toda la atención de los dos hombres más guapos de la fiesta y probablemente de la isla, ¡y del mundo!
- ¿Es eso cierto Sammuel? –Elizabeth no estaba enfadada, pero sí tenía curiosidad

- Hay gente para todo nena – respondió él encogiéndose de hombros –Pero ya sabes que yo no necesito eso teniéndote a ti –Esto último se lo dijo al oído.

- ¿Por qué malgastar una prometedor velada en 5 minutos, cuando puede durar tooooda la noche? –Dijo Ian levantándose también

Sammuel dudó un instante si contestarle cualquier burrada para dejarle por los suelos, haciéndole callar de una vez por todas, o contenerse para no ponerse a su altura. Optó por conservar la mesura delante de su chica:

- ¡No te permito que hables así delante de una dama Ian! No dudaré en echarte a patadas de aquí, así que ándate con cuidado, te estás pasando.

- ¿Vas a dar un escándalo Sammuel? ¿Por una pequeña bromita sin importancia?

¡Vamos, no seas aguafiestas brother, ya habíamos hecho las paces! –Ian aparentaba estar de buen rollo, pero en realidad le estaba retando, ellos dos lo sabían bien.

- Déjalo Sammuel, ha sido una broma, sin más. Ian está un poco... ¡alegre! –Dijo Elizabeth riendo un poco forzada, para quitar hierro al asunto.

Ian se puso en medio de los dos y los abrazó a cada uno con un brazo por el cuello, pillándolos desprevenidos:

- ¡Chicos, chicos, chicos, ahora en serio, me alegro tanto de que os hayáis reconciliado...! – Lo decía calmado y sereno, o al menos eso parecía –Hacéis una pareja de infarto. ¡Mirad, todos os envidian! Sois almas gemelas. Elizabeth tienes a este maldito cabrón enamorado hasta las trancas de ti, no vuelvas a abandonarlo porque casi se nos muere de pena. Es un capullo, pero te ama por encima de todo y eso es lo único que importa, tenéis mucha suerte. ¡Tú más que ella, Sam, está claro!

Sammuel le dio un puño no muy fuerte en la tripa a su hermano. En el fondo siempre había sentido lástima por él. Ambos se rieron e Ian prosiguió:

- Sammuel, cuidala, he visto como se pelean los hombres por ella tío, esta mujercita tuya es un arma de destrucción masiva. Yo no podría ni cerrar el ojo por las noches si fuera mía...

- ¿Qué me vas a contar? –Dijo Sammuel resignado e ignorando el tono de su hermano en esta última frase, cosa que Elizabeth cogió al vuelo.

Ian continuó hablando poniéndose una mano en el corazón, (desde luego al que soltó para ello fue a Sammuel, Elizabeth seguía enganchada a él, sin escapatoria, bajo la atenta mirada de su prometido):

- ¡Después de haber conducido la Tomahawk mi corazón es tuyo cariño! Ya soy uno más de tu laaaaaarga lista de admiradores –Se agachó para coger su copa de la mesa y la levantó en un brindis, Elizabeth aprovechó este movimiento para separarse de él y correr junto a Sammuel.

- ¡¡¡¿Qué ha conducido qué?!!! –Exclamó Sammuel, poniendo el grito en el cielo

-¿¿¿Tu moto esa del infierno??? ¿No será cierto? ¡¿Elizabeth me vas a contar cuántas más cosas suicidas has hecho en estos días?! –Se separó de ella como si le quemara.

Elizabeth se empezó a reír, no pudo evitarlo al ver la cara de pánico de Sammuel, e Ian la señaló con el dedo diciendo a modo de amenaza:

- Cuéntaselo todo anda temeraria, que me robaste las llaves y me dejaste tirado en plena noche en medio de la selva, sin piedad, a ver si él es capaz de ponerte en tu sitio...

- ¿Y se puede saber qué coño hacíais vosotros dos en medio de la selva? ¡¿En plena noche?!! –Escupió Sammuel encolerizado, mirándolos a ambos con las palmas de las manos levantadas hacia arriba para enfatizar la pregunta Elizabeth rezaba para que Ian se atragantara con el cubata, o se mordiera la lengua, o alguna de sus chicas le diera un morreo, o se derrumbara el techo bajo sus pies... ¡cualquier opción le serviría!

Pero el idiota de su futuro cuñado continuó, bajo la atenta y roja mirada de La Inquisición Roc:

- Fuimos a cenar al Restaurante ese de las cabañas que se adentran en el mar, ¡el que me recomendaste!... -Dijo Ian tan tranquilo, o eso parecía ¿Lo había hecho a propósito? ¿En serio?

- ¡Te lo recomendé para que llevaras a una de estas fulanas, no para que llevaras a mi mujer, bastardo!

Sammuel se le abalanzó rápidamente para asestarle un buen golpe. De no ser por Elizabeth, que se interpuso apresuradamente entre los dos, le hubiera partido la cara. El inconsciente de Ian estaba medio borracho y no sopesó muy bien las consecuencias de decir aquello. ¿O sí?

Ella le gritaba a Sammuel, intentando en vano llamar su atención, mientras le intentaba retener con todas sus fuerzas:

- ¡Sammuel fuimos solo para hablar de ti, para aclarar lo que había pasado, y estar tranquilos. Ian solo me habló de ti en todo momento!

- Es verdad joder, en su Hotel todos se arrastraban tras ella babeando, y ella no quería ir al Roc, tuve que buscar un sitio neutral. Que fuera tan romántico... no entraba en mis planes –Dijo Ian queriendo mejorar las cosas, pero empeorándolas en realidad.

- ¡Cállate imbécil, intento que no te parta la cara!- Dijo Elizabeth girándose hacia

Ian, mientras arrastraba a duras penas a Sammuel hacia el ascensor Las chicas se habían levantado asustadas y la gente empezaba a rodearlos con curiosidad. Ian le gritó a su hermano cabreado:

- ¡Recuerda quien te dijo que Elizabeth estaba aquí Sammuell!, ¡¡Fui yo!! Ella no me dejaba decirte y aun así lo hice, si la hubiera querido para mí ¿por qué voy a ser tan sumamente gilipollas de llamarte? –Esta pregunta la hizo más bien preguntándose a sí mismo –Además, si hubiera querido propasarme con ella, lo hubiera hecho sin problemas, ¡estaba borracha y no sabía lo que hacía!, lo único que hice fue defenderla de los buitres que tenía alrededor. ¡Por ti! ¿Y así me lo agradeces?

Elizabeth no daba crédito a que este personaje ebrio la estuviera dejando como a una cualquiera, que se emborrachaba y permitiera que la hiciera lo que quisiera el primero que pasara por allí, encima gritándolo a los cuatro vientos por toda la discoteca... así que se le escapó lo que nunca debió salir de sus labios:

- ¡¿Defenderme de los buitres!?! ¡¡El único buitre que había allí eras tú imbécil!!!
¡¡¡ZAS!!! Puñetazo en toda la cara, Ian cayó al suelo. Elizabeth no se explicaba cómo Sammuell había llegado hasta allí tan rápido.

Fue visto y no visto.

Ella se arrepintió al instante de haberlo dicho, pero es que la había provocado tanto... Ya estaba hecho, no se podía andar arrepintiéndose ahora. Agarró a Sammuell como pudo y se lo llevó de allí, escuchó a Ian gritar a su espalda mientras se alejaban:

- ¡¡¡Sammuell!!! –a Elizabeth se le heló la sangre...

Sammuell se giró y lo miró a los ojos, respirando con dificultad y la mandíbula en tensión, debido al monumental cabreo que tenía, Ian continuó:

- ¡Tu “prometida” –dijo con retintín -me estuvo provocando toda la noche!

¡¡Díselo Elizabeth!!! ¡Cuéntale la verdad si tienes narices! ¡Me deseas tanto como yo a ti!...

Sammuell se deshizo de Elizabeth en un nanosegundo y voló hasta su hermano de nuevo, que ni le vio venir para esquivarle...

¡¡ZASCA!!!! Otro puñetazo se llevó esta vez en todo el ojo.

- ¡¡Jamás vuelvas a mirarla o te mataré maldito hijo de puta!!! – Sammuell estaba completamente fuera de sí mientras tres hombres le arrancaban de allí a duras penas.

Los guardias de Seguridad finalmente decidieron tomar cartas en el asunto y llevarse al señor Roc abajo, incluso siendo el jefe, ya que Elizabeth no podía con él.

De no haber sido así, quizá Ian hubiera salido mucho peor parado. Menos mal que más tarde las modelos le quitaron las penas al pobre de Ian.

CAPITULO 78

Estaban los dos solos en la suite de Sammuell. Ella sentada encima de la gran cama, observando nerviosa cómo él daba vueltas por el cuarto, arriba y abajo, revolviéndose el pelo con las manos. Al cabo de un rato, se paró frente a ella en seco, la miró fijamente y acertó a decir:

- Me dijiste que no había pasado nada – Intentó sonar calmado, pero ella le conocía, sabía que estaba al borde de la locura.

- Te dije que no me había acostado con él

Esta frase hizo que saltaran todas las alarmas en el cerebro de Sammuell

- ¡¿Provocaste a mi hermano?! ¡¿Te insinuaste?! ¡¿Le deseabas?! ¡¡¡¡¿Te hubieras acostado con él?!!!!!... ¡Por Dios Elizabeth, dime que todo eso no es cierto! –Parecía una pantera gruñendo con toda la boca abierta

- Nada de eso es cierto -¿Pero por qué no le decía simplemente que todo era mentira y que Ian estaba borracho?

- ¿Le deseas?

- Sammuell me siento insultada sólo con el mero hecho de que me hagas esa pregunta. ¡Únicamente te deseo a ti y eso es tan cierto como que estamos vivos!

¡¡Deberías saberlo a estas alturas, por el amor de Dios!!!

- No me has contestado

Se miraron a los ojos

- No le deseo, ni lo más mínimo –Pero se calló la parte en la que decía que para llegar a esta conclusión le tuvo que besar

“No hay mal que por bien no venga ¿no?” le decía su yo malo mordiéndose las uñas

Elizabeth dudó por un momento si contarle toda la verdad, y quitarse de encima esa carga que la estaba matando... Pero si solo de pensar que habían tonteado un poco Ian y ella, Sammuell estaba en este estado ¿qué haría si le contaba que se habían besado?... ¡La mataría!... O peor aún ¡Mataría a Ian!

Definitivamente no se lo podía decir, de ninguna de las maneras, Estaba completamente segura de que sería capaz de matar a su hermano. Entonces decidió que sería su secreto, se lo diría cuando fueran viejecillos, cuando estuviera en el lecho de muerte, cuando él no pudiera moverse para matar a Ian...

“¿En el lecho de muerte estarás todavía con él?... esto va más en serio de lo que me pensaba”... le decía su yo maligno con 90 años, frotándose la barbilla pensativo. Salió de su estado de shock al ser consciente de repente del intenso escrutinio al que unos ojos violetas la estaban sometiendo:

- ¿Cómo me lo explicas entonces? Soy todo oídos Elizabeth.

El intentaba con todas sus fuerzas parecer sensato

- No lo recuerdo Sammuell, estaba borracha. Solo recuerdo que estaba sumamente cabreada conmigo misma porque no podía olvidarme de ti y bebí. Mucho. Es lo único que puedo decirte –Le mintió descaradamente

- Quiero saber qué pasó, desde el principio, no solo el final. Así, a lo mejor logro

comprender algo.

Elizabeth puso los ojos en blanco y suspiró:

- Pues nos encontramos en la playa casualmente, me dijo que te iba a llamar para decirte que yo estaba aquí y le pedí que no lo hiciera, entonces quiso saber el por qué.

- ¿Y no se lo podías haber contado todo entonces? ¿Era necesario iros a cenar?

- Joder, es que estaba con Xavier, por eso no podía hablar...-¿La iba a pillar en todo? ¡Parecía su padre! Sammuel la miró con los ojos abiertos de par en par, poseído por completo por la cólera y los celos, no abrió la boca, solo fue al mini bar y se bebió dos botellas de ron de las mini, sin ni siquiera pararse a respirar entre una y otra.

- Continua por favor –Dijo al fin, animándola con la mano.

- Me vino a recoger al Hotel y me comentó que conocía un sitio, que sería zona franca para poder hablar tranquilamente. Le estuve contando todo, la historia de Kelly, cuando os pillé en tu casa... y él todo el tiempo te daba la razón a ti, entonces me cabree y me largué con su moto.

- ¡Con la moto del demonio!... Normal que lo vuelvas loco –Decía Sammuel para sí mismo, cerrando los ojos con fuerza. Al ir imaginándose las diversas escenas, iba entrando en erupción sin remedio. -Sigue

- Cuando volvió al Hotel a por su moto, yo estaba en la playa y me había bebido una botella de whisky. Él me acompañó de regreso al Hotel. Según mi versión: porque no podía ni andar y según la de él: para defenderme de la ingente cantidad de hombres que esperaban para violarme tras las esquinas...

- ¿Y eso es todo? ¿No hay más? ¿Dónde está la parte en la que te insinúa?

- ¡En sus sueños! –Elizabeth empezaba a perder la paciencia ante el interrogatorio

Sammuel se dejó caer en la cama, sentándose a su lado, pero sin mirarla.

- ¿Sabes que por mucho menos que todo eso, me has abandonado y te has escondido de mí en los confines de la Tierra durante un mes? Y tenías pensado estar muchos más, por lo visto... –Sammuel estaba totalmente fuera de sí -¿Qué tendría que hacer yo ahora Elizabeth? ¿Me largo a Pekín? ¡No! ¡Yo doy la cara!, me quedo, y espero a que me lo expliques, ¡No me largo! Confío en ti. Elizabeth sintió una punzada en su corazón. Debía contárselo, pero no quería que a Ian le pasara nada por su culpa... ¿Qué iba a hacer? Finalmente intentó enfocarle el tema por otro sitio, ¡era abogada, joder!

- Si nos ponemos así, yo también puedo señalar que, técnicamente, cuando ocurrió todo esto, no estaba contigo. Habíamos roto, definitivamente. Yo podía hacer lo que me diera la gana... Estaba libre ¿no?

- ¡¡¡Y una mierda!!! ¿Por qué no te quitaste el anillo entonces si tan segura estabas de que habíamos terminado?

- Porque...no lo sé -Miró hacia abajo y no dijo nada más. Claro que lo sabía. Porque le amaba con todas sus fuerzas, y en lo más profundo de su ser rogaba para que no hubiera sucedido lo que vio. El anillo era un símbolo de su amor, lo único a lo que aferrarse.

- Mi hermano ha gritado a los cuatro vientos que le deseas, como él a ti...

- ¡¡A lo mejor sólo quiere provocarte!! ¿No lo ves? Está celoso de ti desde siempre –Eso era verdad.

- Te juro por mi madre fallecida, que después de tu patética explicación, ¡lo único que querría hacer ahora mismo es largarme!... ¡Dime la verdad de una vez por todas, Dios! ¿Crees que soy gilipollas? ¡Conozco a ese maldito cabrón y sé que está colado por ti hasta los huesos! Algo ha hecho que eso suceda.

Técnicamente eso no era del todo cierto, ya que Ian se enamoró de Elizabeth en el mismo instante en el que entró por la puerta de la mansión de su padre, el día de la presentación. Todo lo demás había empeorado el asunto, el beso desde luego fue la gota que colmó el vaso, pero no ocurrió precisamente por culpa de ninguna provocación de ella. Él ya venía predispuesto.

- Sammuel tienes razón. A lo mejor tontee con él un poco, si él lo dice..., la única explicación que puedo darte es que necesitaba vengarme de ti de alguna manera, me habías roto el corazón. Lo haría inconscientemente y borracha, pero lo siento –Dijo a punto de llorar, se arrepentía tanto...

- ¿Sentiste algo por él? ¿Por eso lo hiciste? ¿Le deseabas? –Preguntó abatido.

- ¡Nada de nada! No sentí nada absolutamente Sammuel y le pedí que se marchara enseguida...

- ¡¡¡¡¡¿Qué se marchara de donde??!!!!!! –tenía los ojos completamente fuera de órbita y encharcados en sangre... Volvía a dar vueltas por la habitación.

- Me subió a mi habitación porque yo no podía ni andar..., ya te lo he dicho antes...

- ¡¡De eso nada!! ¡Acompañarte al Hotel no es subirte a la habitación! ¡¡¡No me lo has dicho!!!

- ¿Y qué diferencia hay? Tranquilízate por favor

- ¡¡¡¡¡Estuvisteis los dos solos en tu habitación!!!! Oh por todos los santos...

¿Sabes que ninguna mujer, NUNCA, le ha negado NADA a mi hermano?

- ¡Sammuel no pasó nada joder! Habré sido la primera, pero NO PA-SÓ NA DA –Le gritó ella desesperada

Sammuel la miraba pensativo, ella se moría por saber qué estaría cavilando esa

mente privilegiada. Él dijo en un susurro casi inaudible

- Por eso me llamó, estaba en shock, eso era lo que le notaba. Le habías rechazado. Eso es nuevo para él. Está loco por ti Elizabeth, ¿es que no lo ves? Está despechado y cabreado con los dos.

- ¡No creo para nada que eso sea así Sammuell! Tu hermano está enamorado de todo lo que tiene tetas

- Para ti quizá no pasó nada Elizabeth, pero para él sí. Algo ha cambiado en él y no me había dado cuenta hasta ahora.

- Sammuell, sinceramente creo que estás llevando esto demasiado lejos, tu hermano solo quería comprobar si te quiero, de manera equivocada, seguro, pero nada más, no imagines más cosas por favor –En cierto modo, esa era la verdad que Elizabeth tenía en su cabeza de lo sucedido. Se negaba a pensar que realmente Ian sintiera lo más mínimo por ella.

Elizabeth le cogió una mano entre las dos suyas, pero Sammuell se soltó

- ¡¡¡¡Os imagino juntos y me arde el cerebro, solo veo negro!!! –Hacia aspavientos con las manos sobre la cabeza mientras lo decía, con cara de loco poseído por los celos.

Ella se levantó de la cama, agotada, avanzó despacio hasta llegar a su altura, se plantó delante de él, lo agarró por la cintura, se puso de puntillas, mirándole fijamente y le besó, muy dulcemente. Él respondió a su beso hambriento. Era como una bestia gigantesca en plena batalla que acababa de sucumbir ante un cervatillo indefenso. La necesitaba tanto...

Elizabeth le miró a sus increíbles ojos violetas y le dijo con la voz ronca de deseo:

- ¿Crees que esto que siento por ti, lo podría sentir por alguien más?

- No Él la besó más fuerte. Desesperado. Se aferraba a ella como si fuera la salvación para no caer al inframundo. Apretaba los ojos con fuerza mientras la besaba.

- Estoy perdido nena, mira lo que me haces

Le desabrochó el vestido, dejando que cayera al suelo rozando sus largas piernas por el camino. La cogió en brazos, sin dejar de besarla, llevándola a la cama, con tan solo la lencería de encaje negro y los tacones puestos. La tendió allí encima y se separó de ella como si le quemara. Daba vueltas alrededor de la cama, mirándola con los ojos negros de deseo, pero dudosos, desnudándose a la vez.

Su miembro quedó liberado, estaba tan hinchado que le dolía, iba a explotar. Aquel hombre era tan perfecto que Elizabeth no conseguía apartar la mirada de su escultural cuerpo.

Sammuell se sentó encima de la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. La atrajo hacia sí por las caderas, tan fácilmente como si cogiera a un gatito, para ponérsela encima de él a horcajadas. Se besaron de nuevo. Sus enormes manos la acariciaban los pechos a través de la fina tela de encaje del sujetador. Ella se frotaba contra su colosal erección, sintiéndola en todo su esplendor. Estaba precalentada de sobra desde hacía unas 24 horas, lo deseaba con todas sus fuerzas. Si Sammuell no hacía nada para satisfacerla, iba a tener un orgasmo con tan solo besarle, no aguantaba más. Sammuell la cogió la cabeza entre sus manos y la miró a los ojos, ardiendo en deseo:

- Elizabeth serás mía para siempre, de nadie más, ¿entendido?

- Ya soy tuya Sammuell

- ¿Sólo mía?

- Solo tuya

Al escucharla decir esto, se introdujo en ella sin más preámbulos, con un solo movimiento, hasta el fondo. Hasta ese momento lo había dudado, pero su plan de orgasmos frustrados no había funcionado, necesitaba sentir su calor. Tanto como respirar. Después de tanto tiempo, lanzó un gruñido desesperado. Ese era su auténtico sitio en el mundo. Dentro de ella.

- Para siempre Sammuell ¡sí! –gritó ella extasiada

Empezaron a moverse cada vez con más desesperación, al unísono. Ella se levantaba lo más alto que le era posible para sentir todo su esplendor al bajar de golpe y él levantaba las caderas para penetrarla más hondo al recibirla. No tardaron nada en sentir las convulsiones que preceden al orgasmo, lo estaban ansiando desde hacía tanto tiempo... que al final estallaron los dos juntos, tan fuerte, que sollozaron de tanto placer, incrédulos por lo que eran capaces de sentir juntos.

- Por fin –Le dijo Elizabeth besándole, todavía en medio de una convulsión

- He fallado estrepitosamente en mi plan de tus orgasmos frustrados, pero no aguantaba ni un segundo más fuera de ti.

- ¡Gracias a Dios!

- Lo tenías más que merecido Elizabeth

- Los dos hemos pagado con creces el castigo ¿no crees?

- ¡Yo más que tú caradura! Sin haber hecho nada me dejaste y te viniste al paraíso a olvidarte de mí...

- A intentarlo Roc, es imposible olvidarme de ti...

- Ya somos dos nena

Los dos rieron

Se echaron en la cama exhaustos. Sammuell terminó de desnudarla y la tomó entre sus brazos, echados los dos de lado, sin salirse de ella. La típica postura de la cucharita de toda la vida, vamos.

Al minuto, Samuel la acariciaba el pelo con sumo cuidado, la espalda, los hombros... mientras se movía deliciosamente parsimoniosamente dentro de ella. Elizabeth movía sus caderas contra él muy lentamente para animarlo de nuevo, y Samuel al sentir su culito contra el vientre, la cogió por las caderas clavándole los dedos en ellas y la apretó contra él, con fuerza, de un solo golpe, lo que hizo soltar un grito a Elizabeth al sentirle tan dentro y tan duro de nuevo, además de mojarse a borbotones ante el delicioso arrebató.

De un solo movimiento, Samuel sacó su grueso miembro untado en su propia excitación mezclada con la de ella, y se lo insertó de una estocada certera en su culo... Ella gritó por la inesperada invasión.

- Shhh, tranquila nena, está toda dentro, acógeme.

Se quedaron un rato quietos, hasta que Elizabeth aceptó su tamaño allí atrás y empezó a moverse de nuevo contra su vientre. Samuel sonrió y comenzó también su danza. Al principio lenta.

La sacaba un poquito y la volvía a meter. Paraba un momento. Después la sacaba un poquito más y la volvía a meter de nuevo. Paraba otro rato. Esas paradas hacían que Elizabeth casi suplicara por más. Así estuvieron un buen rato, disfrutando y gozando absolutamente de las sensaciones, hasta que se la sacó del todo. Ella se sintió sorprendentemente vacía de repente, entonces se apresuró a echar su trasero hacia atrás en su busca... cuando Samuel se la volvió a introducir entera, sintió un placer tan grande, que no pudo contener el alarido salvaje que surgió involuntariamente en su garganta. Se había corrido sin ni siquiera advertencia previa. ¡Fue alucinante!

Samuel al oír la gritar, verla retorcerse de placer delante de él y notar sus contracciones en el miembro, la agarró por las caderas, acelerando el ritmo de las embestidas. Acabando con un ritmo frenético y desesperado, que ella nunca jamás hubiera imaginado que fuera capaz de ejercer en su trasero sin que se rompiera.

Pero le era posible porque estaba tan excitada como nunca antes lo había estado.

Samuel soltaba bufidos entrecortados al chocar sus cuerpos, estaba al borde del abismo, pero quería aguantar un poco más en esa línea de placer extremo. Lo quería saborear al máximo. La estaba castigando, la estaba dando todo lo más fuerte y profundo que le era posible, y ella le rogaba más. Iba a acabar con él.

Cuando ya estaba casi a punto de reventar, la rodeó el clítoris con sus dedos, puestos como si fueran tijeras, y se lo pellizcó, fuerte. Ella saltó ante la sorpresa.

Enseguida ejercía la presión necesaria, sin cambiar los dedos de posición para calmarla y excitarla a la vez. Era una mezcla alucinante entre dolor y placer.

Arremetió contra ella fuerte, atrayéndola hacia sí sujeta por el clítoris con sus dos dedos. Elizabeth no paraba de jadear, la estaba matando de gusto. Mientras volvía a salir de su culo, le frotaba despacio el músculo en círculos, y de nuevo... ¡fuerte para adentro!

Dos golpes más. Fuegos artificiales, montañas rusas, caída libre...

Gritaron sin poder remediarlo, muriéndose de placer y cayeron los dos en la cama, agotados, se giraron sobre sus espaldas para poder respirar. Parecía que cada orgasmo que sentían era mejor y más fuerte que el anterior. No tenían fin.

- ¿Ya recuerdas por qué te ibas a casar conmigo nena? - Samuel intentaba recobrar el aliento

- Nunca lo he olvidado

Él la cogió entre sus brazos y se quedaron allí echados, adormilados en la cama, recomponiéndose de la bacanal de sexo salvaje que acababa de suceder allí.

Elizabeth pudo así, desde su posición, observar la habitación tranquilamente.

Era como tres veces más grande que la que tenía ella. La luz era tenue. Todos los muebles estaban hechos de bambú, pero este bambú era mucho más gordo y de un color más oscuro. Los colores base eran beige y azul, con un toque de violeta

¿Cómo no?

Siguió observando más detalladamente y empezó a ver cosas de mujer por allí.

¿Unas zapatillas de estar por casa?, ¿Una toalla de la playa? ¿Bikinis?... ¿Eran iguales que los suyos o muy parecidos? ¿Serían de alguien? Lo había comprado todo en las tiendas del Roc Hotel, podría perfectamente tenerlo alguien igual...

- ¿Samuel ha habido aquí alguna mujer?

- ¿Qué dices?, no empieces con esas tonterías - Contestó él soñoliento

- ¿Y esas cosas que hay ahí? ¡Son de mujer!

- Claro que son de mujer, ¡son tuyas! Elizabeth se levantó corriendo, haciendo que al salirse de ella Samuel soltara una maldición.

Abrió el armario y observó estupefacta que allí estaba toda su ropa. Fue al baño corriendo sin dedicarle ni una mirada y allí estaban todas sus cosas de aseo. Salió desfavorida al zapatero y vio allí sus zapatos y bolsos... Volvió con las manos en la frente, mirándole incrédula:

- ¡Eres incorregible Roc! ¿Te importa algo mi voluntad?

- Has intentado ligarte a mi hermano Elizabeth, tu voluntad ya no cuenta.

- ¡Si me hubiera querido ligar a tu hermano, créeme que lo hubiera hecho

Samuel Roc, déjate ya de tonterías!

- Elizabeth empiezo a ver negro

- Samuel eres...

- Nena, acabo de tener un puto orgasmo alucinante después de tres semanas sin verte... haz el favor de venir aquí y estarte quieta mientras te follo otra vez.

Elizabeth avanzó hacia él, atontada por lo que acababa de decirle, debería estar

ofendida, pero en realidad estaba embrujada por su hechizo. Hizo lo que la ordenó. En cuanto ella entró en la cama, él se le puso encima y se la introdujo despacio. Mirándose a los ojos en todo momento. Y así, después de un dulce y tierno asalto, se quedaron dormidos. Conectados. Cuando uno de los dos era consciente de que estaban separados, se movían para darse placer y conectarse de nuevo, terminando estallando juntos. Dormían conectados de nuevo. Estuvieron así toda la noche. Dentro, fuera, dentro, fuera. Orgasmo. Dormían. Al rato dentro y fuera de nuevo. Orgasmo... Había que aprovechar el tiempo perdido. ¡Y desde luego que lo hicieron!

- Eres la pieza del puzle que me faltaba nena.

Le susurró Sammuél al oído de madrugada, mientras ella dormía.

CAPITULO 79

Por la mañana, Elizabeth se despertó justo cuando estaba saliendo el sol. Desde aquí el sol salía y se ponía en el mar. La posición del Hotel, rodeado casi por completo de playa, así lo permitía.

Esa mañana estaba completamente satisfecha y feliz. Radiante.

- ¡Qué hermoso!

- Gracias nena, tú también lo eres

Elizabeth le sonrió al escucharle tras ella y se acurrucó entre sus brazos, Sammuél apoyó su mandíbula en el hombro de ella, observando juntos el mar desde su privilegiada posición

- Me encantaría vivir aquí, se respira aire limpio, es tranquilo, verde, hay árboles, pájaros, mar...-Suspiró ella

- Nena no aguantarías aquí ni dos días, necesitas tu stress tanto como respirar, eres una gata de ciudad –La besó la coronilla

- Pero soy tan feliz aquí...

- Allí también me tendrás –Dijo Sammuél, comprendiendo lo que ella le quería expresar sin palabras –Soy tuyo ¿recuerdas? Lo dice tu anillo.

- Es mi mantra. No quiero que nos separemos Sammuél –Se giró para mirarle

- ¡Pues deja de salir corriendo! –Él le dio un besito pequeño en la punta de la nariz

- No se me ocurre la manera de no huir. Cuando pasa algo, la única solución que veo en esos momentos es correr en dirección contraria a ti, cuando lo que en realidad desearía sería correr hacia tus brazos.

- Tienes que aprender a refugiarte en mí en vez de verme como la fuente del mal nena, eso es todo. Poco a poco.

- Menos mal que siempre vienes a rescatarme, si no...

- Sí, pero uno tiene sus límites, también te aviso Elizabeth, la cuerda está muy tensa –Lo dijo muy serio. Era el ser más arrogante y orgullosos sobre la faz de la Tierra y se lo había comido todo por ella.

- Sammuél lo sé, pero es instintivo, a no ser que me ates, no veo la solución.

- Mmmmmmm. A mí me gustó atarte, no me importaría volver a hacerlo, he tenido mil fantasías contigo atada desde entonces, bueno, y antes también si tengo que ser franco.

Mientras lo decía todo serio con su voz de seductor fatal, se ponía encima de ella sujetándola las muñecas por encima de la cabeza con sus manos.

- Así nena, a mi merced

Se introdujo en ella.

- Sí, así -Le animaba ella levantando las caderas para que la penetrara más

profundo, cosa que él hizo con un buen estacazo, que la hizo gemir.

Se tranquilizaron mutuamente haciendo el amor al amanecer, despacio y tierno.

Al terminar, desayunaron en la cama lo que les subió el servicio de habitaciones del Restaurante. Allí había comida para una semana al menos. Elizabeth sonrió

recordando lo bruta que había sido comiendo tanto en el otro Hotel, todavía cuando se miraba al espejo, no entendía por qué no había engordado 20 kilos. Pero tenían que recuperar fuerzas, así que lo terminaron casi todo, entre los dos.

Se volvieron a echar en la cama, Sammuél la besó, la miró a los ojos y la sujetó la cara entre sus manos:

- Te amo nena, ni te imaginas cuánto.

Elizabeth le miraba sorprendida por su repentina declaración, ese ser tan bello que parecía un ángel redentor, la amaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas sin poder evitarlo. No podía asimilar tanta felicidad.

- Sammuél yo...

- Shhh, no hace falta que lo digas Elizabeth, sé que me amas... -Se interrumpió con un gesto de dolor

- ¿Qué te pasa Sammuél? –Dijo Elizabeth preocupada, levantándose para acariciarle la cara

- Es la cabeza, desde que me di el golpe, me duele a veces

- ¿Cómo te duele?

- Mucho... ¡AHH joder! –Volvió a cerrar los ojos, sujetándose la cabeza fuerte

- ¡¡¡¿Te lo han mirado Sammuél?!!!

- No he salido de tu cama Elizabeth, esperando verte entrar por la puerta a cada segundo, nadie me ha mirado nada –Lo decía bajito y con los ojos cerrados, intentando amortiguar el dolor de los cuchillos clavándose en su cerebro.

- ¡Eres un insensato! ¿Y si se te ha infectado? ¡Vamos a un médico ahora mismo!

–Elizabeth no daba crédito a que pudiera ser a veces tan irresponsable, estaba muy enojada

Él estaba sentado en la cama, la cogió por la cintura, haciendo que cayera a la cama y se la puso entre sus piernas, abrazándola por detrás.

- Shhhhhh, silencio nena, por favor. Permanecieron así un rato, hasta que se apaciguó un poco el intenso dolor. El tenerla tan cerca hacía que el sufrimiento físico fuera muchísimo más llevadero que hasta entonces, cuando había estado mezclado con el del corazón. Entonces, poco a poco, Sammuel fue volviendo a la normalidad y todo pasó. La cogió en sus brazos y se levantó de la cama con ella encima, que lo miraba incrédula de que estuviera tan bien de repente:

- ¿Ya no te duele? Sammuel por favor, vamos al médico.

- Tranquila, cuando llegemos a casa te prometo que será lo primero que haga.

Hoy tengo otros planes –La dejó en el suelo y la dio un azote en el culo, empujándola hacia el baño –Ve a arreglarte o llegaremos tarde.

- Sammuel si no te ve un médico, no iré a ninguna parte –Se detuvo en medio de la habitación con el ceño fruncido.

Sammuel cuando vio esa mirada, supo inmediatamente que no tenía nada que hacer, cuanto más tiempo perdiera discutiendo con ella, más tarde llegarían. Avanzó rápido atravesando la habitación de tres zancadas, no por ello menos gráciles, pero sí muy enfadado y marcó el número de Recepción, sin dejar de mirarla:

- Soy Roc. Necesito al doctor aquí. Ya. Adiós.

Colgó

- ¿Contenta? Vístete.

- Qué insoportable eres

Elizabeth se duchó, se lavó el pelo y se puso el bikini con unos shorts vaqueros, una camiseta fucsia ancha donde ponía en letras negras “I am a sexy single lady”, que ni miró al comprarla y las deportivas. Se hizo una cola de caballo alta.

Salió al salón, Sammuel la miró de arriba abajo con detenimiento, disfrutando de su cuerpazo cincelado a la perfección, ella dio una vuelta sobre sí misma y entonces él leyó el mensaje de la camiseta con el ceño fruncido, estaba irresistiblemente sexy, pero que proclamara a los cuatro vientos que era soltera... simplemente le mataba. Refunfuñó:

- ¿Qué llevas puesto Elizabeth? ¿No me dirás que con eso te has ido paseando estos días por ahí? ¡¡¡¡No eres soltera!!!!

- ¡Claro que soy soltera! Hasta que no me haya casado, mi estado civil no cambia, y si no te portas bien... ¡No cambiará!

- ¡De eso nada! ¡Estás prometida!

- Bueno, da la casualidad de que todavía no existe ningún estado civil que se llame “prometida con un desquiciado”, así que ¡sigo estando soltera!

- ¡Quítatela ahora mismo! No voy a ir contigo de la mano mientras vas provocando a los hombres con mensajes subliminales en tus camisetas, ya bastantes miradas tengo que aguantar sin esa mierda

- No voy a quitármela Sammuel –Se puso los brazos en jarras, mirándole. Sus ojos verdes emanaban destellos.

Sammuel enarcó una ceja, sus ojos violetas se tornaron fulminantes ¿Estaba osando a retarle otra vez? Esto era inadmisibile.

- ¡La romperé a trizas! –Dijo a modo de ultimátum.

- Espero que estés de broma –Ella empezaba a retroceder al verle su mirada amenazante de depredador en acción.

Sammuel saltó por encima del sofá, sin darle tiempo a ella ni a respirar si quiera.

De dos movimientos le había hecho girones la pobre camiseta. Elizabeth se miraba a sí misma atónita, con las palmas de las manos hacia arriba clamando al cielo y la boca abierta hasta el suelo. Le miraba atónita porque no entendía lo que acababa de suceder.

- Ya está, solucionado, ponte otra cosa –Le decía Sammuel, mientras se sentaba de nuevo en el sofá e intentaba recomponer de mala gana el periódico de Economía que había tirado por los aires en el salto.

- Me compraré una que diga ¡SAMMUEL ROC ES UN GILIPOLLAS!

Elizabeth se metió en el vestidor pegando un portazo y escuchó a Sammuel en el salón que rompió a reír. Ella, al oírle reírse tanto, también se rió... ¡estaba loco!

- ¡No sé por qué te empeñas en volverme loco! –Le gritó él desde el salón satisfecho de su obra.

“¿Quieres guerra Roc? ¡La tendrás!” pensaba su yo maligno disfrazado de Rambo frotándose las manos.

Elizabeth se plantó una camiseta azul muy ajustada, que todavía no entendía por qué había comprado, pero que ahora mismo le venía ni que al pelo, solo de pensar en la cara del psicópata al salir al salón, se partía de la risa ella sola. En esta camiseta ponía “I am a bad bitch” con letras blancas, imitando como si fuera un reguero de semen...

Salió al salón, intentando con todas sus fuerzas no reírse, se puso delante de él con los brazos en jarra sobre las caderas, esperando su respuesta. Él levantó la vista del periódico... ¡Abrió los ojos tanto, que casi se le salen de las cuencas!

Levantó la vista por encima de la camiseta, muy lentamente, sin poder cerrar la

boca, para mirarla a los ojos, sin dar crédito. Elizabeth no aguantó más y explotó en una carcajada. Se tiró al suelo de la risa, llorando, agarrándose la tripa y señalándole con el dedo:

- ¡Nunca me imaginé que me iba a alegrar tanto de habérmela comprado! – Intentaba decir mientras se asfixiaba de tanto reírse.

- ¿¡Pero tú miras las cosas cuando las compras o lo metes directamente en la bolsa, a lo loco!? –Estaba todavía en shock, pero de verla así, no pudo evitar sonreír también.

- ¡Tenía que haberte grabado Roc! ¡¡¡Tu cara no ha tenido precio!!! –Le dijo mientras volvía hacia el vestidor, desnudándose por el camino le tiró la camiseta a la cara.

- Lo tuyo no tiene nombre...

- Lo tuyo sí que lo tiene... ¡¡¡¡Tarado!!!!

- ¡Un infarto!, te digo yo que muero de un infarto...-Sammuel se tapó la cara con la susodicha camiseta mientras se reclinaba hacia atrás en el sofá

Al final, Elizabeth se puso otra camiseta que tenía por allí. Era ancha, negra, con la cara de Einstein en azul, llevaba los hombros al aire, pero como llevaba el bikini debajo, podría llevarla sin que a su maniático amor le diera un síncope. Salió medio riendo de nuevo al salón.

- ¿Ésta te parece mejor Neanderthal?

- Sí –Contestó Sammuel medio cabreado, tenía la camiseta azul rota entre las manos.

- Esta ropa la venden en tu Hotel, así que no me eches a mí toda la culpa, ¡además, tú regalas viagra a los clientes!

- Elizabeth no me toques los cojones, me están entrando unas ganas enormes de follarte para que se te quiten las ganas de cabrearle y no tenemos tiempo.

- Uh –No estaba muy segura de si quería cabrearle más, aquello prometía.

Sammuel se había puesto un bañador color verde agua, con una camiseta de cuello de pico amarilla, que le resaltaba de manera espectacular el moreno de su piel y el violeta de sus ojos. Se había peinado con crema moldeadora, como era usual, revolviéndose el pelo con los dedos. Le daba un aire alocado e informal que hacía las delicias de cualquiera.

A Elizabeth le entraron unas ganas irresistibles de desvestirle nada más verle. Le subió un calor repentino a lo largo de sus piernas, que terminaba en la unión de sus muslos. Tuvo que juntar las piernas para no caerse redonda. Ese hombre era arrebatador, la tenía enganchedísima.

- ¿Disfrutando del paisaje Hudson?

- Disfrutando mucho Roc

- Me vuelve loco que me mires así –Había avanzado hasta su altura con una miraba peligrosa

- No puedo evitarlo, solo mirarte me provoca sensaciones que ni yo puedo controlar, mi cuerpo va por su cuenta y mi mente por otra

- Me quedo con tu cuerpo –La agarró por la nuca con ambas manos y la atrajo hacia sí, besándola con veneración absoluta.

Elizabeth le desabrochó el bañador, de repente solo tenía en mente sentirle dentro de ella, era una necesidad continua que solo él sabía saciar ¡Y de qué manera!

Pero justo en ese momento, alguien llamó a la puerta.

Se separaron con mucha dificultad, mirándose con llamaradas en los ojos. Sammuel fue a abrir, si la miraba un segundo más, la empotraría contra algo sin dudar.

- Buenos días, soy el doctor Walter, me han llamado diciendo que tenían una urgencia –Los miraba desconcertado, y a que, obviamente, el paciente tan

enfermo del que le habían hablado por teléfono, no parecía ser ninguno de estos dos jóvenes en plena forma -¿Les importaría indicarme dónde se encuentra el paciente por favor?

- Lo tiene delante doctor, Sammuel Roc, encantado. Pase por favor.

El señor Walter le estrechó la mano a Sammuel un tanto enfadado, no se podían tomar estas cosas a la ligera, y a que para venir aquí, había dejado de atender a gente que quizá lo necesitara más. Entró en la suite renegando.

- ¿Señor Roc sabe lo que una urgencia...?

- Doctor disculpe que le interrumpa, pero sé perfectamente lo que es una urgencia

y que esto no lo es, pero mi encantadora mujer –la señaló y ambos la miraron, ella no sabía dónde meterse -ha insistido encarecidamente en que usted venga a verme, de no ser así, me iba a joder el día. Así que le ruego que se dé prisa y terminemos cuanto antes con esto, así todos estaremos contentos. Ya le adelanto que puede poner en la factura tantos ceros como crea oportunos. ¿Ha entendido?

- Entendido señor Roc

El símbolo del dólar apareció en los ojos del doctor, haciendo que se tragara su ética profesional y atendiera al paciente sin poner más objeción.

Elizabeth mantenía la boca abierta ante la insolente intervención de su prometido.

El doctor le revisó la herida minuciosamente, y le hizo varias pruebas. La factura de esta visita a domicilio sería de muchos ceros, sin duda.

- Señor Roc la herida está seca, está bien. Los reflejos y la vista también bien. El oído bien. La sensibilidad y la memoria, bien. Pero esos pinchazos a los que se refiere no me gustan. Debería hacerse un tac, para verificar que no haya algo

interno dañado que no vieran a priori en el Hospital y no esté dando la cara...

- ¿Es urgente doctor? –Le preguntó él un poco maleducado, cortándole de nuevo

- Depende de a lo que llame usted urgente

- De vida o muerte Elizabeth puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

- No, no creo que para tanto, pero...

- Está bien, muchas gracias por sus servicios. En Recepción le abonarán el importe de la factura. Buenos días.

Se levantó rápido para que el doctor se levantara también, le estrechó la mano y prácticamente le echó de la habitación. Una vez se hubo marchado el pobre médico, Samuel se giró hacia ella:

- ¿Ya estás tranquila? No me voy a morir, me tendrás que soportar mucho más tiempo.

- ¡No! Puedes tener una lesión cerebral y tú estás aquí tan tranquilo

- Elizabeth si no nos vamos ya, la lesión cerebral me la vas a provocar tú, en cuanto llegemos a casa iré a hacerme todas las pruebas que quieras, ¿de acuerdo?

- ¿Lo prometes?

- Lo juro por Snoopy. ¡Vamos!

Elizabeth decía que no con la cabeza, no estaba nada conforme, pero salió por la puerta con morritos, empujada por él. No entendía a qué venía tanta prisa. Bajaron a la planta de la Recepción. Samuel hizo llamar al director del Hotel, cuando apareció le informó de que iban a estar fuera todo el día, además le dijo algo en bajito para que ella no le escuchara. Elizabeth se mosqueó y salió sola a la calle totalmente indignada.

“¿Qué cuchichearán estos dos?”

Al momento, la mano de Samuel en su cintura la guió hasta el parking, llevaba una mochila al hombro con el picnic del hotel.

- ¿Ya le has contado todos tus secretitos al director?

- No son secretitos –Samuel intentaba no reírse, ella era tan curiosa como un gatito y le hacía gracia que no se aguantara sin preguntarle

- Pareces un Boy Scout con esa mochila –Ella cambió de tema porque sabía que no le iba a contar nada.

Él rio al imaginarse con el uniforme de los Boy Scouts y la pellizó el culo:

- A ver si adivinas cuál es mi coche de Maldivas, listilla

Elizabeth miró divertida buscando entre los muchos cochazos aparcados allí. La gente pudiente se traía los coches en barco o avión, y también había gente que alquilaba el garaje el año completo. Para cuando iban de reuniones o vacaciones, tenerlo allí ya. Al fin vio en un rincón aparcado un Jaguar C-X75 color plata y sonrió:

- ¿El felino plateado?

- ¡Como me conoces nena!

Le tiró las llaves por encima del coche para que condujera ella, y se quedó paralizada con ellas en la mano, mirándolas:

- ¡¿En serio?! –Dijo señalando las llaves.

- No me hagas que lo piense mejor

Elizabeth se metió corriendo dentro del Jaguar, para no darle tiempo a arrepentirse, tocando la tapicería de cuero color crema con veneración:

- ¡Qué pasada!, me ha encantado siempre este coche

- Me lo alquilan a veces para salir en algún videoclip de música o en alguna película, ¡es un coche famoso! –Le informó mientras se sentaba en el asiento del copiloto, muy a su pesar. Pero quería hacerla feliz.

- ¡No me extraña!, es una auténtica joya, y lo tengo bajo mi mando por un momento...–Dijo con voz caliente, mirándole libidinosa y con doble sentido.

- No sigas por ahí nena o te tendré que dar lo tuyo sobre el capó, ahora mismo...

- Eso también me encantaría Roc –Se mojó los labios lentamente mirándole lasciva y separó sus piernas. El miembro de Samuel rebotó en su pantalón. No se contuvo más. Imposible.

Se arrancó el cinturón de seguridad, rodeó el coche apresuradamente, abrió la puerta de ella y la sacó del coche de un tirón seco. La besó con puro deseo, violentamente, mientras la sentaba encima del capó cogida por las caderas y se metía entre sus piernas, que ella entrelazó sobre su trasero con los tobillos. Como llevaba los pantalones tan cortos, a Samuel no le resultó muy difícil introducir un dedo en su interior, cosa que hizo que ella soltara un bufido entre sus labios.

Presionó su clitoris con el pulgar, mientras el dedo entraba y salía deliciosamente de ella, lentamente y con cuidado. En cuanto empezó a acelerarse la respiración de Elizabeth y a sentir las oleadas de placer que se empezaban a formar en lo bajo de su vientre, apretó las piernas para disfrutarlo, moviendo sus cadera adelante y atrás para ayudar a su dedo a terminar el trabajo tan bien realizado. Samuel sacó la mano de donde estaba...

Ella abrió de repente los ojos

- ¡¿Pero qué coño haces?! – Le aniquiló con la mirada, mientras observaba incrédula y empapada cómo su hombre se volvía a sentar cómodamente en el sitio del copiloto y se abrochaba el cinturón lentamente, sin dejar de mirarla con una sonrisa picarona, pagado de sí mismo:

- Si te gusta jugar con fuego, debes asumir que te puedes quemar gatita. Te dije que no me tocaras los cojones – Ella seguía sobre el capó con la boca y las piernas abiertas.

- ¡Me las pagarás Samuel Roc! –Pegó un salto y bajó como un demonio encolerizado

Se metió en el coche, toda frustrada. Tenía ganas de chillar y romper cosas.

Aceleró. Salieron del parking a toda pastilla.

Cuando llevaban un rato en el coche, parece que se tranquilizó un poco, así que

Samuel se aventuró a decirle:

- Vamos a la autopista, allí no hay límite de velocidad, puedes coger los 400 km/h sin problema

- ¡Guauuu!

Samuel no podía dejar de admirarla. Elizabeth disfrutaba con la velocidad más incluso que él, la relajaba, la evadía de los problemas, además conducía condenadamente bien.

Entraron en la autopista 652 de las Maldivas y cogieron los 350... ¡Se sentían

libres, se sentían vivos! Él le indicó la salida que tenían que tomar, que les llevaba a un valle donde se

terminaba la carretera. Aparcaron allí, cogieron la mochila de los Boy Scouts y

Samuel la cogió de la mano para enseñarla el camino.

- Sígueme

Subieron por una pequeña montaña, entre palmeras y bambú. Había muchas flores y olía a limpio, además de a algo parecido al azahar.

Llegaron a lo alto de una cima, no parecía que hubieran subido tanto, porque en realidad lo subieron con el coche, a pie solo subieron el último tramo. No era la cima más alta, estaba rodeada de más.

Elizabeth se quedó con la boca abierta, le temblaron las piernas ante la magnitud de la belleza del paisaje que tenía ante sus ojos. Se puso de cuclillas por instinto y Samuel la acompañó.

- ¿Estás bien nena?

- Tengo vértigo

Ante sus ojos había una piscina natural donde caía el agua de diversas cascadas a su alrededor, que a su vez caía en cascada hacia otra piscina que había más abajo, a unos 8 metros de altura. El agua era tan cristalina que se reflejaba el cielo con las nubes en ella. Era un espectáculo natural.

- Una obra maestra de la naturaleza –Decía Elizabeth anonadada

- Tú eres lo más hermoso de la naturaleza Elizabeth –Él se había agachado junto a ella.

- Es el sitio más bello donde he estado nunca Samuel

- Sabía que te iba gustar

Elizabeth intentó ponerse en pie, pero le temblaron las piernas al instante, mareada volvió a ponerse rápidamente en cuclillas.

- Si quieres nos vamos, no lo sabía cariño –Él la intentaba sostener entre sus brazos.

- No, tranquilo, es solo al principio, una vez que me acostumbro, se pasa.

- ¿En serio? No quiero que estés mal

- Vértigo selectivo, se pasa, en serio, no te preocupes. El psicólogo me dijo que me impresiona de repente la altura, pero cuando mi cuerpo reacciona y es consciente de que no pasa nada, se me pasa.

- ¡Qué original eres gatita!

Se rieron los dos. Soltaron la mochila y la ropa en una roca, se quedaron solo con los bañadores puestos, no solía ir mucha gente por allí, pero no se querían arriesgar a que los pillasen desnudos. Samuel se quedó mirándola el culo fijamente:

- Voy a intentar no pensar que te han visto todos con ese tanga Él se tiró de cabeza al cristalino cielo bajo sus pies, mientras Elizabeth se sentó en una roca con los pies metidos en el agua.

- ¡Yuhuuuuuu! –Gritó él hundiéndose de nuevo – ¡Está buenísima!

Samuel parecía una especie de “sireno”. Se le veía tan feliz, tan libre, tan bello en el agua, rodeado de flores y cascadas, con esos músculos, esa espalda definida y ancha, esos ojos violetas, esa sonrisa blanquísima... todo para ella. Le miraba ensimismada, de nuevo invadida por su imaginación calenturienta.

Elizabeth al final se animó y se metió poco a poco en el agua, él fue en su busca enseguida

- ¿Estás bien? –Le preguntó Samuel

- Aquí dentro no da tanta sensación de altura, estoy mejor

- Me habían hablado de este lugar, pero nunca lo había visto, ni siquiera en fotos, sabía que te gusta la naturaleza y he querido sorprenderte.

- Es una auténtica maravilla, gracias por traerme, Samuel, no lo olvidaré nunca.

- Yo tampoco nena.

La abrazó, ella se colgó como un koala a él y se besaron.

- Ven, mira, he descubierto un pasadizo secreto, hay cuevas detrás de las cascadas –Samuel la tiró del brazo para indicarle el camino. A Elizabeth también le gustaba este señor Roc alegre, aventurero y despreocupado.

Se metieron allí.

Todo a su alrededor eran rocas grises, parecían talladas en mármol. Estaban dentro de la gruta, desde donde se veía el lago a través de una fina cortina de agua, procedente de las cascadas, que caía justo delante de ellos. Desde su posición, sólo se escuchaba el relajante sonido del agua. Era como contemplar un milagro de Dios desde dentro del mismo.

Sammuel estaba de pie, mirando algo en el techo de la cueva. Ella avanzó hasta él a gatas, de un movimiento certero le bajó el bañador y le empezó a besar por la entrepierna, metiéndose sus pelotas en la boca. Sammuel soltó un bufido. Después le lamió su miembro con delicadeza y al final se lo introdujo casi entero en la boca, sintiendo cómo se hinchaba hasta el máximo dentro de ella. Sammuel suspiró, se tuvo que agarrar a la pared para que no le flaquearan las piernas por la ferocidad de su amante. Cerró los ojos, le volvía loco cuando le hacía eso. Le lamió entero, le besó, le succionó, arriba, abajo. Al final, Sammuel no aguantó más y terminó corriéndose en su boca. A ella le faltó muy poco, pero no llegó a correrse, simplemente se quedó como una moto. Verle en ese estado de desesperación, sabiendo que se lo provocaba ella, la ponía muy caliente. Sammuel la levantó del suelo y la apoyó contra la pared, devorando su boca. La cogió una pierna por detrás de la rodilla y la penetró duro. Como lo necesitaban los dos en ese momento, para que no hubiera duda de que era suya, de que sería suya para siempre, de nadie más. Para castigarla un poco por las camisetas que se había comprado y por lo de su hermano.

- No volverás a anunciar que eres soltera ¿entendido? –Le gruñía contra su cuello.

- ¡Noooooooooooo! –Gritaba ella mientras se agarraba al pelo de Sammuel con fuerza

- ¡¡Eres mía!!

La taladraba más duro contra las frías rocas

- ¡¡¡Oh por Dios Sammuel!!!

- ¡Dilo! –Le gruñía salvaje

Ella no podía articular palabra. Su cerebro estaba en standby, había desconectado todas sus funciones por cuenta propia, para disfrutar por completo de este excitante “castigo” al que estaba siendo sometida por aquel hombre insaciable de increíbles ojos violetas.

Elizabeth se rompió en mil pedazos gritando su nombre. Si ese iba a ser su castigo, ¡se compraría toda la colección de camisetas guarras que hubiera... en el mundo!

Cuando hubieron acabado, Sammuel se subió las dos piernas de ella a la cintura y se tiró al agua con ella a cuestras, sin salirse en ningún momento de su interior.

Salieron de nuevo a la superficie todavía conectados por ese punto de unión tan dura y grande. Ella le sonrió al notarle duro de nuevo en su interior:

- ¡Oh, venga ya, no puede ser!

- ¡Mira lo que me haces nena, no se me baja en todo el día!

- ¿No te habrás tomado una viagra, no?

- Ya te he dicho que contigo esas cosas no me hacen falta, ¡si solo con mirarte se me pone tiesa!

Se besaron.

Ella, aprovechando su virilidad infinita, se movió lentamente a lo largo de su mástil, sintiendo cada centímetro en su estrecha cavidad, disfrutando de cada suspiro que él la dedicaba. Así terminó de ponerle duro del todo. Sonrió orgullosa por su obra, la llenaba entera y se sentía plena de felicidad con él dentro. Estaban en medio del lago a plena luz del día, los podría descubrir cualquiera, pero estaban tan calientes, que no les importaba nada más a su alrededor. Estuvieron abrazados, besándose y haciendo el amor lentamente, con mucho cuidado, disfrutando de cada roce, de cada caricia, de cada beso, cada momento.

Sin prisas. Tenían todo el tiempo del mundo para disfrutar el uno del otro, de sus cuerpos y de su amor en aquel paraíso privado.

Cuando ya no pudieron más, unas más que conocidas vibraciones hicieron su aparición. Se corrieron juntos, mirándose a los ojos, mientras jadeaban boca contra boca, absorbiendo los gemidos uno del otro, para finalmente explotar en mil pedazos de puro placer. Se balanceaban saciados para recoger hasta la última gota orgásmica del otro.

- Dilo –ordenó él

- Soy tuya –Sonrió ella contra su boca

Cuando volvieron en sí, se estuvieron salpicando y haciendo aguadillas. Riendo despreocupados. Después salieron del agua para comer el picnic que los había preparado el Hotel. Todo estaba delicioso.

- Se come mejor de picnic en el Roc, que en el Restaurante del otro –Afirmó

Elizabeth con la boca llena, el sexo despierta el hambre.

- ¿Lo has dudado en algún momento? Me ofendes –Lo decía de broma

- Conociéndote, no, pero no quise que me encontraras, ya lo sabes. Ella le puso a propósito las tetas en la cara al incorporarse para coger algo de la bolsa. Él le mordió el pezón suavemente, ya que lo tenía delante, provocando que un torrente húmedo invadiera el sexo de ella. Esto no era posible... “¡Creo que soy ninfómana!” la decía su yo bueno asustadísimo. “Sí sí, pero ninfómana de Roc, mira qué lista” le susurraba su yo maligno con un picardías puesto.

- Tampoco te hubieran dejado alojarte con un nombre falso, tranquila –Siguió Sammuel, sacándola así de sus pensamientos poco decentes.

- Bueno, eso no lo tengo tan claro, ¿el director está soltero? –Bromeó ella

- ¡Oh Elizabeth, no sigas por ahí! Ya sabes que mi mente privilegiada en seguida te imagina con otro y... ¡¡¡veo en negro!!! No me hagas despedir al director, me da mucho dinero

- ¡Estas de broma! –Rió Elizabeth

- No señorita Hudson, si intentaras ligarte al director para que hiciera algo ilegal,

y él accediera, estaría de patitas en la calle, además de con un brazo roto, no lo dudes.

- Bueno, da la casualidad de que Xavier, además del director, también es el propietario...

- ¡No pronuncies más su nombre Elizabeth, en serio!...-La cortó

- ¿Pero estás tonto?

- ¡Negro, veo todo negro!

Ella se tiró por los suelos de la risa, al verle cómo ponía cara de psicópata asesino... hasta que consiguió vocalizar:

- Sammuel deberías ir a un psicólogo o alguien que te mire, en serio, lo tuyo no es sano, vas a acabar enfermo de verdad.

- Elizabeth voy a acabar enfermo si me vuelves a dejar, ten bien presente que esta es la última vez que he venido a por ti. No habrá más. En estos días sin ti he pensado en muchas cosas, y desde luego que te necesito y estoy mejor cuando estás conmigo. No lo puedo describir, mi corazón late y siento cómo la sangre corre por mis venas. No volvería a estar vivo si no estuviéramos juntos, pero no se puede mezclar el agua con el aceite, por mucho que insistas. Si vuelves a irte, me habrás demostrado que no quieres estar conmigo más. Que no estamos hechos el uno para el otro. Y yo lo asumiré sin más, no volveré a luchar contra lo inevitable. Alguien que te ama, no quiere tu mal, y tú me lo provocas al irte. Me destrozas. Tendrías que sentirlo solo por un minuto y verías lo que duele. Sin escuchar mi explicación, sin darme ninguna oportunidad de nada. Cuando te lo explique y no te convenza, entonces te vas y me dejas. Pero no te vayas cuando solo es tu imaginación la que te está jugando una mala pasada –

Sammuel descansaba sobre una de las rocas, mirando al maravilloso paisaje mientras hablaba. Se había abierto en canal, no podía ser más sincero.

- Te he prometido que lo haré –Una lágrima recorrió su mejilla

- Justo después de prometerlo desapareciste, ¿eso es lo que crees en nosotros?

- ¡¡Sammuel tengo miedo!! –Ahora le caían más lágrimas

- Yo también tengo miedo, estoy cagado de miedo Elizabeth, como nunca antes en mi puñetera vida. No puedo ni respirar cada vez que te largas. Pero yo sí creo en que somos el uno para el otro, ¡creo en nosotros joder!

- Pero no me quitó el anillo, por algo sería. En lo más profundo de mí ser sabía que no me habías engañado. Mi subconsciente confía en ti –Sammuel le limpió las lágrimas de los ojos con muchísimo cuidado.

- Vaya señorita Hudson, vamos avanzando, ¿qué será lo próximo? ¿Decirme que tu subconsciente me ama? –Sammuel se moría porque se lo dijera, aunque sabía de sobra que así era, le gustaría oírlo de sus labios.

- No seas tonto Roc. Yo prefiero que me lo demuestres con hechos, a que me lo digas y no demuestres nada. Las palabras se las lleva el viento.

- Efectivamente, solo oigo bla bla bla

- ¿Ah sí? ¿Bla bla bla? ¿Qué quieres que haga para demostrártelo? - Elizabeth se puso en pie, con un poco de mareo por el vértigo.

- ¿Para demostrarme qué? –Sonrió Sammuel, a ver si caía en la trampa y le decía que le amaba.

- Que confío en ti, hare lo que me digas con los ojos cerrados, ¡venga! –Ella era más inteligente que él, si se pensaba que iba a morder el anzuelo lo llevaba clarinete.

- Está bien, verás como demuestras que no lo haces. Tírate por la catarata.

- ¿¡Qué catarata?!

- Esa, la grande, hasta la piscina de abajo –Señaló con la cabeza vagamente la catarata, mientras ella estaba temblando de miedo -Si lo haces, sabré que confías en mí y que sabes que nunca haría nada que pudiera dañarte –Esto último lo dijo muy suave, sintiendo cada letra en su alma.

- ¡¡¡Estás de coña!!!

- Lo sabía

- Está muy alto, me puedo romper algo, o matarme ¿y si hay piedras abajo?

- ¿Confías en mi ne...?

No terminó la frase.

Elizabeth cogió carrerilla y se lanzó al vacío...

CAPITULO 80

- ¡¡¡Elizabeth!!!

Sammuel sacó la cabeza rápidamente del agua de la piscina natural de abajo al caer desde arriba. No la veía por ninguna parte, se empezó a poner nervioso.

- ¡¡¡¡¡¡¡Elizabethhhhh!!!!!!! -Gritaba

Sabía de sobra que no había piedras en el lago, tenía amigos que practicaban deporte tirándose de una piscina a otra. Tampoco la podía pasar nada por una mala caída, porque se tiró de pie. ¿Pero dónde estaba? Saltó prácticamente detrás de ella, era imposible que hubiera salido del agua tan rápido...

- ¡¡¡¡¡¡¡Nenaaaaaaaaaa!!!!!!! –Cada vez sonaba más desgarrada su voz, debido a la ansiedad

Se empezaba a poner muy nervioso. Miraba por todas partes. Se estaba desesperando por momentos. ¿Se habría desmayado durante la caída por la impresión?

Salió fuera del agua, buscó entre la hierba y arboles de alrededor, por si estaba escondida. Se volvió a meter en el agua y recorrió todo el lago, mirando por el fondo... ¡Nada! Estaba a punto de llorar.

Tenía las manos en la cabeza, mirando a todos sitios con los ojos desorbitados por completo, cuando escuchó a lo lejos:

- ¡¡¡¡¡Quítate de en medio capullo!!!

Le dio un vuelco el corazón...

Miró hacia arriba, de donde provenía su voz y allí estaba ella, dispuesta para volver a saltar...

- ¡¡¡¡¡Te mato!!!! -Le dijo Sammuel mirando alucinado cómo una maraña de pelo rojo caía de nuevo en el agua.

Cuando salió del agua toda sonriente, él corrió a acogerla por la cintura y la sacó fuera, regañándola como a una niña pequeña.

- ¿Pero tú es que quieres acabar conmigo mujer? – Respiraba con dificultad, llevándose la mano al pecho -Si estuviéramos casados, entendería que me quisiera quitar del medio para quedarte con mi fortuna, pero que lo hagas por simple distracción... ¡Eres dañina y cruel!

- Cariño, pero si no había ningún peligro ¿no? – Dijo Elizabeth con voz de inocente -¿Dónde iba a estar, era imposible que me pasara nada? ¿Verdad?

- ¡No!

- ¿Entonces confié en alguien en quien no debía? ¡Tenía mis razones para no haberlo hecho...! -Le gritaba enfadada

- Elizabeth, déjalo, nunca jamás pensé que lo harías... ¡Estaba al borde del ataque de nervios! Ahora no tengo fuerzas ni para discutir...

- Pues no lo hagas –Le cortó ella

Se le acercó acechante y lo miró a los ojos, susurrándole:

- Te lo he demostrado. Eso es lo que importa

- ¿Qué me has demostrado? –Intentó que se lo dijera, haciéndose el loco

- Ya lo sabes

Elizabeth le agarró por la nuca y lo atrajo hacia sí, plantándole un beso de los que dejan huella. Sammuel la miraba con cara de tonto enamorado.

- Gracias por quitarme el vértigo, después de esto ya...

- ¿Ves? Al final te ha venido bien la confianza

Estuvieron tomando el sol, haciéndose cariñitos, mimándose, tocándose y amándose toda la tarde, hasta que a las siete aproximadamente regresaron al Hotel.

Esta vez condujo Sammuel y ella disfrutó de las vistas durante el camino.

Llegaron y subieron a la habitación, se ducharon juntos, con su correspondiente amor de ducha. Ella salió antes que él del baño. Se quedó paralizada mirando la cama. Sammuel le había dejado allí un vestido blanco, largo, de estilo hippie, atado al cuello con la espalda al aire, todo de hilo bordado a mano, con transparencias de encaje en el escote, de Carolina Herrera. Lo cogió para admirarlo de cerca. Era espectacular. También había dejado, junto al increíble vestido, un corsé de encaje, un tanga, medias de encaje y un liguero. Todo en blanco.

- ¿Qué es todo esto? -Le gritó ella, pensando que él estaba en la bañera todavía, pero Sammuel apareció a su espalda

- Lo tenía ahí guardado en el armario, era de otras... amigas

- ¡¡¡¡¡Lo haré trizas!!!! –Se giró Elizabeth hacia él bruscamente, imitándole, poniendo cara de loca, y moviendo las manos exageradamente. Sabía de sobra que bromeaba, porque todo tenía las etiquetas puestas -¡¡¡Solo veo negroooo!!!

–Le gritaba con voz de bruta

Él se partía de risa al verla imitarle tan exageradamente

- Yo no hago tantos aspavientos, eres una exagerada

- ¡¡¡¡¡Nooooo, que va, tú eres muy comedido... en todo!!!!

Sammuel la cogió por detrás y la hizo cosquillas debajo de los brazos, por las costillas, su punto débil. Ella para escapar se tiró al suelo, haciendo que acabaran los dos allí tirados, retorciéndose de la risa.

- Lo he comprado para ti. Nunca llevas blanco y a mí me gusta mucho –Se incorporó y la tendió la mano para levantarla.

- Porque yo ya soy suficientemente blanca, además creí que preferías el negro.

- En ese cuerpo Elizabeth, todos los colores me enloquecen. El negro especialmente, tienes razón...-Se mojaba los labios, imaginándosela con ropa interior negra, como era habitual y se volvía a poner duro.

- Vamos, pervertido, llegaremos tarde –Dijo ella empujándole para apartarle de su camino, mientras se empezaba a subir las medias. Con Sammuel así de duro a su alrededor, no acabarían nunca de salir de la habitación.

- Si te digo la verdad, no veo el momento de quitártelo, nena –Sammuel le acariciaba con un dedo la cadera, bajando despacio hasta el encaje de las medias que ya se había puesto, mientras la observaba en el espejo, por detrás de ella, devastándola con su mirada violeta.

- No creas que esto significa una puerta abierta para elegirme la ropa ¿eh?

- Elizabeth, ya he asumido que contigo no hay puertas abiertas para nada.

Elizabeth le miró con cara de pocos amigos y él captó el mensaje. Se fue muy a su pesar, para dejarla un poco de intimidad y para vestirse él también.

Cuando Sammuel salió del vestidor, entró de nuevo en el dormitorio. Elizabeth se

quedó petrificada al verle allí parado delante de ella, casi se tuvo que sentar. Llevaba un traje de chaqueta negro y una camisa de hilo blanca, con una corbata color plata y zapatos de piqué negros también. Todo de Armani. Iba con su pelo peinado con crema, pero revuelto de la forma habitual. Allí estaba, inmóvil, delante de ella, mirándola con esos ojos de un violeta brillante, con una sonrisa tan amplia que inundaba su hermoso rostro por completo... estaba para comérselo. Enterito.

- Creo que esa mirada significa que voy bien

- Mejor que eso –Dijo Elizabeth casi tartamudeando, todavía a medio vestir

“¡Guauuuu! ¿Y este espécimen es todo para mí solita?” se decía ella completamente embobada “No me voy a saciar nunca”, se relamía inconscientemente.

- ¿Dónde vamos, a la gala de los Óscar? –Acertó a decirle, silbándole

- Mejor que eso

Él salió de allí para dejarla sola, que terminara de vestirse, si no, no se haría responsable de sus actos, lo estaba volviendo, solo ataviada con el corsé, el tanga, el ligero y las medias, mirándole de esa forma...

Cuando Elizabeth apareció en el salón, con el vestido ya puesto y los zapatos de tacón, Sammuel la miró de arriba a abajo muy serio, observando cada detalle de ese vestido con detenimiento, lo había elegido minuciosamente para ella. Le quedaba como un guante en su escultural cuerpo, se le caía la baba. No conseguía apartar la vista de ella, ni articular palabra.

- Eres una diosa nena, estás radiante.

- Sammuel no me mires así, parece que me voy a morir ¿pasa algo?

- Que te amo demasiado –Negaba con la cabeza sin poder apartar sus ojos de los de ella

Ella le sonrió sin hacerle demasiado caso y se fue al baño a terminar de pintarse y peinarse. Allí, sobre la encimera, encontró una caja negra de Cartier. La cogió sin poder resistirse a abrirla. Contempló asombrada que contenía un collar de oro blanco lleno de diamantes, acabando en el extremo con uno grandísimo en forma de lágrima, y sus pendientes a juego, que caían en una cascada de diamantes también en forma de lágrima.

Se lo puso, sonriendo y salió del baño sin decirle nada, pasando de largo. Lo normal hubiera sido que chillara y saliera corriendo a llenarle de besos para darle las gracias, pero Elizabeth no era precisamente lo que se dice muy normal.

Sammuel, cuando la vio con el conjunto puesto, no pudo más que agarrarla por la cintura y besarla con adoración, mientras sonreía:

- No me puedo creer que te guste tanto tocarme los huevos.

- Gracias, son preciosos –Le dijo Elizabeth tocándose el collar con delicadeza, partiéndose de la risa.

- Jamás estarán a tu altura nena Cuando se hubieron separado de tanto arrumaco, Sammuel le pasó una copa de whisky con hielo y él se sirvió otra. Ella frunció el ceño:

- ¿Y esto?

- Lo necesitarás

- ¿Y tú?

- ¡También!

- ¡Me muero de la intriga!

Sammuel la sonrió levantando la copa.

- Porque esta noche, todo salga bien.

- No sé a qué te refieres, pero vale, brindo por ello.

Brindaron, se lo bebieron de un trago y bajaron.

CAPÍTULO FINAL

Cuando iban hacia el Restaurante, el director del Hotel los llamó

- ¡Señor Roc!, disculpe la interrupción, pero tenemos un problema en el salón de las nupcias, un cliente dice que el mero no es fresco, quiere poner una reclamación.

- ¿Qué?

- El chef ya ha hablado con él señor, pero está muy enfadado. Exige hablar conmigo, pero aprovechando que está usted aquí... si no le importa, me he tomado la libertad de pensar que si el mismísimo dueño del Hotel le explicara la procedencia del mero, se quedaría más conforme...

- Estoy ocupado, ¿no lo ves?

- Es un cliente muy importante, señor, si el asunto no fuera grave, no dude que no le molestaría...

- De acuerdo –Sammuel se giró hacia Elizabeth –Querida ¿me acompañas o te vas para nuestra mesa y me esperas allí?

Elizabeth le notó raro, demasiado nervioso, ¿un cliente se enfada tanto por un mero? ¿El dueño tiene que ir a hablar de pescado a nadie?... No le cuadraba todo aquello. Así que decidió acompañarle, para ver qué se traían esos dos entre manos, y notó que al aceptar ir con él, se tranquilizó mucho.

El director los acompañó hasta la sala y los abrió las puertas, dejándoles pasar, Sammuel la llevaba agarrada por la cintura.

Había mucha gente, todos hablaban entre ellos. La sala era la misma de ayer, pero estaba todo lleno de flores por todos sitios. Las mesas y sillas estaban todas decoradas en beige y violeta, precioso.

De repente empezó a sonar una canción conocida, “Crying”.

La gente que había por el salón hablaba entre sí, reían..., de pronto Elizabeth se paró en seco y abrió mucho los ojos... pudo distinguir a ¡¿Sarah?! No, no podía ser,

¿con los niños y Jack?... “¿estoy soñando?”. Seguía intentando verla mejor entre la gente, entrecerrando los ojos y levantando la cabeza, le pareció ver también a Robert, “¿me habrá metido algo Sammuél en el whisky?”... Siguieron avanzando y... ¡no estaba soñando!

¡¡¡ERAN ELLOS!!! ¡¡¡ESTABAN TODOS ALLÍ!!!

Siguió mirando con la boca abierta a su alrededor, también vio a los abuelos de Sammuél, ¡junto a Carol!... Miró a Sammuél alucinando boquiabierto sin poder moverse si quiera, nadie se había percatado de que estaban allí ya, tenían planeada una aparición anunciada, pero no pudo ser porque se presentaron algo antes de tiempo.

- ¿¡Sammuel qué significa esto!?

- Es nuestra boda nena –Le dijo Sammuél con una mirada violeta suplicante y una espléndida sonrisa, intentando en vano no parecer demasiado acojonado.

- ¿¡Qué es qué!?! –Gritó ella, resonando por toda la sala.

Todos dejaron de sonreír y hablar inmediatamente al escucharla, girándose hacia ellos. Se temieron lo peor al oír esa pregunta por encima de la música.

No sabían si saludarles o dejar a la pareja que discutiera el tema libremente...

Sammuel hincó una rodilla en el suelo, bajo la atónita mirada de ella, delante de todos los allí presentes y la cogió la mano entre las suyas:

- Elizabeth, eres la mujer de mis sueños. Llevo toda mi vida esperándote, te amo y quiero pasar contigo el resto de mi vida ¿Me concederías el privilegio de casarte conmigo, aquí y ahora?

- ¡No!

FIN ADELANTO DEL LIBRO II

CAPITULO 1

- Elizabeth, eres la mujer de mis sueños. Llevo toda mi vida esperándote, te amo y quiero pasar contigo el resto de mi vida ¿Me concederías el privilegio de casarte conmigo, aquí y ahora?

- ¡No!

Me salió del alma, ¡otra vez estaba haciendo las cosas sin consultarme!

“¿¿¿Mi boda??? ¿¿¿En serio??? ¡Oh!, Esto sí que es una encerrona, ¡de las gordas!

Pretende que le diga que sí por el mero hecho de haber traído aquí a todo el mundo”... Mi yo maligno estaba fuera de sí, indignadísimo. Quería romper el maldito vestido en mil pedazos y tirarle algo a la cabeza a ese ser engreído, buscaba a mi alrededor desesperadamente, pero no encontraba nada adecuado para tal fin a mi alcance...Una servilleta no le iba a hacer mucho daño.

“¿El mero hecho de haber traído hasta aquí a todo el mundo?... ¡¡¡Ha tenido que organizarlo todo él sólo!!! ¿Tú serías capaz de organizar una boda en?...yo qué sé, ¿dos días?, ¡No tienes vergüenza!” mi yo bueno me estaba reprendiendo realmente enfurecido. De repente, fui consciente de que estaba mirando a todo el mundo con la mirada perdida. Parpadeé un par de veces y enfoqué. Vi a mi madre y mi hermana con la lagrimilla en los ojos. Me e empujarían a sus brazos sin dudarlos, si pudieran, las muy traidoras. Se las ha metido en el bolsillo a base de bien... Y eso que, supuestamente, ellas son las que más me quieren y solo velan por mi bien.

Pero algo extraño me sucedió.

No sabría decir qué, pero me hizo girarme hacia la abuela de Sammuél. Allí estaba, Catherine, tan frágil, tan emocionada por ver a su nieto del alma casarse. Nos miramos las dos un instante. Me suplicó, con esos ojos sufridos, que le diera una oportunidad al hombre que estaba arrodillado ante de mí. Había arriesgado su propia vida haciendo un viaje tan largo y algo en esos ojos violetas me impulsó a decir:

- ¡Sí! ... ¡¡¡¡¡Sí, sí, sí, sí que quiero!!!!

Se escuchó un suspiro de alivio conjunto, o me lo soñé, no estoy segura. Todos aplaudieron a mi alrededor.

Sammuel se levantó del suelo, con una sonrisa tan grande, que le abarcaba su hermoso rostro por completo. Me cogió en volandas, dando vueltas sobre nosotros mismos y me besó. Entonces se me quitó todo el miedo, así sin más. Supe al instante que eso era lo que quería, que ese era mi lugar preferido del mundo, sus brazos, su boca, sus ojos. Él.

- Te amo Elizabeth, te voy a hacer la mujer más feliz del mundo, si me dejas –Me susurró mientras me bajaba al suelo de nuevo y me daba un casto beso en la punta de la nariz.

- ¡Vaya sorpresita Roc! Te voy a matar –De nuevo me temblaban las piernas

- ¿Preparada nena?

“Sí es contigo, estoy preparada hasta para ir al infierno” –Pensé yo, pero le dije:

- ¡Creo que sí!

Me cogió la mano, creo que para que no pudiera salir corriendo. Los dos nos dirigimos despacio a través del pasillo que habían llenado con flores.

Comenzó a sonar una canción mientras avanzábamos “Rock and Roll dreams comes true”. No sé cómo lo hace, pero nunca hubiera elegido una canción más apropiada ni yo misma, simplemente era perfecta. Le miré y le sonreí emocionada por la elección, nada podría expresar mejor mis sentimientos que esa bella canción. Tuve que contenerme para no tararearla. Sammuél había pensado que sería especial para acompañarme en mi camino hacia el matrimonio, y acertó. Seguimos hacia adelante, cogidos de la mano. Pude ver al final del largo pasillo un

altar improvisado, lleno de flores violetas y blancas. Precioso. No sé cuándo lo habrían preparado todo, porque ayer por la noche cuando vinimos no había nada de todo esto aquí... ¿Cuándo lo decidí? ¿Cuándo llamaría a la gente? ¿Cómo han venido?... Tengo tantas preguntas... Pero ahora debo concentrarme en ¡¡¡¡¡MI BODA!!!!

“Todavía puedes huir, mira ahí hay una salida de emergencia... porque esto es una emergencia ¿no?”, mi yo maligno estaba tiritando de miedo, iba vestido de novia, subido en una cinta transportadora que le llevaba inevitablemente hacia el altar... Debajo del altar había un sacerdote esperándonos con las manos entrelazadas, parecía aburrido por la espera y un poco enfadado por alguna razón. Seguramente no le haya hecho mucha gracia el numerito que acabamos de dar, conociendo a Sammuél le habrá sobornado pagándole una cantidad desorbitada de dinero para oficiar el acto a estas horas y le habrá contando el rollo de que es nuestro sueño casarnos hoy aquí o algo por el estilo... Claro, yo he descubierto todo el pastel si fuera este el caso... ¿No puedo tener nunca la boquita cerrada?... Por eso no nos podíamos parar a saludar a los invitados. Aunque me hubiera gustado besarlos a todos, simplemente por detener sus vidas para compartir con nosotros este momento tan importante.

Sólo mi madre se plantó en medio del pasillo al llegar a su altura, me abrazó fuerte, me dio un beso rápido, llenos sus ojos de lágrimas, y me entregó el ramo de novia. Lo miré asombrada al ver que eran orquídeas violetas, su exquisita belleza me dejó con la boca abierta. La miré por última vez, ya sentada en su sitio y me dijo para que la leyera los labios:

- Estoy orgullosa de ti hija.

Llegamos por fin al altar. El sacerdote nos saludó con un escueto movimiento de cabeza y comenzó la ceremonia sin más preámbulos. Estábamos cogidos por ambas manos, enfrente del clérigo, bajo su atenta mirada. Le habría tenido que pagar una buena suma de dinero para que mantuviera la boca cerrada y no pusiera objeciones al numerito.

Sammuel no dejó de mirarme ni un instante, ni yo a él. Creo que el contacto visual me hizo olvidar todo lo que sucedía a mi alrededor, centrarme en él. Hasta las piernas me dejaron de temblar y dejé de pensar que no podía estar casándome de verdad. ¡Porque lo estaba haciendo!

Ahora recordaba el proverbio de Confucio que tantísimas veces yo había dicho a la gente “no lo intentes, hazlo”. Pues ahora me lo decía mentalmente a mí misma sin parar.

Sammuel estaría pensando que no podía ser cierto el estar casándose conmigo, le había dicho tantas veces que no, como que sí, y al fin había conseguido tenerme delante del altar... ¿Qué se le estaría pasando por esa cabecita? Solo sé que me miraba encandilado, como si fuera la primera vez.

La mayoría de los invitados, apuesto el cuello, a que estarían pensando que en cualquier momento saldría corriendo y él detrás de mí, para variar. “Uf, todavía no lo tengo muy claro, estoy a tiempo...”

Llegó el momento de los votos.

Sammuel, sin mirar ningún papel, sin titubear y sin apartar ni un segundo su increíble mirada de la mía, se armó de valor para decirme con voz firme:

- Nena –Sonreí al oír esa bendita palabra que me ponía los pelos de punta con tan solo salir de su boca. Lo normal era que pronunciara los votos haciendo alusión a mi nombre y apellido, pero Sammuél, como siempre, hacía todo a su manera, sin importarle un carajo los demás. Prosiguió – Te he dicho mil veces que te amo, que eres esa persona especial que he estado esperando toda mi vida, que quiero cuidarte hasta el fin de mis días, hacerte feliz a cada momento y compartir contigo todo lo que tengo. Pero lo que nunca te había dicho hasta ahora, es que al convertirme en mi esposa, haces que se abra ante mí un mundo nuevo, lleno de esperanzas, sueños, ilusiones y lo más importante, lleno de amor, pasión, ternura, respeto, fidelidad y sinceridad, que nunca antes me había atrevido a imaginar, ya que pensaba que todo eso era demasiado bueno para mí, que no lo merecía, y que mi destino era otro. Pero tú, aparte de hacer que lo desee con todas mis fuerzas, haces que crea que lo merezco y que soy digno de ello, de tu amor. Con todo esto, lo que quiero decir es que te ofrezco mi alma en bandeja de plata, para que hagas con ella lo que desees. Soy tuyo, solo tuyo, desde el momento en que te vi y hasta mucho después de que la muerte nos separe Elizabeth. Siempre seré tuyo, en cuerpo y alma.

Todas las mujeres presentes suspiraban emocionadas. Carol, Sarah y la abuela de Sammuél derramaban mares de lágrimas, ante esas palabras cargadas de amor verdadero y esa forma de mirarme al decírmelas. No me extraña, a mí me faltó poco, era lo más bonito que me había dicho nunca, y lo dijo hablándome desde su corazón, sin dudar. Pero me contuve con todas mis fuerzas, porque si abría la compuerta de las lágrimas, mis votos iban a ser todo un espectáculo, y no era plan. Quería hacerlo bien y que le quedara bien claro lo que sentía, que recordara siempre mis palabras, incluso en los momentos malos.

Llegó el momento en que debía pronunciar mis votos, estaba nerviosa he de admitirlo, porque obviamente no me había preparado nada. ¿Cómo empiezo, por dónde?...

Le miré y vi en sus ojos ánimo y devoción... de repente, desapareció el resto del mundo de nuevo. Estábamos nosotros dos solos, cogidos de la mano y mirándonos al alma. Nos conocíamos, nos complementábamos. Lo demás no importaba. Así

que, sin dudarlo, empecé a hablarle directamente desde el corazón, sin usar el filtro de la cabeza, aprovechando este momento para desnudarme ante él de una vez por todas, si no era ahora, no sería nunca:

- Sammuel Roc –Estuve a punto de decir “palomito”, pero me contuve porque no era momento de sacar a relucir mi sentido del humor -No logro entender qué has visto en mí para amarme de esta manera, ni siquiera sé si soy digna de ese amor. Me abrumas, me arrastras en tu torrente de potencia animal hacia... no sé muy bien dónde, pero solo sé que si es contigo, no me pregunto nada más, voy sin dudar, sea cual sea el destino, tengo fe ciega en ti. No sé muchas cosas del amor, pero sé que cuando estoy contigo, no tengo miedo a nada, me siento segura, y a salvo. Te has convertido en mi ángel protector. Cuando te miro, no puedo resistirme a besarte. Gracias a ti, creo en la magia, has hecho que mi corazón vuelva a latir, a tener ganas de reír a todas horas, de hacer locuras, nunca me he sentido tan viva como cuando estamos juntos. Sé que darías la vida por mí sin dudarlo ni un segundo, y ahora sé que yo haría lo mismo por ti.

Y todo esto, creo que se puede llamar amor -Sammuel intentaba no emocionarse con todas sus fuerzas, pero le estaba costando, mucho -Has dejado a los demás hombres demasiado lejos de la meta, por lo tanto, sabes que te seré fiel, eso lo tendrás siempre. Solo tuya ¿recuerdas? No sé qué te puedo ofrecer que te interese, tan solo se me ocurre una cosa, mi rendición. No volveré a huir nunca más, lo juro aquí ante Dios y ante todos los presentes, y junto a ella, te hago entrega también de mi corazón, aunque sabes que ya lo tienes desde hace mucho, quiero que por primera vez lo oigas de mis labios... –Tomé aire, lo iba a decir... -¡Te amo Sammuel!, con todas mis fuerzas, y siempre te amaré, hasta el fin de mis días –Le miraba ensimismada, sus ojos me habían animado a decirle todo aquello, su atenta mirada estaba conectada con la mía.

Los invitados rompieron a aplaudir como locos, poniéndose en pie por la emocionante declaración de ambos, agradecidos por tener la suerte de haber sido testigos del verdadero amor que nos procesábamos el uno al otro.

“¡Guauuuu, ¿has dicho tú todo eso?”, me decía mi yo maligno, vestida de novia cadáver... “Esta chica no sé de dónde sacará tantos disfraces”, me decía mi yo bueno, que siempre iba de angelito...

Sammuel no pudo aguantar más y rompió su armadura, dejando resbalar un par de lágrimas por sus mejillas. Yo le sonreí y le acaricié la cara dulcemente, limpiándoselas.

- ¡Lo has dicho nena!

- Te amo –Ahora no me resultaba tan difícil

Rompió el protocolo de cuajo y me besó, un beso cargado de amor. No se pudo aguantar. El cura carraspeó serio, aunque con un halo de emoción en sus ojos, y Sammuel se apartó de mí rápidamente.

- Lo siento padre –Dijo con falso arrepentimiento.

Después nos pusimos uno al otro las alianzas que había elegido Sammuel, eran sencillas, lisas, de oro blanco, con el símbolo del infinito grabado por fuera. Él quería que claramente se viera que era un anillo de casada y no un anillo cualquiera, por eso los eligió de estilo clásico. Obviamente, una manera más de marcar territorio. En mi anillo ponía por dentro “Tuyo”, y en el anillo de él ponía “Mía”, no me aguanté la risa al verlo... ¡Este hombre está completamente zumbado!

- Te has hecho de rogar, señora Roc –Me dijo con esa mirada ardiente que hace que me estremezca.

- Ha merecido la pena, ¿no? –Le respondo

- ¡Más que nada en el mundo!

El sacerdote interrumpió nuestro pequeño momento de confesiones para terminar diciendo:

- Por el poder que la Iglesia me ha otorgado, yo os declaro, marido y mujer.

Puede usted be...

Sammuel ni le dejó terminar la frase, porque ya me había cogido entre sus brazos y me estaba dando un beso de esos que quitan la respiración, yo echada hacia atrás y él doblado hacia delante sosteniéndome, digno de una película. Todo esto sucedía bajo el unánime aplauso de los allí presentes.

Cuando terminaron los aplausos y el tórrido beso, me cogió de la mano y por fin nos pudimos acercar a los invitados. La primera en felicitarnos fue mamá, que me dio un abrazo de oso, casi me asfixia besándome por todos sitios, llorando como una madalena, como si hiciera mil años que no me veía ¡A veces es tan exagerada esta mujer!

- Ay cariño, soy tan feliz... Por fin has reconocido lo que sientes, ahora a disfrutar de tu marido ¿de acuerdo?

Abrazó a Sammuel y le besó en la frente

- Bienvenido a la familia Sammuel, ya eras como un hijo para mí, pero ahora ya es oficial, sé que serás el marido perfecto para ella.

- Gracias Carol, lo intentaré –Contestó él muy sonriente, besándola la mano

Después vino Robert, acompañado de los abuelos, dio otro abrazo de oso a su hijo y le besó

- ¡Enhorabuena hijo!, has hecho una buena elección, estoy muy orgullosos de ti.

- Elizabeth espero que tengas paciencia con mi hijo y le sepas llevar por el buen camino, confío en ti. Bienvenida a mi familia hija. –Me dio un beso en la mejilla, yo me iba a retirar, pero me abrazó también, con mucho énfasis. Mi cara de póker tuvo que ser un poema porque Sammuel soltó una sonora

carcajada. El hacha de guerra estaba más que enterrada, al final hasta me iba a caer bien mi suegro.

- Gracias Robert, aunque la paciencia la tendremos que tener los dos -Sonreí

- No me cabe duda querida –Me guiñó un ojo el muy...

Nos reímos los tres por la bromita, ¿o no era una broma? No sé.

Después abrazaron a Sammuél sus abuelos por la cintura, porque eran bajitos y no llegaban muy alto. Él se agachó y los abrazó a los dos a la vez, uno por cada brazo, la abuela lloraba de alegría entre sus brazos como una niña, no podían ni hablar de tanta emoción. Al final me emocioné yo también de verlos tan tiernos, tan entrañables y tan indefensos. Me uní al abrazo, la abuela no dejaba de besarme, yo no sé qué me hace esa mujer, pero ejerce un poder sobre mí indescriptible. Fue un momento muy emotivo. Los pobrecitos, habían hecho un viaje tan largo... Pero les había merecido la pena por ver a su nieto tan feliz. No quiero ni imaginar qué hubiera pasado de haberle dicho que no a Sammuél. Al final, Catherine logró entre lágrimas decirme, con una mano apoyada sobre mi cara:

- Solo por esto, ha merecido la pena seguir con vida. Gracias hija mía.

En ese preciso momento, fue cuando se abrieron las compuertas de par en par y rompí a llorar, con muchas ganas, de esto que te salen hasta mocos... pues así.

Sammuel me acunó entre sus brazos intentando tranquilizarme, yo me aferré fuerte a él, sin conseguirlo. Probablemente esas fueran unas de las palabras más bonitas que me habían dicho nunca, sin ser Sammuél, y no pude evitar sentir las, claro. En

el fondo soy una enclenque, ¿qué le vamos a hacer? De repente dos cuerpucillos se lanzaron sobre mí, menos mal, porque ya estaba llorando a moco tendido sin remedio.

- ¡¡¡Titaaaa!!! ¡Me gusta mucho tu vestido! ¡Y me gusta mucho el Hotel del tito Samu! ¡Y me gusta...! –Chillaba Lizzy, mientras daba saltitos toda nerviosa,

que ni le salían las palabras de tan deprisa que las quería decir

- ¡Titooo! -El chaquetero de J.J. se lanzó a los brazos de Sammuél y pasó olímpicamente de su tía, o sea, de mí.

- Vaya, pero si tienes muchos más músculos desde la última vez, ¿has hecho pesas? –Le decía Sammuél todo serio, tocándole el bracito delgado al niño, que se partía de la risa.

Llegaron Sarah y Jack. Nos besaron a los recién casados, y los niños corrieron a sentarse junto a mi madre.

- Vaya, cuñada, por fin te han echado el lazo ¿eh?, creí que no viviría para verlo, ¡ves preparando la habitación de los niños! –Dijo Jack aguantando la carcajada

- ¡Cállate Jack! En la cama de Elizabeth caben los niños perfectamente –Le respondió la graciosa de Sarah

Sammuel se agarró la tripa de la risa, ¡otro chaquetero!

- Sois todos muy agradecidos, sí –Refunfuñé cabreada y Sammuél me besó en la sien, en señal de apoyo.

- No, en serio, ha sido precioso, ¡has hecho que se me corra todo el rimel! -Me dijo Sarah riéndose –Al principio pensaba que ibas a salir corriendo en cualquier momento, en serio, cuando has aparecido, y has puesto esa cara de pánico, ¡casi me da un infarto! pero luego ya... ha sido todo tan romántico.

- Bueno, no tenía nada preparado, me han dado una buena sorpresita – le pellizqué el culo a Sammuél. -He dicho lo que sentía. ¿Y vosotros qué? ¿Qué bien de vacaciones en Maldivas así de repente, no?

- Estábamos ayer en casa tan tranquilos y “tu marido” nos llamó, que hiciéramos las maletas, que os casabais, ¡En las Maldivas! y ¡Nos venían a buscar en un jet privado!, ¿Cómo íbamos a decir que no?, por cierto Sammuél, el jet, un alucine, pero los niños te lo han manoseado todo, además de terminar con las reservas de chocolate –Contaba Sarah maravillada.

- Gracias Sarah, quería que estuvierais cómodos, y así de paso que os conocierais las dos familias, aunque haya sido sin presentaros nosotros –Se disculpó Sammuél

- Tu padre es un caballero y tus abuelos son... ¡Un amor! ¿Me los puedo quedar? –Le decía mi hermana toda dulce

- Sí, mi cuñado Sammuél ha pensado en todo, y nos vamos a quedar una semanita en su espectacular Hotel, ¡con todos los gastos pagados! –Dijo Jack guiñando el ojo a Sammuél y dándole un par de palmadas en la espalda

- Es la única forma que tengo de pedirles perdón por todo lo que me han tenido que soportar, y agradecerles su paciencia conmigo – Contestó Sammuél a modo de excusa hacia mí, encogiéndose de hombros

Mi cara tuvo que ser un poema ante este teatrillo que se habían montado todos, ya que Sarah corrió a decirme

- Tu marido es un llorón Liz. Le tenías que no levantaba cabeza, pobrecito. ¡Se quería morir! Le llamé por teléfono para animarle y al final estuvo un día en casa, le consolamos como pudimos los cuatro, imagínate, porque yo tampoco sabía dónde estabas. Y resulta que estabas aquí tomando el sol tan tranquila, no tienes corazón

- ¡Ah, ya veo que con un par de lagrimitas y unas vacaciones pagadas os ponéis de su parte! –Esto es increíble, tengo una familia que se vende a la mínima

- Es que me dio mucha pena... ¿Por qué lo hiciste? -Decía Sarah cogida del brazo de Sammuél, mientras él me miraba con cara de cachorro abandonado,

¡qué morro tiene!

- Tenía que desaparecer, él sabe por qué.

- Jo, pues vaya destino escogiste para desaparecer... ¡No eres tonta! Te lo habrás pasado en grande ¿no? –Me preguntaba Sarah inocente.

- ¡Más que eso diría yo!... ¡Ha tomado el sol, ha ligado con unos y otros, ha ido en moto a toda pastilla, se ha emborrachado, ha salido de fiesta...!

Los cuatro nos giramos hacia la procedencia de esa voz de sobra conocida, Ian estaba detrás de nosotros, mientras hablaba, iba avanzando hacia nosotros despacio, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, mirándome. Tenía muy mala pinta, llevaba un traje de chaqueta azul marino todo arrugado, la corbata desatada colgando del cuello, el pelo despeinado, y lucía el ojo izquierdo completamente morado. Parecía que llevaba toda la noche de fiesta y venía sin dormir.

Sammuel cerró los puños con fuerza, a pesar de que le remordía la conciencia haberle puesto el ojo morado a su hermano, lo volvería a hacer si volvía con las mismas intenciones, sin dudarlo. Pero mi querido cuñado levantó las manos en señal de rendición y le dijo:

- Tranquilo hermanito, vengo en son de paz, relájate, no quiero parecer un panda de ojos morados, el violeta de tus ojos es bonito, pero el morado de los míos no resulta tan atractivo. Gracias.

Ian de un solo movimiento me cogió por la cintura y me plantó dos besos, abusando de las circunstancias, ya que Sammuel no iba a dejar que le arruinara el día de su boda. Esa sabandija me dijo al oído con voz muy sensual:

- Sigo pensando que te has equivocado de hermano, aunque quiero que sepas que siempre te estaré esperando, no puedo quitarme ese maldito beso de mi puta cabeza Elizabeth.

¡Joder! Me había casado con Sammuel con una mentira bajo el brazo... Se me había olvidado por completo el beso de mierda con este tiparraco. “Bueno, no fue tan de mierda, eso es verdad...” El caso es que entre las prisas y las sorpresas, ni me dio tiempo a confesárselo e ir limpia al altar...

Ahora ya no había vuelta a atrás y estaría siempre a merced de que este gañán quisiera chantajearme con eso. ¡No lo iba a permitir! En cuanto estuviéramos solos se lo confesaría a Sammuel. Merecía saberlo de mi boca, y si luego quería matar a su hermano, ya no sería asunto mío, ¿por qué motivo iba a tener que proteger a Ian, cuando él continuamente me estaba provocando?

Le miré con la boca abierta ante su descaro, ya era una mujer casada y su cuñada oficialmente. Si Sammuel le hubiera escuchado, ahora mismo sería hombre muerto, ¿Por qué cojones se seguía andando con estos juegos sucios? No entendía por qué seguía haciendo esto, si para fastidiar a su hermano, o porque realmente le gustaba incomodarme.

- Gracias por tu sincera enhorabuena cuñado –Dije en voz alta y enfatizando la palabra “cuñado” para que Sammuel creyera que lo que me había dicho al oído era algo relacionado con una enhorabuena.

- Hermano, eres un cabrón afortunado, espero que sepas cuidarla como se merece esta belleza –Dijo Ian mirándome a los ojos.

- Por eso vivo, para cuidarla –Le respondió Sammuel en un claro desafío, abrazándome por la cintura y separándome bruscamente de su hermano –Es la última vez que te digo que no la toques.

Se dieron la mano los dos, retándose con la mirada, más bien obligados por los acontecimientos, que porque lo sintieran realmente. Estoy segura de que lo que realmente querían los dos era salir a la calle y pegarse hasta que uno de los dos resultara victorioso. Que ya sabemos todos quién sería. A veces me pregunto si es que a Ian le gusta que le peguen palizas, porque si no, no encuentro otra explicación.

Para romper un poco todo este mal rollo, me giré y les presenté a Ian a mi hermana y mi cuñado, cuando vi sus caras, supe de inmediato que estaban atónitos ante el culebrón, hasta ellos lo habían captado, y eso que no sabían nada de la historia. No sabían qué decir. Se saludaron como pudieron los tres.

Para refrescar un poco el ambiente, o más bien para congelarlo del todo, Sammuel me cogió y me llevó hasta la mesa presidencial para que nos sirvieran la cena.

- Ya estoy hasta los cojones de tanta tontería, le va a salir cara tanta provocación...

- Cálmate Sammuel, creo que está colocado ¿no le has visto?

- Creí que ya se había ido, ¿qué demonios hace todavía aquí? Ni siquiera le he invitado joder

- ¿Cómo no vas a querer a tu hermano en tu boda? No digas eso, estás cabreado, se te pasará. Él ha venido por ti. Imagino que se lo habrá dicho tu padre

- Él ha venido para tocarme los huevos intentando incomodarte Elizabeth, no me trates como a un tonto que no se entera, ¡no soy idiota!

- Cálmate Sammuel por favor. Si te enfadas, se saldrá con la suya. Pasa de él, como hago yo y punto. Es un infeliz.

- ¡Me importa una mierda si es infeliz o no! –Lo gritó con tanta rabia... sospecho que entre ellos había alguna rencilla que no me había contado.

Sammuel se había quedado pensativo, ¿pero por qué?

Llamé al camarero levantando la mano, me sirvió una copa de vino y me la bebí de un trago. Me sirvió otra y volví a repetir la acción ante su atónita mirada. Cuando se marchaba, le puse la copa vacía delante interrumpiendo su paso, para que me sirviera una tercera, cosa que hizo alucinado, por cierto. Así que, envalentonada por el alcohol que comenzaba a calentar mis venas, besé a Sammuél apasionadamente y le dije:

- Olvídalo, vamos a disfrutar de nuestro día ¿de acuerdo? –Él tenía la mirada triste, no quería verme así, quería verme exuberante de felicidad, como estaba hacía unos minutos.

Brindé con mi MARIDO.

- ¡No me puedo creer que estemos casados maridito! –Le dije riendo

- Yo tampoco nena –Volvía a ser él al mirarme.

Me besó con delicadeza, sentí su lengua fría por el vino y me estremecí debajo de la mesa, apretando los muslos para sosegar me un poco. Él parece que me leyó la mente, como de costumbre y me miró con una cara de deseo... ¿Cuánto quedaría para irnos a la habitación?

El salón se llenó de camareros. En dos minutos tenían servidas todas las mesas. A parte de nuestras familias, también había socios y amigos de la isla de Sammuél.

De entrada pusieron coctel de marisco, con bogavante troceado, en salsa de mango.

De primero, un sorbete de caviar sobre crujiente de salmón.

De plato principal, mero en salsa de almendras y frutos silvestres.

De postre, tarta de queso, tarta de whisky, de chocolates, de almendras, helados...

Chupitos, licores y barra libre, completaban el elenco de comida y bebida alucinantemente ricos.

- ¡Estaba todo delicioso Sammuél! –Dije tocándome la tripa llena, a lo Papá Noel. Hay veces en las que me doy cuenta de que soy muy poco femenina, me faltó soltar un eructo en su cara.

- Me alegro de que te haya gustado cariño, siento que no hayas tenido una boda a la antigua usanza, eligiendo tu vestido, el menú, las alianzas... esas cosas que os gusta hacer a las chicas, pero...

- Sammuél –Le interrumpí – Ha sido perfecto, en serio. Sólo de pensar en tener que preparar todo eso, ya me entra dolor de cabeza, no me habría casado solo por no tener que hacerlo, ya sabes que no soy como las demás chicas...

- En eso tienes razón nena, ¡eres única! ¡Y eres toda mía!

- Solo tuya

Nos besamos de nuevo. Me apretó la cara interna del muslo con su poderosa mano y... ahí estaba de nuevo esa oleada salvaje amenazando tormenta. Me miró enajenado de ganas y casi me pongo encima de la mesa abierta de piernas.

Estuvimos el resto de la velada charlando con la gente que acudía a la mesa, riendo y muy felices. Nada ni nadie nos podría arruinar ya este maravilloso día.

La música paró de sonar, todo quedó en silencio y se bajaron las luces.

Sammuél me cogió por la cintura y me sacó a la pista de baile ¡Qué vergüenza!

- ¿Me concedes el primer baile como mi esposa? –Me miraron esos dos mares violetas y casi me derrito

- Claro señor Hudson –Dije abrazándome a él

Nos reímos los dos y él me rodeó la cintura.

Las notas de nuestra canción “Don’t worry baby” comenzaron a sonar, en vez de el típico vals de las bodas. Le sonreí enamoradísima de cada célula de su ser. Se lo había currado tanto... Por mí. Ni en mis mejores sueños hubiera sido más perfecto.

Bailamos abrazados, yo tenía mi cabeza apoyada en su gran hombro, absorbiendo su típico olor a Bulgari y sin ser consciente de que había más personas en la sala, solo existíamos nosotros dos, solos en el mundo. De vez en cuando levantaba la mirada y allí estaban esos dos ojos violetas que me cautivaron desde el primer momento en que le vi en mi oficina. Nos devorábamos con los ojos, prometiéndonos todo sin palabras.

Luego sonó “I don’t wanna miss a thing” de Aerosmith, yo estaba en una nube. Tuyo y mía.

- Soy tan feliz que no me puedo creer que esto me esté pasando de verdad nena – Me susurraba Sammuél al oído.

- ¡Y todavía nos queda la noche de bodas! –Le dije con voz de seductora

- Mmmmmm, no veo el momento –Me respondió él con voz ronca de deseo al oído, mientras me daba un pequeño mordisquito en el lóbulo de la oreja, que me hacía suspirar.

- Señor Roc me está poniendo muy caliente, no empiece lo que no puede terminar.

- No hagas que mi abuela me vea empalmado Elizabeth.

Se me escapó una sonora carcajada ¡vaya ocurrencias!

Pasaba la noche.

Sammuél bailó con Lizzi varias canciones, creo que está locamente enamorada de él. Con mi madre otro par de ella y otra con su abuela.

Yo bailé con Robert y con el abuelo.

Ian lo intentó, pero Sammuél lo empotró contra la pared y no le volvimos a ver más.

Entrada la madrugada, decidimos poner fin a la boda para irnos a la cama. Y no

precisamente a descansar. Me moría de ganas de que me hiciera suya de mil formas distintas.

Había sido un día muy ajetreado y estaba un poco cansada, pero también, muy caliente. Sammuél no aguantaba más, después de dos intentos fallidos por meterme en el baño para hacer el amor con la nueva señora Roc. Pero no se lo permití, la primera vez como casada debía ser especial.

- A ver si va a ser verdad que el matrimonio mata la pasión... -Me dijo Sammuél bromeando. ¿O no estaba bromeando?

- Soy una mujer casada señor Roc, ya no me van los baños

- ¡Qué aburrida! Me buscaré una amante -Dijo metiendo su nariz entre mi pelo y acariciándome con ella

- ¡¡¡Negro, veo negro!!! -Le grité posesa. Ambos nos reímos

Nos despedimos de todos los invitados y nos marcharon a nuestros aposentos.

Los recién casados salíamos del ascensor entre risas, ya que mi flamante maridito me la intentó meter en vano un par de veces mientras subíamos ¡Es incorregible! Y es que me pone tan sumamente caliente que no soy capaz de decirle que no a nada. ¡Me hace perder la razón por completo!

Sammuél me cogió en brazos para cruzar el umbral de la puerta de la habitación, como mandaba la tradición, se disponía a abrir, cuando alguien a nuestras espaldas dijo:

- ¡Sammuél!

Se giró conmigo cogida para ver de quién se trataba. Allí en medio del pasillo, con un aspecto atroz, estaba Ian, mirándonos encolerizado, mientras respiraba con dificultad. Parecía que le hubiera atropellado un camión.

- ¿Qué quieres ahora? -Le bufó Sammuél hastiado

- He venido porque tengo algo que contarte

A mí se me heló la sangre... ¡No sería capaz!

- ¡Vete al infierno Ian!, Me importa una mierda lo que sea que me quieras contar, ¡déjanos en paz de una puta vez! -Le gruñó Sammuél con violencia, le iba a matar de verdad.

Mientras Sammuél se disponía a continuar nuestro camino hacia la habitación, Ian dijo:

- ¡¡¡¿Te ha contado ya tu mujercita que me besó?!!!

.....**CONTINUARÁ**.....

Copyright Texto©Anabel García. Todos los derechos reservados.

Foto portada. Copyright©Marinasvetlova-Fotolia. Derechos Cedidos.

Foto Samuel Roc. Copyright©CURAphotography-Fotolia. Derechos Cedidos.